

VORONICA WHITNEY-ROBINSON

with Haden Blackman, LucasArts Producer of *Star Wars* Galaxies™: An Empire Divided™

Entra en el explosivo universo del emocionante juego en línea
STAR WARS GALAXIES: AN EMPIRE DIVIDED!

Es un momento de gran agitación. El opresivo Imperio está cerca de tomar el control completo de la galaxia. El ejército guerrillero de la Alianza Rebelde lucha sin parar, golpeando donde puede, pero ahora ha salido a la luz algo que podría significar la certera perdición. Escondido en las ruinas Jedi de Dantooine hay un Holocrón que contiene una lista de simpatizantes rebeldes de alto nivel. Si esa lista cae en manos de Darth Vader, la Alianza Rebelde perdería sus apoyos más valiosos, y posiblemente la misma guerra.

Como bioingeniera imperial que visita con frecuencia otros mundos, Dusque Mistflier es la cobertura perfecta para un rebelde que necesita viajar por todas partes sin despertar sospechas. Por ello Dusque acepta ayudar al espía rebelde Finn Darktrin en su búsqueda para recuperar el crucial Holocrón. A pesar de la ayuda de Han, Luke y Leia, la misión está llena de peligros. Y a medida que su viaje los adentre en el ardiente vientre de la bestia que es la guerra civil galáctica, Dusque y Finn aprenderán que la parte más difícil de todo es descubrir de qué lado estás y hasta dónde estás dispuesto a llegar para ganar…

STAR WARS GALAXIES®

Las Ruinas de Dantooine

Voronica Whitney-Robinson



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Star Wars Galaxies: The Ruins of Dantooine*

Autora: Voronica Whitney-Robinson (con Haden Blackman)

Publicación del original: 2003

1 año después de la batalla de Yavin

Traducción: dreukorr

Revisión: dreukorr

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

03.05.20

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

PRÓLOGO

Una ligera lluvia salpicaba la ladera de la colina. Aparte del leve golpeteo, el único sonido que perturbó la noche fue el grito repentino de un peko-peko. El graznido lastimoso del reptaviano de piel azul cruzó el tranquilo lago antes de detenerse tan repentinamente como comenzó.

—Los gatos colmilludos deben estar cazando —dijo para sí mismo el Inquisidor Loam Redge en voz baja, sonriendo ante la idea de las elegantes bestias color leonado que rodeaban el Retiro. Los peko-pekos no eran lo único que los grandes depredadores podían matar; simplemente suponían el inicio.

El humano envuelto en una capa estaba solo en la balconada de piedra que daba al plácido lago y las colinas de más allá. Durante los últimos momentos, había estado observando el resplandor final de la puesta de sol volviendo el mundo de un breve y resplandeciente rosa. Sin embargo, tan pronto como la bola ardiente desapareció, el cielo se volvió de varios tonos de gris, desde el blanco sucio al acero. Los colores se superponían uno encima de otro, por lo que era imposible discernir dónde comenzaba uno y dónde terminaba otro. Y luego había llegado la lluvia.

Con una mirada de despedida hacia las centelleantes luces de Moenia al este, el inquisidor regresó adentro, donde se cepilló la capa furiosamente, como si su exposición a la abrupta lluvia la hubiera ensuciado de algún modo. Se alisó su espeso cabello castaño y se irguió, recto como un palo.

Nadie sabía cuántos años tenía el inquisidor, y Redge prefería que siguiera siendo así. Había pocos secretos en el Imperio, y le gustaba mantener tantos como pudiera.

El Inquisidor Loam Redge era uno de esos raros individuos que obtenían un gran placer de su trabajo. Encontrar a aquellos sensibles a la Fuerza, torturarlos y destruirlos eran sus principales prioridades, y también le proporcionaba el mayor gozo. Era muy bueno en su vocación, y siempre parecía como si estuviera disfrutando de una broma privada cuando estaba atareado en su principal ocupación. Esta retorcida felicidad, con el paso del tiempo, había grabado su marca en el rostro del hombre en forma de las arrugas más sutiles cerca de los bordes exteriores de sus ojos de color marrón. Aparte de eso, su cara era casi lisa. Podría tener treinta años, podría tener cincuenta.

Cuando estuvo satisfecho de su aspecto, el Inquisidor Redge se movió al pasillo. Caminó silenciosamente a través de la lujosa alfombra granate ribeteada con dorado que recorría el corredor. Era tan gruesa, que apenas oyó al MSE-6 que casi se escabulló entre sus pies. Los minúsculos droides negros y rectangulares plagaban el Retiro del Emperador, así como muchas de las naves e instalaciones terrestres imperiales de toda la galaxia. Cuando la agobiada compañía Rebaxan Columni se encontró al borde de la bancarrota, ofreció al Imperio un acuerdo a bajo precio para la adquisición de millones de ellos. Como la armada iba extremadamente corta en droides, aceptó. Ahora el Imperio estaba plagado de los pequeños autómatas.

El pequeño droide se detuvo a uno metro del inquisidor y extendió su pesado brazo manipulador, agarrando un trapo. Frotó febrilmente alguna mancha invisible en la pared de mármol beige. Redge estudió al droide por un momento mientras este limpiaba la superficie ya pulida antes de levantar ligeramente su capa y pasar más allá del MSE-6. Descubrió que la máquina le recordaba vagamente a una especie de pequeñas alimañas, y eso lo molestó ligeramente.

No había nadie más en el pasillo, y continuó disfrutando del lujo sereno del Retiro del Emperador Palpatine en Naboo. El mundo natal del Emperador era de un verde tranquilizante, con áreas de densos pantanos divididos por llanuras onduladas y colinas verdosas. Redge encontró la vista calmante y sabía que el Emperador Palpatine había elegido el lugar justo por ese efecto, no por ningún sentimiento sensiblero de lealtad con su mundo natal. Aunque había viajado a Theed, Moenia, Kaadara, Dee'ja Peak, y la mayoría de las pequeñas ciudades del relativamente pacífico planeta, el Inquisidor Redge aún no se había aventurado hacia las corrientes y canales que conducían al núcleo interior del planeta. Había escuchado de una fuente confiable que era posible viajar por todo Naboo sin asomarse a la superficie. En algún momento, él mismo tendría que explorar los pasajes o enviar a un asociado de confianza en su lugar. No había forma de saber qué o quién podría esconderse allí abajo. Naboo podía ser un refugio no solo para artistas y arquitectos, sino también para otros tipos menos deseables.

Desde que estableció el Retiro, el Emperador había tenido pocos problemas en el planeta y no se había visto ninguna señal de la Rebelión, por lo que Redge sabía. Y Redge se esforzaba por saber. La Reina Kylantha había prometido y demostrado su lealtad muchas veces a Palpatine. Pero al inquisidor le molestaba que ella no se hubiera preocupado por disolver el Consejo Consultivo Real de Naboo ni en imponer ningún cambio verdadero en la estructura democrática del gobierno. Si fuera realmente tan leal, entonces, ¿por qué no había hecho el gesto simple y abierto de disolver la fingida administración? ¿Era simplemente por su vanidad, para poder retener su título vacío, o había algo más? Estas preguntas molestaban al inquisidor durante las horas más oscuras de la noche.

Al doblar una esquina, Redge llegó a la entrada de una antecámara abovedada y cavernosa, lo suficientemente grande para albergar a varias guarniciones cómodamente. Al igual que el pasillo que conducía hasta allí, la cámara estaba compuesta completamente por mármoles rosados y beige moteados. Colgando a lo largo de las paredes y desde el techo curvo había estandartes granates y dorados, al igual que las alfombras que cubrían la miríada de pasillos del Retiro. Lámparas doradas cilíndricas colgaban del techo, arrojando brillantes charcos de luz sobre el pulido suelo. A lo largo de la pared más alejada, dos de los guardias personales del Emperador, envueltos completamente en carmesí, erguidos como centinelas junto a la puerta que el inquisidor sabía que conducía al sanctasanctórum del Emperador. Como espíritus vengativos, los guardias se mantenían inquebrantables en el cumplimiento de su deber, sin mover un

músculo. Sin embargo, la gran cámara no estaba completamente desprovista de movimiento.

A lo largo de la pared curva, cerca de una pequeña terminal informática, se encontraban dos soldados de asalto. A diferencia de Redge, la postura de estos soldados era relajada. Uno se apoyaba casualmente contra la pared… no era una tarea fácil, dado el hecho de que estaba vestido de pies a cabeza con una resplandeciente armadura blanca. Su colega tenía una pose solo ligeramente más militarista. Ninguno de los dos hombres miró a Redge, por lo que ninguno de los dos era consciente de su presencia. Deslizándose con suavidad, el inquisidor pudo escuchar su atropellada conversación.

—Te lo digo —graznaba el que estaba contra la pared hacia el otro—, si aún no han empezado a construir una nueva, nunca lo harán.

—Solo ha pasado un año —respondió el otro con más estática en su respuesta, su transmisor claramente necesitaba algo de mantenimiento—. Un equipo tan impresionante lleva tiempo repararlo.

—Te lo estoy diciendo —argumentó el primero—, que si aún no han reparado o reemplazado la Estrella de la Muerte, ya no lo harán. Y eso debería decirte algo.

—¿Qué quieres decir? —respondió su compañero, e incluso Redge pudo escuchar la inquietud en la voz mecanizada del hombre.

El primer soldado de asalto cambió ligeramente su postura.

—He escuchado rumores de que la Rebelión está creciendo, volviéndose más poderosa. Si pudieron acabar con un arma tan grande como la Estrella de la Muerte, ¿quién sabe lo fuertes que realmente son? Creo que el Emperador nos lo oculta —su voz había bajado sorprendentemente, considerando que tenía que hablar a través de un transmisor—. Creo que está ocultando muchas cosas.

—Hablar así hará que acabes muerto —le advirtió su amigo.

—O peor —agregó Redge con voz suave y melódica.

Ambos soldados se volvieron repentinamente, claramente tomados por sorpresa. Esa era la técnica que Redge disfrutaba más: golpear a un oponente desprevenido y atacar mientras se tambaleaba.

—Señor, yo… no sabía que estaba aquí —tartamudeó el primero.

—Obviamente —respondió Redge tranquilamente, disfrutando de la aparente incomodidad del hombre. Decidió dejarlo sufrir un momento más, así que permaneció en silencio, lo cual obligó al soldado a tratar de buscar una salida de la tumba que se había cavado.

—Lo siento, señor, no quería ser irrespetuoso. Solo estaba explicando mis preocupaciones a…

—No se moleste en tratar de explicarme nada a mí, soldado —interrumpió Redge con frialdad—. Sé exactamente lo que intentaba explicarle a su «amigo» —cabeceó hacia el otro hombre—. ¿Siente que nuestro Emperador le está ocultando cosas, que lo mantiene en penumbras, por así decirlo?

—Es solo que…

—Es solo nada —le advirtió Redge sombríamente, su fachada tranquila un recuerdo—. Sabe todo lo que necesita saber, ni más ni menos, como el resto de nosotros. Servir al Emperador es confiar en él por completo y no cuestionar nada.

Los soldados de asalto permanecieron en silencio, y el inquisidor sabía que ambos estaban demasiado asustados para hablar. Ese miedo calentaba su frío corazón. Las esquinas de sus finos labios se crisparon ante el creciente placer. Relajó su postura muy ligeramente.

—Pero —concedió graciosamente—, en parte tiene razón a su propia manera simplista.

—¿Señor? —cuestionó el segundo soldado, y Redge sabía que estaban buscando cualquier cosa con la que redimirse.

—La guerra está lejos de terminar —admitió él—. Tenemos la fuerza y el poder para aplastar a los rebeldes; eso es obvio. Sin embargo, los rebeldes son taimados, y al igual que las serpientes abanico, se han escondido bien y han creado nidos y guaridas en los niveles más altos de poder. Únicamente cuando expulsemos y exterminemos a los que están escondidos entre nosotros, la victoria será verdaderamente nuestra —explicó Redge, momentáneamente atrapado por su propio fervor.

Pero antes de poder continuar la discusión, sintió un cambio casi imperceptible en la presión del aire de la cámara. El vello de sus brazos se erizó, y Redge supo que la puerta del Emperador se había abierto.

Volvió la espalda a los dos soldados de asalto, su presencia era totalmente intrascendente ahora, y vio cómo una figura negra se separaba de las impenetrables sombras de la entrada. Mientras la rígida figura avanzaba, Redge sentía que se le revolvía el estómago y experimentó un momento de vértigo. Por muy sensible que fuera a la Fuerza, el inquisidor estaba casi abrumado por el poder del hombre que se movía hacia él.

La figura gigante estaba cubierta de pies a cabeza con una armadura color obsidiana. En su placa del pecho, una serie de dispositivos parpadeaba con azules y rojos, al ritmo de la respiración y los latidos del corazón. Su rostro estaba cubierto por una grotesca máscara de respiración con casco que se parecía al cráneo de un dios oscuro. Se movió veloz pero decididamente hacia el inquisidor, con su capa negra ondeando tras él. Parecía un ave de rapiña alada.

Redge vio vagamente por el rabillo del ojo que los soldados se ponían aún más firmes ante la ominosa presencia de lo que lo habían hecho con él. No notó mucho más mientras se dejaba caer con gracia sobre una rodilla en una reverencia profunda y obsequiosa.

—Lord Vader —susurró con la cantidad justa de reverencia.

—Levántate, inquisidor —ordenó Lord Vader con su voz profunda y rica, sus órdenes marcadas por su inconfundible respiración mecanizada—. Levántate y camina conmigo.

Redge se levantó tan elegantemente como se había arrodillado y resistió el impulso de sacudirse la capa una vez más, negándose a parecer petulante ante un Señor Oscuro de los Sith. Irguió la espalda aún más, pero todavía tenía que levantar la mirada hacia el Señor

Sith, que medía dos metros de altura. Antes de avanzar con Vader, sin embargo, se volvió para mirar a los dos soldados.

—Dado que ambos tienen tanto tiempo libre entre manos como para reflexionar, voy a tratar de reubicarles en un puesto que indudablemente encontrarán más… desafiante —les dijo—. Tal vez algo en el Sistema Hoth —musitó—. No creo que hayamos enviado muchos satélites allí por el momento. Preséntense ante su comandante de guarnición para nuevas órdenes. Su turno de servicio aquí ha terminado —con eso, se volvió y marchó junto a Lord Vader, considerando brevemente el lugar infernal al que eventualmente les enviaría.

Después de unos momentos de silencio que fueron claramente incómodos para Redge, habló a la sombra oscura.

—¿Sí, mi señor?

—El Emperador desea saber de sus progresos —demandó Lord Vader.

Redge luchó por mantener el equilibrio. El poder oscuro de la Fuerza emanaba de Vader en oleadas.

—¿Inquisidor? —exigió la voz distorsionada, y Redge supo que no haría la pregunta una segunda vez.

—Mi señor —comenzó—, entiendo la seriedad que rodea la naturaleza de la misión.

—¿De verdad? Me honra que esté de acuerdo conmigo —replicó Vader. Redge pensó que casi podía oír el sarcasmo en la voz del Señor Sith.

—Solo quería decir, Lord Vader, que comprendo completamente mi papel en esto.

—¿De verdad, inquisidor? —le preguntó Vader, deteniéndose justo antes de que los dos hombres llegaran a otro pasillo. Solo la respiración mecanizada de Vader se escuchaba haciendo eco en la antecámara. Redge estaba momentáneamente indeciso sobre cómo proceder. Darth Vader era la única criatura capaz de inspirar ese efecto en el inquisidor—. ¿De verdad sabe lo que significaría que el holocrón regresara a manos rebeldes? —continuó eventualmente el Señor Sith.

Redge tragó saliva.

—Sí, mi señor, creo que comprendo qué sucedería. Si los rebeldes logran recuperar ese dispositivo, con, entre otras cosas, su lista de simpatizantes rebeldes de alto nivel, y activan esos espías, el Imperio bien podría desmoronarse desde dentro.

Vader lo miró fijamente antes de levantar un dedo enguantado para señalar acusadoramente al inquisidor.

—¿Qué está haciendo usted al respecto? —demandó.

—Lord Vader, tengo a mi mejor agente en busca de este dispositivo incluso mientras hablamos. He entrenado a este agente muchos años, y creo que no hay nadie más adecuado para la misión. No fracasaremos —prometió, apenas escondiendo el temblor en su voz.

Vader se quedó mirándolo un momento más y luego se volvió para caminar a lo largo del pasillo, sus pesados pasos amortiguados por la gruesa alfombra. El inquisidor apresuró su paso para mantenerse a su altura.

—El incidente de la Estrella de la Muerte nunca volverá a ocurrir —le dijo Vader a Redge. El inquisidor sabía que el Señor Sith no estaba compartiendo una certeza con él, sino que simplemente pensaba en voz alta. Sin embargo, no hizo nada para interrumpir a Vader, asombrado como estaba en ese instante—. El hecho de que esos planos se deslizaran entre nuestros dedos y alcanzaran a los malditos rebeldes… —la voz de Vader se desvaneció y apretó los dedos de su mano izquierda.

Mientras lo hacía, Redge sintió una presión crecer alrededor de su corazón. Su respiración se aceleró, y manchas negras comenzaron a bailar alrededor de las esquinas de su visión. Aminoró el paso y vio vagamente que Vader continuaba, sin darse cuenta de que había perdido a su turbado compañero. Redge puso una mano contra su pecho. Sintió como si un fambaa estuviera sentado sobre él. Su cabeza flotaba. Entonces, tan abruptamente como comenzó, la presión desapareció. Apoyó una mano contra la pared de mármol y trató de recuperar el aliento antes de trotar débilmente tras Vader, que no había pausado su marcha.

—¿Inquisidor? —demandó Vader.

—¿Sí… sí, mi señor? —tartamudeó Redge, apenas recuperado del ataque inconsciente de Vader.

—¿Su mejor agente, dice?

—Sí, Lord Vader —dijo Redge, su voz cada vez más fuerte con el paso de cada instante—. Este agente no fallará.

Darth Vader se volvió y miró fijamente a Redge una vez más.

—Inquisidor, debería saber muy bien que no existe tal cosa como el fracaso dentro del Imperio. Sugiero que lo recuerde —levantó un dedo y lo sacudió una vez, ominosamente, hacia el inquisidor, y luego se giró y se fue. El siseo de su respiración automatizada se desvaneció mientras caminaba a lo largo del pasillo. Solo cuando Redge ya no estuvo en presencia del Señor Sith se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento. Lo dejó salir lentamente.

Redge regresó por el pasillo y caminó hacia una alcoba con una vista de la lanzadera personal del Emperador, un AT-ST montaba guardia cerca. Apoyó la cabeza contra la fría pared de mármol y suspiró. Sus pensamientos fluyeron del holocrón a su agente y de vuelta a la amenaza de muerte apenas disimulada de Vader. Comprendía demasiado bien lo que estaba en juego en esta misión. Redge suspiró y continuó mirando hacia la noche. La lluvia caía más fuerte.

La joven dirigió su mirada hacia el claro cielo nocturno. Estaba sentada en el suelo del bosque con los brazos alrededor de las rodillas dobladas y el pelo colgando en gruesas trenzas. No había nada extraordinario en ella a primera vista. Con su camisa suelta y pantalones moteados de los colores del bosque, no parecía más que una joven que observaba las estrellas al final de un largo día. Solo cuando su rostro quedaba a la vista alguien podría haber reconocido la forma serena en que se presentaba, aun estando sentada en el suelo. Y la mirada envejecida en sus ojos.

Senadora de un gobierno ahora disuelto y princesa de un mundo destruido, Leia Organa no había perdido su fe ni su sentido de propósito, aunque sus títulos no tenían ningún significado. Su voluntad estaba forjada del metal más duro, y eso la había llevado a través de los muchos tiempos oscuros a los que la Alianza se había enfrentado. Aunque solo tenía veintitantos años, era sabia más allá de sus años. Vestía el manto de la responsabilidad con una fortaleza que desafiaba la razón. Los numerosos soldados y comandantes que la seguían se asombraban ante la mujer que nunca mostraba miedo a nadie. Y Leia mantenía esa confianza frente a todos. Sabía que no podía permitirse no hacerlo. Aun así, había momentos, sobre todo en la oscuridad de la noche, cuando ella dudaba y se preocupaba. En esos momentos, si era posible, se escabullía de donde fuera que estuviera y respiraba aire fresco, no la atmósfera manufacturada de una base oculta o una nave estelar, tocaba el suelo y miraba las estrellas. Ese simple acto hacía que viera las cosas más claramente y siempre le traía paz. Le recordaba que era parte de un todo mayor y que había un orden en las cosas que debía seguirse. Saber que ella era parte de ese orden la renovaba y le daba fortaleza para continuar. Siempre había hecho esto sola, desde que era una niña. Pero eso había cambiado recientemente.

Leia escuchó el leve crujido detrás de ella, pero no buscó su pistola. De repente bajó la cabeza, cerró los ojos y sonrió. Sabía quién era.

El joven rubio se dejó caer en cuclillas junto a ella. Estaba vestido de la misma manera que ella. A la luz de las estrellas, Leia podía ver que también tenía una sonrisa serena. Pero sus ojos azules no eran tan inocentes como lo habían sido cuando lo conoció hace tantos meses. Había un toque de apagada tristeza en ellos y algo más, también. Algo que Leia podía ver que estaba creciendo. Sabía que con cada día que pasaba, Luke Skywalker estaba aprendiendo más y más sobre las formas místicas de los Jedi. Y ese camino del conocimiento lo estaba cambiando.

—Es tarde —le dijo, y ella notó que él no se molestó en preguntar por qué estaba fuera del refugio oculto rebelde. En los últimos meses, Leia descubrió que él compartía la misma necesidad que ella de sentir los mundos en los que estaban, aunque fuera un instante. Lo que sorprendía a Leia era que no percibía la presencia de Luke como una intrusión, sino que daba la bienvenida a su compañía. A veces se sentaban durante horas en silencio amistoso. La cercanía que sentía con él era algo nuevo para la princesa.

—Lo sé —susurró ella con voz ronca.

—¿Qué te preocupa esta noche, Leia? —preguntó él.

Leia suspiró. No le molestaba la pregunta. Ella *había* estado más preocupada últimamente. Y tal vez solo había otra persona con la que podría haber compartido sus temores, pero estaba en una misión en Corellia, lejos de la base temporal. Y, para ser honesta consigo misma, Leia tenía que admitir que a veces se ponía nerviosa con el contrabandista convertido en rebelde, como si hubiera un incierto flujo pasando entre ellos. Con Luke, ella simplemente se sentía como en casa.

—Nos queda mucho camino por recorrer —respondió finalmente, tratando de ocultar el cansancio en su voz.

—Pero hemos llegado muy lejos —le dijo él gentilmente—. Solamente la destrucción de la Estrella de la Muerte ya fue una gran victoria.

—Lo sé —convino ella—. Fue un éxito trascendental y un gran punto de convergencia para la Alianza. Cristalizó las esperanzas de muchos que estaban indecisos o atemorizados. Pero fue solo una victoria, y nos costó muchas vidas —confesó cansadamente.

—Tienes razón en todo —convino él—. Pero el Imperio fracasará porque ponen su fe en la tecnología en lugar de en la gente. No reconocen que todas las vidas que están tratando de destruir realmente marcan la diferencia y determinarán el resultado de esta guerra.

Leia lo estudió más atentamente. Por un momento, tuvo el mismo entusiasmo e ingenuidad que cuando se conocieron, cuando él creía que podría aplastar al Imperio solo. Ella sonrió y sintió que su humor comenzaba a aligerarse.

—Yo también lo creo, Luke —dijo—. Creo que es por eso que esta última misión me pesa tanto.

—¿El holocrón? —preguntó Luke, conociendo ya la respuesta.

—Sí. Los nombres almacenados en él podrían cambiar el rumbo para nosotros —admitió Leia—. Como has dicho, nuestra mayor fortaleza radica en aquellos que trabajan por el mismo objetivo que nosotros. Si esa lista cayera en manos imperiales, no solo significaría una muerte segura para esos simpatizantes, sino que también podría significar el final para nosotros. Así como necesitamos ayuda desde dentro del Imperio para vencer a la Estrella de la Muerte, necesitamos a esta gente y aún más los atisbos desde dentro del Imperio que nos puedan ofrecer.

Luke se acercó a ella.

—Has enviado a uno de tus mejores agentes para recuperarlo, ¿no?

—Sí —respondió Leia, y esta vez no se molestó en ocultar el cansancio en su voz—. Sí, he enviado a otro hacia el vacío, quizás hacia la muerte otra vez. Una más… —bajó la cabeza sobre las rodillas y cerró los ojos con fuerza. Y ni siquiera el brazo reconfortante de Luke sobre sus hombros pudo aliviar la carga que la Princesa de Alderaan tenía que soportar sola.

UNO

—¿Dónde tengo que ir? —gritó Dusque Mistflier a su colega. Ella se giró para mirarle, apenas capaz de oírse a sí misma por encima del ruido de la multitud.

—Creo que tenemos asientos más a la izquierda —respondió él.

Varios miembros de la ruidosa concurrencia se volvieron al oír la voz inusual de Tendau Nandon, a pesar de la atmósfera estridente. Era un sonido bastante difícil de entender, y a Dusque le había llevado varios meses comprender los inusuales armónicos de su habla.

Nandon era un ithoriano, una especie a los miembros de la cual algunos llamaban «cabezas de martillo». Con casi dos metros de altura, tenía una cabeza abovedada que descansaba sobre un cuello largo y curvo. Lo que le prestaba a su habla un tono tan curioso era que a lo largo de la parte superior de su cuello, no tenía una, sino dos bocas. Así cada vez que hablaba había un inusual efecto estéreo; algunos lo encontraban desconcertante cuando él usaba el Básico e imposible de comprender cuando se comunicaba en su lengua materna.

Dusque asintió hacia él y se giró en la dirección que le había indicado. Se apartó de los ojos el cabello castaño-rojizo que le llegaba hasta la cintura y se maldijo de nuevo por no habérselo atado para apartarlo de su cara. Pero Dusque odiaba preocuparse por sí misma, considerando que era un rasgo demasiado femenino. Ser femenina, tal como estaba aprendiendo, no era la condición más ideal dentro del Imperio, por lo que hacía un esfuerzo consciente por parecer lo menos femenina posible. Incluso había pensado en dejarse el pelo corto. En su corazón, estaba segura de que su género era la razón por la que la frenaban y no aprovechaban sus habilidades al máximo. Sentía que su misión actual era prueba suficiente de eso.

Aunque claro, se dijo a sí misma, *solo llevo unos meses en el cuerpo imperial de bioingenieros, pero aun así eso debería granjearme un poco de respeto que todavía no he visto.*

En cambio, de entre todas las cosas, se encontraba en el relativamente pacífico y bello planeta Naboo en un evento de cuidadores y adiestradores de animales, patrocinado por un casino. No era exactamente una asignación de ensueño, y Dusque sospechaba que se le había encomendado la tarea de recolectar muestras genéticas y registrar el comportamiento de las bestias adiestradas simplemente porque la mayoría de sus otros colegas, que eran más veteranos que ella, sentían que la asignación estaba por debajo de ellos. Por supuesto, siempre había algo valioso que aprender de los comportamientos de los sujetos cautivos, y Dusque habría sido la primera en argumentar ese hecho con cualquiera, pero se preguntó por enésima vez qué podía aprenderse de este fiasco.

La Nidada era un nuevo casino que se había abierto recientemente cerca de la ciudad de Moenia y ya se promocionaba como uno de los principales centros de apuestas de la galaxia. Y mientras Dusque inspeccionaba a la multitud de bothans, rodianos, humanos, comerciantes de animales corellianos y otros asistentes, no podía negar que había atraído

a una gran multitud, lo cual daba crédito a sus afirmaciones. Se había habilitado un ruedo especial con sillas cerca del casino, y se habían erigido apresuradamente mesas de apuestas para el evento. Cientos de personas habían acudido. Dusque vio que casi todos los asientos estaban ocupados y que decenas de otros observadores se encontraban por detrás del área de observación oficial. Como científicos imperiales, Dusque y el ithoriano tenían asientos en primera fila.

Dusque divisó dos asientos vacíos en la parte delantera, y se abrió paso hacia ellos con mucho cuidado. Sabía que Nandon no se sentía cómodo caminando en la superficie del planeta, y ella ajustó su zancada en consecuencia sin llamar la atención de Tendau sobre el hecho. No quería que pensara que lo trataba con condescendencia, pero ella conocía sus dificultades. Los ithorianos, en general, pasaban la mayor parte del tiempo en ciudades flotantes sobre Ithor, sin poner nunca un pie en su hermoso mundo natal, por lo que la mayoría se sentían cómodos solo en naves u otras construcciones artificiales. Sin embargo, algunos de los más aventureros de entre la pacífica especie se habían abierto camino hacia las estrellas. Tendau Nandon era uno de esos pioneros. Pero eso no atenuaba su incomodidad.

Dusque todavía estaba intentando comprender a su especie, pero entendía cuánto veneraban la naturaleza. De hecho, adoraban la naturaleza misma de su planeta y la llamaban la Madre Jungla. Teniendo en cuenta lo mucho que respetaban la ecología natural, no era de extrañar que muchos ithorianos llegaran a ser biólogos o bioingenieros, fascinados por todas las formas de vida. Y Nandon era uno de los mejores biólogos que Dusque había conocido. La única razón por la que su asignación actual era soportable era porque él había pedido ir con ella cuando nadie más hubiera querido.

Dusque no sabía qué impresión daban ella y el ithoriano ni siquiera en la ecléctica reunión del ruedo. Siendo una cabeza humana más baja que Nandon, Dusque era una mujer delgada, pero ocultaba hábilmente su forma nervuda bajo pantalones sueltos y una camiseta de gran tamaño. Nandon había mostrado su desaprobación respecto a su atuendo. Incluso él había aceptado la falsa importancia de la velada y se había vestido de manera acorde, poniéndose un abrigo especial que reservaba para ocasiones solemnes. Él la había urgido a vestir algo más formal, y Dusque se rio ante su sorpresa cuando ella le informó de que no tenía vestidos.

—¿Qué sentido tendría? —le había preguntado con sus ojos grises chispeando—. No se puede correr o escalar con facilidad cuando los llevas, ¿por qué tenerlos?

—Eso no es para lo que están destinados —había replicado él.

—No te veo a ti usar uno, aunque ese abrigo hace que tu piel plateada se resalte muy bien —dijo, y ambos estallaron en carcajadas.

Una vez más, estaba contenta de tener a un aliado entre sus estoicos colegas. Sin embargo, a pesar de su creciente amistad con el ithoriano, Dusque aún se sentía como una extraña en los laboratorios esterilizados de su lugar de trabajo.

—Aquí estamos —dijo ella y se sentó, tratando de no parecer demasiado desanimada.

—Podría ser peor —le dijo Nandon con su voz lírica.

—¿Cómo? —Dusque suspiró.

—Podría seguir lloviendo —señaló, y eso trajo una sonrisa torcida a la cara de Dusque. Ella suspiró, dándose cuenta de que él siempre señalaría algo positivo. Y él tenía razón. Había llovido mucho la noche anterior, y por ello todavía escucharon un sonido decididamente de absorción cuando caminaron entre los espectadores, pero sus sillas no se hundieron demasiado en el suelo mientras se acomodaban para lo que indudablemente iba a ser una larga noche.

Tendau tiene razón, se dijo a sí misma. *Somos bioingenieros y este es nuestro trabajo.* Resignada a su tarea, Dusque sacó un cuaderno de datos y un lápiz óptico, lista para tomar notas sobre sus observaciones. Pero su corazón no estaba en eso. No por primera vez, se preguntó a dónde la habían conducido las decisiones de su joven vida.

De familia numerosa, Dusque fue la más joven. Y había sido la única hija que concibieron sus padres. Habiendo crecido en Talus, fue alternativamente la bebé y la mascota, siempre bajo la atenta mirada de sus cuatro hermanos. Ella los persiguió en sus aventuras infantiles, con el tiempo creció haciéndose lo suficiente fuerte como para seguir sus carreras, escaladas y acompañarlos en la construcción de campamentos improvisados. Sus malas pasadas y travesuras la endurecieron más que la mayoría de gente, ya que Dusque sentía que tenía que tomarse las burlas con compostura. No hubo lágrimas cuando era pequeña. Sus hermanos no lloraban, por lo tanto ella tampoco.

Su padre había trabajado diligentemente para una pequeña compañía que fabricaba componentes de naves espaciales. No tan prestigiosa como las empresas ubicadas sobre Corellia, pero había sido un buen trabajo. Y él había sido un gran trabajador. Su madre mantuvo la casa y vendó a los niños cuando se hicieron cortes y rasguños. Fue una vida simple pero buena. Lamentablemente, no duró.

A pesar de que ella había sido poco más que una niña en aquel momento, Dusque recordó cuando los imperiales comenzaron a hacer notar su presencia a los que trabajaban en Talus. Y recordó cómo su padre llegaba a casa por la noche, agotado y preocupado, preguntándose para qué estaban siendo utilizadas las naves que ayudaba a construir. Muchas veces él y su madre hablaron hasta tarde sobre ello, y Dusque recordaba haberse escabullido de la cama para escucharlos de vez en cuando. Siempre hubo lágrimas y acusaciones cuando hablaron sobre el tema. Pero, sobre todo, hubo miedo. Incluso ella sintió que sus padres estaban asustados. Las tensiones crecieron en su modesto hogar. Y luego llegó el día en que su padre no regresó a casa.

Su madre recibió la noticia de que se había desplomado en las instalaciones de fabricación y que para cuando sus compañeros de trabajo lo llevaron al médico, ya fue demasiado tarde. Su corazón simplemente dejó de funcionar. Todo cambió para Dusque entonces. Sin su padre para mantener unida a la familia, esta se deshizo por las costuras y finalmente se derrumbó. Su madre nunca se recuperó realmente de la pérdida de su marido y se convirtió en una sombra más que nunca. Atendía a sus hijos y se movía como un fantasma, como si hubiera perdido su sustancia y hubiera dejado de existir. Fue en ese momento cuando Dusque hizo un juramento: nunca se permitiría a sí misma llegar a esa

situación, sin importar el coste. Y nunca más se preocuparía por nada igual que lo había hecho por su familia, porque el precio de la pérdida era demasiado alto.

Sus dos hermanos mayores abandonaron sus estudios y siguieron la profesión manual de su padre. Dusque vio cómo ello los envejecía prematuramente, así que enterró la nariz más profundamente en sus deberes escolares, decidida a no tomar ese camino. Y cuando terminaba sus deberes por la tarde y su hogar se oscurecía, se escabullía de su pequeña habitación y se escondía en el bosque donde ella y sus hermanos solían acampar en tiempos más felices. Se volvió más retraída con la gente y pasó horas y horas estudiando a las criaturas nativas de su localidad. Comenzó a preferir su compañía a la de otras personas, encontrando que sus rastros y hábitos eran más fáciles de leer que los de los humanos. Su hermano menor se unió a las filas de las fuerzas imperiales, decidido a convertirse en piloto y volar a través de las estrellas, tan decidido como Dusque a dejar atrás su pequeña casa. Unos meses después de unirse, murió en un accidente de entrenamiento. Y por primera vez desde la muerte de su padre, Dusque vio a su madre mostrar una ira y un fuego que ella no supo que la mujer poseía.

Por un momento, su madre fue como un animal furioso, y Dusque vislumbró cuán profundo era su odio por el Imperio. Los culpó por la muerte de su hijo menor así como por la de su esposo. Pero su furia se consumió rápidamente y una vez más, no fue más que el caparazón de la mujer que fue antes. Ese fue el año en que Dusque se graduó con altos honores y optó por seguir el camino de la bioingeniería. En su opinión, esta carrera combinaba sus dos mayores deseos: le permitía continuar estudiando y rastrear animales, y eso la sacaría de su mundo natal. Pero debido a que era una profesión que respondía a, y era gobernada por, el Imperio, Dusque nunca estuvo realmente segura de lo mucho que su decisión pudo haber roto lo que quedaba del corazón de su madre.

Durante los siguientes años, completó los estudios avanzados necesarios para proceder a la bioingeniería. El único esfuerzo que tuvo que hacer durante sus estudios fue dominar el conocimiento médico de química orgánica. Este resultó ser el mayor problema con el que tuvo que lidiar, porque no resultaba intuitivo para ella. En cambio, el aspecto de exploración de su elección de carrera vino como una segunda naturaleza. Las habilidades de supervivencia, así como el atrapamiento, la caza y la exploración, todo ello era instintivo para ella, y sobresalió entre sus compañeros de estudios, terminando la segunda de su clase. Su buen hacer llamó la atención de varios científicos prominentes del grupo imperial, eso junto con obtener una estupenda recomendación de su instructor le otorgó un puesto como bioingeniera.

Dusque, sin embargo, pronto descubrió que era frustrante distinguirse entre sus colegas cuando ya no competía por notas y calificaciones en exámenes. Ella respondía ante un supervisor más mayor llamado Willel, quien nunca parecía confiar en ella para ningún proyecto de valor sin importar lo que hiciera. Tarea aburrida tras tarea aburrida se convirtió en la tónica, cada una de las cuales completó diligentemente. Incluso encontró formas de hacer las asignaciones más emocionantes para ella, aunque sus superiores nunca supieron de sus excursiones adicionales. Aun así, continuaban asignándole los

estudios más simplistas, y lo único que podía concluir era que estaba atrapada en un mundo de hombres. La mayoría de los otros con los que trabajaba habían ocupado sus puestos por décadas, y parecía que no había margen para avanzar dentro de los escalafones. Había cambiado lo que sentía que era una vida sin futuro con su familia por lo que parecía una carrera sin futuro con el Imperio. Y su paradero actual solo confirmaba su convicción.

—Creo que va a comenzar —le dijo Tendau, interrumpiendo su depresiva ensoñación. Dusque regresó al presente y miró en la dirección que el ithoriano había indicado.

Una pequeña figura humanoide con una llamativa túnica entraba en el ruedo desde un costado y se dirigía al centro. Su piel verde, antenas y hocico flexible le decían a Dusque que era un rodiano. No le sorprendió ver a uno de su especie en el centro del escenario, por así decirlo. Ella sabía de varios clanes que habían escapado a la atenta mirada del Gran Protector y habían abandonado la devastada ecología de Rodia. La mayoría se habían convertido en dramaturgos del más alto calibre, y Dusque había visto recientemente una excelente representación de una compañía itinerante. Pero siempre había algo que ella encontraba furtivo en ellos, con sus ojos multifaceteados que eran casi imposibles de leer. Dusque le daba un gran valor a lo que veía en los ojos de los demás.

El locutor se aclaró la garganta antes de dar unos golpecitos a un pequeño transmisor conectado a su capa.

—Permítanme ofrecerles una cálida bienvenida a todos ustedes a esta hermosa velada. Mi nombre es Eban Trey, y seré su anfitrión en las festividades de esta noche —dijo con una gran floritura.

»Déjenme ser el primero en darles la bienvenida al mejor establecimiento de apuestas del Borde Medio: el Casino Nidada. Para lanzar la gran inauguración oficial del casino, tenemos una velada de eventos extraordinarios para su entretenimiento. En un momento, daré paso en este escenario a una increíble mezcla de animales exóticos que la mayoría de ustedes nunca ha visto antes o volverán a ver en un solo lugar.

»Junto con sus cuidadores y adiestradores, se enfrentarán entre sí hasta que solo los más hábiles queden en pie. Pero… —añadió con un toque dramático—, eso no señalará el final. Después de que el ganador haya sido galardonado con su premio, abriremos oficialmente las puertas del casino, y los primeros cien que pasen a través de la entrada recibirán cien créditos.

Ante su declaración, la multitud se volvió loca. El rodiano, claramente un maestro del ritmo, hizo una profunda reverencia y salió corriendo del ruedo. Dusque se removió en su asiento y suspiró decepcionada. Las luces externas que rodeaban el ruedo improvisado se atenuaron dramáticamente, y la multitud guardó silencio. Los únicos sonidos eran los que procedían de los pantanos cercanos. Cuando las luces se encendieron de nuevo, parpadearon en un patrón intermitente. Desde el punto este del ruedo, Dusque vio que el primero de los concursantes entraba al ring.

Liderando el desfile de criaturas había una rara visión. Una hembra twi'lek de piel azul pálido iba sentada sobre un cu-pa, en realidad cabalgaba sobre la bestia de reluciente pelaje rosado y azul entrando en el ruedo. Los cu-pas eran originarios de Tatooine, Dusque lo sabía; parecidos a los tauntauns, eran muy dóciles pero no muy inteligentes. El simple hecho de que la mujer fuera capaz de montar y dirigir a la criatura era un espectáculo fascinante. Dusque notó que la twi'lek tenía sus dos tentáculos de la cabeza fuertemente envueltos alrededor del cuello del cu-pa, y se preguntó si eso la ayudaría a dirigir al animal. Grabó sus observaciones, reservando sus conclusiones para más tarde, cuando esperaba tener más información.

Un wookie conducía un pequeño rebaño de squalls de orejas flexibles, y se escucharon bastantes risitas entre los espectadores. Incluso a Dusque le costaba no reírse al verlo. Sin embargo, todas las risas cesaron tan pronto como el wookie echó la cabeza hacia atrás y rugió descontento. El sonido feroz hizo que incluso Dusque se sentara un poco más derecha en su asiento.

Después del wookie, siguieron más cuidadores y criaturas haciendo una sola pasada por el ruedo. Mon calamaris llevaban pescadores subidos en sus hombros, con sus patas en forma de arpón colgando, trandoshanos cabalgaban sobre gatos colmilludos, humanos seguían por detrás a reinas flewt que tensaban sus ataduras, e incluso cosas más extrañas marchaban por el ruedo. Dusque lo registró todo, hasta el más mínimo detalle.

—No he visto tantas criaturas desde que estuvimos en la Exhibición y Feria de Ganado de Coruscant —le susurró Tendau a través de sus dos bocas.

—Tienes razón —aceptó ella de mala gana—. Ahora que me lo recuerdas, no me sorprendería si también vemos a algunos de aquellos comerciantes aquí. Ciertamente aquí hay una reunión lo suficientemente grande.

El ithoriano asintió de acuerdo.

—Sospecho que sí.

La mayoría de los asistentes tenían aspecto de turistas bien vestidos, ni más ni menos. Dusque vio que la mayoría hacía viajes frecuentes a las mesas de apuestas, y estaba claro que las probabilidades en los enfrentamientos estaban en constante fluctuación. Mientras estiraba el cuello para observar, se sorprendió momentáneamente al ver un par de ojos casi negros que la miraban fijamente. Ladeó la cabeza mientras veía que los ojos coincidían con el cabello color ébano del humano que la estaba mirando. Ella giró bruscamente la mirada de vuelta hacia la escena frente a ella. Como espectadora entrenada, Dusque se sintió repentinamente incómoda cuando se dio cuenta de que ella era la que estaba siendo estudiada.

Muy nerviosa, se ocupó de sus observaciones. Un cerdo zucca se enfrentaba a una rata womp. Ambos animales eran nativos de Tatooine, y Dusque se dio cuenta de que para las rondas inaugurales, solo animales del mismo planeta se veían obligados a luchar entre sí.

—A pesar de que el cerdo tiene el peso de su parte —le susurró ella a su colega—, no tiene ninguna posibilidad contra esos incisivos.

—¿Estarías dispuesta a apostar por eso? —se escuchó un comentario sarcástico por detrás de ella—. Mis créditos están con el zucca.

Dusque ni siquiera volvió la cabeza para reconocer al interlocutor.

—Entonces estás a punto de ser muy pobre —negó con la cabeza mientras él soltaba un bufido de burla. Lo vería pronto.

Cuando sus adiestradores los soltaron, los dos competidores cargaron el uno hacia el otro. Y como Dusque había sospechado, aunque el cerdo tenía más músculo para fundamentar su ataque, no tenía la agilidad de la saltarina rata. Cuando el cerdo estuvo lo suficientemente cerca como para cornear a su oponente, el nativo de Tatooine más pequeño saltó a un lado. El zucca no fue capaz de detener su carga a tiempo de escapar de los terribles dientes de la rata womp. La piel del cerdo era dura, pero no lo suficientemente fuerte como para resistir los repetidos ataques del torneo. Cada vez que el cerdo intentaba volver a prepararse y cargar, la rata womp lo esquivaba con un salto ágil. Fue solo cuestión de tiempo que el cerdo cayera. El adiestrador de la rata womp se adelantó desde una esquina y llamó a su criatura para que lo siguiera. Con solo una mirada hacia atrás, la rata womp siguió a su adiestrador y salió del ruedo. Un juez se apresuró a verificar la condición del cerdo y, mientras el adiestrador del cerdo luchaba por retirar el cadáver, la rata womp fue declarada ganadora y avanzó a la siguiente ronda. Dusque lo anotó todo.

Por detrás, pudo oír al disgustado jugador maldecir. Lanzó su puñado de boletos al suelo y se fue. Tendau se inclinó hacia ella una vez más.

—Estoy impresionado —le dijo.

—Era obvio —respondió Dusque, desechando el cumplido—. Este combate era desigual.

—No —la corrigió—, quería decir que estoy impresionado porque no le has dicho *te lo dije* —vio que él estaba sonriendo con la boca que estaba hacia ella. Ella le devolvió la sonrisa.

Las siguientes rondas fueron más o menos lo mismo, y Dusque aprendió muy poco sobre el comportamiento que no hubiera comprobado anteriormente en algún otro mundo. A pesar de que mantenía sus expresiones faciales al mínimo, tenía cada vez más náuseas a medida que avanzaba la velada. Observó cómo un magnífico espécimen tras otro eran hechos trizas simplemente por la diversión de la multitud y un puñado de créditos. La única conclusión que estaba esbozando era que no había fin a lo que el Imperio permitía que se propagase.

Incapaz de soportar la matanza, se encontró con que sus ojos volvían a alejarse de los eventos escenificados de vuelta a la multitud. Cuanto más viciosas eran las peleas, más frenética se volvía la multitud. Vio que la mayoría de personas estaban de pie, con los boletos y fichas bien apretados en sus manos. Muchos gritaban amenazas o palabras de aliento a sus favoritos, alternando indiscriminadamente entre ambas fórmulas. Y, casi discretamente, una pequeña guarnición de soldados de asalto imperiales patrullaba la periferia del ruedo, aparentemente para mantener a raya todo lo que pudiese ser atraído

desde los pantanos por el creciente hedor a sangre. Como de costumbre, el Imperio siempre estaba presente. Mientras Dusque continuaba observando a la muchedumbre, descubrió ese mismo par de ojos color obsidiana mirándola de nuevo.

Cuando él levantó una mano, Dusque inconscientemente se llevó la mano a la garganta. Por un momento, pensó que de algún modo él le estaba enviando alguna señal, y se preguntó qué debía hacer. Pero él simplemente se apartó parte de su rebelde cabello negro de los ojos y continuó mirándola fijamente. Ella se giró de nuevo, sintiéndose repentinamente tonta y perdida.

—Ya casi ha terminado —le dijo el ithoriano—. Solo unos pocos siguen en pie.

Dusque se concentró en su cuaderno de datos, tratando de entretenerse con sus anotaciones. Las últimas criaturas que quedaban eran un malkloc de Dathomir y un revoloteador hostigador de Lok. El malkloc literalmente había atropellado a sus rivales. Más grande que un tauntaun, los malklocs tenían un cuerpo pesado y un cuello largo. Dusque recordó de sus estudios que estaban cerca de la cima de la cadena alimenticia en Dathomir debido a su gran masa. Solo un toro rancor adulto tenía alguna esperanza de derribar a uno de estos gigantes. Afortunadamente para el resto de la población animal, los malklocs eran herbívoros, contentos de pasar sus horas de vigilia masticando miles de hojas todos los días, felizmente ajenos a lo que les rodeaba. Este malkloc, sin embargo, había sido entrenado para responder a las órdenes de su cuidador, al igual que todos los demás especímenes que se habían presentado en el ruedo. Había aplastado a cada uno de sus oponentes bajo sus tremendos pies. Pero sus pies no lo ayudarían contra su oponente final.

En el otro lado del ruedo, una hembra trandoshana estaba sacando a su preciada criatura. Era uno de los revoloteadores hostigador más grandes que Dusque hubiera visto. Indígenas de Lok, estas criaturas tenían una piel dura y curtida, un pico increíblemente afilado y una envergadura de ala que generalmente era más grande que la altura de un gran wookie. Muy pocos seres vivos podrían enfrentarse a uno de estos reptavianos.

—La única posibilidad que tiene el malkloc —le susurró Tendau a Dusque—, es el hecho de que el revoloteador tiene un ala dañada debido a su forcejeo con el gato fatal de la ronda anterior —señaló hacia la herida con su largo brazo plateado.

—Y el hecho de que normalmente cazan en bandada —agregó Dusque. Vio que el ithoriano asentía de acuerdo, pero apartó la mirada cuando se dio la señal para que los animales atacaran. Sabía que él estaba tan asqueado como ella ante el sangriento escenario frente a ella. Las parodias como esta no eran la razón por la cual ninguno de los dos se había convertido en biólogo.

El enfrentamiento terminó bastante rápido. El malkloc cargó y calculó mal. En el momento en que pasó sin éxito como un trueno más allá del revoloteador, el reptaviano se abalanzó con dificultad hacia la pesada bestia y aterrizó en la espalda del malkloc. Clavó sus garras en la dura piel del herbívoro y levantó su pico. Cuando tuvo un agarre sólido, el revoloteador bajó la cabeza y enterró su pico profundamente en el cuello del malkloc. Y entonces comenzó a alimentarse.

Dusque se dio la vuelta, sin ningún deseo de observar al chupasangre actuar. Casi inconscientemente, miró de vuelta en la dirección del humano que había estado observándola… y descubrió que todavía la estaba mirando, tal como lo había hecho antes. Ella se encontró con su mirada y la sostuvo por unos momentos hasta que él hizo algo inesperado. Le guiñó un ojo.

Dusque estaba perdida. Sabía que debería sentirse ofendida, o debería ignorarle por lo menos, pero no sabía cómo responder. Casi en contra de su voluntad podía sentir cómo empezaba a ruborizarse. Pero antes de que pudiera decir o hacer algo, un ruido sordo sacudió las gradas y ella se giró para mirar de nuevo hacia el ruedo.

El malkloc finalmente había caído al suelo. La adiestradora del revoloteador salió de su esquina e intentó apartar al sangriento vencedor de su premio incluso mientras aceptaba sus créditos como ganadora del gran premio de la velada.

Cuando Dusque reorganizó sus pensamientos, se volvió de nuevo hacia su admirador, pero él se había ido. Ella escudriñó rápidamente a la multitud: no estaba en ningún lugar a la vista. El ithoriano notó que estaba angustiada y le puso una mano sobre el hombro. Tampoco pudo dejar de notar su aspecto ruborizado.

—¿Estás bien? —preguntó.

Dusque se tomó un momento antes de contestar.

—No estoy segura.

DOS

En el momento en que se anunció el ganador oficial, un griterío se elevó entre las masas. Casi como uno solo, los espectadores se volvieron y se dirigieron hacia la entrada del casino tan rápido como pudieron, y Dusque estaba segura de que era con el destello de créditos gratuitos danzando ante sus ojos. Algunos de los miembros más lentos de la multitud graznaban sorprendidos y adoloridos mientras eran empujados a un lado y pisoteados por los clientes más enérgicos. Pero ella vio que incluso los lentos se recuperaban y trataban de abrirse paso a empujones.

Dusque reunió su material y recogió su pequeña bolsa. Agarró la barandilla y fácilmente pasó las piernas por encima. Miró por encima del hombro y le dijo al ithoriano:

—Voy a recoger algunas muestras. Solo será un momento —sabía que Tendau probablemente enfermaría si tenía que caminar a través del ruedo salpicado de sangre. A ella tampoco le emocionaba la perspectiva, pero sabía que ella no podía enfermar físicamente por el contacto como su colega.

Dusque avanzó hacia el otro lado del estadio temporal donde había visto la mayoría de los cadáveres arrojados apresuradamente entre rondas. Solo había un adiestrador que se había quedado atrás, junto con algunos ayudantes que ya estaban comenzando la tediosa tarea de desmontar el recinto ferial. Notó que el adiestrador todavía estaba acariciando el costado de su wrix caído. Él no le prestó atención, pero uno de los ayudantes se acercó a ella.

—Dusque Mistflier —se identificó y le mostró sus credenciales. Como siempre, la visión de su autorización no dejaba lugar a preguntas, garantizándole acceso inmediato a todo lo que ella requiriera.

—Bioingeniera imperial, ¿eh? Un lugar un tanto remoto para usted este, ¿verdad? —puntualizó.

Dusque ignoró sus risitas y su insulto implícito y pasó por su lado. Respirando por la boca para evitar el olor, se echó el pelo hacia atrás y sacó las herramientas de su bolsa. Entonces comenzó a extraer metódicamente muestras de sangre y tejidos de las criaturas muertas. Cuando recolectó y almacenó todo el ADN, se limpió las manos con una toallita estéril y comenzó a caminar de regreso hacia el ithoriano. Pero el adiestrador del wrix la llamó y trotó tras ella. Dusque se detuvo y lo esperó.

Por sus tatuajes y cuernos vestigiales, Dusque sabía que era un zabrak. Y obviamente estaba angustiado por la muerte de su criatura.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó cortésmente Dusque.

—Te he visto tomar muestras de mi wrix. Quiero saber cuántos créditos quieres por clonarle —demandó.

—Lo siento —respondió ella, algo sorprendida por su petición—. No tengo el equipamiento adecuado para ese tipo de procedimiento. Y no creo en la clonación —agregó—. Cuando las cosas mueren, deben permanecer muertas.

Pero el zabrak no pareció valorar su respuesta.

—Sé lo que tú y los de tu tipo hacéis —espetó, su ira obviamente haciéndolo imprudente—. Recorréis la galaxia recogiendo pequeños fragmentos de todo lo que encontráis y regresáis corriendo a vuestros laboratorios. Mezcláis y combináis las cosas a vuestro antojo, o al del Emperador, sin pestañear. Bien —agarró a Dusque por la parte superior de su brazo—, lo clonarás para mí y lo harás ahora.

Dusque se giró bruscamente y liberó el brazo de la sujeción del zabrak. Pero antes de que sucediera algo más, los dos ayudantes se apresuraron a detenerlo.

—Vamos, vamos —lo calmó el ayudante que había hablado con Dusque—. No es buena idea meterse con los de su tipo. Has visto su rango. Tócala y tendremos que encontrar una manera de clonarte a ti —bromeó con nerviosismo y Dusque lo vio mirando hacia los soldados que patrullaban. La situación se hizo más evidente para el zabrak, y enojado apartó de un empujón a los ayudantes.

—Tienes razón —gruñó—, ella no lo vale. Ninguno de los de su tipo lo vale. Son peores que las abominaciones que cocinan en sus laboratorios —y con eso, caminó de vuelta hacia su criatura caída.

Dusque se volvió y caminó el resto del camino de vuelta a Tendau sin más incidentes. Podía ver que el ithoriano parecía preocupado, así que compuso una sonrisa y negó con la cabeza con fingido disgusto. Pero las palabras del zabrak permanecían con ella. Sabía que muchos de sus superiores en los laboratorios hacían exactamente lo que el adiestrador había acusado de hacer a ella. Experimentaban, manipulaban y se oponían al orden natural de las cosas, todo en nombre del Emperador. Dusque intentó convencerse a sí misma de que era solo una xenobióloga, tomando muestras para estudiar y documentar comportamientos. Aun así, tenía una ligera sospecha de para qué se usaban algunas de sus muestras; simplemente elegía no reconocer la verdad.

—¿Estás bien? —le preguntó Tendau cuando llegó a su lado.

—Sí, sí —le aseguró—. Estoy bien. Él solo estaba angustiado por la muerte de su mascota. Si le hubiera importado tanto, nunca debería haber participado en el concurso.

—El atractivo de los créditos puede ser muy fuerte para algunos —dijo Tendau—. Y a veces la gente simplemente comete errores.

Dusque levantó la mirada bruscamente hacia él ante su última declaración y vio que él la estaba mirando fijamente con sus profundos ojos marrones.

—Ya basta de seriedad —prosiguió después de un momento de silencio—. Todavía es temprano. Ahora que todos los tontos se han zarandeado y empujado para entrar en el casino, ¿por qué no vamos y vemos de qué va todo ese revuelo, hmm?

—Es un poco tarde —comenzó Dusque, tratando de excusarse, pero reconoció la determinación en la cara del ithoriano.

—Apenas acaba de ponerse el sol —la corrigió él. Extendió la curva de su largo brazo y dijo—: ¿Por qué no ponemos a prueba nuestra suerte esta noche?

Dusque negó con la cabeza con una sonrisa.

—Nunca te rindes, ¿verdad? —y deslizó su brazo entre el suyo.

Dusque se llevó una mano a los ojos y descubrió que necesitaba entrecerrarlos ante las parpadeantes luces. El casino era una colmena de actividad, vistas y olores. Tan pronto como ella y el ithoriano doblaron una esquina tras la entrada, sus sentidos fueron atacados por el ruido y las luces.

La sala principal era enorme y estaba llena más allá de su capacidad de jugadores entusiastas. A lo largo de una de las paredes más alejadas, una fila tras otra de máquinas tragacréditos bipeaba y trinaba. Y casi todos los dispositivos estaban en uso. Dusque observó por unos momentos y vio que muchos más créditos entraban en las máquinas de los que salían. Pero de vez en cuando, un usuario saltaba de un lado a otro mientras su máquina emitía una alarma ganadora y algunas fichas de crédito salían disparadas.

A su derecha, Dusque vio al menos tres ruletas en funcionamiento. Una docena de jugadores o más estaban hacinados alrededor de cada una de las mesas, apilando sus fichas en sus números favoritos. Dusque notó que algunos consultaban discretamente pequeños cuadernos de datos; no estaba segura de si estaban tratando de desarrollar un sistema o simplemente querían ver cuántos créditos quedaban en sus cuentas bancarias. Ni siquiera podía comenzar a adivinar cuánto estaba recaudando el casino en su gran espectáculo de inauguración.

—Amiga mía —le dijo Tendau—, ¿por qué no pruebas tu suerte en alguno de los juegos?

—No importa —le dijo al ithoriano mientras le daba unas palmaditas en la mano—. No me gustaría desperdiciar créditos.

—Te he visto observar algunas de las mesas; sabes que quieres probar. Adelante —la instó—, y diviértete un poco —se inclinó cerca de su oreja derecha y susurró—: Estoy seguro de que podremos encontrar una forma de reclamar cualquier pérdida como gasto necesario.

Por un momento estuvo aturdida, pero una sonrisa se extendió por su rostro a pesar de sí misma. No sería la primera vez que ella y el ithoriano habían forzado un poco las reglas.

—Está bien —convino finalmente—. ¿Y tú? No te quedarás simplemente sujetando mi bolsa, ¿verdad?

—No seas tonta, niña. Creo que he visto a Mastivo, el comerciante coruscanti, y me gustaría intercambiar algunas palabras con él —dijo.

—Salúdale de mi parte, ¿quieres?

—Por supuesto. Ahora diviértete —y con eso, el ithoriano se alejó hacia la ruidosa masa.

Lo único que no ha hecho, pensó, *es darme unas palmaditas en la cabeza y algunos créditos.* Pero Dusque sabía que tenía buenas intenciones.

Se dirigió a una de las ruletas y arrojó una ficha de crédito a un número al azar, más por complacer al ithoriano que por cualquier otra cosa. Cuando la rueda dejó de girar, estuvo encantada al descubrir que había ganado. Sonrió ampliamente y recogió sus ganancias. Sin embargo, sin que su colega actuara como escolta, Dusque pronto se dio

cuenta de que más de unos pocos hombres humanos alrededor de la mesa la estaban evaluando, a pesar de su atuendo apagado. Se mudó a una ruleta diferente y probó de nuevo. Se sorprendió al ganar una vez más. Incluso Dusque no podía negar la pequeña excitación de vencer las probabilidades.

Con los dos bolsillos llenos de fichas, aceptó una bebida azul de origen indeterminado y sorbió con cautela. Frunció el ceño ante el sabor. Lo que fuera era extremadamente embriagador, y dejó la bebida de vuelta en el primer asiento vacío que encontró. Dusque nunca permitía que su juicio se viera comprometido, sin importar la ocasión, y no estaba dispuesta a comenzar esa noche. Deambuló por el casino y se dio cuenta de que tenía un principio de dolor de cabeza. Se dio cuenta de que había algunas habitaciones semiprivadas en la parte posterior que parecían bastante tranquilas, así que se dirigió hacia ellas, esperando encontrar un lugar donde pudiera recomponerse.

Cuando se acercó, sin embargo, se dio cuenta de que cada habitación estaba llena de jugadores sentados en mesas lo suficientemente grandes como para acomodar a unos cinco más o menos. Cada uno de los jugadores tenía algunas cartas entre manos, y un crupier se sentaba frente a ellos. Cualquiera que fuese el juego, se dio cuenta de que todos se lo tomaban muy en serio, lo cual explicaba por qué las habitaciones eran tan silenciosas en comparación con el resto del casino. Dusque estaba de pie en la entrada a la habitación y vio cómo el crupier presionaba un botón especial en la mesa y los jugadores examinaban sus cartas. Algunos procedieron a colocar una o más cartas en el campo de interfaz del crupier, mientras que otros permitieron que el crupier continuara presionando el botón.

Debe enviar algún tipo de señal, razonó ella.

Pero lo que estaba apilado en el centro de la mesa desconcertó a Dusque. Sabía que debían estar apostando, pero no reconoció los marcadores que estaban usando. No eran las simples fichas de crédito que todos, incluida Dusque, usaban en el resto del casino. Frunció el ceño con perplejidad, pero podía decir por el sombrío comportamiento de los apostadores que ninguno apreciaría preguntas de una no-jugadora. Estaba tan absorta en el juego que no se dio cuenta de que un hombre se acercó para pararse junto a ella.

—Vaya, hola —dijo después de pasar inadvertido por Dusque durante un largo momento.

Sobresaltada, Dusque se volvió y respondió:

—Hola.

—Permítame presentarme —dijo el humano de piel morena—. Mi nombre es Lando Calrissian. ¿Y usted es…?

Dusque maldijo silenciosamente a Tendau por arrastrarla aquí cuando podría estar sola revisando documentos en su tranquila habitación. Si bien no había discusión sobre que el hombre era guapo y obviamente encantador, era un poco demasiado llamativo y galán para su gusto. Ella ya había conocido a los de su tipo antes.

—Mi nombre es Dusque Mistflier —respondió ella con una sonrisa y, después de un momento, giró la mirada de vuelta al juego, esperando que él lo tomara como una señal

de que no estaba buscando compañía. Sin embargo, el hombre no fue disuadido tan fácilmente.

—No he podido evitar notar que estaba intrigada por la mesa de sabacc. ¿Le gustaría jugar? —invitó sugestivamente.

Ignorando su insinuación, Dusque respondió con sinceridad:

—Creo que entiendo los rudimentos del juego, pero no reconozco los marcadores con los que están jugando. ¿Cuáles son las apuestas?

Lando sonrió ampliamente, revelando unos dientes blancos.

—Dicen que si tienes que preguntar, entonces no puedes permitirte el lujo de jugar —se rio gravemente, pero Dusque no percibió ninguna maldad en su tono. Ella le devolvió la sonrisa.

—Entonces supongo que ahí tienes la respuesta —dijo ella, y ambos sonrieron de nuevo.

—En realidad —explicó, aprovechando la oportunidad para acercarse un poco más—, los marcadores tienen diferentes valores. ¿Ve ese azul de allí? —señaló hacia una ficha sobre la mesa, y Dusque asintió—. Ese es para una nave espacial.

Ella contuvo el aliento.

—¿Está arriesgando su nave?

—Sí.

—Eso es ridículo —balbuceó ella—. ¿Quién en su sano juicio se jugaría una nave? —Dusque se volvió hacia su nuevo compañero en busca de una aclaración, pero este guardó silencio por un momento. Era difícil de decir, pero Dusque casi podía jurar que Lando estaba sonrojándose.

—Bueno —comenzó a explicar, extendiendo sus manos expansivamente—, a veces lo que está en juego vale la pena, especialmente si se posee la «mano del idiota». ¿Cuáles son las probabilidades de que dos jugadores saquen eso en una ronda? —murmuró, pero Dusque no estaba prestando atención.

Uno de los jugadores, un wookie, reveló su mano, y Dusque observó a los otros arrojar sus cartas con disgusto. Era obvio que había ganado. El wookie envolvió sus grandes y peludos brazos alrededor del bote y lo atrajo hacia él, con una sonrisa satisfecha en su rostro peludo.

Dado que la partida parecía haber terminado, Dusque se giró para mirar hacia atrás a la sala principal del casino, y cuando lo hizo, divisó a Tendau.

Su amigo ithoriano estaba en un rincón, cerca de algunas de las máquinas tragacréditos. Trató de llamar su atención con discreción, pero parecía estar tan inmerso en su conversación con una hembra bothan que no notó a Dusque. Ella escudriñó a la bothan atentamente y no la reconoció del ruedo. Estaba un poco desconcertada sobre quién era esa mujer.

—¿Amigo suyo? —preguntó solícito Lando.

Distraída, Dusque respondió:

—Sí, lo es. Debo ir y decir hola. Gracias por el tutorial sobre el sabacc —agregó, aprovechando la oportunidad de dejar su compañía.

Lando tomó su mano y se la llevó lentamente a los labios para darle un breve beso. Dusque toleró el gesto y sonrió cuando él le soltó la mano.

—¿Hasta más tarde, quizá? —preguntó él.

—Quizá —respondió ella y pasó por su lado dirigiéndose a la sala principal, resistiendo el impulso de limpiarse la mano en los pantalones.

Sin embargo, cuando miró de vuelta en la dirección de su colega, tanto él como la hembra bothan aparentemente habían desaparecido. Dusque estaba un poco perpleja por haber perdido la pista del ithoriano tan rápido.

—Esta es probablemente su manera de obligarme a mezclarme un poco más —se dijo en voz baja—. Aunque claro, aquí estoy en una habitación llena de gente y estoy hablando sola —se rio entre dientes.

—Yo podría ayudarte a cambiar eso —ofreció una voz profunda pero gentil.

—Lando, ¿es que no sabes cuándo…? —comenzó a decir mientras se daba la vuelta. Contuvo el aliento cuando se dio cuenta de que la voz no provenía del apuesto jugador. En cambio, se encontró mirando los ojos negros de su admirador en el ruedo—. Oh —dijo, inmediatamente desconcertada.

Era casi una cabeza más alto que ella, con espesas cejas y cabello color ébano a juego. Su rostro estaba lleno de ángulos agudos, con una barbilla hendida y una mandíbula fuerte. Dusque no podía ver demasiadas líneas en su rostro, aun así todavía tenía un aspecto curtido, y ella habría apostado todos los créditos que había en sus pantalones a que había pasado algún tiempo al aire libre. Su ropa era anodina, casual pero práctica como la de ella, no lujosa como la de Lando.

No solo presiona botones dentro de alguna estación, pensó. *Él se ensucia las manos.*

Cuando ella miró hacia su boca, se dio cuenta de que todavía estaba sonriéndole y de que ella todavía la estaba mirando. Nerviosa, bajó la mirada.

—Vaya —continuó él casualmente—, esto no es bueno. Has pasado de hablar contigo misma a no hablar en absoluto —ladeó la cabeza y sonrió torcidamente—. ¿Te sientes afortunada?

—¿Qué? —espetó, y luego trató de aclarar su garganta, no estaba segura de su pregunta.

Sin decir una palabra más, él la tomó de la mano y suavemente pero con firmeza la condujo a través del casino. Dusque estaba tan aturdida que realmente se dejó llevar. Podía sentir lo fuerte que era su mano, y lo áspera también. Había bastantes callosidades en ella, y se sintió reconfortada de que al menos una de sus corazonadas fuera correcta.

—Espera un momento —ella se detuvo—. ¿Adónde me llevas? —preguntó, ya sin ganas de ser arrastrada como el juguete de un niño.

Él se giró y la miró.

—Esto es un casino, ¿no? Has venido aquí para divertirte un poco, ¿verdad?

—Bueno, realmente estoy aquí para… —comenzó, pero él simplemente se giró y comenzó a tirar de ella hacia una de las ruletas, pareciendo ignorar todo lo que ella pudiera haber dicho contrariando sus planes.

—Si tengo que secuestrarte —dijo—, que así sea.

Cuando encontraron un espacio libre cerca de una mesa, el encargado twi'lek asintió hacia el secuestrador de Dusque.

—¿Otra vez aquí?

Él sonrió y levantó la mano de Dusque.

—Ahora que he encontrado mi amuleto de la suerte, no hay nada que me detenga —miró a Dusque y preguntó—: ¿Cuál es tu color favorito?

La pregunta la pilló desprevenida, solo dijo:

—Rojo.

Él le guiñó un ojo y colocó un puñado de fichas en el lugar que sin saberlo ella había seleccionado.

—No más apuestas de momento —informó el encargado al grupo.

A pesar de sí misma, Dusque quedó un poco atrapada en la emoción del juego. Disgustada con el hombre que tenía al lado, alternativamente esperaba que ganara o perdiera todos sus créditos. De cualquier forma, suponía, eventualmente la dejaría en paz. Sin embargo, había una voz persistente en la parte posterior de su cabeza que no estaba segura de que quisiera que él se fuera todavía. Con un esfuerzo, sofocó el ofensivo pensamiento como siempre hacía.

—Rojo —anunció el encargado, y el hombre sonrió a Dusque.

—¿Ves? —le dijo—, sabía que me traerías suerte —Dusque medio esperaba que besara su mano con la misma galantería falsa que Lando había mostrado, pero la sorprendió una vez más—. ¿Eliges de nuevo por mí? —preguntó.

—Veintisiete —respondió, desconcertada.

Un lado de su boca se torció. Se volvió hacia el asistente y le dijo:

—Veintisiete, por favor —y una vez más ganó, para gran exasperación de Dusque. De hecho, ganó los siguientes siete colores y números que ella escogió.

Ya era suficiente. Decidida a que finalmente perdiera, Dusque le dijo:

—Doble cero —y sonrió perversamente cuando vio que su sonrisa finalmente titubeaba.

Pero ladeó la cabeza y le dijo al encargado:

—Ya has escuchado a la dama. Ponlo todo al verde.

—Es consciente de las probabilidades, ¿verdad, señor? —preguntó el encargado—. Y tiene una cantidad sustancial sobre la mesa.

—Si ella dice verde, entonces verde será —respondió su compañero con un toque de valentía en su voz.

—No más apuestas —le dijo el encargado al gran grupo alrededor de la ruleta. Dusque notó vagamente que la multitud había crecido considerablemente desde que comenzó su buena racha. Pero incluso ella estaba atrapada por la expectación. Observó la

pelota rebotar y saltar sobre la rueda del jubileo, y contuvo la respiración—. La rueda está desacelerándose —informó a todos el encargado, aunque eso era obvio. Sin embargo, incluso él sonaba tenso.

La pelota aterrizó en el veintiocho. Negro.

Dusque estaba un poco decepcionada, pero le dedicó a su compañero desconocido una sonrisa burlona mientras los demás se lamentaban en simpatía. El hombre de ojos negros se encontró con su mirada con su propia sonrisa. Antes de que cualquiera dijera algo, hubo un curioso *pop* y los espectadores se quedaron boquiabiertos. Dusque apartó la mirada y miró hacia la rueda. La bola estaba anidada en la ranura marcada como DOBLE CERO. Era verde. Contra probabilidades increíbles, nuevamente había elegido el número ganador.

—Y el selector ha dejado la pelota en el doble cero —anunció el atónito encargado—. Tenemos un ganador.

—Increíble —susurró ella.

Mientras Dusque miraba con asombro a su acompañante, notó por el rabillo del ojo que uno de los jefes de sala había venido a hablar con su encargado. La hembra gungan iba bien vestida y tenía un aspecto severo. Se inclinó hacia el encargado y susurró algunas instrucciones al oído del empleado. Él asintió vigorosamente y ella se colocó detrás de él.

—Señor —le dijo el encargado al hombre de ojos negros—, teniendo en cuenta la cantidad de sus ganancias, voy a tener que liquidar su cuenta por esta noche —miró a su jefa en busca de apoyo, y Dusque pudo ver que estaba nervioso. Sin embargo, no tenía de qué preocuparse. El compañero de Dusque se tomó las noticias sin problemas y sonrió casualmente.

—Págueme entonces —le dijo al encargado y lo hizo sonar como si hubiera sido idea suya—. De todos modos mi amiga ya ha tenido bastante del juego y quería que esta fuera la última apuesta. ¿No es así? —añadió, y le guiñó un ojo a Dusque.

—Sí —respondió Dusque con sinceridad—, quería que esta fuera la última ronda en la rueda del jubileo.

—Nos adelantaremos y acreditaremos su cuenta —ofreció el encargado.

—Eso está bien —estuvo de acuerdo—. ¿Vamos? —le preguntó a Dusque y señaló hacia la entrada.

—Creo que voy a dar la noche por terminada —le dijo ella, tratando de excusarse.

Él se inclinó hacia su oreja y susurró:

—¿Una última mirada a las estrellas esta noche después de toda la suerte que hemos compartido?

Dusque sintió escalofríos a lo largo de su espalda mientras él respiraba contra su oreja. Debería haberlo reconsiderado pero, no obstante, estaba intrigada por el extraño hombre que ni siquiera se había presentado a sí mismo. Decidió arriesgarse. Si él era como la mayoría, sabía que podría manejarlo. Entendía que la consideraran atractiva según la mayoría de los estándares, y no era la primera vez que alguien intentaba estar

con ella a solas. Simplemente le frustraba que siempre parecieran pensar en ella primero como una mujer, y no como una científica. Y una parte de ella esperaba que él fuera exactamente como todos los otros hombres que había conocido. Porque, tal como estaban las cosas, no podía descifrarlo del todo, y eso que ella se enorgullecía de su habilidad para leer las intenciones de otras criaturas. Él, sin embargo, definitivamente era un enigma, y ella estaba intrigada.

—Tal vez una ojeada —aceptó ella en voz baja. La sonrisa del hombre se hizo más amplia.

Creo que te tengo calado, pensó ella.

Colocando ligeramente una mano sobre la parte baja de su espalda, él la guió a través del concurrido casino. Pasando ante el bar, Dusque notó que algunos de los clientes estaban un poco alborotados. Las bebidas gratuitas se habían agotado hacía tiempo, pero los tipos serios habían empezado a abrir cuentas. Dos estaban en desacuerdo respecto a quién debía cuánto, así que un muy borracho mon calamari lanzó un puñetazo a su compañero para enfatizar sus argumentos. Pero no contó con su estado de embriaguez y falló por completo en darle a su amigo que sostenía la factura. Su puñetazo lo hizo tambalearse hacia Dusque. Ella comenzó a encogerse, pero antes de que pudiera hacer un movimiento, su compañero lanzó un brazo musculoso y atrapó al borracho antes incluso de que la tocara.

—¿Qué pienshas que eshtás hachiendo? —arrastró las palabras el mon calamari.

—Deberías pensar muy cuidadosamente qué planeas hacer a continuación, amigo —le respondió su compañero con voz funesta.

Dusque no fue la única que vio lo en serio que iba. El amigo más sobrio del mon calamari, que tenía una mejor comprensión de la situación, agarró a su compañero y comenzó a apartarlo de la sujeción del hombre de ojos negros.

—Lo siento —se disculpó este—. Demasiada diversión la primera noche, supongo —y con eso, tiró de su amigo hacia el otro extremo de la barra.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre de ojos negros a Dusque.

—Por supuesto —respondió ella.

Salieron del casino sin más incidentes. Una vez fuera, Dusque dejó caer la cabeza hacia atrás. Respiró profundamente. Había olvidado su floreciente dolor de cabeza, y el aire fresco le sentaba bien. Cuando se encaró con su protector, se dio cuenta de que no estaban solos. Algunos de los otros clientes también habían escapado para tomar un poco de aire, y deambulaban alrededor de la pasarela de mármol. Una pareja se reía de tal manera que Dusque sabía que no querían ser molestados, al menos por un rato.

—Huele a lluvia —le dijo al extraño, un poco incómoda con el silencio entre ellos—. No creo que veamos muchas estrellas esta noche.

Él la miró fijamente y luego dijo en voz baja:

—Creo que aún puedo encontrar algo interesante que mostrarte. Vamos —y con eso, él la tomó de la mano y la alejó de los otros juerguistas, hacia una fuente con algunos

arbustos y recovecos discretos. Cuando encontraron una esquina sin usar, él se volvió y la observó. Miró rápidamente de un lado a otro.

Ahora es cuando intenta algo, pensó Dusque, preparada para detenerlo.

—Mira, quienquiera que seas, lo siento si pensabas… —comenzó ella, pero él la interrumpió.

—Yo soy el que debería sentirlo —dijo, y Dusque notó un cambio en su comportamiento. Ya no parecía ser el pretendiente astuto, sino algo muy diferente—. Déjame explicarme —dijo, confundiendo aún más a Dusque. Después de otra mirada subrepticia a su entorno, continuó—. Mi nombre es Finn Darktrin y no soy lo que tú crees que soy.

—¿Disculpa? —preguntó ella.

—Me estoy arriesgando mucho al hablar contigo así. Si alguien nos oyera, estaría muerto —explicó sin la fanfarronería que había mostrado en las mesas de juego. La falta de esa arrogancia hizo que Dusque prestara atención.

—¿De qué estás hablando?

Él la agarró por la parte superior del brazo y dijo rotundamente:

—Soy parte de la Alianza Rebelde. Soy un espía.

Si no hubiera estado sujetándola, Dusque se habría apartado. No podía creer lo que había escuchado. Pero la gravedad de la situación estaba grabada en su rostro. Se dio cuenta de que no era una especie de estratagema muy elaborada para engañarla y conducirla hacia una relación romántica clandestina. Él hablaba en serio. Ella se sintió aliviada pero también un poco decepcionada.

—¿Qué? —dijo de nuevo, sintiendo el miedo comenzar a alzarse en su interior. Se encontró mirando por encima del hombro y prestando mucha atención a lo que la rodeaba, pero estaban solos.

—Desearía tener más tiempo —le dijo él—, para que te acostumbres a la idea y por eso, lo siento mucho. Pero tiempo es lo único que ninguno de los dos tiene ahora mismo.

—Entonces dime lo que quieres —respondió ella.

—Tú eres absolutamente vital para mi misión actual —respondió.

—¿Cómo puede ser eso? Ni siquiera te conozco —pero, al igual que en la rueda del jubileo, Dusque podía sentir que su pulso comenzaba a acelerarse. *Soy vital para algo,* pensó.

—Es por lo que eres. Mira —intentó explicar, y Dusque pudo escuchar el cambio en su tono—, la misión que he aceptado es crítica para la Alianza. Incluso tiene el potencial para cambiar la situación de la Guerra Civil Galáctica. Y tú eres quien puede hacer que funcione.

—Está bien, cuéntame más —dijo ella, bajando la voz e inconscientemente dando un paso hacia él.

—Eres una bioingeniera imperial. Una de las mejores de tu clase. Solo eso ya te da rienda suelta cuando se trata de viajar. Muestras tus credenciales y nadie pestañea, y sin

duda se apartan de tu camino. Y —agregó Finn—, lo más importante, te da acceso a cualquier planeta que desees. Es por eso que te necesito.

—¿Eh? —preguntó Dusque.

—Quiero viajar contigo como tu ayudante. Necesito recuperar un dispositivo que contiene los nombres de personal vital y necesito encontrarlo rápidamente. El Imperio sabe de su existencia y estoy seguro de que no perderán el tiempo y enviarán a sus agentes tras él. Contigo como mi compañera, nadie me cuestionará. Podré entrar y salir antes de que nadie pueda sospechar —terminó.

—Ah —dijo ella, y se vio en dificultades para ocultar la decepción en su voz. *Claro,* pensó ella, *solo me quiere de cobertura.*

Tal vez sintiendo que la estaba perdiendo, aflojó el agarre en su brazo y agregó:

—Y sabía que serías comprensiva.

Dusque apartó el brazo.

—¿Qué te hace pensar que sería una simpatizante de los rebeldes? —exigió, con el miedo haciendo que sus palabras fueran duras.

—Sé de ti —le dijo Finn—, y de tu familia.

—No conoces a mi familia y, desde luego, no me conoces a mí —respondió ella, su enojo en aumento—. No me conoces en absoluto.

—Ahí es donde has subestimado a la Alianza. ¿Crees que tu nombre fue elegido al azar? ¿Crees que le preguntaría esto a cualquiera de tu clase? —la voz de Finn se elevó peligrosamente—. Por favor, dame un poco más de crédito.

Dusque cruzó los brazos sobre el pecho como una barrera contra sus palabras. Pero no retrocedió.

—Tu padre trabajó para el Imperio —le recitó él—, y mira lo que ese trabajo hizo a tu familia. Condujo a tu padre a la muerte. No podía vivir con lo que estaba haciendo.

Dusque bajó los brazos lentamente como si se estuviera deshinchando, con una expresión de asombro en el rostro.

—Tu madre básicamente murió con él, ya no era la mujer que fue. Tu hermano menor murió en un centro de entrenamiento imperial mal equipado, y ese fue el clavo en el ataúd viviente de tu madre, ¿no es así? Y tu hermano mayor…

—Basta —siseó ella.

—Está bien —convino él—. Entonces veamos qué hay de ti. Estudias, aprendes y aceptas un trabajo que resulta ser exactamente lo que no querías.

—¿De qué estás hablando? —preguntó con los dientes apretados.

—¿No sabes a qué me refiero? ¿Qué hay de esa misión en Tatooine?

—¿Qué pasa con eso?

—¿Qué le pasó a la muestra genética de sarlacc que se suponía que debías obtener? ¿Dónde se supone que se esfumó?

—No se almacenó adecuadamente y no sobrevivió al transporte —explicó Dusque.

—Suena bastante plausible —estuvo de acuerdo Finn—. Excepto porque tú eres mejor que eso. Creo que tuviste un ataque de conciencia. Después de todo, si el Imperio

comenzaba a jugar con el ADN, mezclando y combinando criaturas con ese tipo de potencial de destrucción, ¿a cuántos inocentes podrían haber matado?

—Ese no es mi problema —dijo ella, tratando de desechar sus acusaciones.

—Ah… pero yo creo que sí lo es. Creo que te molesta más de lo que admites a nadie. Y luego están los gusanos de las nieves de Alzoc Tres, el intento fallido de potenciar a los arácnidos de combate de Carida, los dinkos de Próxima Dibal, el…

—Suficiente —interrumpió ella.

—Tienes razón —estuvo de acuerdo y miró a su alrededor—. Fueron motivos más que suficientes para que la Alianza los notara. Lo hicimos. Y te necesitamos ahora.

—Como cobertura —dijo ella—, y nada más.

—Exactamente.

Ella negó con la cabeza ligeramente, pensando que aquí otra vez había alguien que no se daba cuenta del potencial de sus habilidades. *Él sabe que obtuve una muestra de un sarlacc*, pensó, *y ni siquiera ha reconocido lo difícil que debió haber sido recolectarla.*

—Entonces, ¿eso es todo lo que soy para vosotros? ¿Quieres que me arriesgue a cargar sobre mis hombros con el disgusto del Imperio para que puedas tener un pasaje gratis para ir de planeta en planeta? No lo haré.

—¿Por qué no?

—Me sorprende que siquiera lo tengas que preguntar, después de exponerlo tan claramente ante mí —respondió ella, enojándose cada vez más. Comenzó a enumerar con sus dedos—. El Imperio destruyó a mi familia. No perderé nada más por su causa. Tengo un buen trabajo y estoy a salvo —agregó y comenzó a alejarse. Sin embargo, antes de haber dado dos pasos, Finn la agarró y la hizo girar.

—¿A salvo? —casi le gritó, pero recordó dónde estaba y bajó la voz—. ¿Crees que estás a salvo con la cabeza enterrada en la arena? Si nosotros hemos notado las cosas que estás haciendo, o más bien no haciendo, a tus superiores imperiales no les llevará mucho más tiempo hacerlo… si es que aún no lo han hecho. Y cuando lo hagan —agregó—, vendrán a por ti. No tengas dudas sobre ello.

Dusque negó con la cabeza en señal de rechazo, pero no dijo una palabra.

—¿No lo ves? —añadió Finn, acercándose a ella—, no hay seguridad en no tomar partido. El Imperio no solo asesina a los rebeldes expuestos. Incluso si eliges no hacer nada, aun así podrías estar eligiendo la muerte.

Antes de que Dusque pudiera responder, Finn la agarró de los brazos y la atrajo hacia sí en un profundo beso. Dusque quedó momentáneamente aturdida. Pero aún más sorprendente fue el hecho de que se encontró a sí misma respondiendo al beso. Por un momento, olvidó quién era y dónde estaba. Sin embargo, un destello blanco y el tintineo de una armadura la devolvieron a la realidad mientras una patrulla de soldados de asalto pasaba junto a ellos un momento después.

Dusque se liberó del agarre de Finn y se pasó una mano bruscamente sobre la boca. Ella lo miró disgustada y dijo:

—Ahora tampoco era más que una cobertura, ¿verdad? —sin embargo, bajo la tenue luz, Finn no parecía tan dueño de sí mismo. Esa observación la desconcertó más que el beso, y se dio cuenta de que simplemente no sabía qué pensar del hombre. La frustraba, pero también la confundía—. Tengo que irme —dijo torpemente.

Finn todavía no había renunciado. Extendió la mano y tomó la suya una vez más.

—¿Qué haría falta? —le susurró.

Dusque negó con la cabeza y, sin mirar atrás, se separó.

—No lo sé —respondió Dusque, demasiado bajo como para que nadie más que ella lo escuchara.

TRES

Tendau Nandon estaba abriéndose camino lentamente por el casino. No había visto a Dusque desde hacía un rato y sospechaba que había logrado regresar a su habitación de hotel. Sacudió la cabeza con tristeza y casi la golpeó contra una lámpara baja en el proceso. El casino no estaba bien equipado para los de su clase, aunque sí acomodaba bien a una variedad de otras especies, a juzgar por los sonidos de felicidad.

O quizá están demasiado ebrios como para darse cuenta, pensó el ithoriano.

El lugar se había vuelto más concurrido desde que las puertas se habían abierto para la velada. Decenas rodeaban las ruletas, y había cola para las máquinas tragacréditos. Parecía que al menos un cuarto de los jugadores estaban ganando, pero podría ser simplemente que estaban ebrios y lo encontraban todo alegre. Y cuando el ithoriano pensó que no podía haber más ruido, notó que un artista se situaba tras un nalargón cerca de la barra. Sin embargo, tan pronto como hubo afinado su instrumento, comenzó a tocar una canción que Tendau casi pudo reconocer. En el momento preciso, algunas bailarinas twi'lek aparecieron de la nada y comenzaron un espectáculo improvisado. Aunque el ambiente era festivo, el ithoriano sintió un ritmo casi frenético tras él.

Decidiendo echar un vistazo más al cielo antes de retirarse a la cama, cruzó las puertas dobles, casi tropezando con un cuerpo en su camino. Al principio pensó que alguien había caído y se había lastimado, pero luego se dio cuenta de que algunos de los clientes más escandalosos se habían literalmente despatarrado sobre la pasarela. Una breve inspección le dijo que no estaban preocupados por su ropa. Entonces, cuando comenzó a avanzar entre los cuerpos, vio a Dusque caminando de regreso al casino. Sonrió, pero sus dos bocas se fueron curvando gradualmente hacia abajo mientras la observaba mejor.

Ella caminaba con la cabeza gacha y los ojos parcialmente entrecerrados. Con ambas manos se frotaba rítmicamente las sienes. Estaba tan distraída que estuvo a punto de pasar por su lado sin verle. Tendau extendió una mano larga y le acarició el hombro. Ella se giró con un aspecto tan asustado en su rostro que el ithoriano no supo cuál de los dos estaba más sorprendido.

—¿Estás bien? —le preguntó, la preocupación resonaba en sus dos bocas.

Ella no contestó de inmediato, y Tendau la miró aún más atentamente bajo la luz del cartel del casino. Su cabello castaño claro estaba más ladeado de lo que era habitual. Tenía la cara sonrojada y sus ojos tenían la vidriosa cualidad de las lágrimas no derramadas. Si bien Tendau sabía que la hembra humana era propensa a fluctuaciones en los niveles hormonales que no se veían en muchas otras especies, nunca había visto a Dusque ser víctima de esta naturaleza cíclica. De hecho, ni siquiera recordaba haberla visto nunca tan consternada.

Cuando la vio por primera vez meses atrás, le impresionó su aspecto de seriedad. Él todavía no había estado al servicio del Emperador mucho tiempo, y sus colegas aún lo miraban con desconfianza. Como el único ithoriano del grupo, estaba seguro de que

siempre lo verían un poco como un extraño. Así que rápidamente simpatizó con la recién llegada. Dado que ella era la única mujer allí, supo que se le haría cuesta arriba relacionarse con los otros bioingenieros. Dusque era diligente, trabajadora, y, como descubrió posteriormente a partir de su experiencia personal, inmaculada en sus técnicas de recolección. No tardó mucho en reconocer que la mujer no cometía errores; era muy voluntariosa sobre cada aspecto de su profesión. Sin embargo, lo que más le impresionó de ella fue su afinidad con otras criaturas.

Ya fuera recolectando ADN de animales anestesiados o colándose en una guarida o madriguera para investigar, vio que Dusque se movía como si fuera una parte natural de su entorno. En esas situaciones, mostraba un sentido del equilibrio que rara vez observaba cuando ella estaba con otras personas. Parecía contenta cuando estaba con animales, y en paz. En ese momento no lo parecía en absoluto.

Tendau llevó una amable mano hacia su cara y la apoyó brevemente contra la frente de ella antes de apartar un mechón descarriado de cabello de sus ojos. Ella perdió algo de su aspecto temeroso y cerró los ojos ante su toque.

—¿Cuál es el problema? —le preguntó de nuevo.

Dusque se encogió de hombros y dijo cansadamente:

—No pasa nada, Tendau. Creo que el día finalmente me ha pasado factura. Así que voy a marcharme ya, si no te importa —agregó, y comenzó a irse. Pero el ithoriano no era tan fácilmente evitado.

—Dado que tienes que pasar otra vez por ahí dentro, ¿por qué no te unes a mí y pedimos algo reconfortante para beber? Sabes que te ayudará a relajarte —le recordó, deseando que no se fuera antes de poder descubrir por qué parecía tan preocupada.

Ella le sonrió débilmente, y él supo que no tenía ánimo para ello. Pero Dusque estuvo de acuerdo de todos modos. Y él sabía que lo hacía solo por él.

—Nunca aceptas un no por respuesta, ¿verdad? —bromeó ella.

—No en lo que a ti te concierne.

Dusque negó con la cabeza y sacudió la mano brevemente.

—Realmente no es nada —dijo, descartando su evidente angustia—. Pero tal vez algo para beber vaya bien antes de retirarme.

Tendau asintió y señaló hacia la entrada del casino. Caminó ligeramente por detrás de ella mientras ambos esquivaban al trandoshano ebrio que todavía estaba tirado en el suelo. Las puertas se abrieron con un silbido, y el ruido de los jugadores los alcanzó como una ola. Vio a Dusque titubear un poco y parecer insegura de sus pasos. El ithoriano caminó a su lado y le ofreció el codo de su esbelto brazo. Ella aceptó vacilante, y él la condujo hacia la barra. Bajó la cabeza lo suficiente como para que una de sus bocas estuviera cerca de su oreja izquierda.

—Solo un trago, tal vez un poco de algo para comer, y nos retiramos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió, y esta vez vio que ella le sonrió con cierta genuina calidez.

Había una veintena de clientes o así alineados a lo largo de la barra. Cuando Tendau y su colega recorrieron todo el largo de esta en busca de dos asientos libres, notó que más de un hombre se volvía y miraba a Dusque. Sucedía con bastante frecuencia, y Tendau se entristecía porque ella siempre se angustiaba ante las reacciones de los demás. Como la mayoría de los ithorianos, él reverenciaba la naturaleza y veía la belleza en todas las criaturas. No era difícil ver la belleza de Dusque; simplemente era triste que tan pocos lograran mirar más allá y realmente verla. Y sabía que Dusque también era consciente de ello. No importaba cuánto destacara en un trabajo muy difícil, su género siempre era un obstáculo. Y él había notado que últimamente había aceptado misiones cada vez más peligrosas. Sospechaba que era un esfuerzo por borrar su género a los ojos de sus superiores. Temía que su creciente deseo de sumergirse en situaciones arriesgadas la hiciera aterrizar en verdaderos problemas, y él no estaría allí para ayudarla.

Hacia el otro extremo de la barra, vio una pequeña mesa vacía. Tendau hizo un gesto hacia allí, y Dusque asintió. Cuando el droide camarero se fue con su pedido, Tendau intentó de nuevo averiguar qué iba mal.

—¿Adónde has ido? —le preguntó.

—Solo estaba deambulando por ahí, disfrutando de la vista —respondió ella evasivamente—. ¿No es eso lo que tú hacías también?

—¿Has probado suerte en algunos de los juegos de azar? —preguntó, eludiendo su pregunta.

—Oh, sí, he obtenido un poco más de lo que esperaba —respondió, y Tendau pudo percibir un rastro de amargura en su voz—. ¿Y qué pasa contigo? ¿Dónde has acabado?

—Oh —respondió lentamente—, solo he paseado echando un vistazo.

—¿Has encontrado a Mastivo y lo has saludado de mi parte?

—No, no he podido localizarlo. Me temo que no he visto a nadie que conozcamos, después de todo.

—Oh —respondió ella—, nadie en absoluto. Hmm… —parecía estar buscando algún tipo de respuesta, y el ithoriano se preguntó por qué. Normalmente, Dusque era uno de los seres más directos que conocía. Ahora casi parecía taimada en su conversación con él.

El droide regresó con su pedido, y Dusque guardó silencio. Tendau observó que mientras recogía un cuenco de melón, estaba escaneando subrepticiamente la sala. Se preguntó a quién estaba buscando, o si ella misma se reconocía a sí misma. Comenzando a preocuparse, el ithoriano intentó un enfoque diferente.

—Nuestros anfitriones han pensado en todo esta noche —le dijo—. Incluso han traído a un músico del nalargón. No lo hace nada mal.

—Puedo escucharlo sobre la multitud —respondió ella—. En realidad, he estado escuchándolo desde hace un momento. Sorprendentemente, creo que su interpretación está haciendo que mi dolor de cabeza se desvanezca un poco.

—Se sabe que son muy calmantes —convino Tendau. La música y la comida parecían estar relajándola un poco. Lo intentó de nuevo—. ¿Me dirás lo que ha pasado esta noche?

Dusque lo miró con dureza y pareció sopesar algo en su mente. Se inclinó ligeramente hacia delante y él pudo ver que se estaba mordiendo el labio. Era un comportamiento que había notado que exhibía cuando algo serio la estaba preocupando. Parecía a punto de hablar cuando escuchó un fragmento de conversación a un lado y cerró la boca de nuevo.

—Aquí no —dijo ella.

El ithoriano decidió dejar el asunto en reposo por un tiempo y comieron en silencio, eran los únicos en el casino que no estaban hablando. Concluyó que ella se lo diría o no a su propio tiempo y forma.

A su derecha, algunos de los adiestradores del ruedo se habían reunido. Tendau se dio cuenta de que los que no habían ganado habían dejado de lamentarse por sus pérdidas para discutir sobre algunos de los últimos aparejos disponibles para los de su profesión. Los temas variaban desde guantes reforzados hasta herramientas más específicas usadas para el entrenamiento y perfeccionamiento animal. Estaba prestando atención a medias a sus discusiones en caso de que tuvieran algunas observaciones interesantes sobre sus animales. Evaluó todas las perspectivas, incluso las que obviamente estaban distorsionadas.

—No se puede hacer —dijo una adiestradora—. No se puede domesticar esos murciélagos.

—Bah, simplemente no lo has intentado lo suficiente —bromeó su compañero.

La zabrak que había hecho la afirmación inicial se quitó lentamente el guante izquierdo. Apoyó el codo sobre la mesa y agitó su mano izquierda en el aire. Tendau pudo ver que le faltaban dos dedos.

—Créeme —dijo—, lo he intentado.

Su compañero perdió parte de su aire altivo y bajó los ojos.

—Los borgles son más que mezquinos —continuó ella—. Es como si fuesen malvados hasta las entrañas. Tal vez sea por todo el tiempo que pasan en cuevas, en la oscuridad.

—¿Son nativos de Rori? —le preguntó su reprendido amigo, y Tendau vio que la trataba con un poco más de respeto desde que ella le había revelado su mano dañada.

—No lo sé —respondió Dedos—. En general hay muchas especulaciones sobre la luna de Naboo, no sé si alguien sabe la respuesta certera.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—Bueno, no soy historiadora —comenzó ella—, pero no creo que la gente pueda ponerse de acuerdo ni siquiera en quién colonizó Rori, mucho menos en qué es y qué no es autóctono del lugar. Según tengo entendido, algunos dicen que los colonos humanos originales de Naboo aterrizaron allí primero, odiaron la luna porque era demasiado inhóspita, y luego vinieron aquí. Otros dicen que un grupo de mineros de especia fueron los primeros en ir allí en busca de una veta madre. Nadie se pone de acuerdo.

—En realidad —dijo su amigo—, yo he escuchado que fueron los gungans los primeros en construir un asentamiento allí.

—¿Ves lo que quiero decir? —convino Dedos—. Nadie relata la misma versión.

—Yo he escuchado la teoría de las minas de especia —le susurró Dusque a Tendau. El ithoriano la miró con sorpresa, sin darse cuenta de que había estado prestando atención tan atentamente. Pero cuando vio la forma en que ella miraba a Dedos, se dio cuenta de que Dusque estaba intrigada por la idea de un animal que no podía ser entrenado.

—Lo que alguien debería hacer —continuó Dedos, sin darse cuenta de que su conversación era tan atentamente evaluada—, es investigar un poco más. Quiero decir, hay muchos animales inusuales allí. Uno pensaría que alguien querría saber por qué.

—Poderoso argumento —le dijo Dusque a Tendau. Él se removió incómodo en su asiento, ya que temía saber hacia dónde iba a conducir el interés de Dusque.

—Si algunos de los animales pudieran ser examinados y resultara que originalmente eran autóctonos de otro planeta, eso podría ayudar a delimitar quién colonizó el lugar —concluyó.

—*Podría* —acordó Tendau tentativamente—. Pero con la misma lógica, también podría aumentar la especulación al respecto.

—Incluso información contradictoria tiene valor —argumentó Dusque.

Tendau estaba dividido. Se alegraba de que ella comenzara a actuar más como antes. Aun así, el brillo en sus ojos grises lo estaba poniendo nervioso. Aunque Tendau no conocía a la adiestradora zabrak, la mujer parecía lo suficientemente capaz. Si ella había perdido dos dedos tratando de manejar uno, no había forma de saber lo que podría pasarle a Dusque, sin ninguna experiencia con los murciélagos borgle.

—Toda información es valiosa —dijo él—. Muy bien, ¿qué tienes en mente?

—Bueno —comenzó con una inclinación inocente de su cabeza—, mientras estemos por aquí, no veo por qué no podríamos echar un vistazo a esto por nosotros mismos.

Tendau suspiró para sus adentros. Era lo que esperaba.

—El único problema, según lo veo yo, es que no contamos con la aprobación de nuestros superiores. Esta idea tuya no cuenta con el beneplácito del Imperio.

Vio a Dusque tensar su espalda casi imperceptiblemente ante sus preocupaciones. Había reanudado su actitud cautelosa, y Tendau se preguntó de nuevo qué había sucedido esa noche para hacer que ella se volviera tan desconfiada ante él.

—¿Desde cuándo te preocupas tanto por el respaldo imperial? —espetó, y se cruzó de brazos—. ¿Tienes miedo de que alguien nos esté observando? —su voz había descendido, y echó un rápido vistazo alrededor de la sala.

—Me conoces mejor que eso —respondió el ithoriano.

Dusque bajó su severa mirada cuando las palabras de Tendau la alcanzaron.

—Tienes razón —admitió—. Supongo que solo estoy sorprendida de que puedas avanzar dejando de lado una misión con este potencial de descubrimiento. No parece ser propio de ti.

—*Avanzar* es exactamente el problema, Dusque. Ya sabes lo penoso que puede resultar para mí moverme por la superficie de un planeta —explicó—. Incluso aquí, donde hay cierto grado de civilización, he estado algo incómodo. Esos dos a los que

estábamos escuchando a escondidas han mencionado que Rori es relativamente inhóspito. Sospecho que tendría dificultades para moverme allí. Temo que te frenaría.

—Podría ir sola —dijo Dusque—. Tengo que ir —añadió con más vehemencia—. Tengo que alejarme de… toda esta gente. Necesito… no sé, un poco de espacio para pensar, supongo —por un momento pareció como si fuera a decir algo más, pero entonces simplemente se calló. Parecía infeliz.

—Incluso si estuviera de acuerdo con esto —dijo Tendau lentamente—, solo tenemos fondos suficientes para pagar nuestro alojamiento aquí y el transporte de regreso a los laboratorios.

Incluso mientras lanzaba esa otra excusa para disuadirla, vio como una esquina de la boca de Dusque se curvaba lentamente hacia arriba. Él conocía esa sonrisa demasiado bien. Siempre la mostraba cuando derrotaba a uno de sus supervisores. Dusque metió la mano en los bolsillos de su pantalón y sacó un puñado de fichas, que vertió de inmediato en la mesa. Yacieron allí como un arcoíris moteado.

—Creo que esto lo cubrirá —dijo alegremente.

Tendau inclinó su cuello curvo y supo que había perdido. Ella estaba decidida a ir, y si él no la acompañaba, estaba seguro de que ella lo intentaría por su propia cuenta. Sacudió la cabeza hacia ella, pero se encontró con una pequeña sonrisa en su propio rostro.

Dusque se recostó en su silla y lentamente giró su cabeza de un lado a otro. Incluso sobre la cháchara de la barra, Tendau pudo oír las articulaciones del cuello de la chica crujir varias veces. Le preocupaba aún más lo que estaba pesando sobre ella. Le pareció que el pequeño viaje sería la forma más rápida de descubrirlo.

—Solo quiero salir de aquí —añadió en voz baja—. Siento que hay demasiados ojos sobre mí aquí. Solo quiero tener tierra bajo mis pies y cielo sobre mi cabeza aunque sea por un momento… —terminó.

—Está bien —convino el ithoriano.

Dusque enderezó la cabeza y centró sus ojos en él.

—¿En serio? —preguntó en voz baja, había un deleite infantil en su voz.

Tendau asintió.

—¿Cuándo quieres ir?

—¿Qué tal con la primera luz?

—¿Será tiempo suficiente como para reunir el equipo necesario? —preguntó él.

—Tengo mi mochila y algunos elementos adicionales —respondió, y Tendau observó que se animaba y se volvía más segura con cada momento que pasaba, ahora tenía algo en lo que concentrarse—. Cualquier otra cosa que podamos necesitar probablemente podamos conseguirla aquí. Creo que vi un taller cerca del espaciopuerto. Estoy segura de que esto lo cubrirá —empujó algunas de sus fichas con un dedo delgado.

»Hay una terminal de viajes cerca del espaciopuerto. Cuando llegamos la otra noche, vi que salían algunas lanzaderas a Rori diariamente. No deberíamos tener ningún problema para comprar los pasajes. Podríamos ir y volver en el lapso de un día más o

menos, sin que nadie se entere —miró a Tendau, y él pudo ver que ella contenía parte de su emoción—. ¿Estás realmente seguro de que no te importa?

—Cualquier cosa por ti, niña —le dijo—. ¿Y quién sabe lo que podríamos aprender una vez que lleguemos allí, hmm?

—Exactamente —estuvo de acuerdo Dusque—. Me reuniré contigo con la primera luz —se levantó, y Tendau la vio desaparecer entre la multitud.

—¿Quién sabe lo que podremos encontrar? —se repitió lentamente para sí mismo—, ¿quién sabe?

CUATRO

—¿Dónde estás? —llamó Dusque, tratando de no sonar preocupada.

Metida hasta la cintura en una pantanosa ciénaga, Dusque se sentía fría y miserable. No podía creer que Tendau hubiera desaparecido. Y cuando no obtuvo respuesta, el miedo se apoderó de ella.

Ella y el ithoriano habían llegado a Rori unas horas antes. Había solo dos ciudades en la luna de Naboo, y habían elegido la que llevaba el nombre del hombre que había creado oficialmente la primera colonia: Narmle. Sin embargo, lo que había comenzado como un puesto avanzado se había convertido en una ciudad de tamaño casi respetable, incluso albergaba un hotel y un centro médico. Dusque había notado que este último, aunque pequeño, podría resultar útil, asumiendo que uno no fuera herido demasiado lejos de él. Una espesa ciénaga rodeada de vegetación separaba Narmle de la otra ciudad, Restuss. Aparte de eso, solo había una vasta extensión de junglas y pantanos.

—Puedo ver por qué Narmle finalmente desistió en su esfuerzo por colonizar este lugar —le había dicho a Tendau—. Hacía mucho tiempo que no veía un planeta tan cubierto de vegetación —los cielos nublados agregaban una sensación ominosa al lugar.

Tendau se rio de sus reseñas.

—Antes que nada, recuerda que esto es una luna, no un planeta —la había corregido—. Y para alguien tan joven como tú, *mucho tiempo* realmente no es nada —y entonces le había sonreído.

Los dos habían salido del espaciopuerto en busca de más información antes de buscar los borgles. Antes de abandonar Moenia, Dusque había interrogado a la zabrak sin dedos sobre los murciélagos, pero Dedos había vacilado en facilitar demasiada información tan pronto como se dio cuenta de que Dusque era una bióloga imperial.

—¿Por qué quieres saberlo? —había preguntado.

—Escuché tu conversación anoche y me convenció lo que dijiste —explicó Dusque.

—¿Estabas escuchando a escondidas? —preguntó Dedos, conmocionada. Obtuvo una mirada recelosa por su parte, y sus respuestas se volvieron mucho más cautelosas. Dusque pronto se dio por vencida, empatizando con la forma en que la mujer se sentía respecto a descubrir que su privacidad había sido violada. Dusque estaba aprendiendo rápidamente al respecto.

A su llegada a Rori, trataron de obtener un poco más de información sobre los borgles y su hábitat. Los pocos que hablaron con ellos, después de una jarra o dos en la cantina, lo hicieron en voz baja teñida de miedo. Al parecer, los borgles, al igual que algunas otras criaturas, se habían ganado una gran reputación en la zona. Y no era buena.

—No conozco a nadie que haya matado a una de esas cosas —les había dicho un rodiano borracho—. Esas bestias simplemente son malvadas —agregó. Nadie más había

podido ofrecer mucho más en cuanto a información útil, excepto por la dirección general en la que podrían encontrar algunas cuevas que albergaban a las criaturas. Tuvieron que conformarse con esa escasa orientación.

Asegurándose de que tenía suministros de emergencia en su mochila, Dusque concluyó que estaba bien equipada. Entre sus herramientas de muestreo y las raciones de comida tanto para ella como para el ithoriano, no había mucho más en lo que pudiera pensar. Cargó la mochila en su espalda, y se ató una pequeña pero efectiva daga twi'lek al muslo. Y, considerando el terreno, incluso se recogió el pelo que le llegaba hasta la cintura. Entonces, segura de que lo tenía todo, fue al encuentro de Tendau.

—¿Estás seguro de que quieres venir? —le había preguntado una vez más—. Podrías quedarte aquí en Narmle, y podríamos usar comunicadores para estar en contacto.

—¿Y cuál sería el sentido de que me quedase atrás? —había preguntado él—. Pensaba que estábamos en esto juntos. Además, ¿quién te vigilará si yo no estoy? —él sonrió ante eso, pero Dusque se inquietó.

—¿Por qué debería vigilarme alguien? —preguntó, irritada.

El ithoriano perdió su franca sonrisa.

—Quiero decir —se corrigió a sí mismo—, ¿quién se asegurará de que te mantengas alejada de problemas? —el momento se alargó entre ellos, lleno de tensión.

Finalmente Dusque rompió la incomodidad.

—¿Desde cuándo me meto yo en problemas? —preguntó, decidiendo que tenía que relajarse más con el ithoriano.

Él levantó su larga mano y comenzó a contar.

—Está lo de Tatooine, Yavin Cuatro…

—¡Vale! —ella se rio con genuina calidez y levantó sus manos en señal de derrota—. Tú ganas. Vigila —y con eso, ella recogió el equipo de Tendau, a pesar de sus protestas, y colocó la mayor parte de él en su mochila, para aliviarlo del exceso de peso y presión sobre sus pies. Sin embargo, notó un artículo que estaba fuera de lo común. Tendau tenía un bláster CDEF en su poder. Nunca antes lo había visto llevar ningún arma, aparte de un cuchillo de supervivencia. Ella lo miró bruscamente.

—Tengo una sensación incómoda sobre esta misión —le dijo él con gravedad—. Y no quería ir desprevenido.

—Probablemente sea una buena idea —convino Dusque vacilante, pero todavía estaba nerviosa por la visión de la letal arma. *Por supuesto*, se dijo a sí misma, *todas las armas pueden ser letales con el entrenamiento adecuado.* Aun así, había algo casi siniestro en el negro y reluciente bláster que yacía allí como una acusación tácita.

Y así dejaron Narmle a pie y se dirigieron a las tierras salvajes de Rori. Por un tiempo, Dusque y Tendau no hicieron más que seguir las toscas indicaciones que recibieron del rodiano borracho, quien simplemente les dijo que hacia el sureste. Cada uno parecía perdido en sus respectivos pensamientos, y las amplias llanuras eran ideales para la reflexión. El cielo nublado concordaba con el estado anímico. Cuanto más avanzaban, más relajada se sentía Dusque.

Con tierra bajo sus pies y ninguna mirada indiscreta, se sintió como si un peso se le quitara de encima. Lo único que perturbaba su mente era su colega. Cuanto más viajaban por las llanuras, más se daba cuenta Dusque de que lo que la inquietaba de Tendau no eran en absoluto sus acciones, sino el hecho de que ella de alguna manera dudaba de él. Eso era lo que la alteraba. Sabía que solo había una cosa que hacer al respecto, y detuvo abruptamente su vigoroso avance.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tendau, inmediatamente en guardia—. ¿Has visto algo?

—No exactamente —comenzó ella—. Pero he pensado que este podría ser un buen lugar para algo de recolección y topografía. Después de todo, hemos venido aquí para tomar muestras.

—Buena idea —convino él, pero Dusque pudo ver que al menos parte de la razón por la que estaba cediendo tan fácilmente era porque estaba cansado. Una vez más, Dusque se maravilló por la entereza ante el trabajo cuando estaba tan obviamente dolorido, y se preguntó cómo podría haber llegado a dudar de él.

Ya fuera por la aparición de la vergüenza o por el hecho de que solo quería ser honesta con él, Dusque dijo bruscamente:

—¿Eres un bioingeniero imperial?

El ithoriano apagó su dispositivo, dejó de inspeccionar el terreno y se enderezó. Tenía una expresión perpleja en su rostro, como si intentara descifrar el chiste en su absurda pregunta.

—Sabes lo que soy —le dijo—. ¿Por qué lo preguntas?

La pila de rocas que ella había estado examinando fue abandonada. Bajó la mochila al suelo y se sentó con la espalda contra la pila. Sentía las piedras frías reconfortantes contra sus hombros. Hizo un gesto a Tendau con la mano, invitándolo a sentarse con ella.

Tan pronto como el ithoriano bajó su gran cuerpo al suelo, le preguntó:

—¿Esto es por lo de anoche?

Dusque sonrió con pesar.

—Justo en el centro, como de costumbre. ¿Soy tan transparente?

—Niña —comenzó Tendau—, no te conozco porque seas transparente, sino porque eres honesta. Y, anoche, no eras tú misma. Algo o *alguien* te atemorizó. Me dolió —continuó, colocando una mano sobre su pecho—, verte tan alejada de ti misma. ¿Me dirás qué ha sucedido para hacerte preguntar eso?

Dusque se volvió, una vez más consumida por vacilación mezclada con miedo. Era este miedo desconocido lo que lo había cambiado todo para ella. Se puso de rodillas y comenzó a rebuscar en su mochila.

—Si vamos a estar aquí un rato —explicó—, también podríamos estar cómodos.

Encontró su pequeño kit de herramientas y en cuestión de minutos tuvo un pequeño pero alegre fuego ardiendo. La humedad estaba empezando a filtrarse en sus huesos y sabía que si ella se sentía incómoda, el ithoriano se sentiría peor, sin importar cuán estoico se mantuviera.

—Como de costumbre, eres un observador sagaz. Algo sucedió anoche —dijo, y luego vaciló.

—¿Quieres compartirlo ahora conmigo? —ofreció él—, ¿o preferirías que no hablásemos de eso? —Dusque supo que había hecho la oferta porque sentía su inquietud. Y con ese simple acto de amabilidad, supo en su corazón que si había alguien en quien podía o debía confiar, era él.

—Gracias —respondió ella, y él le sonrió, dándole el tiempo que necesitaba—. ¿Alguna vez te molesta hacer las cosas que hacemos?

—¿Por eso me has preguntado si era un bioingeniero imperial? —preguntó. Dusque asintió. El ithoriano miró al fuego un momento antes de responder—. Es algo con lo que lucho —admitió.

»Deseaba muchísimo ver toda la Madre Jungla en sus muchas encarnaciones —continuó—. Esa necesidad me condujo de mi nave rebaño a perseguir las estrellas. Y en el curso de esa búsqueda, fui «reclutado», por así decirlo, para el servicio imperial.

»Al principio —agregó—, no parecía tan malo.

Dusque asintió comprensiva.

—¿Y ahora?

Fue el turno de Tendau de suspirar.

—Y ahora, es diferente.

—¿Por qué ahora? —preguntó Dusque, esperando que sus respuestas de alguna manera la guiaran.

—Pensaba —admitió—, que el Imperio nos dejaría en paz. Y creía en que la naturaleza debía seguir su curso. Pero después de la Batalla de Yavin, dejamos de ser ajenos. El Imperio decidió dejar una guarnición estacionada en Ithor. Al igual que en muchos otros mundos, el Imperio se había implantado como una plaga sobre nosotros. Fue entonces cuando mis ojos se abrieron —se detuvo y miró fijamente el pequeño fuego, no continuó por varios largos momentos.

»Creo en la Madre Jungla —dijo finalmente—, y la enfermedad es parte de su misterio. Intencionalmente, sirve a un propósito, como la hambruna y la competencia por el territorio. Todas estas cosas son desagradables para un observador, pero sólo son una parte en un ciclo más grande. Pero cuando uno empieza a alterar la naturaleza, la enfermedad que naturalmente debe ser controlada en cambio se vuelve más desenfrenada. Creo que el Imperio coloca a la galaxia fuera de equilibrio. Es el deber de cada individuo buscar y restablecer el equilibrio.

»Así pues —suspiró—, para responder a tu pregunta, soy un biólogo que trabaja para el Imperio. Sin embargo, no sé por cuánto más. ¿Tiene sentido?

Dusque guardó silencio por un momento. Sopesó sus palabras contra lo que ella sentía en su interior. Finalmente, dijo:

—¿Y qué hace uno para devolver el equilibrio a la galaxia?

El ithoriano le sonrió.

—Hija mía, no tengo una respuesta para ti. Desearía tenerla. Pero cada uno de nosotros debe emprender un viaje hacia una decisión que es solo nuestra. Si bien mi destino puede ser el mismo que el tuyo, nuestros caminos deben ser intrínsecamente diferentes.

Dusque puso sus rodillas contra su pecho y envolvió sus brazos sobre ellas, aunque no sentía frío.

—¿Y cómo sabemos cuál es nuestro camino?

Tendau extendió la mano con su largo brazo y le acarició el pelo ligeramente. Dusque momentáneamente tuvo un destello de su padre. Ese gesto había sido el único afecto físico que alguna vez le había demostrado a la única chica de su descendencia. Se sorprendió momentáneamente por el toque de nostalgia, el cual inmediatamente desechó.

—Se presentará claro ante ti —dijo él suavemente—, con el tiempo.

Atrapada en el momento, Dusque confesó.

—Conocí a alguien anoche —el ithoriano no dijo nada, solo le hizo un gesto para que continuara.

»Dijo que estaba con la Alianza —dijo cuidadosamente, bajando la voz a pesar de que no había nadie más hasta donde podían ver los ojos—. Y dijo que necesitaba mi ayuda —miró implorante al ithoriano—. Él… sabía cosas sobre mí.

Tendau asintió con gravedad.

—Dusque, hay muy pocos secretos en esta galaxia. Deberías saber eso. Después de todo —agregó—, incluso nuestro trabajo es desentrañar secretos en el nivel genético más básico. Todos somos observados como si estuviésemos bajo un microscopio. Todos somos conocidos en un grado u otro.

Ella se removió incómoda.

—Creo que siempre he pensado en mí como si estuviera por debajo del radar, por decirlo así. Supongo que creía que nadie me había notado. Quiero decir —añadió—, nunca recibo ningún reconocimiento en los laboratorios. Me he acostumbrado a pensar en mí misma como invisible. Y —admitió finalmente—, creo que me gustaba que se me pasara por alto.

—Eso es la sombra de una vida —dijo el ithoriano—, y una de la que también yo he sido culpable. He puesto mis deseos delante de las necesidades de los demás. Pero a ti sólo te han pasado por alto por miedo. Willel te teme porque sabe que lo superarás en habilidad bastante pronto.

—Entonces, ¿qué hago? —preguntó ella.

—Tú decides con qué puedes vivir y qué no puedes soportar ver más —afirmó rotundamente.

—¿Es eso lo que tú has decidido hacer? —preguntó ella—. Creí verte hablando con alguien inusual anoche —ofreció, de repente sintiéndose culpable de haberlo espiado.

El ithoriano, sin embargo, no pareció ofenderse.

—Niña, hacemos lo que debemos hacer y elegimos con qué convivir. La naturaleza debe, sin embargo, mantenerse en equilibrio. Y esas cosas que son antinaturales deben ser eliminadas… de lo contrario, se produce el caos.

Dusque sintió que él había terminado por el momento y no le diría qué hacer. Había sido lo suficientemente claro en que la elección pertenecía a cada individuo. Cuando comenzó a tirar tierra al fuego para sofocar las llamas, se reprendió en silencio por lo servil que se había vuelto en su pensamiento. Por supuesto, confiaba en Tendau, pero ¿realmente quería que él le dijera qué hacer? ¿O simplemente se había acostumbrado tanto a recibir órdenes de sus colegas masculinos que temía enfrentar una decisión sola? Sacudió la cabeza.

Empezó a cargarse la mochila cuando sintió que el ithoriano, sin preguntar, la ayudaba a hacerlo. Ella sonrió a pesar de su debate mental.

—Gracias —le dijo, y sostuvo su mirada durante un largo momento—. Por todo.

—Niña, cuando llegue el momento, verás tu camino como un faro ante tus ojos. Confía en mí —terminó.

—Lo hago —admitió finalmente.

—Ahora que eso está resuelto, vamos a ver esos murciélagos —dijo. Y ambos se adentraron más entre los árboles.

Inicialmente, encontrar caminos a través de los árboles fue simple. Sin embargo, eso no duró mucho tiempo. A medida que forcejeaban más y más con cepas y ramas, se hizo necesario abrirse camino a través de la cada vez más densa jungla. El cielo gris había desaparecido tras el espeso dosel de los árboles, y Dusque empezaba a sentir claustrofobia. Casi ninguna luz era capaz de abrirse paso, y tuvieron dificultades para mantenerse a la vista uno al otro. De forma predeterminada, Dusque tomó la delantera para despejar un camino para que Tendau lo siguiera. Podía sentir cómo iba quedándose sin aliento, y el aire cargado de humedad era difícil de respirar. Cada respiración era costosa, y pronto les pasó factura a ambos. Para hacer las cosas más desafiantes, su dirección los llevó directamente a una ciénaga.

Al ver que no había forma de rodearla, no tuvieron más remedio que vadearla. Dusque entró primero y mantuvo sus brazos sobre la línea de flotación. Tendau la siguió, pero parecía menos incómodo que ella.

—Odio mojarme —murmuró ella.

La puesta de sol marcó poca diferencia en el lugar que estaban. Entonces Dusque notó pequeños puntos de luz que aparecían bailando sobre el agua, y sonrió a pesar de sus penurias. Las luces resultaron ser una especie de bichos luminiscentes. Debía haber un centenar o más, y se balanceaban y revoloteaban justo por encima del agua pantanosa. Estaba tan fascinada que olvidó dónde estaba. Cuando se dio cuenta de que Tendau no comentaba nada al respecto, se giró para ver por qué no lo hacía. Ese fue el momento en que se dio cuenta de que no estaba en ningún lugar a la vista.

—Tendau —volvió a llamar, y giró lentamente alrededor, enredada entre los juncos. Sacó su daga twi'lek y cortó las plantas, su corazón latía con fuerza. Forcejeó para avanzar, las salpicaduras enviaban a los insectos luminiscentes a un frenesí zumbante. Una nube de ellos se disipó a su paso.

»Tendau —llamó de nuevo, temiendo lo peor.

—¡Aquí! —la débil respuesta parecía provenir de algún lugar a su izquierda.

Caminó penosamente hacia un grupo de nudosos árboles, agradecida de encontrar un agarre más sólido. Mientras se aferraba a algunas de las pesadas raíces para izarse fuera del agua, una fuerte mano tiró de su muñeca y la sacó del agua turbia.

—Creo que he encontrado la guarida —le susurró—. Al menos, parece lo que la cuidadora zabrak mencionó anoche —y él le indicó que lo siguiera.

Sobre la ribera, enclavada en una ladera, estaba lo que parecía ser una cueva. Dusque sacudió la cabeza, impresionada porque su colega hubiera divisado la guarida con su camuflaje natural bajo la tenue luz.

—Buena vista —le dijo ella—. Estaba tan ocupada observando a los bichos luminiscentes, que ni siquiera noté que te había perdido la pista. Lo siento —se disculpó tímidamente.

—No te preocupes —respondió—. Sé que si hubiera tenido cualquier problema, me hubieras encontrado.

Dusque sacó una pequeña halo-lámpara y la encendió. Su haz iluminó un pequeño círculo de tierra frente a ella. Asintió a Tendau, y ambos se acercaron a la boca de la cueva.

La entrada era lo suficientemente grande como para albergar varias manadas de criaturas. Una rápida lectura no reveló nada, aunque Dusque se detuvo para hacer una breve inspección del terreno alrededor de la cueva por si acaso. Con un rápido asentimiento a Tendau, ella entró en la guarida. Él la siguió directamente por detrás.

La primera sección de la guarida era cavernosa, con un techo abovedado del que colgaban algunas estalactitas. Dusque cruzó los brazos instintivamente cuando una brisa fría la asaltó. A lo lejos, podía oír el débil sonido del agua goteando intermitentemente. Eso y los pocos ecos de rocas desprendiéndose fue todo lo que oyó inicialmente. No había señales de nada vivo. Su tenue luz reveló varios túneles, cada uno girando en una dirección diferente. Volteó su rostro de un lado a otro hasta que pudo sentir en su piel de dónde venía la brisa. Hizo un gesto a Tendau con una de las señales manuales que habían desarrollado desde la primera vez que trabajaron juntos, y comenzaron el descenso en la oscuridad.

Dada la acústica de la cueva, era un desafío no revelar su ubicación a cualquier cosa que pudiera haber estado anidando allí. Afortunadamente, las botas de Dusque, hechas de las pieles más suaves con suelas lo suficientemente resistentes para el terreno más accidentado, eran tan silenciosas como si estuviera yendo descalza. Y el ithoriano, aunque le era extremadamente desafiante igualar las habilidades de Dusque, era tan silencioso como ella. Estaba tan oscuro dentro de la cueva que incluso con su luz, Dusque

se veía obligada a pasar la mano por el lateral del túnel para no desorientarse. Las rocas que formaban las paredes de la cueva y el techo eran tan anodinas y oscuras que resultaba difícil trazar visualmente el camino. Encontraba el efecto casi nauseabundo.

A medida que descendían, Dusque comenzó a desanimarse. Había pocos signos de otra cosa que no fueran más rocas y túneles. Estaba a punto de hacer una seña a Tendau para que dieran media vuelta cuando oyó un extraño sonido más hacia abajo y a la izquierda. Levantó su mano e hizo una señal al ithoriano para que se detuviera y escuchara. Ella lo vio inclinar la cabeza a un lado, y después de un momento de deliberación, él asintió. Levantó la mano y agitó sus dedos brevemente: su signo de *alas*.

Dusque se deslizó lentamente alrededor de la esquina, Tendau iba directamente tras ella. Con su débil luz, vio a una criatura flotando sobre algo a unos diez metros de distancia. No pudo distinguir mucho, pero pudo observar que, fuera lo que fuese, tenía una envergadura de alas tan larga como era de alta, y algo que parecía una especie de terrible pico. Estaba revoloteando sobre un pequeño montículo. Tanto ella como Tendau se detuvieron y observaron cómo la criatura descendía sobre el montículo, se posaba en él por un momento, y luego volvía a emprender el vuelo. La criatura repitió el proceso unas cuantas veces más antes de volar adentrándose más profundamente en los túneles. Seguros de que no iba a regresar en un futuro cercano, Dusque y Tendau se acercaron cautelosamente al montículo sin vigilancia.

Dusque se arrodilló y vio que el montículo eran los restos de un squall. No era autóctono de Rori, era un mamífero pequeño cubierto de pelo, con orejas largas y un distintivo modo de desplazarse a saltos. Y el que estaba en el suelo del túnel era un espécimen definitivamente muerto, probablemente la comida reciente de un murciélago borgle. Cuando Dusque pasó la mano sobre el cadáver, sintió algo húmedo y resbaladizo cerca de la garganta del squall. Retiró la mano y la sostuvo frente al círculo de luz de su halo-lámpara. La mano relucía intensamente con un brillo carmesí bajo la tenue luz: *sangre*. Eso era interesante: sangre en el cuello, pero no mucha en el suelo alrededor del cadáver. Eso sugería que el borgle que había matado al squall no era simplemente un carnívoro común, sino un chupasangre. Dusque mostró su mano manchada para advertir al ithoriano. Ella se levantó sobre sus rodillas y avanzó por el túnel.

Torciendo hacia la derecha, Dusque oyó los sonidos de aleteo crecer. Alcanzó una curva en el túnel y, usándola como cobertura, se asomó cuidadosamente alrededor de la esquina. Varias criaturas estaban revoloteando en grupo. Ninguna de ellas era tan grande como la primera que habían visto arriba, cerca del cadáver del squall. Pero Dusque podía ver mejor a estos especímenes.

Definitivamente eran murciélagos, con alas coriáceas y cuerpos cubiertos de pelo. Sus rostros eran alargados, y tenían orejas muy puntiagudas. Desde donde estaba era difícil saber si tenían algún tipo de garras en los pies, pero Dusque supuso que probablemente así era. El hecho de que fueran bebedores de sangre era probablemente la razón por la que eran indomables. Cualquier criatura así de agresiva tendría que ser tomada cuando fuera extremadamente joven, si uno tenía alguna esperanza de entrenarla para obedecer.

Uno de los borgles del grupo repentinamente emitió un sonido agudo y voló alejándose hacia las profundidades. Los otros lo siguieron, y Dusque aprovechó la oportunidad.

Deshaciéndose del agarre alarmado de Tendau, Dusque lentamente avanzó hasta donde los jóvenes borgles habían estado revoloteando. Allí descubrió los restos de lo que debía ser un nido. Se emocionó cuando vio que, aunque no había crías presentes, había mechones de pelo suave atrapados en el mismo nido. Hábilmente sacó sus contenedores de muestras y recogió todos los restos que pudo encontrar. Le hizo a Tendau la señal de éxito y se deslizaba de vuelta hacia él cuando un extraño reflejo llamó su atención.

Había algo destelleando bajo la luz de su lámpara en un rincón del túnel. Cuando Dusque se acercó, pudo ver que había otra abertura que parecía descender aún más abajo. Lo que había llamado la atención de Dusque era un hueso, descarnado. Y vio que había más reflejos abajo, en el túnel parcialmente oculto. Como ni ella ni Tendau habían visto a ningún otro ser vivo en las cavernas además de a los murciélagos, ni siquiera pequeños insectos, la curiosidad de Dusque se despertó. Los hábitos alimenticios de esos murciélagos eran beber sangre. Esto era probablemente responsabilidad de otra cosa. Se preguntó qué otras criaturas podrían estar viviendo allí abajo entre los murciélagos. No pudo resistirse a hacer un rápido reconocimiento. Tendau negó con la cabeza, pero Dusque levantó un dedo y se adentró en las fauces abiertas.

Sintió más aire frío rozando su piel y se dio cuenta de que esa era la fuente de la frialdad que había estado sintiendo desde que entraron en el sistema de cuevas. Su lámpara no revelaba casi nada. La oscuridad parecía tragársela y era absoluta. Dusque sintió una punzada de miedo y se le erizaron los pelos de la nuca. Estaba empezando a reconsiderar su plan cuando algo chocó contra ella desde atrás.

Sofocando un grito, se volvió y se dio cuenta de que el ithoriano la había seguido. Sonrió, aunque sabía que él no podía verlo, y continuó adentrándose en la oscuridad. Con él cerca, Dusque estaba más segura de sí misma. Sin embargo, a medida que encontraba más y más huesos, cada uno de un tamaño diferente, su seguridad comenzó a flaquear. Sin una forma precisa de decir cuán grande era la caverna, estaba empezando a darse cuenta de que estaba plagada de montones de huesos en cada recoveco. Deseó haber pensado en ocultar su olor y el del ithoriano antes de comenzar la exploración. Y entonces oyó un aleteo en la oscuridad. Ambos se detuvieron en seco.

A diferencia del sonido que los otros murciélagos habían hecho, este era lento, deliberado y poderoso. Dusque sabía que estaba cerca y se debatía entre su deseo de verlo y su creciente miedo. Sacudió la cabeza y se dijo a sí misma que esta era exactamente la razón por la que se había convertido en bioingeniería: descubrir cosas nuevas y comprenderlas. Sabía que no había vuelta atrás. Así que se armó de valor y continuó avanzando más profundamente en la negra caverna. Percibiendo su camino a tientas por la pared, sabía que Tendau todavía estaba detrás de ella. Y cuando sintió que la pared se curvaba, finalmente llegó hasta una visión espeluznante.

Bajo la débil luz de la lámpara, Dusque vio un montón de huesos tan alto como ella y de casi ocho metros de largo. Y encima de ese trono esquelético había un monstruoso

borgle. Su corazón empezó a latir con fuerza, su mente se aceleró, Dusque estimó que la bestia tenía al menos cinco metros de largo. Si bien se parecía a las demás en casi todos los demás detalles, aparte de su tamaño, había otra característica sorprendente: el murciélago tenía los ojos amarillos, resplandecientes y abominables. De hecho, eran casi hipnóticos en su poder. En lo más profundo de su ser, Dusque comprendió de pronto por qué la adiestradora sin dedos había dicho que eran la encarnación del mal. Se echó hacia atrás y apretó la mano del ithoriano tan fuerte que casi le rompió los dedos. Se encontró a sí misma paralizada por completo y se preguntó vagamente si era algo que le estaba haciendo el borgle.

Cuando Tendau comenzó a tirar de ella, el murciélago mutante dejó escapar un agudo chillido, y desde algún lugar por debajo, Dusque oyó el aleteo de cientos de alas. El ithoriano tiró más fuerte, y ella de repente se sintió liberada. Los dos se volvieron y comenzaron a correr a una velocidad vertiginosa. La pequeña pistola de Tendau y su daga no servirían de nada contra la gran cantidad de murciélagos.

Mientras avanzaban por los túneles, le tocó a Dusque agarrar a su amigo y tirar de él. Podía sentir la respiración arder en sus pulmones, pero el miedo la había impulsado a la acción y le había proporcionado un estallido de energía. Justo cuando creyó sentir garras rozándole el pelo, vio la débil luz del día por delante. Con la entrada a la cueva a la vista, ambos aumentaron la velocidad y tropezaron, cayendo fuera de la cueva y rodando abajo por la pequeña colina. Yacieron amontonados, jadeando, con las armas desenfundadas y listas. Pero nada los siguió.

Dusque rodó sobre su espalda y dejó escapar un suspiro de alivio. Después de un momento para recomponerse, comenzó a reír. Su risa se convirtió en una carcajada en toda regla y entonces Tendau se unió a ella. Se rieron hasta quedar sin aliento de nuevo, y entonces Dusque se empujó sobre un codo para observar a su amigo.

—¿Has visto el tamaño de esa cosa? —preguntó asombrada.

—Habría sido difícil no verla —bromeó Tendau—, dado que ocupaba toda la cámara.

Dusque sonrió, pero repentinamente se serenó. Sin restos del aturdimiento, habló más en serio.

—Aparte de su obvio tamaño, esa cosa estaba mal… de alguna manera —descubrió que no tenía las palabras para describir cómo se sentía acerca de su abrumadora malevolencia.

—Sí —convino Tendau—. No se puede negar que esa criatura era una mutación… una abominación del mal. A veces es fácil averiguarlo, ¿eh? —él le dirigió una mirada penetrante.

—Sí —estuvo de acuerdo ella, su verdadero significado perfectamente claro para ella—. A veces es fácil decir que algo está mal. Pero a veces no —argumentó.

Dicho esto, se arrodilló y rebuscó en su mochila, asegurándose de que las muestras habían sobrevivido a su partida apresurada. Los contenedores no estaban rotos, y se animó al ver que el viaje no había sido una pérdida de tiempo después de todo.

—Si hubiéramos podido tomar muestras a esa cosa… —murmuró.

—Me sorprendes, niña —admitió Tendau—. Realmente lo haces a veces. Tenemos suerte de que esa criatura no nos tomase de muestras a *nosotros* —se irguió y se arregló la túnica—. Ahora regresemos antes de que nos metas en verdaderos problemas.

CINCO

Cuando amaneció, con delgados y rosados zarcillos serpenteando por el cielo, aprovecharon para regresar a Narmle, a pesar de que estaban agotados por su huida de la caverna. Dusque, eufórica por su relativo éxito, no pudo resistirse a detenerse a examinar superficialmente algunas pequeñas madrigueras que había notado en su camino desde las cuevas. Mientras tomaba muestras, creyó escuchar un gruñido grave no muy lejos de donde ella y Tendau estaban trabajando.

—¿Has oído algo? —le preguntó en voz baja.

—No —respondió él.

—Creo que algo nos está siguiendo —le dijo.

—Niña, lo estás imaginando. Creo que los dos estamos un poco nerviosos.

—Bueno, vale, sigamos avanzando, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —recogieron sus equipos y continuaron.

De repente, los gruñidos graves que Dusque estaba segura de haber escuchado se detuvieron por completo. Sin embargo, en lugar de aliviarla, el hecho hizo que se le erizaran los pelos. Antes de que pudiera darse la vuelta para decir una palabra a Tendau, la jungla explotó a su alrededor en una cacofonía de gruñidos y gritos. Dusque se dio cuenta de que uno de los gritos provenía de ella.

Un gran gato colmilludo salió de un espeso matorral. Pesando fácilmente cuatro veces más que Dusque, tenía dos caninos muy prominentes que sobresalían de su mandíbula y le daban su nombre. El felino era del color de la arena, con una cola muy larga y potentes muslos, aunque su pelaje tenía un aspecto sucio y desigual. Dusque y el ithoriano intentaron ponerse a cubierto. Dusque alcanzó algunos árboles, pero Tendau no fue tan afortunado.

El gato colmilludo saltó tras el ithoriano sin dudarlo. Dusque pudo ver que él estaba buscando a tientas su bláster, su miedo y su cansancio lo volvían torpe. El gato colmilludo estaba a punto de abalanzarse sobre él, y Dusque sabía que el ithoriano no tenía ninguna posibilidad. Al verlo en peligro de muerte, ella actuó sin pensar.

Desenvainando su daga, corrió hacia el gato colmilludo al acecho. Con un salto, aterrizó parcialmente sobre su espalda. Tan pronto como hizo contacto con el gato, rodeó con un brazo a la criatura. La sorpresa y la inercia estaban de su parte, y Dusque consiguió desviar la atención del felino de Tendau hacia ella misma.

El gran gato galopó alrededor como un tauntaun indómito, tratando de quitársela de encima. Dusque, al mismo tiempo, trató de cortarle la garganta al gato, pero este logró cerrar sus mandíbulas peligrosamente cerca de su mano en represalia. Los dientes afilados se hundieron en su brazo y Dusque gritó de dolor. Se las arregló para no soltar la daga, pero perdió el asimiento sobre el gato. El gato colmilludo se sacudió de nuevo y Dusque salió volando a través del pequeño claro, aterrizando con fuerza de costado. La bestia enfurecida giró y cargó. Dusque rodó apoyándose en la espalda y levantó su pequeña daga en el aire justo cuando el felino saltaba.

Tendau, habiendo liberado el bláster, se dejó caer sobre una rodilla. Por un breve instante, Dusque pudo verlo apuntar. Entonces su visión fue eclipsada por la visión del gato colmilludo, con las fauces abiertas, descendiendo sobre ella. Blandió la daga hacia delante y apuntó directamente al centro de la garganta del gato, sabiendo que el gesto era estéril pero rehusando rendirse. Cuando el felino aterrizó, el aire a su alrededor se convirtió en una cegadora neblina roja. Dusque oyó el aullido del gato colmilludo y su gruñido de cólera y dolor justo antes de que se derrumbara sobre ella. Ni siquiera estaba segura de si su cuchillo había dado en el blanco. El peso del gato hizo que todo el aire saliera de sus pulmones. Débilmente creyó oír el zumbido de otro disparo de bláster al aire. Vagamente, se dio cuenta de que el gato la estaba asfixiando. Dusque intentó empujar el cuerpo, en vano. Le resultaba difícil respirar, y más luces coloreadas bailaron y destellaron tras sus párpados mientras más se mareaba.

Lentamente, Dusque sintió que el gato comenzaba a moverse.

—Dusque —escuchó que la llamaba una voz amortiguada.

Empezó a empujar al gato en la dirección en que ya se estaba moviendo, y cuando una parte del felino se apartó de su cabeza, Dusque pudo ver al ithoriano sobre ella. Estaba luchando contra lo que Dusque ahora reconocía como un peso muerto. El gato colmilludo estaba acabado. Aunque tenía las manos bastante inmovilizadas, Dusque usó sus rodillas y piernas para tratar de ayudar a Tendau a quitarle el cadáver de encima.

Dusque empujó con fuerza, gruñendo por el esfuerzo. Entre los dos, movieron al gato lo suficiente como para que Dusque pudiera salir de debajo del animal muerto.

—¿Estás bien? —preguntó Tendau con gran preocupación. Se arrodilló junto a ella y pasó las manos sobre el brazo sangrante de Dusque.

—Me pondré bien, creo —dijo, y sonrió con pesar—. Buen tiro.

—Siento no haber sido más rápido. Déjame recuperar tu mochila y me ocuparé de esto —agregó, indicando su brazo.

Dusque apartó el textil desgarrado de su manga y examinó la herida. Le pareció relativamente superficial.

—Déjalo —le dijo al ithoriano—. No deberíamos detenernos por esto. Probablemente el gato no estaba solo.

El ithoriano volvió a su lado y comenzó a rebuscar en la mochila.

—No he escuchado nada más. Si hubiera estado con su manada, ya habrían venido —observando su ropa ensangrentada, agregó—. Ese olor los habría llevado al frenesí.

—Probablemente tengas razón —convino Dusque después de pensarlo un poco. Observó cómo él extendía una tela para hacer una especie de espacio estéril y sacaba vendas y algunos estimulantes. Ella se sentó con las piernas cruzadas y le ofreció el brazo herido a Tendau. Cuidadosamente, él limpió y vendó la herida.

Se las arreglaron para regresar a Narmle y Moenia sin ningún otro incidente. A pesar de las heridas, Dusque disfrutó de la caminata silenciosa por la espesura. Pero una vez que volvieron a entrar en la ciudad, todas las dudas que había intentado ignorar regresaron precipitadamente como olas rompiendo en una orilla. Una vez más, reconoció

lo afortunada que era de tener un amigo y colega como Tendau en su vida. *Él me ayuda y me apoya, y tengo suerte de conocerlo. ¿Pero qué puedo hacer por él? Aguanto y aguanto y me mantengo a salvo. Trabajo para el Imperio, pero no abrazo sus creencias más de lo que he abrazado las de la Alianza.* Y cuando pensó en los rebeldes, su mente se deslizó al agente de cabello negro que la había perseguido desde el primer momento en que se miraron.

Tal vez, solo tal vez, como dijo Finn, al optar por no correr riesgos, he estado eligiendo no vivir. ¿En qué me convierte eso al final?, se preguntó.

El espaciopuerto estaba abarrotado para el vuelo de regreso a Naboo. Mientras Dusque miraba a su alrededor, frotándose distraídamente su brazo herido, vio a mucha gente que parecía cansada y asustada. Sospechaba que habían ido a Rori para responder a alguna llamada a la aventura y habían sido vencidos y repelidos. Al darse cuenta de sus errores, huían hacia aquellas cosas que conocían. Pero, anotó Dusque para sí misma, todos habían corrido riesgos. Al menos podrían consolarse con ese hecho durante las largas noches que les esperaban por delante.

El vuelo con la lanzadera no fue largo, pero Dusque estuvo atormentada durante todo el camino. Y aunque había acusado a su madre de convertirse en una sombra cuando vivía en casa, Dusque de pronto temió el hecho de que tal vez ella había sido siempre el fantasma de su familia. Tal vez el momento de elegir había llegado. Y sin embargo, todavía se sentía indecisa.

—¿Qué debería hacer? —le preguntó al débil reflejo que le devolvía la mirada desde la ventana de la lanzadera. Pero ese espectro no tenía respuestas para ella. Su humor empeoró.

Cuando la lanzadera aterrizó, hubo una gran avalancha de personas. Los viajeros que salían de la lanzadera fueron reemplazados por unos tantos otros ansiosos por embarcar. Dusque fue empujada y zarandeada y recordó por qué le gustaba tanto estar en campo abierto, incluso si eso significaba estar siendo cazada por algo decididamente más grande que ella. Gente de toda clase con todo tipo de equipaje se arremolinaba en la pista al aire libre del espaciopuerto. Algunos habían soltado a sus mascotas, y un peko-peko extremadamente grande volaba obedientemente cerca de su dueño. El azul de su piel deslumbraba con el sol de la mañana. Dusque notó que los naboo tendían a reverenciarlos no tanto como seres vivientes sino como trofeos. Fueron los gungans los primeros en mantenerlos como mascotas.

Mientras Dusque admiraba al reptaviano, sin saberlo perdió la pista de Tendau. Para cuando recuperó su pequeña mochila, él no estaba en ninguna parte. Dio vueltas y vueltas, abriéndose paso empujando entre la multitud de personas, tratando de localizarlo. No estaba realmente tan preocupada como curiosa por saber dónde había ido esta vez. Mientras buscaba, creyó ver al rebelde de pelo negro, Finn. A pesar de sí misma, Dusque sintió que el corazón le daba un vuelco. Un comerciante gungan pasó junto a ella con su falumpaset detrás de él. El cuadrúpedo era casi tres veces más grande que Dusque, con equipo y material amarrado a su espalda. Cuando pasó junto a ella, le taponó la visión.

Agachó la cabeza de un lado a otro, tratando de echar un vistazo alrededor de la criatura de piel gris, pero para cuando esta pasó, Finn no estaba por ningún lado. Dusque escudriñó brevemente a la multitud, y luego descartó la aparición como una ilusión, conjurada por su imaginación por el hecho de que Finn había estado dando demasiadas vueltas en su mente. Entonces, una oleada de actividad recorrió la ya bulliciosa multitud.

Dusque fue sacudida por el gentío. Mientras retrocedía para mantener el equilibrio, comenzó a preocuparse. Algo no iba bien. Algunos de los viajeros comenzaron a gritar. Sobre el creciente alboroto, Dusque pudo oír el pesado andar de pies blindados haciendo eco en los pasillos de piedra, acercándose rápidamente. La lanzadera partió tan repentinamente que su despegue derribó a algunos de los pasajeros que desembarcaban. Dusque se descubrió en el suelo, sobre su estómago, parpadeando para retirar el polvo de sus ojos. Se apartó el pelo de la cara, y cuando su visión se aclaró, pudo ver a Tendau a unos diez metros de distancia. Estaba completamente rodeado de soldados de asalto de armadura blanca. El sol, el cual ya había roto la densa capa de nubes que siempre parecía cubrir Moenia, centelleaba en sus armaduras. Dusque entrecerró los ojos ante el resplandor y vio que un oficial imperial vestido de negro de la Oficina de Seguridad estaba leyéndole algo al ithoriano de un cuaderno de datos que tenía en la mano. A pesar de estar rodeado, Tendau no hacía nada por intentar escapar.

Dusque no era tan reservada. Se puso de pie de un salto y comenzó a abrirse paso para llegar hasta él. Pero aquellos que habían recuperado el equilibrio retrocedían colectivamente ante la escena que tenían delante. Algunos trataron de correr hacia las salidas, mientras que otros se agachaban y se cubrían temerosos. Dusque estaba en un estado de temeridad producto de sus emociones. Primero derribó a una pequeña hembra bothan que sostenía una cesta de fruta, luego corrió hacia un muro de espectadores recién formado. Agarró a un rodiano por los hombros e intentó apartarlo. Pero la multitud se había agrupado y no había ningún lugar adonde Dusque pudiera apartarlo. Él se volvió enojado y la miró fríamente con sus ojos multifacéticos.

—Cuidado con lo que haces, mujer —le gritó.

—¡Tengo que llegar a él! —gritó ella, y se esforzó por ver más allá de los curiosos que ahora estaban fascinados por la escena.

—No deberías —le advirtió—, créeme. Tienen una orden de arresto y ejecución sobre el cabeza de martillo.

—¿Qué? —demandó Dusque—. ¿Qué ha hecho? ¿Qué está pasando aquí? —al mismo tiempo, estaba tratando de acercarse forcejeando, en vano. Casi percibiendo el peligro inminente, la multitud ya no intentaba alejarse. Otra línea de soldados de asalto se movió en formación, creando una línea sólida frente a los espectadores, esta vez para mantenerlos atrás.

—Escuché a alguien de delante decir que era un traidor —respondió el rodiano distraídamente—. Vender algo de información o comprarla. ¿Quién sabe? —se volvió para ver mejor.

Horrorizada, Dusque vio que el oficial imperial estaba guardando su cuaderno de datos, su sentencia había terminado. Hizo una señal a tres de los soldados, y dos de ellos tomaron al ithoriano por sus largos brazos. Él no hizo ningún movimiento para resistirse mientras los dos lo arrastraban hacia una sección abierta del espaciopuerto, seguidos por el tercero, quien blandía un rifle bláster E-11.

—Nooo… —gimió ella en voz baja. Tiró de las camisas y las mangas de aquellos que la rodeaban en un esfuerzo por liberarse. Pero cuanto más presionaba, más la empujaban de vuelta. En un determinado momento, estuvo segura de que Tendau la había visto. Él negó tristemente con su cabeza abovedada y luego dejó que colgara inerte. Ella le gritó, liberando una mano entre los soldados para hacerle señas en tono suplicante. Él levantó y bajó la mano, indicándole que se detuviera: *muerte por delante*, significaba en su lenguaje privado.

Su miedo y su rabia la hacían imprudente, ciega ante el peligro inminente que la rodeaba.

—No lo entiendes —le gritó Dusque al oficial—. ¡Estás cometiendo un terrible error!

El oficial miró en su dirección. Ladeó la cabeza e intentó descubrir quién exactamente estaba gritándole. Su mano cayó hasta su arma, y Dusque estaba demasiado frenética como para notar la amenaza implícita en sus acciones. Estaba empezando a gritar de nuevo cuando un fuerte brazo se envolvió alrededor de su cintura y tiró de ella hacia atrás, casi llevándola en volandas. Se retorció violentamente contra quienquiera que estuviera alejándola del frente de la multitud, pero no podía apartar los ojos de Tendau.

Los dos soldados de asalto que lo habían llevado hasta el otro lado del espaciopuerto ahora se alejaban de él, aunque se mantuvieron lo suficientemente cerca por si intentaba algo. Pero el ithoriano simplemente levantó la cabeza para mirar al cielo. El tercer soldado se colocó frente a él a tres metros y lo observó desde el punto de mira de su bláster.

—Preparado —dijo el soldado de asalto, sin hacer realmente una pregunta.

Dusque perdió las fuerzas, y se encontró usando el brazo que todavía la sostenía como apoyo, en lugar de luchar contra él.

—No —susurró con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

—Ahora —ordenó el oficial. La multitud se había vuelto ensordecedoramente silenciosa.

El ithoriano bajó la cabeza para mirar directamente al soldado, entonces extendió los brazos a los lados en un gesto casi de bienvenida. El soldado de asalto disparó su rifle bláster una vez, el rayo rojo cortó el aire de la mañana con un letal gemido. Golpeó a Tendau directamente en el pecho. El ithoriano se sacudió violentamente hacia atrás y se desplomó sobre la fría piedra. Se estremeció una vez, y luego se quedó quieto.

Dusque gritó y se inclinó hacia delante, sintiendo como si el rayo también la hubiera golpeado. Levantó la cabeza, y un gruñido desafiante escapó de sus labios. Se pasó un antebrazo sobre sus ojos húmedos y trató de lanzarse contra el oficial, pero otro brazo la rodeó y se sintió apartada más lejos de su objetivo. Luchó contra el agarre y se revolvió

para encontrarse cara a cara con Finn. Se quedó pasmada. El espía rebelde aprovechó la oportunidad para arrastrarla más lejos de vuelta entre la muchedumbre hacia la salida principal del espaciopuerto.

—¿Qué? —finalmente logró decir, más por sorpresa que por cualquier pensamiento consciente.

—Tenemos que salir de aquí —susurró él con urgencia, todavía tirando de ella con el brazo.

Dusque se liberó de su agarre y se giró regresando hacia el grupo de espectadores, su cara como la de un espíritu vengador. Finn corrió detrás de ella y la atrapó, levantándola en el aire entre sus brazos, obligándola a alejarse.

—Si no salimos de aquí ahora —repitió—, ambos moriremos y no servirá para nada. ¡No hagas que su muerte sea en vano!

Dusque se sentía como si estuviera en un sueño. La muerte de Tendau reverberaba en su cabeza y su corazón. Se desinfló y dejó que él los sacara a ambos del espaciopuerto, más allá de aquellos que estiraban el cuello para ver mejor a su amigo muerto y aquellos que daban gracias a su suerte por estar todavía vivos. Una vez fuera del área de lanzamiento, notó vagamente la terminal de billetes y los pequeños grupos de personas que conversaban y tomaban unas copas antes de su partida.

Cuando pasó más allá de estos, no pudo evitar pensar en cuán equivocados estaban, ya que no sabían que Tendau estaba muerto; no les importaba que se hubiera ido para siempre. No podía asimilar que él se hubiera ido. Y no podía entender cómo Finn había llegado para salvarla en el momento justo. Se llevó una mano a la cabeza, repentinamente acalorada y sintiendo claustrofobia. Finn los mantuvo en movimiento.

Una vez fuera, Dusque aspiró profundamente un par de veces. Casi directamente enfrente de ellos, más allá de un puesto de artesanía, había una animada cantina. Finn comenzó a llevarlos en esa dirección, y Dusque no había recuperado sus sentidos lo suficiente como para cuestionar nada. Le resultaba más fácil dejar que él la empujara que procesar lo que acababa de ver. En la entrada a la cantina, sin embargo, ella se congeló abruptamente.

—Ahí dentro no —susurró. No podía soportar la idea de estar rodeada de gente ruidosa, riendo y hablando.

—De acuerdo —convino Finn—. Demasiados ojos. No hay forma de saber quién podría haber ahí dentro —la llevó más allá de la cantina hacia la parte posterior del edificio. Estaba en la periferia de la ciudad propiamente dicha; lo único por detrás era un camino de ladrillos que se desvanecía en los pantanos y marismas. La pared del edificio se curvó, y pronto estuvieron lejos del alcance del oído de cualquiera. Dusque apoyó la espalda contra la fría pared de piedra y cerró los ojos, ajena a las dos lágrimas que corrían por sus calientes mejillas. Permaneció inmóvil durante varios largos minutos.

Cuando abrió los ojos y se encaró con el agente de pelo negro, había una expresión dura en su rostro.

—Apártate de mi camino —dijo con los labios apretados, sus emociones un revuelto conflictivo. Tenía que dejar que se desahogasen, y Finn proporcionó un objetivo conveniente.

Finn no soltó el agarre sobre su brazo, aunque lo relajó un poco.

—¿Y a dónde crees que vas? ¿En serio estás pensando en volver allí? ¿Y hacer qué, exactamente?

—Tiene que haber justicia —exigió—. Tiene que haberla. Y quiero respuestas.

—Escúchame atentamente —dijo él, acercándose tanto a Dusque que casi podía contar sus pestañas una a una—. En lo que a ellos respecta, se ha impartido justicia. Vuelve allí, y también te servirán justicia a ti.

—¿De qué estás hablando? —gritó, las palabras de Finn no tenían sentido para ella—. ¿Cómo podría ser la muerte de Tendau justicia?

Finn miró alrededor para ver si alguien la había escuchado gritar. Satisfecho porque aún no hubieran sido descubiertos, habló.

—Tu colega intercambió información con espías bothan. Traicionó al Imperio.

—¿Qué? —ella negó con la cabeza—. Él era científico. Todo lo que hacía era buscar respuestas a los secretos de la naturaleza. No pasaba información —pero recordó la otra noche en el casino y la conversación del ithoriano con la desconocida… una conversación que él nunca explicó. Y ahora ya nunca tendría la oportunidad. ¿Algo ilícito aconteció esa noche?

Finn parecía no estar convencido.

—Bueno, a los ojos del Imperio, era un traidor. E incluso su posición no ha podido salvarlo del destino de un traidor —la miró significativamente y Dusque recordó su única otra conversación, cuando él le había advertido que su trabajo no era garantía de seguridad o anonimato. Ciertamente parecía que eso había sido cierto para Tendau. ¿Podría también ser cierto para ella?

»Y si aún no lo han hecho —continuó—, te marcarán como traidora junto con él.

—¿Qué? —preguntó ella. Sintió como si no pudiera dejar de hacer la pregunta, como si no pudiera dejar de caminar a través de un horrible sueño.

Él soltó el brazo de Dusque y continuó más suavemente.

—Trabajaste con él casi exclusivamente, día y noche, fuera, en campo abierto. Dime cómo no podrían sospechar de ti. ¿Hay alguien más en tu laboratorio que pueda defenderte, hablar en tu nombre y proclamar tu inocencia, tu lealtad al Emperador?

Dusque se detuvo en seco. Ella sabía que en su mundo estéril, ninguno de los otros diría una palabra. Y no había hecho nada para distinguirse como firme defensora de nada.

—No —dijo ella finalmente—. Nadie. De hecho, algunos estarían encantados de verme partir —pensó en lo que tristemente se dio cuenta de que había sido la última noche con su único amigo. Pensó en cómo él le dijo que la naturaleza debía corregirse, sin importar el coste. Y pensó en cómo ella no había hecho nada de eso—. Y no te confundas —le advirtió—, no soy inocente.

Finn pareció ligeramente sorprendido por su última admisión. Dio un paso atrás imperceptible y se pasó las manos por su pelo revuelto.

—¿Entonces ya formas parte de la Alianza? —preguntó confundido.

—No —respondió ella—, pero soy igualmente culpable.

—No importa ahora —le dijo—. Tenemos que salir de esta roca. Si no lo hacemos, te capturarán. Confía en mí.

Un ceño fruncido cruzó sus rasgos. Bajó la mirada hacia su ropa desgarrada y sucia. Se dio cuenta de que solo tenía su pequeña mochila y nada más. Sus pertenencias, así como las de Tendau, estaban en el hotel de la Nidada, a las afueras de la ciudad.

—¿Qué hay de mis cosas? —preguntó ella. Sabía que era una pregunta tonta, pero concentrarse en lo mundano la ayudaba a sobrellevarlo—. Todo está en nuestras… mis habitaciones —se corrigió a sí misma, y sintió un nudo en la garganta, su voz de repente ronca por la emoción.

—No hay tiempo. Ya no tienes otra opción. Tenemos que irnos —dijo—. Nos mantendremos fuera de los límites de la ciudad y permaneceremos en el perímetro —comenzó a moverse, pero Dusque se mantuvo firme.

»No tenemos tiempo para esto —le dijo, caminando hacia ella—. ¿No entiendes la gravedad de la situación? Ya no tienes elección —la exasperación era clara en su voz.

Ella lo miró fijamente.

—Oh, sí tengo —respondió ella—. Tengo elección.

Los ojos negros de Finn se entornaron.

—Tienes razón. Puedes quedarte aquí y morir, o puedes unirte a la Rebelión.

—No es tan simple —susurró, confundida de nuevo.

—Nada lo es —dijo él suavemente—. Entonces ven conmigo por la memoria del cabeza de martillo —agregó, y Dusque se irritó momentáneamente por su uso casual de esa expresión coloquial para los ithorianos—. Si no crees en mí y en lo que defendemos, entonces ven conmigo por lo que le han hecho a él. Ven conmigo por venganza.

Dusque se tragó el miedo. Se sentía revuelta por dentro, insegura de sus emociones. Lo que le decía Finn tenía sentido en un nivel básico. Era lo menos que podía hacer por su camarada caído. *Tal vez*, pensó, *tal vez no pueda corregir la naturaleza por ti, pero puedo vengarte. Eso puedo hacerlo.*

—Está bien —convino ella—. Vámonos —y dejó su destino en las fuertes manos del rebelde. *Por ahora*, pensó para sí misma. *Confiaré en ti por ahora.*

SEIS

Finn abría camino, manteniéndolos cerca de los edificios de piedra en el borde de Moenia. Desde el otro lado de los pantanos, Dusque oyó el grito de un peko-peko. Inconscientemente, comenzó a calcular cuán lejos estaba (probablemente a veinte metros), como si realmente fuera a salir a rastrear al reptaviano.

Pero esos días habían acabado, se reprendió a sí misma.

El espaciopuerto resultó estar aún más cerca. Finn se detuvo y se volvió hacia Dusque.

—Puedo ver la lanzadera desde aquí. Vamos a tener que correr para alcanzarla —explicó, y entonces, repentinamente, la dulzura se apoderó de su voz—. ¿Puedes hacerlo?

Dusque estaba confundida. Su preocupación por ella la hacía sentir conmovida y enojada al mismo tiempo.

—Sí —le dijo.

—Vamos —dijo él, y rompieron a correr a través de la explanada de ladrillo. Subieron los escalones y dejaron atrás a multitud de viajeros, corrían a toda velocidad. Sin embargo, nadie les hizo caso, y solo un pasajero siquiera los miró. Dusque se dio cuenta, mientras se abrían paso a través del vestíbulo hacia el área de hangares, que Finn lo había cronometrado casi a la perfección. No llamaban la atención en sus prisas porque la lanzadera estaba casi lista para la partida. De hecho, un médico trandoshano casi los derriba en su apuro por embarcar.

Finn redujo la velocidad lo suficiente como para lanzar sus billetes de viaje al droide de protocolo que estaba ocupado tratando de recolectar y organizar los comprobantes.

Ellos y el médico fueron los últimos en abordar la lanzadera. Cuando Dusque se sentó cansadamente en un asiento y se abrochó el cinturón, miró alrededor de la cabina. Era un grupo diverso y variopinto el que compartía el transporte con ellos. Con la excepción del médico y de ellos mismos, pensó que la mayoría de los otros parecían tipos cuestionables. Algunos portaban armas cuyas capacidades ni siquiera podía empezar a suponer, y otros parecían cazadores. Se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde iban… pero si los pasajeros eran una indicación, no era a un lugar agradable. Resolvió preguntarle a Finn sobre ello tan pronto como despegaran. Primero iba a cerrar los ojos por un momento…

Lo siguiente que percibió Dusque fue que alguien le sacudía el hombro con insistencia. Estaba muy cansada; hizo todo lo posible por ignorarlo. Pero la sacudida se hacía más constante cuanto más le daba la espalda.

—Está bien, Tendau —murmuró, y débilmente agitó una mano—. Recogeré el campamento. Sólo déjame un poco más.

—Hemos llegado —susurró Finn, capturando la mano de ella en el aire.

Los ojos de Dusque se abrieron de repente ante el toque inesperado y el sonido de la voz extraña pero cada vez más familiar. Parpadeó para despejarse y miró alrededor de la

nave. Vio que la mayoría de los pasajeros había desembarcado. Ella y Finn eran de los últimos en marcharse.

—Ha sido rápido —dijo ella.

Por primera vez desde que se habían conocido, él le dedicó una sonrisa genuina.

—¿Y cómo lo sabes? Has dormido todo el tiempo —él se puso en pie y le ofreció una mano—. Aunque es comprensible —añadió cuando ella bajó la mirada a su regazo—. Con todo lo que ha pasado…

Dusque agachó la cabeza y se negó a aceptar su mano. De repente se sintió culpable por haber descansado. Pensó que debería haber mantenido alguna especie de vigilia por su amigo perdido, pero en cambio había dormido como una niña en el primer momento en que tuvo oportunidad.

—Estoy bien —le dijo bruscamente, y pasó a su lado.

—Testaruda —murmuró él, siguiéndola.

Dusque olió el calor antes de sentirlo. Salió de la nave y entrecerró los ojos ante el sol. Sin esperar a Finn, se alejó de la zona de aterrizaje y se encontró con un mirador. Desde allí, se protegió los ojos y escaneó rápidamente el área. Polvo le llenó la nariz, y una cálida brisa le acarició la mejilla.

El área donde habían aterrizado era montañosa, aunque vio un valle hacia el sur. El sol acababa de aparecer por el horizonte, y el cielo era de un amarillo-rosado. Justo en frente de la lanzadera había un puente que conducía a un asentamiento bastante grande. Los edificios, construidos principalmente de piedra arenisca y otros materiales locales, casi se desvanecían entre el áspero paisaje. Y no había duda del olor a huevos podridos en el aire. El puente cruzaba un río no de agua, supuso Dusque, sino de azufre. Se puso las manos en las caderas y se volvió hacia Finn, quien la estaba observando.

—¿Y bien? —le preguntó ella.

Él se acercó a su lado.

—¿No tienes curiosidad por saber dónde estamos?

—Lok —respondió ella—. Obviamente.

—¿Cómo lo has sabido? Que yo sepa, nunca has estado aquí antes.

—Soy bióloga, ante todo. Y soy buena en mi trabajo —anunció sin un rastro de vanidad—. El que nunca haya estado aquí no significa que no sepa sobre el planeta.

Finn alzó las cejas.

—Estoy impresionado.

—Los ríos de azufre lo delatan —admitió, señalando hacia el canal que tenían delante.

Finn sonrió ampliamente y Dusque pensó que estaba complacido.

—Apesta un poco, ¿eh?

Dusque asintió.

—Es por el azufre que el kimogila ha desarrollado una piel tan resistente. Solo he visto una muestra de esa piel. Una increíble característica de adaptación de la bestia.

—Sin mencionar que son una de las criaturas más venenosas de la galaxia y que pueden tragarse un wookiee entero si les da la gana. Si tenemos suerte —agregó Finn—, no veremos a ninguno de esos monstruos mientras estemos aquí.

Fue el turno de Dusque de sorprenderse.

—Conoces a las criaturas.

—Conozco Lok —la corrigió.

—¿Y es por eso que estamos aquí?

Finn asintió.

—Necesitaba sacarte de Naboo, y aunque este sitio no está en un lugar que describirías como seguro, es más seguro que el planeta natal del Emperador.

A unos treinta metros de distancia, Dusque vio a una serpiente de espinas deslizarse desde un montón de rocas y atacar a uno de los pájaros no voladores autóctonos de Lok. El pájaro estaba muerto antes de tocar el suelo. Mientras la serpiente se dislocaba la mandíbula para acomodar su comida, Dusque miró a Finn.

—No —estuvo de acuerdo—. Definitivamente no pensaría en este lugar como seguro. ¿Por qué aquí?

—Tengo algunas conexiones —le dijo Finn.

—¿Hay miembros de la Alianza aquí? —preguntó ella. Sabía que tenían que esconderse bien de los ojos siempre vigilantes del Imperio, pero Lok era un agujero infernal. Mientras pateaba el esqueleto de un pequeño carroñero bajo sus pies, se preguntó cuán desesperados debían estar para esconderse entre las serpientes y la muerte.

—No —admitió Finn lentamente—, no hay rebeldes. Los lazos que tengo con mi conexión se remontan a antes de eso. Solía… hacer cosas para él.

—¿Quién es? —preguntó ella.

Después de que Finn comprobara que estaban solos, dijo:

—Nym. Todo esto de aquí es su fortaleza.

—Conozco ese nombre —señaló Dusque pensativamente. La comprensión se extendió por su rostro después de un momento—. ¿No es el pirata que ha estado atacando los transportes de suministros a lo largo de la Dorsal Comercial Corelliana?

—¿Cómo sabías eso? —preguntó desconcertado.

—Interceptó varios envíos designados a mi grupo. Cuando traté de averiguar qué había pasado con los suministros, su nombre fue mencionado. Retrasó un proyecto mío durante algún tiempo.

Dusque observó a Finn con una mirada más aguda que antes. Realmente había escuchado bastante acerca de Nym y de lo que era capaz de hacer… o, al menos, de lo que se le acusaba de ser capaz de hacer. El hombre larguirucho de pie frente a ella no solo trabajaba encubiertamente para la Rebelión, sino que, según él mismo había admitido, tenía vínculos aún más antiguos con uno de los piratas más temibles a este lado de la galaxia, famoso por saquear las hiperrutas de los Mundos del Núcleo. Miró detenidamente a Finn y se preguntó de qué sería capaz. Y se preguntó a qué se había visto arrastrada.

No, se corrigió a sí misma, *no me he metido en esto por casualidad.* Después de todo, él tenía razón. No había habido seguridad para Tendau y Dusque en su trabajo. Ella había elegido hacer esto, y había elegido confiar en el hombre que estaba frente a ella. Ahora iba a tener que ver adónde la llevaba su decisión.

—Así que sabes de él —respondió Finn—. Bueno, no solo tiene una nave propia impresionante, sino que también ha ido acumulando una pequeña flota aquí. Deberíamos poder obtener algún tipo de transporte encubierto.

—¿Y por qué va a ayudarnos Nym si no está con la Alianza?

—Digamos simplemente que me debe un favor, y ha llegado el momento de que me lo devuelva —respondió sombríamente.

—Debió ser un gran favor —musitó ella.

—Lo fue —admitió, con una sonrisa torcida—. Recuérdame que te hable sobre eso algún día.

—Lo haré —ella le devolvió la sonrisa—. Entonces, suponiendo que nos ayude, ¿adónde iremos desde aquí?

—Continuamos hacia Corellia, pero ese no es nuestro destino final —dijo—. No sé adónde iremos después.

—¿Qué? —preguntó Dusque.

—Es una medida de seguridad —dijo él lentamente, y Dusque sintió que estaba eligiendo sus palabras muy cuidadosamente.

—¿Cómo nos mantiene eso a salvo? —exigió ella.

—De ninguna manera —respondió, sacudiendo la cabeza—. Mantiene a la *Alianza* a salvo. Si nosotros fallamos, nadie más sufrirá por nuestra muerte.

—No lo entiendo —continuó ella—. Todo el que se os une debe saber que arriesga su vida y las vidas de quienes lo rodean.

—Tienes razón —convino él—, pero no lo entiendes. Realmente no sabes de lo que es capaz el Imperio.

—Me hago una idea —replicó ella—. Y todavía estoy aquí contigo, dispuesta a correr el riesgo.

Finn la escrutó por unos momentos. Una cálida brisa se deslizó a través de la pequeña meseta sobre la que estaban, y parte del cabello de Dusque le cayó sobre la cara. Suavemente, Finn se acercó y apartó los mechones que caían sobre sus ojos grises. El gesto fue casi una caricia, y Dusque se sintió perturbada.

—No importa —dijo él—. Todo el mundo traiciona eventualmente a aquellos a los que ama al Imperio; no hay otra opción —y le ofreció una sonrisa triste.

—Sí hay otra opción —respondió ella—. El problema es que a veces tomamos la incorrecta.

Finn pareció considerar sus palabras, sopesándolas con cuidado. Dusque pensó que era como si estuviera luchando con algo.

Probablemente no había esperado que ella hablara en serio, pensó. Probablemente la iba a subestimar al igual que todos los demás. Bien, se iba a llevar una sorpresa. Si podía vengar a Tendau, entonces cualquier precio valdría la pena.

El silencio entre ellos era cada vez más incómodo.

—Entonces, ¿dónde encontramos a Nym? —preguntó ella.

—Sígueme —le dijo, alejándola del espaciopuerto. Dusque se dio cuenta de que había poca necesidad de esconderse en ese planeta; por el momento, disfrutaron de la seguridad del anonimato entre refugiados y renegados. Sin embargo, había una cosa que preocupaba a Dusque.

—¿Qué pasa si hay un precio sobre mi cabeza? —preguntó mientras cruzaban el puente que conducía a la colección de edificios de piedra arenisca que integraban la fortaleza de Nym.

—No debería ser un problema —le dijo él mientras espantaba una gran mosca lejos de su cara.

Dusque apretó los labios.

—Realmente debe ser un gran favor el que te debe.

—Bueno… —giró su cabeza para mirarla—, el favor no fue tan grande. Simplemente no creo que el precio sobre tu cabeza sea tan alto —sostuvo una cara seria por un momento más y luego le sonrió.

—Vaya —respondió ella—. Humor de recompensas.

—Vamos —le dijo con una leve risita.

Mientras se movían alrededor de la fortaleza, Dusque vio a un grupo obviamente preparándose para una cacería. La mayoría llevaban armaduras en diversos grados y calidades. Varios estaban revisando la preparación de sus armas y suministros. Un mon calamari estaba contando su provisión de dardos de lecepanina y probando la fuerza de sus trampas de malla de alambre. Y algunos pocos incluso tenían sus propios animales con ellos. Un gato gurr adulto se paseaba junto a su amo, y un bothan le estaba dando a su joven bantha algunas galletas de viaje.

Un hombre humano bien armado se acercó a ellos, y Dusque sintió que su pulso se aceleraba. La placa de su pecho destellaba ante la luz del sol. Notó que Finn había movido su mano ligeramente hacia la cadera y se dio cuenta de que debía tener un bláster escondido debajo de la capa de viaje. Ella respiró un poco más tranquila sabiendo que él estaba armado.

El hombre se paró frente a ellos y los observó a ambos de manera apreciativa. Asintió a Finn y dejó que su mirada se demorara un poco más en Dusque. Normalmente, ella se habría sentido ofendida por su escrutinio, pero contuvo la indignación, comprendiendo que llamar la atención sobre ellos ahora no era lo mejor para sus intereses.

—Estamos buscando a algunos más para unirse a nosotros —comenzó con voz ronca—. ¿Apetece?

Finn se paró justo frente a Dusque y dijo:

—Hoy no, amigo. Estamos ocupados.

El cazador se apoyó en su lanza y bloqueó el camino. Ligeramente más alto que Finn, intentó enfatizar su estatura mirando hacia abajo a Finn de una manera exagerada, usando su arma para mantener el equilibrio.

—No me refería a ti. Hablaba con la dama, y no soy tu *amigo* —agregó con un toque de amenaza.

Dusque se sorprendió ligeramente al ver que Finn no hacía nada. El cazador cambió su peso para inclinarse más cerca de ella.

—Bien —repitió—, ¿qué te parece?

Antes de que Dusque pudiera hacer nada, Finn barrió la pierna en un arco y derribó la lanza de debajo del cazador. Sin el arma para equilibrarse, el hombre cayó de bruces. Finn estuvo sobre él al instante. Se sentó a horcajadas sobre la espalda del hombre más grande y sacó su arma oculta. Con un bláster ligero apuntando a la cabeza del hombre caído, Finn habló entre dientes.

—He dicho que estamos ocupados y eso involucra también a la dama. ¿Entendido?

Cuestionado frente a sus divertidos compañeros, el cazador asintió sin decir palabra.

—Bien —le dijo Finn, y luego se levantó, enfundando su arma con práctica facilidad. Asintió a Dusque y luego ayudó al cazador avergonzado a ponerse de pie. Mientras se alejaban, Finn le habló por encima del hombro—. Y estás equivocado. *Sí* soy tu amigo. Si no fuera así, estarías muerto.

Maniobrando por las bulliciosas calles, Finn parecía estar en casa para Dusque. Estaba segura de que él había estado allí antes, y obviamente durante una buena temporada. Esquivó y avanzó a través de los intrincados callejones y cruces hasta que pararon frente a una cantina.

—Si está en la ciudad —le explicó Finn a Dusque—, estará aquí —abrió la puerta para ella y entraron.

Después del brillante sol, Dusque tardó unos momentos en acostumbrarse a la tenue iluminación del bar. A un lado, un solitario bith tocaba un cuerno ondulante. Había un nalargón junto a él, pero no estaba siendo tocado. *Probablemente sea demasiado temprano para eso*, pensó Dusque. Quizás el resto de los bith tocaría más tarde. Muy raramente los extraterrestres de cabeza ancha viajaban solos a través de la galaxia; tendían a viajar en grupo. Debido a que veían los sonidos de la misma forma en que otros veían el color, eran músicos excelentes, aunque caros. Nym, razonó Dusque, debía ser muy rico.

Varios zabraks se paseaban por la barra y estaban ocupados discutiendo sobre animales. Dusque captó partes de su conversación. Ellos, como el grupo de afuera, estaban planeando una cacería. Pero esperaban capturar varias especies para entrenarlas, no como trofeos. Casi deseó poder ir con ellos. Lok se jactaba de poseer la geografía y el clima más duros de la galaxia, y Dusque se maravilló ante la forma en que la naturaleza había permitido a sus criaturas sobrevivir y adaptarse.

Finn caminó alrededor de la barra hacia una zona de asientos en la parte posterior. Estaba desierta, y Dusque sospechó que no habían tenido suerte. Pero luego vio que Finn

se acercaba a una puerta parcialmente oculta y continuaba adentrándose en los recovecos de la cantina. Ella se apresuró a seguirlo, disfrutando de la temperatura más fresca de la penumbra.

Doblando una esquina, entraron a otra habitación. Estaba llena de una neblina provocada por el humo. Unos pocos hombres humanos estaban sentados en una pequeña mesa en la esquina, perdidos en su conversación. Una hembra twi'lek vestida con unos pocos pedazos de tela estratégicamente colocados se retorcía seductoramente en otro rincón de la habitación, bailando con una música que nadie más que ella parecía oír. Hacia la parte posterior, reclinado en un sofá tallado en la piedra arenisca, estaba la persona que estaban buscando. Finn se adelantó, y Dusque lo siguió de cerca.

Era imposible para Dusque adivinar la edad del pirata sentado en el sofá. Podría tener cuarenta o cuatrocientos. A pesar de que estaba sentado, Dusque estimó que medía al menos dos metros de altura. Lo que podía ver de su cuerpo verde y sin vello estaba fuertemente ondulado por los músculos. Tenía pronunciados arcos superciliares que arrojaban extrañas sombras sobre sus ojos rojos, y si bien no tenía una nariz como la de los humanos, tenía un indicio de orificios nasales que terminaban en dos zarcillos colgando hasta su pecho. Varios zarcillos más gruesos brotaban de su cuero cabelludo y colgaban hasta sus hombros como cabellos. Vestía piezas de armadura cuidadosamente colocadas, y llevaba dos blásters en sus caderas y al menos un brazalete con munición adicional. No obstante, estaba sentado sin esfuerzo, bebiendo lo que parecía ser brandy vasariano de una jarra grande y asintiendo al ritmo de los movimientos de la bailarina twi'lek. Dusque notó que se había colocado en la parte posterior de la cantina, con una buena visión de la sala y cerca de otra puerta medio oculta. Un kusak yacía acurrucado a sus pies. El canino parcialmente blindado era de una especie temible que, si se la domesticaba, era leal hasta la muerte. Observó que estaba acariciando al animal distraídamente con su mano libre. Si bien podría haber parecido ajeno a un observador casual, Dusque se dio cuenta de que era extremadamente táctico en su posicionamiento. No era alguien que debiera ser tomado a la ligera.

Cuando vio a Finn, una lenta sonrisa de reconocimiento cruzó su rostro. Sin embargo, Dusque notó que la sonrisa no le llegaba a los ojos. Estos relucían con un carmesí mortífero.

—Finn —dijo tranquilamente—, ¿qué te trae de vuelta a mi puerta? —lanzó una mirada evaluadora a Dusque, pero de una manera discreta, lejos del obvio escrutinio del cazador de fuera—. Y en mejor compañía que la última vez que te vi —les indicó que se sentaran y se unieran a él en su pequeña mesa.

Finn acercó una silla, la volteó y se sentó a horcajadas con los brazos cruzados sobre la espalda. Dusque se hizo con una silla para ella y esperó a que Finn empezara a hablar. Sin embargo, descubrió que le costaba apartar la mirada de Nym. Era un espécimen impresionante, y se rebanó los sesos tratando de descifrar de qué especie era.

—¿Hambrienta? Parece como si pudieras comerme vivo —le dijo, y Dusque negó con la cabeza. Se dio cuenta de que había sido mucho menos que sutil en su observación de Nym, al contrario que él.

Finn comenzó a hablar, pero Dusque lo interrumpió.

—Siento haberte mirado tan fijamente —se disculpó sinceramente—. Es solo que nunca pensé que tendría la fortuna de ver a un feeorin en mi vida.

Nym la miró con astucia por un largo momento. Podía ver a Finn moverse incómodamente en su silla, y se preguntó si de alguna manera había ofendido a su potencial salvador con su declaración. Pero Nym rompió la tensión echando la cabeza hacia atrás y riendo con un profundo y gutural bramido. Cuando enderezó la cabeza, asintió en reconocimiento a Dusque.

—Nadie me ha dicho nunca que fuera afortunado por conocerme —y luego se volvió hacia Finn y dijo—: *Mucho* mejor compañía que la última vez. Ahora que me habéis alegrado una mañana de otro modo aburrida, ¿qué es lo que quieres? —no había amabilidad en la pregunta.

—Necesito un favor —le dijo Finn directamente—. Necesito una nave.

Nym se reclinó y se acarició la barbilla por un momento.

—Ese es un gran favor. ¿Y para qué necesitas una nave?

—Necesito una nave que nos lleve hasta los Mundos del Núcleo —explicó Finn—. Eso es todo lo que necesitas saber.

Nym lanzó una mirada de soslayo a Dusque y respondió:

—Dudo que sea todo lo que necesito saber. Tenemos una buena historia aquí —cambiando de objetivo, Nym le preguntó a Dusque—: ¿Cómo diablos te has visto mezclada con este gusano de arena?

Dusque no esperó a que Finn dijera nada.

—Estaba en el lugar equivocado en el momento propicio —y le sonrió a Nym, sintiendo que no debía darle ninguna ventaja.

Nym le devolvió la sonrisa y asintió. Encarándose a Finn, preguntó:

—De todos modos, ¿qué pretendes con una nave? Como si pudieras pilotarla.

—¿Qué? —farfulló Finn, y por el aspecto del rostro de Nym, Dusque entendió que había ganado el primer asalto. Había aturdido a Finn primero—. Soy un maldito buen piloto.

—Tal vez un buen *copiloto*, pero no eres bueno por tu cuenta. Se necesita una pasta especial para volar solo —dijo Nym.

La mandíbula de Finn tenía un aspecto rígido. Dusque, preguntándose qué estaría mordiéndose, estaba impresionada de que no estuviera demasiado atrapado en la danza del dominio masculino.

—Independientemente de lo que pienses, una nave de dos plazas es lo que necesito. Y me lo debes —agregó, no muy lejos de utilizar también un tono funesto.

—No tengo una —gruñó Nym. Dio un trago a su brandy.

—¿Qué quieres decir con que no tienes una? Lok está lleno de restos de naves. Seguro que tienes algunas en servicio —dijo Finn con cierta exasperación.

—No —respondió el pirata con calma—. Ninguna funciona. Hubo algunas complicaciones en nuestra última incursión en la Dorsal Corelliana. Pero no te preocupes.

—¿Por qué no? —preguntó Finn.

—El hecho de que no tenga ninguna nave funcional no significa que no pueda llevaros donde queráis. Puedo arreglar el transporte para ti y tu preciosa carga —miró a Dusque—. O tú podrías quedarte aquí conmigo por un tiempo. Podría contarte mucho sobre mi especie.

—Es una oferta muy tentadora —dijo ella, siguiendo el juego. Alargó la mano y casualmente la dejó caer junto al kusak, dejando que este la oliera. Cuando estuvo segura de que el animal estaba cómodo, le frotó las ancas. Nym y Finn estaban claramente sorprendidos de que la bestia tolerara su caricia—. Tal vez para otro momento —ofreció ella, sonando pesarosa—. Ahora, tengo algunos asuntos que terminar. Y le necesito a él para hacerlo.

—En otra ocasión, entonces —convino Nym guiñándole un ojo. Volvió su atención a Finn—. Puedo llevaros, pero hay un precio.

—No puedo creerlo. Después de lo que pasó en Dathomir, ¿me negarías esto? ¿Y qué hay de ese pequeño malentendido entre tú y la Garra Gris? ¿Has olvidado todo eso?

Dusque contuvo el aliento ante esto último y sintió cómo sus cejas trataban de elevarse hacia su cuero cabelludo por la sorpresa.

—Lo que hubo entre nosotros entonces no iguala lo que estás pidiendo ahora. Incluso tú deberías darte cuenta de eso —razonó Nym.

—Muy bien entonces. Vamos, Dusque. Encontraremos a otro con quien tratar —Finn se puso de pie y le ofreció una mano a Dusque. Ella miró a Nym. El pirata tenía una expresión petulante en su amplio rostro. Dusque sospechaba que él era el único con quien se podía negociar en la ciudad, y lo que era más, tanto él como Finn lo sabían.

Pero los que son como Nym siempre quieren algo a cambio, pensó ella. Eso era parte de lo que los impulsaba. Para ellos *tener* no era tan dulce como *querer*. Ella y Finn solo necesitaban averiguar qué quería Nym.

—Una lástima que no podamos hacer negocios juntos —anunció ella.

—Los negocios son un asunto diferente. Yo siempre puedo hacer negocios —dijo Nym.

Finn lentamente regresó a su silla, pero no en la postura relajada que había adoptado cuando se habían sentado con el pirata por primera vez. Leyendo su lenguaje corporal, Dusque supo que estaba tenso y supuso que la reunión había dado un giro inesperado.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Finn a Nym finalmente.

El pirata se recostó contra la piedra arenisca tallada y rascó distraídamente la oreja de su kusak.

—Hay algo que podríais hacer…

—¿Qué? —preguntó de nuevo Finn, apenas enmascarando su irritación.

—Al norte de aquí hay un pequeño cañón. Hay un grupo de corsarios que acampan allí, y tienen algo que me pertenece —explicó—. Lo quiero.

—¿Qué es? —preguntó Dusque.

—Una porción de un mapa hiperespacial. Lo quiero para mi «colección» —les dijo Nym—. Tomadlo para mí, y me aseguraré de que lleguéis a vuestro destino, sin preguntas.

—¿Cómo de grande es el campamento? —preguntó Finn.

Nym hizo un gesto desdeñoso con su boca.

—Tres o cuatro tipos como máximo. Fácil.

Dusque sabía cuál debería haber sido la siguiente pregunta lógica, pero pensó que Finn era demasiado listo para preguntarle a Nym por qué no se había molestado en recuperarlo él mismo. La respuesta estaba clara: la tarea era extremadamente peligrosa.

Finn sacudió la cabeza ligeramente.

—Bien, haremos esto por ti. Pero esta es la última vez, Nym —agregó en un tono cortante.

El pirata sonrió levemente, reclinó su cabeza contra la pared áspera e inacabada y cerró los ojos.

—No es la primera vez que oigo eso. Y estoy seguro de que tampoco será la última. Dirígete hacia el norte, sobre la meseta y luego hacia el cañón. No os perderéis —dijo—. Conseguid mi mapa.

Finn asintió bruscamente y se levantó. Sintiendo que Nym había terminado con ellos, Dusque también se puso en pie. Cuando comenzaron a caminar hacia la entrada, Nym los llamó una vez más.

—Id por la puerta de atrás —les dijo, señalando con un pulgar en la dirección del pasadizo que Dusque había notado cuando se sentaron por primera vez—. Y sentíos libres de prepararos con los suministros que tengo por ahí. Puede que los necesitéis —con eso, regresó su mirada hacia la bailarina, que no había parado de bailar durante toda su conversación. Fueron despachados.

Dusque, más cerca de la puerta, la abrió, pero notó que Finn se movía para detenerse un poco por delante de ella. Seguro de que el pirata no podía oírlos, ella susurró:

—Debo ser importante por la forma en que siempre te mueves para cubrirme.

Finn la miró con cierta sorpresa.

—Por supuesto que eres importante.

Pero Dusque casi podía apostar que no había sido consciente de que lo estaba haciendo. No estaba segura de qué hacer con él… o de qué estaba empezando a sentir cuando estaba cerca de él.

Caminaron por un pasadizo estrecho y mal iluminado que desembocaba en lo que parecía ser un almacén digno de un pequeño ejército. A lo largo de una pared había una enorme colección de rifles, pistolas y bandoleras de munición. Otra pared estaba cubierta de espadas y cuchillos, y otra más guardaba una impresionante colección de trampas y

cepos. La última pared tenía una modesta colección de ropas y armaduras. Dusque se movió inmediatamente hacia allí.

Ojeó las diversas piezas de armadura y camuflaje. Rechazó una placa pectoral que parecía demasiado pesada: en el calor de ese mundo volcánico, quería algo que no la agobiara. Encontró un mono de un tejido ligero y color pálido. Estaba empezando a quitarse la túnica y los pantalones cuando se dio cuenta de que estaba siendo observada. Miró por encima del hombro y vio que Finn estaba cerca de los blásters. Pero no estaba revisando el inventario. En cambio, sus ojos negros estaban clavados en ella. Ella le devolvió la mirada y luego se giró, nerviosa.

Me lo ha hecho otra vez, pensó Dusque.

Se vistió rápidamente, cambiando todo lo que originalmente había llevado excepto sus botas de piel. Luego eligió un par de guantes finos de cuero para protegerse las manos y un par de gafas con tinte marrón para proteger sus ojos del intenso resplandor del sol. En la pared de los cuchillos, eligió una espada ligera. La blandió hacia delante varias veces, probando su peso y la sensación que ofrecía. La manufactura era excelente, y se preguntó distraídamente de dónde la habría sacado Nym. Finalmente, añadió un pequeño cuchillo a su bota y, sintiéndose adecuadamente equipada, se giró para ver qué hacía Finn.

Obviamente, en algún momento él había dejado de mirarla y había seleccionado una carabina para agregarla a su arsenal personal. También había cambiado su capa oscura por una túnica ligera y pantalones a juego. Dos bandoleras gemelas de munición cruzaban su pecho, y ella vio que también había elegido un par de guantes de cuero.

—Buena idea en caso de que haya más serpientes de espinas, o algo peor —le dijo Dusque. Rebuscó entre la ropa hasta que encontró una visera. Se la lanzó.

Finn la atrapó fácilmente.

—Te protegerá los ojos —le explicó ella—, y hará que algunos de los animales silvestres locales sean más fáciles de detectar justo antes de que te maten.

Finn lanzó la visera al aire y la volvió a atrapar, mirando a Dusque.

—Vaya —dijo, burlándose de sus palabras anteriores—. Humor de biología —pero se colocó la visera—. Vámonos —le dijo, y salieron al calor sofocante del mediodía de Lok.

SIETE

—¿Cómo vas? —preguntó Finn a Dusque.

Habían estado corriendo durante un tiempo. El sol estaba más allá de su ápice, en declive, pero todavía era casi imposible sentir diferencias en la temperatura. Dusque sentía el suelo caliente y seco bajo sus botas, y estaba empezando a sentir ardor en los músculos. Pero en lugar de sucumbir, estaba comenzando a deleitarse con el hecho de que su cuerpo estaba siendo puesto a prueba por el paisaje inhóspito y aprehensivo, y estaba enfrentándose a él de frente.

En general, ambos guardaban silencio, por temor a alertar de su presencia. Dusque divisó algunos ejemplares increíbles de serpientes y aves, sin mencionar algunas plantas del desierto que nunca había visto antes. Ojalá hubiese tenido alguien con quien admirarlo… alguien que hubiera encontrado belleza en cada matorral y planta árida.

Tendau se habría sorprendido, pensó. Cuando su mente se desvió hacia el destino del gentil ithoriano, sintió cómo un nudo se formaba en su garganta y tuvo que parpadear para contener las lágrimas. No importaba lo que hubiera hecho, no merecía morir como un canalla, muerto a tiros en las calles. Incluso en su estilo de ejecución, el Imperio había tratado de despojarle de su dignidad. Pero Dusque había visto cómo él había enfrentado su muerte con valentía y honor.

Haré que lo paguen, juró.

Se estaban adentrando en un cañón, se dio cuenta Dusque, notando la forma en que las paredes de roca parecían cerrarse sobre ellos desde ambas direcciones. El cielo estaba teñido de rosa y el sol de Lok era como una bola incandescente y llameante justo sobre el horizonte, hundiéndose rápidamente. Finalmente, notaba un enfriamiento sutil del ardiente aire. En poco tiempo, sabía que haría mucho frío en el lado oscuro del planeta volcánico. Con el cambio de temperatura, los animales diurnos buscarían sus madrigueras y los cazadores nocturnos despertarían gradualmente.

Divisando un montón de rocas a un lado, a Dusque se le ocurrió una idea. Se descolgó del paso de Finn y giró hacia el montón de piedras, reduciendo el ritmo. A unos metros del montón, se detuvo por completo y sacó una trampa de malla de alambre de su mochila. Sosteniéndola en su mano izquierda, se deslizó poco a poco sobre el suelo hasta que estuvo justo ante el montón de piedras. Con cuidado, como si estuviera manejando un detonador termal activo, comenzó a desplazar algunas de las rocas más pequeñas hasta que encontró lo que estaba buscando.

Acurrucada formando una bola contra las rocas restantes buscando calor había una serpiente de espinas. El aire más frío de la noche ya había ralentizado el metabolismo del animal lo suficiente como para que sus sentidos estuvieran algo amortiguados. Ni siquiera notó que Dusque había removido parte de su refugio protector. Cuando estaba a punto de alcanzarla, oyó a Finn llegar por detrás de ella. Sin apartar la mirada de la víbora, levantó su mano libre para advertirle que no se acercara. Él se detuvo en seco, y ella pudo ver por el rabillo del ojo que su mano había caído sobre el bláster.

Dusque recogió un pequeño guijarro y lo arrojó a la guarida, justo frente a la cabeza de la víbora. Torpe por la falta de calidez, la serpiente atacó el guijarro mucho más lentamente de lo que lo hubiera hecho durante el día. Dusque sabía que tenía una oportunidad. Mientras la víbora se lanzaba adelante, ella adentró su mano revestida de cuero en el montón y agarró a la criatura por la parte posterior del cuello, evitando cuidadosamente las espinas venenosas a lo largo de la parte dorsal de su cuerpo. Sacó al reptil rápidamente y lo metió en su trampa de malla sin perder un instante, sin siquiera darle tiempo a Finn para reaccionar. Con la certeza de que la serpiente estaba asegurada, colocó la trampa en su mochila de viaje. Entonces se sentó y se dio cuenta de que estaba sudando ligeramente con la brisa fresca.

Finn se dejó caer cerca de ella, aunque notó que mantenía una pequeña distancia y un ojo sobre la mochila que lentamente se ondulaba.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó—. No estamos recolectando, estamos recuperando para Nym.

Dusque, segura de que la víbora estaba atrapada, se colgó la mochila en la espalda. Se puso en pie y partió en la dirección original. Por encima del hombro, respondió:

—Nunca se sabe cuándo una de estas podría ser útil.

Él asintió, pero ella pudo ver que no estaba del todo convencido. Aun así, él parecía aceptar su palabra, y ella estaba contenta de que confiara en su juicio a pesar del hecho de que realmente no entendía sus acciones.

Para cuando llegaron al cañón, la noche cubría la tierra. A lo lejos se veía una gran luna asomando por el borde de la pared oriental del cañón. Recortados contra su blanco resplandor había dos objetos. Uno era obviamente una gran tienda, con sus distintivos puntos altos clavados en el cielo. El otro podría ser también una estructura, pero era algo más pequeña que la tienda. Las dos estaban cerca la una de la otra, situadas en la cima de una meseta. Era un punto de observación perfecto. Los ocupantes tenían una visión clara en todas direcciones, lo cual hacía que un acercamiento clandestino fuera casi imposible.

Tanto Finn como Dusque se agacharon, apoyados contra la pared del cañón. Finn le susurró al oído:

—Corsarios.

Dusque asintió, y ahora que Finn había roto el silencio, habló.

—¿Cómo quieres que vayamos? —tan pronto como lo dijo, se dio cuenta de que ya confiaba en las habilidades de Finn lo suficiente como para dejarlo tomar la decisión.

Finn rebuscó en su mochila más pequeña, sacó un par de electrobinoculares y ajustó el alcance. Ahuecando las manos sobre estos, se volvió hacia el campamento y durante varios momentos tomó lecturas e hizo observaciones. Finalmente, se deslizó más cerca de Dusque y le entregó los binoculares.

—¿Ves allí? —le preguntó, y guió sus manos hacia la dirección en que había estado mirando—. Lo mejor que puedo decir es que parece que hay dos, y están bebiendo.

A través de los electrobinoculares, Dusque pudo ver dos figuras acurrucadas alrededor de un fuego al aire libre. Uno estaba en cuclillas cerca de él, presumiblemente

atendiendo las llamas, y el otro se apoyaba casualmente contra el poste de una tienda, tomando un trago largo de una botella. Al único al que Dusque podía ver claramente era al que estaba de pie. Era un nikto. Ella estimó que era casi tan alto como Finn. Su piel amarilla y la casi completa falta de arcos superciliares o cuernos le dijeron que él era uno de los m'shento'su'nikto, raza que había evolucionado en la región sur de Kintan. En lugar de aletas, tenían tubos de respiración largos y prominentes a lo largo de la parte posterior de sus cabezas. Debido a que la especie tenía muy poca musculatura en la cara, a menudo tenían expresiones neutras o poco inteligentes, por lo cual a veces eran subestimados como idiotas o zoquetes. Pero eso estaba lejos de la verdad. Los nikto podían poseer un ingenio letal.

—Pensaba que Nym había dicho que había tres o cuatro —respondió mientras le entregaba sus electrobinoculares.

—Eso dijo —respondió él mientras los metía en su mochila de nuevo—. Pero he estado mirando un rato y no he visto a ningún otro. ¿Y tú?

—No —respondió Dusque—. Pero aun así tendremos que ser especialmente cautos. Esos nikto sureños pueden usar sus tubos de respiración para detectar vibraciones. Podrían oírnos mucho antes de vernos.

—Hmm, entonces esa es la trampa —dijo Finn—. Veamos si hay algo que pueda ayudarnos por ahí —sacó los electrobinoculares y escaneó el cañón. A menos de veinte metros del lado norte de la base de la meseta había una pequeña manada de grandes snorbals. Dusque siguió su mirada y asintió cuando vio la manada de grandes herbívoros, buscando comida con sus trompas partidas.

—Eso podría funcionar —convino ella—, siempre que podamos hacer que vayan en la dirección correcta.

—Una cosa antes de que entremos allí —le dijo Finn.

—¿Qué? —preguntó Dusque.

—Ningún razonamiento con esos piratas, ¿entiendes? Tenemos que entrar y acabar con ellos. La vacilación significa la muerte —explicó.

—Entiendo —le dijo, aunque no estaba segura—. ¿Pero cómo puedes estar seguro de que son los correctos?

—Aunque Nym y yo… discrepamos en algunas cosas, sé que no nos habría enviado a una loca cacería de banthas. Nos ha enviado directamente a este campamento, así que son estos. Sin errores.

—Supongo… —dijo ella nerviosamente—. Bueno, te seguiré.

—No podría ser de otra manera —agregó él. Dusque se preguntó si había dicho eso en beneficio de su conciencia o de la suya propia.

Finn se adelantó furtivamente, muy pegado al suelo, y Dusque lo flanqueó. Cuando estuvieron a unos diez metros de la manada pastando, se separaron y comenzaron a rodear a los animales desde direcciones opuestas. Uno de los snorbals levantó la cabeza, y Dusque supo que no les quedaba tiempo. Le hizo una seña a Finn con la mano y comenzó a acercarse a los animales sin disimular demasiado su aproximación. Vio a Finn

haciendo lo mismo por el otro lado. Uno tras otro, los animales de la manada levantaron las orejas, y comenzaron a moverse ruidosamente como un grupo por la pendiente de la meseta.

Dusque y Finn continuaron guiándolos lentamente hacia la meseta, hacia el campamento de los corsarios. Los dos humanos ascendían tras ellos, utilizando sus pesadas pisadas para cubrir su avance. Cuando estuvieron a quince metros bajo el campamento, Finn hizo una señal a Dusque. Juntos, se movieron tan repentinamente que los animales se sobresaltaron y echaron a correr. Dusque y Finn aprovecharon la estampida para escabullirse hasta el perímetro del campamento.

Deslizándose sobre sus vientres, pudieron ver que los animales habían tenido el efecto deseado en los piratas renegados. Ambos nikto estaban en pie y observaban a los animales atravesar la meseta. Cuando las criaturas comenzaron el descenso por el otro lado de la meseta, el nikto que había estado atendiendo el fuego sacó su bláster. Dusque podía sentir los latidos de su corazón y la boca seca. Se tensó, preparándose para sentir el fuego láser. Pero, en su lugar, el pirata apuntó hacia los animales que se alejaban y abrió fuego sobre ellos.

Le dio a uno, y los dos corsarios se rieron entre ellos. Apuntó de nuevo, entrecerrando los ojos, y continuó disparando. Eso llevó a su compañero a desenfundar su arma y tratar de hacerlo mejor que él. Dusque supuso que ella y Finn solo tendrían unos instantes. Gesticuló a Finn señalando a los piratas. Él pareció sorprendido hasta que ella tomó la mochila. Él sonrió torcidamente y asintió profundamente una vez hacia ella. Finn apuntó su arma y esperó a Dusque. Ella sacudió la mochila varias veces y arrojó el enfurecido contenido mientras los dos corsarios continuaban disparando.

La serpiente de espinas salió disparada de la trampa abierta y hundió sus colmillos en el nikto más cercano a la tienda. El pirata gritó de rabia cuando el reptil venenoso se adhirió a su mejilla. El nikto intentó en vano apartar a la criatura de su rostro, pero la víbora enrolló el cuerpo alrededor de su cintura y resistió todos los intentos de desalojarla. Los gritos de furia del corsario atrajeron la atención de su compañero, que había estado demasiado ocupado liquidando snorbals como para darse cuenta de la tesitura del otro. El pirata que no había sido mordido bajó su bláster mientras comenzaba a darse la vuelta con una mirada vagamente perpleja en su rostro liso. Finn aprovechó la oportunidad y comenzó a disparar.

El nikto intentó sacar su arma y devolver el inesperado fuego, pero Finn tenía el punto de mira despejado. El disparo golpeó al pirata sobre el pecho y la fuerza del golpe lo hizo girar sobre sí mismo. Estaba muerto antes de tocar el suelo. Finn se adelantó para acabar con el segundo, pero se detuvo cuando vio que el pirata estaba mortalmente herido. El nikto mordido cayó de rodillas y aterrizó de bruces sobre el suelo reseco. Su muerte fue rápida pero no fácil ya que el veneno de la víbora paralizaba todas las funciones autónomas. Dusque se movió hacia él y vio cómo la vida comenzaba a desaparecer de su rostro. La serpiente se alejó deslizándose y desapareció en la fría oscuridad, una vez más en busca de una guarida cálida.

Mientras Dusque se arrodillaba cerca del corsario que efectivamente había matado, Finn trotó hacia la pequeña estructura cerca de la tienda. A la luz del fuego, la reconoció como un contenedor cerrado.

—Debían estar custodiando la carga, esperando a que alguien la recogiera. El mapa debe estar aquí dentro —le dijo—. No me llevará mucho tiempo forzar la cerradura —Dusque asintió de acuerdo.

Mientras Finn se ponía a trabajar en el código electrónico, Dusque observó al pirata mordido expirar lentamente mientras su respiración y su corazón se detenían. Dusque tenía sentimientos encontrados sobre su parte en todo aquello. Sabía que, dada la oportunidad, ellos la habrían matado, pero la razón por la que estaba allí era su propia voluntad. Trató de equilibrar su necesidad de venganza con quitarle la vida a alguien que no era realmente parte del Imperio *o* de la Rebelión. Pero antes de que pudiera ir más allá en el debate sobre la moralidad de sus acciones, fue agarrada enérgicamente por la espalda y arrojada al duro suelo, aturdida.

Algo presionaba fuertemente la parte baja de su espalda… supuso que era la rodilla de su agresor. Este estaba mascullando borracho mientras le quitaba las armas. Entonces el peso se levantó, y cuando volvió la cabeza, pudo ver cómo se alejaba tambaleándose, sacudiendo la cabeza como si tratara de aclarar sus pensamientos. Finn obviamente no había escuchado la llegada del tercer corsario. Debía haber descifrado el código, porque el gran contenedor ahora estaba abierto. Solo la parte inferior de sus piernas y las botas eran visibles mientras rebuscaba entre los bienes ilícitos. Dusque no tenía suficiente aire en los pulmones como para avisarle.

El nikto, quien rápidamente se estaba espabilando, se tambaleó sobre Finn, tiró de él por los tobillos y lo sacó del contenedor. Sobresaltado, Finn no tuvo tiempo de alcanzar el bláster antes de que el corsario le sujetara los brazos con sus pesadas piernas para poder mantener sus propios brazos libres. El nikto se sentó a horcajadas sobre Finn y comenzó a golpearlo repetidas veces en la cabeza. Dusque, casi olvidada por el enfurecido nikto, se puso trabajosamente en pie. Avanzó tropezando hacia donde el pirata se sentaba, enzarzado en una lucha con Finn.

Puede que estuviera desarmada, pero Dusque no carecía de recursos. Sin pensarlo, se tiró a la espalda del pirata y se agarró a él con fuerza. El nikto apenas ralentizó su ataque a Finn, a pesar de que ahora tenía a dos contendientes. Pero él *no* sabía lo que Dusque *sabía*.

Como bioingeniera, ella conocía la biología del nikto y su única debilidad. Resistiendo un golpe punzante en las costillas del codo del corsario, Dusque se las arregló para atrapar sus dos tubos de respiración y se negó a soltarlos. Le llevó un momento al enfurecido nikto darse cuenta de lo que le estaba haciendo, y para cuando lo supo, la falta de aire ya se estaba cobrando su precio. Aminoró su asalto a Finn y giró su atenuada atención hacia Dusque.

Poniéndose en pie, pasó por encima del inerte Finn y metió su propio cuerpo en el contenedor de metal. Dusque hizo una mueca de dolor cuando su espalda se estrelló

contra el frío acero, pero no aflojó su agarre. El pirata giró sobre sí mismo intentando alcanzarla, arañando con las manos el rostro y los brazos de Dusque. Con un último estallido de fuerza, el nikto, privado de aire, consiguió agarrarla por los antebrazos y se las arregló para apartarlos de sus tubos de respiración. Sin soltar los brazos de Dusque, la balanceó haciéndola pasar sobre su cabeza y la arrojó al suelo frente a él. Parpadeando con fuerza, Dusque alzó la mirada y lo vio levantar los brazos sobre su cabeza, uniendo sus manos en un solo puño. Pero antes de que pudiera liberar lo que seguramente habría sido un golpe mortal, su cabeza de repente se ladeó en un ángulo raro con un extraño *pop*. Sus brazos cayeron lánguidamente a los costados, y el pirata cayó desplomado a la derecha de Dusque como un bulto inmóvil. Aturdida por el ataque, Dusque no pudo procesar lo que estaba sucediendo.

De repente, un golpeado Finn llenó su visión. Vio cómo alejaba completamente al pirata de ella y se arrodillaba a su lado. Puso sus manos debajo de los brazos de ella y la levantó a una posición medio sentada. Mientras Dusque sacudía la cabeza, pudo sentir las manos de Finn subir y bajar por su cuerpo. Ella hizo una mueca cuando él le tocó la espalda, y la brillante punzada de dolor agudizó su concentración.

—¿Duele? —le preguntó.

—Un poco. Pero no es tan grave —contestó ella, e intentó flexionar los hombros y estirar un poco la columna vertebral. Lo miró a través de la enmarañada masa de su pelo y vio el comienzo de un moratón floreciendo en su ojo izquierdo, pero, a excepción de eso, parecía estar en perfecto estado.

Él la miró con cierta preocupación.

—¿De verdad? —le preguntó de nuevo.

Ella temblorosamente se puso en pie sin ayuda.

—Me pondré bien. ¿Y tú? —tentativamente ella tocó su pómulo hinchado. Él se estremeció, apartó la cabeza, y atrapó sus dedos ligeramente con una mano.

—He estado mejor —admitió, y luego le lanzó una sonrisa pícara—. Pero también he estado mucho peor —la miró a través de su propio cabello alborotado, y en algún lugar Dusque logró encontrar una sonrisa.

—¿Has conseguido el mapa? —preguntó ella, sintiéndose incómoda de nuevo y queriendo decir algo para romper la extraña atmósfera entre ellos.

—Estaba a punto —le dijo. Señaló con un pulgar al nikto muerto—. Pero Guapetón me ha interrumpido —condujo a Dusque alrededor del pirata caído y añadió—. Has pensando muy rápido, especialmente considerando lo grande que era él comparado contigo.

Finn devolvió su atención al contenedor y no vio el rosado sonrojo en las mejillas de Dusque. Sus palabras tenían una gran importancia para ella. Era la primera vez que un hombre que no fuera Tendau la había alabado por sus habilidades en el campo. Se puso incluso más nerviosa de lo que estaba y decidió ocuparse a sí misma intentando ver por encima del hombro de Finn qué había en la unidad de almacenamiento.

Pedazos de metal y piedras preciosas destellaban a la luz de la luna. Podía ver blásters y otras armas más exóticas, así como un alijo de documentos y créditos. Finn arrojó fuera algunos cuadernos de datos y otras partes y piezas, en su mayoría celdas de energía para armas y similares.

—He encontrado algunos chips de datos —le dijo él—. Tengo que verificarlos con mi cuaderno de datos —después de unos momentos, continuó—. Lo tengo. Es el único del montón que es un mapa. Ojalá sea el correcto.

Salió con un chip de datos aferrado en la mano. Dusque le devolvió la sonrisa y se sorprendió momentáneamente cuando él se lo tendió para que lo llevara.

—No puedo esperar a ver la cara de Nym cuando se lo des —explicó.

Ella aceptó el tesoro y lo colocó en su pequeña mochila. También recuperó su espada y su trampa de malla. Dusque odiaba perder cualquier cosa o dejar algo atrás. Lo último que hizo fue arrojar varios puñados de tierra al fuego de los piratas muertos. Pateó las brasas y las enterró bajo las suelas de sus botas. Cuando terminó, se volvió y vio que Finn la estaba observando.

—Tenemos el botín de Nym, así que vayamos a recoger nuestra recompensa —le dijo Finn.

Descendieron de la meseta, y Dusque sintió que Finn estaba manteniendo un ritmo lento en deferencia a las heridas de ella. Aunque estaba herida, notó que cuanto más se movía, más se flexibilizaba. Ella apreció su preocupación y también se alegró de que cuando pareció ser capaz de soportar más, él aumentó el paso en consecuencia.

Excepto por el clamor de unos pocos perleks en busca de carroña, no vieron nada más en su viaje de vuelta. El cielo estaba despejado y otra luna se alzaba en la distancia. *¿O es un planeta?*, se preguntó Dusque. Tendau siempre había sido mejor que ella en geografía celestial.

La fortaleza de Nym surgió en la distancia como una lápida. Dusque se preguntó a cuántos habría enterrado el feeorin en su carrera. Casi le dio un infarto cuando un gurk se aproximó gritando hacia ella, aullando y con los brazos levantados. Ella sacó la espada, pero la bajó cuando se dio cuenta de que el peludo humanoide era solo un cachorro, lo más amenazante de él eran sus gritos. Finn ya se había girado para ver qué pasaba, su mano buscando el bláster, por lo que Dusque le indicó que todo iba bien mientras pasaba más allá de la joven criatura. Sin embargo, no envainó su arma hasta que estuvo en el interior de la pared de piedra que rodeaba la fortaleza.

A pesar de que ya era noche cerrada, se encontraron con mucho tráfico. En todo caso, pensó Dusque, había incluso más grupos de caza llegando y partiendo de lo que habían visto antes. Grupos de matones bien armados y ansiosos continuaban preparándose y saliendo, a pesar de que otros regresaban ensangrentados, heridos y habiendo fracasado. Dusque recordó cómo se había sentido durante sus propias excursiones de estudio, y cuán estimulante era el desafiar la resistencia de cuerpo y mente. *Tal vez,* reflexionó, *es ese desafío lo que los impulsa a probarse a sí mismos.* Notó los restos del grupo que los

había abordado a su llegada a Lok. El líder que los había molestado estaba muy obviamente desaparecido. Dusque se estremeció y trotó para alcanzar a Finn.

La cantina era una colmena de actividad. El resto de la banda bith había llegado, y el lugar estaba lleno de parloteo y música. Una increíble variedad de especies abarrotaba la gran sala, y Dusque y Finn tuvieron un poco de dificultad abriéndose camino a través de la multitud jocosa. Sin embargo, Dusque notó que había un aire casi frenético en las festividades, como si los juerguistas supieran que esta podría ser su última celebración antes de cualquiera que fuese el destino que les aguardaba en el duro e implacable mundo volcánico.

Se las arreglaron para deslizarse junto a un par de bravucones wookiees y abrirse paso hacia la habitación oculta donde habían encontrado antes a Nym. Como lo había estado por la mañana, el pirata estaba sentado en el sofá tallado, con el kusak acurrucado a sus pies. Esta vez, sin embargo, no estaba solo. Sentado a su lado había un humano, y frente a ellos dos había un wookiee muy alto.

El humano y Nym estaban obviamente en medio de una discusión acalorada… una muy privada. Dejaron de discutir cuando Dusque y Finn entraron en la habitación, y Dusque sintió que habían alcanzado algún acuerdo entre ellos. El humano se puso de pie y echó una mirada superficial y evaluativa a Dusque, luego se volvió hacia Nym.

Parecía alto, pero a Dusque le costaba juzgar su estatura con precisión porque el musculoso y delgado hombre estaba de pie algo encorvado, una postura que le daba un aire indolente. Sospechaba que él hacía eso para tranquilizar a los demás con una falsa sensación de seguridad. Con cabello castaño y ojos a juego, era guapo para los estándares humanos, aunque un poco desaliñado, quizás treinta años estándar de edad. Iba vestido con atuendo informal de piloto, pero los ojos de Dusque se abrieron de par en par cuando vio que tenía las Bandas de Sangre Corellianas corriendo por la longitud de sus pantalones negros. Ese era un honor que pocos se ganaban.

—Finn —comenzó Nym, interrumpiendo su conversación con el otro hombre—. ¿Tienes el mapa? —sus ojos rojos se movieron hacia Dusque.

Sin ningún preámbulo, Dusque pasó rozando al humano y dejó el mapa sobre la mesa. Nym ladeó la cabeza en reconocimiento de sus logros y metió el mapa, sin abrir, en su túnica. Dusque no estaba segura de si hacía eso para mostrar confianza en su honestidad o si simplemente no quería que el extraño humano y el wookiee vieran su contenido.

—Bien. Ahora, sobre el final del trato —continuó el pirata—. Hay un pequeño transporte esperándoos en mi espaciopuerto. Volaréis con un mon cal, pero Han y Chewie os escoltarán todo el camino hasta Corellia. Parece que os movéis en los mismos círculos —agregó con astucia.

Han asintió en señal de saludo a Finn, mientras guiñaba un ojo a Dusque. El wookiee aulló un saludo también, antes de elevarse a su imponente altura completa. Han volvió su atención a Nym y su actitud se volvió más seria.

—Escucha, Nym —comenzó, hablando libremente ahora—, todavía hay muchos créditos por ganar trabajando para la Alianza. Podríamos aprovechar tu ayuda, yo puedo organizar trabajos de alto riesgo y bien remunerados.

El pirata negó con la cabeza.

—Ya hemos pasado por esto, Solo, y sabes cuál es mi postura.

Fue el turno de Han de negar con la cabeza decepcionado.

—Sé lo que estás pensando —le dijo a Nym—. Estuve en tu misma posición y estás equivocado. Crees que nadie te molestará, encerrado aquí en tu fortaleza personal. Bien, tarde o temprano el Imperio te encontrará, y acabarán contigo.

Dusque escuchó la genuina pasión en sus palabras, su actitud casual olvidada por el momento. Han miró al pirata una vez más antes de dirigirse a la puerta.

—Recoged vuestras cosas. Nos vamos —habló por encima del hombro, formalmente, a Dusque y Finn, y se fue con el wookiee detrás.

Dusque pensó en sus palabras y en cuán estrechamente reflejaban la conversación que ella y Finn habían compartido. A su alrededor, se estaba encontrando con personas talentosas que creían firmemente en la Alianza Rebelde. Estaba empezando a preguntarse cómo había evitado ella todo el conflicto durante tanto tiempo, enterrada en su laboratorio así como Nym lo estaba en su fortaleza. Estaba empezando a ver que ambos, su laboratorio y la fortaleza, eran solo una especie de elaboradas prisiones.

—Finn —dijo Nym—, tú y yo somos libres el uno del otro. ¿Entiendes? Toma el transporte, pero este es el último favor que hago por ti. O por la Alianza.

Finn asintió en respuesta.

—Estamos en paz —se giró y comenzó a salir de la habitación.

—Y adiós a ti también —dijo Nym, dirigiéndose a Dusque con falsa galantería—. Espero que nuestros caminos se crucen de nuevo.

Dusque los sorprendió a ambos guiñándole un ojo al pirata.

—Nunca se sabe. La galaxia está llena de sorpresas. Oh… —ella tocó su espada—, me quedaré con esto. Algo con lo que recordarte.

Dusque aún podía oír la carcajada del feeorin mientras Finn y ella se dirigían hacia el pequeño espaciopuerto. Ella no sabía mucho sobre naves, pero la pequeña nave frente a ellos parecía lo suficientemente adecuada. Un mon calamari estaba parado cerca del tren de aterrizaje.

—Espero que pilote mejor de lo que aparenta —le susurró Dusque a Finn, mirando con preocupación la ropa sucia del piloto y las armas deslustradas.

—Yo también —Finn sonrió—. Pero si Nym lo ha recomendado, será uno de los mejores.

Cuando el piloto mon calamari los vio, les indicó que subieran a bordo.

—No es un crucero de línea, pero hace lo que tiene que hacer. Y con la escolta del *Halcón*, este viaje debería ser cosa fácil —les dijo el piloto.

En el interior, Dusque y Finn encontraron asientos abarrotados de todo tipo de carga y chatarra. Mientras se aseguraban a los asientos, Dusque pudo escuchar la señal del mon calamari a Han.

—Peralli a *Halcón*. La carga está asegurada. Listo para salir.

—Recibido —llegó la respuesta en medio de la estática. Dusque se preguntó cuándo había recibido mantenimiento por última vez el equipo de comunicaciones de esa nave—. *Halcón* fuera.

—Agarraos —les gritó el mon calamari—. Esto será un poco duro.

Dusque se agarró a los brazos de su asiento mientras el transporte cobraba vida. A medida que se alejaban de Lok en dirección a Corellia, Dusque miró a Finn y se preguntó qué esperaba por delante.

OCHO

—Ahora que hemos saltado al hiperespacio —dijo Peralli—, tenéis algo de tiempo. Nym me envió un mensaje. Me dijo que tú —señaló a Dusque—, podrías necesitar lo que hay en esa pequeña caja de allí. Quería que tuvieras algo un poco más práctico para recordarlo que esa raquítica daga para gurnasets, sea lo que sea lo que signifique eso —el mon calamari se encogió de hombros y regresó a la cabina.

—Me pregunto en qué ha pensado Nym para ti —dijo Finn. Se desabrochó las correas y maniobró hacia la pequeña caja. Dusque hizo lo mismo.

—Vamos a abrirlo y descubrirlo —respondió ella.

Finn agarró una barra de metal y abrió la parte superior. Dentro de la pequeña caja había una impresionante selección de blásters, todos nuevos y relucientes. Dusque recordó brevemente el arma de Tendau y cómo le pareció que había algo vagamente siniestro en ella, como traiciones tácitas.

—No está mal —murmuró Finn mientras revolvía el contenido del contenedor. Sacó varios estilos de blásters y verificó sus fuentes de alimentación. Dusque quedó impresionada con lo cómodo que estaba Finn con cada clase de bláster, desarmándolos fácilmente y volviendo a ensamblarlos después de verificar su condición—. ¿Cuál quieres? —le preguntó cuando terminó.

—Realmente no importa —confesó ella—, porque no conozco las diferencias entre ninguno de ellos.

—¿Nunca has usado uno de estos? —le preguntó.

—No en mi tipo de trabajo. Los cuchillos de supervivencia, algunas técnicas de esgrima y de lucha cuerpo a cuerpo son todo lo que he practicado o usado alguna vez —bajó la cabeza, temerosa de haberlo decepcionado y de que ahora pensara mal de ella.

Él la sorprendió de nuevo.

—Entonces será mejor que rectifiquemos eso mientras haya tiempo —dijo con naturalidad, sin una pizca de escarnio en su voz—. Ven aquí.

Dusque se acercó a la caja. Finn sacó cuatro modelos diferentes de blásters y le entregó dos, mientras él mantenía los otros dos. Empujó algunos trozos de metal y otras cajas con el pie a un lado y se abrió camino hacia un pequeño banco de trabajo. Dejó caer encima sus blásters y luego hizo que Dusque agregara los suyos a la alineación. Los preparó, luego cogió el primero desde la izquierda, uno largo y delgado, y lo sostuvo, con el cañón apuntando lejos, para que Dusque lo inspeccionara.

—Este es un bláster deportivo —le explicó—. Tiene una mira manual aquí, justo frente a las bobinas de refrigeración del cañón. Es ligero y se oculta fácilmente. Vamos —la instó—. Tómalo.

Dusque aceptó el arma y sintió su peso en la mano. Era muy ligera y no pesaba mucho más que un cuchillo de supervivencia decente. Mientras equilibraba el objeto en su mano e intentaba familiarizarse con su tacto, Finn se colocó a su lado.

—La desventaja de esta arma es que no tiene una carga muy potente y quema paquetes de energía con bastante rapidez. Además, utiliza una mira manual, por lo que hay más margen de error. En realidad —continuó—, es más el arma de la aristocracia que cualquier otra cosa.

—Entonces, ¿no va bien? —preguntó ella.

—No descartes a esta pequeña tan rápido —le dijo Finn—. Puedes intercambiar paquetes de energía con bastante rapidez y, si necesitas esconder un arma en algún lugar… —hizo una pausa. Moviéndose para colocarse por detrás de ella, señaló un pequeño botón empotrado en el bláster sobre el gatillo.

»¿Ves eso? —le preguntó. Dusque asintió y se encontró a sí misma irguiéndose cada vez más a medida que él se acercaba más a ella.

»Presiona esto y se desmontará en tres pedazos: la empuñadura con el paquete de energía, el cuerpo principal con los componentes del bláster, y el cañón. Prueba.

Dusque descubrió que el arma se desmontaba fácilmente. Sin esperar instrucciones, ella volvió a unir las partes hasta conseguir de nuevo un arma funcional.

—Eso podría ser útil —asintió fríamente, tratando de no mostrar lo complacida que estaba por la obvia aprobación en el rostro de Finn.

Él se llevó el bláster deportivo y le tendió el siguiente.

—Este es un bláster DH-diecisiete —explicó. Cuando ella lo tomó de sus manos, él se colocó aún más cerca de ella.

—Más pesado que el otro —remarcó Dusque.

—Sí —estuvo de acuerdo él—. Mayor alcance que el modelo deportivo y potencia de fuego de mayor duración —envolvió sus manos sobre las de ella. Eran cálidas, secas y fuertes.

»El desbloqueo de seguridad —le dijo—, está por encima del gatillo. ¿Lo ves?

—Ajá —convino ella, estudiando la pistola—. ¿Es eso el paquete de energía? —preguntó, señalando una unidad por encima del gatillo, cerca del cañón.

—Así es —respondió Finn, sonando encantado de que ella lo notara. Él le soltó la mano y dio un paso atrás—. En el otro modelo estaba en la misma empuñadura. En este son un poco más difíciles de quitar, pero aun así pueden cambiarse rápidamente cuando lo dominas.

—¿Pros y contras? —preguntó ella.

—Puede perforar una armadura de soldado de asalto, pero no el casco de una nave, por lo que esta es una buena opción para combates a corta distancia a bordo de una nave. Y con el aturdimiento de baja potencia, puede dejar inconsciente a un enemigo. Normalmente es semiautomático, pero este ha sido preparado para ser completamente automático. ¿Ves? —preguntó mientras señalaba la modificación.

»Lo malo de este es que quema paquetes muy rápido e incluso puede sobrecalentar los componentes externos si no tienes cuidado. Y es ilegal para cualquier civil poseerlo.

—Oh —dijo Dusque, y sostuvo el arma como si estuviera apuntando a algo. Finn se puso detrás de ella y colocó la mano sobre la de ella otra vez mientras ella apuntaba. Él guió su cabeza con la otra mano.

—Tiene un visor —le explicó en voz baja—, no una mira manual. ¿Notas la diferencia?

Dusque vaciló por un momento cuando sintió el cuerpo de él tocándola ligeramente por detrás. Por mucho que Dusque quisiera negarlo, había un flujo corriendo entre ellos. La excitaba y asustaba a partes iguales.

—Sí —dijo finalmente Dusque. Finn se mantuvo en la misma posición un momento, y cuando empezó a regresar hacia el arsenal, Dusque estaba segura de que Finn dejaba que sus dedos recorrieran los suyos más de lo necesario.

Él se ocupó de la próxima selección, y Dusque se preguntó si también necesitaba tranquilizarse él mismo. Cuando eligió otro, ella se dio cuenta de que ya había visto uno así.

—El otro piloto, Han Solo, lleva uno así —dijo Dusque.

Finn le ofreció una sonrisa.

—Muy bien —la felicitó—. Obviamente lo estudiaste atentamente —añadió después de pensarlo un momento, y Dusque podría haber jurado que había una pizca de celos en su voz. Incluso mientras se exasperaba ante esto, sabía que también estaba complacida.

—Bueno, de hecho me costó mucho apartar los ojos de él —le dijo inocentemente a Finn y vio cómo su mandíbula se tensaba. Ella reprimió una carcajada. Al ver que no respondía, comenzó a preguntarse si su guasa había ido demasiado lejos. Estaba a punto de decir algo para compensarlo, pero entonces la nube de tormenta se desvaneció de su rostro y le devolvió la sonrisa, aunque no era la sonrisa fácil de hacía un momento.

—De todos modos —comenzó, ignorando la última parte—, el DL-cuarenta y cuatro es lo que se conoce como un bláster pesado —lanzó el arma hacia ella, y Dusque necesitó ambas manos para atraparla. Se preguntó si él estaba enfadado con ella.

—Tienes razón —le dijo—, pero aún puedo llevarlo con una mano.

Finn asintió.

—Y también puedes dispararlo de esa manera. Pero realmente esta arma está diseñada para combates cuerpo a cuerpo, y consume paquetes de energía incluso más rápido que el DH-diecisiete.

»Lo bueno, sin embargo —continuó y se inclinó hacia el arma—, es esto de aquí —señaló una pequeña unidad en la empuñadura—. Ese dispositivo hace vibrar la empuñadura cuando tienes poca energía, con lo cual puedes saber cuándo cambiar el paquete. Lo malo de esta arma es que tienes que ser un buen tirador. No puedes simplemente disparar y esperar lo mejor, o quemarás el paquete de energía. Y el botón sobre la empuñadura, debajo del visor, es el desbloqueo rápido del paquete de energía.

Finn la tomó llevándosela y le alcanzó la última arma sobre la mesa. Era más larga que las otras.

—Este es el rifle bláster E-once —le dijo—. Adelante, tómalo.

Dusque estaba un tanto indecisa porque él todavía parecía enojado con ella. Finn pareció sentir su incomodidad y se relajó un poco.

—Puedes hacerlo —le dijo. Ella aceptó el rifle y se dio cuenta de que necesitaba ambas manos para sostenerlo cómodamente—. Tiene un alcance casi tres veces mayor al de un bláster.

—Es más pesado —admitió Dusque—. No creo que pudiera sostenerlo con una mano.

—La mayoría no puede. Si miras debajo del cañón, hay una culata extensible que te ayudará a apuntar.

Dusque buscó a tientas el mecanismo y Finn asumió su pose anterior, parado por detrás de ella y acunándola a ella y al arma en el círculo de sus brazos. Finn partió la culata parcialmente abierta, formando un triángulo por debajo del arma.

—Ahora sostenlo y mira por el visor —la instruyó.

Dusque se dio cuenta que la visión con este era diferente.

—No es como los otros —le dijo. Cuando él respondió, lo hizo al interior de su oído derecho y su respiración hizo que Dusque se estremeciera una vez más.

—Está informatizado para que puedas apuntar en las peores condiciones. Sin importar —continuó—, la poca luz, la neblina o el humo, eso no afectará tus disparos. Para mayor estabilidad… —hizo una pausa y tiró de la culata hacia Dusque, abriéndola por completo. La colocó contra el hombro de Dusque—, abre esto.

Finn estiró el brazo junto a toda la longitud del brazo izquierdo de ella, y no había una parte de sus cuerpos que no estuviera tocándose. Dusque no estaba segura de cuál de los dos estaba temblando.

—El interruptor de aquí —continuó él suavemente—, es para que puedas variar la configuración de potencia desde aturdir a algo… más… poderoso —vaciló.

Dusque ya no estaba escuchando las palabras que estaba diciendo. Ella apoyó su cuerpo contra el de Finn y encontró su solidez reconfortante. No sabía cuál de ellos bajó el arma, pero esta se deslizó hasta el suelo con un golpe sordo. Sus manos recorrieron los brazos de Dusque y se detuvieron en sus hombros, sujetándolos con firmeza. La respiración de Finn salía en bocanadas cortas que le hacían cosquillas en el cuello, y escalofríos recorrían su espina dorsal.

—Dusque —susurró él.

—Sí —respondió del mismo modo.

—Yo… —vaciló.

—¿Sí? —le preguntó amablemente, abrumada por una emoción que temía nombrar.

—Yo… no puedo —terminó, y la alejó de él.

Dusque se tambaleó un poco mientras recuperaba el equilibrio, y se sorprendió a sí misma por haber confiado tanto en la fuerza de él para apoyarse. Se inclinó hacia delante para apoyarse en el banco de trabajo y tomar una respiración profunda.

Cuando se hubo recompuesto, vio que Finn tenía una expresión torturada en la cara. Se preguntó si él se sentía frustrado por alejarla, o molesto por haber permitido que ella

se le acercarse tanto. Y entonces las palabras de Finn sobre el Imperio volvieron a ella, cómo creía él que eventualmente todos traicionaban a aquellos a los que amaban.

Cuando Finn iba a hablar, Dusque levantó una mano y la puso contra sus labios.

—Está bien —dijo ella—. Lo entiendo. Es por el Imperio, ¿verdad?

Finn no habló durante un rato, pero la miró con sus ojos negros. Dusque pensó que podría ahogarse en esas profundidades oscuras. Cuando finalmente respondió, su voz era dura y casi fría.

—Sí —convino—, es por el Imperio.

Dusque se preguntó qué atrocidad habían cometido contra él o, lo más probable, contra alguien a quien había amado para dejarlo así de frío y rencoroso ahora. Dusque comprendió en ese momento que aunque él sabía mucho sobre ella, el pasado de Finn estaba envuelto en el misterio. Había vislumbrado un poco en Lok, pero había mucho sin decir entre ellos.

—¿Qué pasó…? —comenzó a preguntarle en el momento en que el mon calamari regresó.

—Aseguraos de nuevo —ordenó el piloto, totalmente ajeno a lo que había interrumpido—. Estamos a punto de dejar el hiperespacio.

—Ya has oído —le dijo Finn, y ella se preguntó si estaría contento de no tener que responder a la pregunta.

Ella se giró y tomó el DH-17.

—Creo que cogeré este —dijo, cambiando de tema ella misma. No quería obligarlo a hablar si no estaba dispuesto a abrirse. Agarró una pistolera de la caja y un brazalete con paquetes de energía. Cuando hubo añadido el arma a su equipo, se sentó y se abrochó las correas.

Por la única ventana del área de carga, Dusque podía ver las líneas alargadas de los viajes hiperespaciales, y entonces las estrellas detuvieron su alocada carrera. Suspiró aliviada, contenta de que casi estuvieran en su destino. Pero su alivio duró poco. De repente, la nave se sacudió con fuerza a la izquierda y luego a la derecha. Si no hubiera estado asegurada, Dusque sabía que se habría golpeado contra la pared junto con el resto de la carga. Mientras la nave se sacudía, pudo ver fuego láser por la ventana de estribor. Estaban bajo ataque.

—¿Qué ocurre? —gritó Finn, luchando con sus correas.

—Imperiales —gritó el mon calamari. La tensión y el miedo en su voz eran inconfundibles.

—Maldición —siseó Finn—. Nunca están en este sector —se liberó justo cuando la nave recibía otro golpe; fue arrojado con fuerza al suelo.

—¡Cuidado! —gritó Dusque cuando una caja se liberó de sus ataduras y se deslizó peligrosamente cerca de él. Finn esquivó el objeto mortal y este se estrelló contra la pared del otro extremo, mercancías se desparramaron por todas partes.

Dusque vio cómo se las arreglaba para llegar a la cabina y lo perdió de vista. Debatió sobre la conveniencia de unirse él, pero se dio cuenta de que no tenía absolutamente nada

que ofrecer más que una distracción. Sabía menos sobre el funcionamiento de las naves que sobre las armas. Se aferró a las correas mientras la nave era zarandeada como un trozo de madera a la deriva en el mar y esperó que Finn fuera tan buen copiloto como había proclamado en Lok. Entre los estallidos de los disparos, se esforzó por escuchar lo que estaban diciendo en proa.

—Solo, ¿me recibes? —gritó el mon calamari—. Estamos bajo ataque.

—En este momento ya tengo las manos ocupadas aquí —fue la entrecortada respuesta del piloto del *Halcón*.

La nave recibió otro disparo, y Dusque casi fue arrancada de su asiento por la fuerza del mismo. Se encontraban en serios problemas, y se preguntó si iba a perderse en el vacío del espacio con la muerte de su amigo sin vengar y su anodina vida tocando a su fin.

No he hecho nada con mi vida, reflexionó, y el desperdicio la atormentaba más que su inminente pérdida.

—Dame ese comunicador —escuchó cómo demandaba la voz áspera de Finn.

—¿Qué? —respondió Peralli.

Dusque escuchó lo que creyó que podría ser una especie de forcejeo antes de que la nave recibiera otro peligroso disparo. Sin más sacudidas, el transporte empezó un peligroso y vertiginoso descenso. Mientras Dusque se aferraba a los brazos del asiento por el inservible miedo que sentía, escuchó un gemido y una explosión. Curiosamente, sonaba como si hubiera venido desde el interior de la cabina.

—¡*Finn*! —gritó. Llevó las manos a sus ataduras, de repente sentía más miedo de que él hubiera muerto de que su propia muerte se acercara. Mientras buscaba las hebillas, se sintió momentáneamente aliviada al escuchar su voz. Parecía que estaba hablando con Han, diciendo algo acerca de su posición. Cuando Dusque soltó la última correa, se dio cuenta de que la nave se estaba hundiendo ominosamente a un ritmo cada vez mayor. El ataque, sin embargo, había cesado.

Se aferró a las estructuras de soporte y vigas transversales para evitar salir disparada hacia delante mientras se dirigía hacia Finn. El humo oscurecía la mayor parte de su visión; podía ver que la diminuta cabina estaba llena de una neblina acre, y parte del panel de control estaba chisporroteando. Mientras se aferraba a la puerta, también pudo ver a Peralli desplomado hacia delante en el asiento del piloto, el comunicador ladeado sobre su gran cabeza de pez, los ojos en blanco. Estaba muerto. Finn estaba con los músculos en tensión mientras luchaba con los controles.

—¿Qué…? —fue todo lo que Dusque logró tartamudear.

Sin levantar la mirada, Finn dijo entre dientes:

—Demasiado tarde para salvar la nave. Demasiado tarde.

—¿Qué hay del *Halcón*? —preguntó ella.

—Han ha logrado eliminar a los cazas —respondió.

Ya no había más a la vista, notó, y se preguntó por qué los cazas no se habían quedado para acabar con ellos. El planeta Corellia llenaba el ventanal de la cabina. Se

veía muy tranquilo, pensó Dusque, azul verdoso y blanco sobre un fondo aterciopelado. Pero a medida que crecía cada vez más, se dio cuenta de que estaban acelerando.

—Vuelve a abrocharte las correas —le gritó él—, y prepárate para aterrizar.

Dusque se dio la vuelta. Trepó sobre cajas y equipo suelto, luchando por recuperar su asiento. Había demasiadas cosas en el camino (demasiados objetos que no habían sido debidamente amarrados), y la nave se mecía y balanceaba a medida que la gravedad la empujaba a través de la atmósfera. Dusque resbaló y cayó hacia atrás. Sobre sus manos y rodillas, vagamente consciente de que estaba *trepando*, alargó una mano hacia el asiento. Las puntas de sus dedos lo tocaron, entonces la nave se estremeció y ella se tambaleó. Con un gran impulso, se puso en pie de un tirón con la intención de lanzarse hacia el asiento. Y entonces escuchó a Finn gritar:

—¡*Allá vamos*!

La nave se estrelló deteniéndose de golpe y Dusque de repente se sintió lanzada por el aire. Golpeó algo duro y luego no sintió nada más.

En algún lugar de la negrura, Dusque podía sentirse flotando. Notaba calidez y comodidad y se sentía bastante libre. Había, sin embargo, un tirón persistente y una voz en algún lugar profundo del vacío. Trató de ignorar ambas cosas, prefiriendo la tranquila oscuridad a los sonidos y sensaciones que la llamaban. Se alejó y cuando lo hizo, sintió un dolor agudo y punzante. De repente colores parpadearon y se arremolinaron a su alrededor, rompiendo la pacífica oscuridad. Y de algún lugar, escuchó un gemido. Entonces se dio cuenta de que el sonido provenía de ella. Parpadeó varias veces y lentamente abrió los ojos completamente. Le llevó un tiempo poder centrarse, y cuando lo hizo, se sorprendió.

Estaba yaciendo desparramada en lo que quedaba de la cabina, con las extremidades torcidas, cubierta por pedazos de cajas y otros restos. Podía sentir humedad por detrás de ella y su boca sabía a sangre. Trató de moverse e hizo una mueca de nuevo. Se dio cuenta de que algo con una esquina aguda bajo su costado era lo que la había despertado… eso y la voz que todavía la llamaba frenéticamente.

—¡Dusque!

—Aquí —respondió débilmente, y luego volvió a intentarlo—. ¡Aquí!

Restos comenzaron a ser apartados de ella, y Dusque se dio cuenta de que estaba menos herida de lo que originalmente había pensado. Principalmente estaba atrapada. Cuando una gran pieza de equipo fue levantada de su pecho y hombros, pudo ver a Finn parado sobre ella. Inquietud y preocupación estaban grabadas en su rostro. Sangre corría por la frente de Finn; era aterrador de contemplar. Pero Dusque estaba agradecida de verlo vivo.

Sin decir una palabra, él se inclinó y quitó los últimos restos de sus piernas. Se agachó y la tomó en sus brazos. Ella sofocó un grito de dolor y, mientras la cargaba hacia

el camarote principal, se dio cuenta de por qué la había movido antes de buscar otras lesiones. Por encima del hombro, pudo ver que la cabina estaba inundándose lentamente con agua. El cuerpo del piloto yacía allí, parcialmente sumergido.

—Peralli —dijo débilmente.

—Está muerto —dijo Finn rotundamente, con una expresión sombría fija en su rostro pétreo.

Maniobró hacia el banco de trabajo, que estaba ligeramente inclinado. La acostó con sorprendente ternura y le pasó las manos por las piernas y los brazos, buscando lesiones. Cuando se movió hacia su cintura y su lado izquierdo, ella se estremeció de dolor.

—Hay algo roto —le dijo, refiriéndose a al menos una de sus costillas.

—No lo discuto —convino ella.

—No estoy seguro de qué más podría estar mal —le dijo, la preocupación suavizaba su voz.

Dusque se apoyó sobre un codo y se movió para sentarse. Finn trató de contenerla inicialmente, pero ella negó con la cabeza y le apartó las manos.

—No hay tiempo para eso —respondió, y apretó la mandíbula—. ¿Qué hay de ti?

—Nada, solo algunos rasguños —dijo, descartando su preocupación. Él se apartó de su lado y comenzó a buscar en los montones de equipo que habían sido lanzados por el camarote.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, manteniendo un ojo sobre el agua que ya había llenado la cabina. Al menos, pensó, el mon calamari había sido devuelto al agua al final.

—Buscando un botiquín para curarte —explicó enojado—. Vamos a tener que salir de aquí pronto.

—Olvídalo —ella hizo una mueca—. Coge las correas de ese asiento. Servirán.

Finn logró encontrar uno de los asientos de vuelo y cortó las correas con un cuchillo que se había metido bajo la manga. Cuando cortó dos correas, regresó tropezando con Dusque. Ella se sentó derecha y levantó los brazos a los lados. El dolor de ese simple movimiento le resultó insoportable, y se dio cuenta de que se parecía a Tendau en sus momentos finales, con los brazos extendidos.

—Hazlo —le dijo.

Él asintió y colocó la primera correa alrededor de su pecho. Tan pronto como tuvo el extremo libre enhebrado a través de la hebilla, comenzó a apretar. Dusque gimió ante el malestar.

—Más —fue todo lo que logró decir.

Él exhaló pesadamente y apretó la correa con más fuerza. Dusque reprimió un gemido y entonces respiró con un poco más de facilidad.

—Ponme la otra —le dijo.

Mientras él le colocaba el segundo corsé improvisado, ella se apoyó contra él con su mano extendida.

—¿Cómo ha muerto el piloto? —preguntó, para alejar su mente del dolor.

Finn guardó silencio mientras tensaba el segundo corsé.

—Recibimos un disparo en la cabina —dijo finalmente—. No sobrevivió.

Dusque pensó vagamente que Finn parecía estar ocultando algo. Se preguntó si de alguna manera él había cometido un error y esa había sido la razón de la muerte del piloto. Si sus habilidades con una nave no eran lo que él había dicho que eran. ¿En qué otra cosa podría mentir?, se preguntó brevemente. Desechó los pensamientos tan pronto como él la miró a través de su despeinado cabello. Se dio cuenta de que no le importaba ni ella misma ni nada más en ese momento; estaba contenta de que él estuviera vivo.

—Pensaba que te había perdido —dijo Finn con voz temblorosa. Le tocó el rostro—. Pensaba…

—Yo también —le respondió, y logró que una sonrisa aflorara a través de su incomodidad. Colocó una mano sobre las correas y respiró de forma experimental—. Servirá —sentenció.

Finn la ayudó a levantarse.

—Coge lo que puedas —le dijo. El agua había llegado hasta el camarote principal—. Tenemos que movernos.

Dusque se impulsó para abandonar la mesa y descubrió que las correas la sostenían: se sentía mucho menos incómoda cuanto más se movía. Encontró su pequeña mochila y se la cargó a la espalda. No fue capaz de encontrar su espada, pero el bláster asomaba por debajo de algunos circuitos. Se enrolló la pistolera alrededor de la cadera e incluso encontró un brazalete de munición flotando más allá de sus pies. Notó, mientras se agachaba por debajo de cables colgantes y metal resquebrajado, que no había mucho más que pudiera rescatarse.

Finn estaba cerca de la escotilla trasera. Estaba en cuclillas en el agua, y Dusque se dio cuenta de que estaba colocando cargas alrededor de la puerta. La cerradura debía estar atascada, dedujo. Se movió a través del agua que ya le llegaba casi hasta la cintura para colocarse a su lado.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

Él colocó la última carga y se volvió para mirarla. Tenía una expresión preocupada en el rostro.

—Me las apañaré —respondió ella a su pregunta no formulada.

—Tendré que volar la puerta. También tengo cargas en la cabina. Voy a volar la cabina primero —explicó—, y luego la puerta. Tan pronto como lo haga, el agua crecerá por detrás de nosotros primero, y cuando el aire escape, con suerte nos sacará por la escotilla.

Dusque asintió.

—Tan pronto como salgamos —le dijo ella—, y puedas abrir los ojos, deja salir un poco de aire. Las burbujas irán a la superficie, así que síguelas.

Él asintió en respuesta.

—Sujétate a algo, ¿vale?

Dusque envolvió el brazo alrededor de una viga de metal.

—Vale —le dijo ella, y comenzó a tomar varias respiraciones rápidas para expulsar todo el dióxido de carbono de sus pulmones. Luego, con una gran inhalación, llenó su pecho herido con todo el aire que pudo contener. Vio a Finn hacer lo mismo. Él la miró a los ojos sosteniendo el detonador. Presionó un interruptor y luego el otro. Las explosiones gemelas sacudieron la nave acabada, y Dusque se vio empujada hacia las profundidades del océano corelliano. Una vez más, estaba perdida en la oscuridad.

NUEVE

Dusque estaba siendo zarandeada. Cerró los ojos con fuerza, pero no pudo evitar que de inmediato el agua fría llenara sus fosas nasales. Una cosa que había olvidado decirle a Finn era que las aguas profundas la aterrorizaban completamente. Y ahora estaba dominada por ese miedo. Le costó toda su fuerza de voluntad no gritar, aunque sabía que eso no serviría de nada. Cuando finalmente se armó de valor, abrió los ojos.

Estaba girando y dando vueltas, incapaz de decir qué era qué. El agua a su alrededor era espumosa por los restos de la nave, y Dusque sintió que el pánico empezaba a afianzarse en su interior. Por un momento olvidó su consejo a Finn, ya que le resultaba imposible saber hacia dónde se dirigían las burbujas. Por una cuestión de suerte ciega, logró ver los restos de la lanzadera. Fijó su asustada mirada en la nave y se dio cuenta de que se estaba reduciendo cuanto más la miraba. Su mente científica tomó el control y anuló el miedo.

Por supuesto, se regañó a sí misma, *la gravedad se ha apoderado de la nave y la está hundiendo. Si cae en esa dirección, entonces yo me dirijo hacia la contraria.*

Sin pensarlo más, pataleó hacia arriba tan fuerte como pudo. Aunque temía al océano, era capaz de nadar. El hecho de ahogarse era un gran motivador y maestro.

Recordando lo que le había dicho a Finn, dejó escapar un poco de su preciado aire por la boca y vio la pequeña corriente de burbujas pasar ante sus ojos. Eso le dijo que estaba yendo en la dirección correcta. Daba grandes brazadas y pataleaba tan fuerte como podía. Pero el ardor en su pecho le hizo saber que no tenía mucho tiempo.

La combinación de las heridas y el miedo la atrapó. Soltó un bramido, y burbujas gigantescas salieron de su boca en un grito acuático. Vio espuma a no más de unos pocos metros directamente sobre ella. Con un movimiento final de los brazos, y con puntos destellando dentro y fuera de su visión, Dusque salió a la superficie.

Su jadeo entrecortado en busca de aire absorbió un poco de agua salada, y comenzó a toser y resoplar. Retenía la suficiente sangre fría como para mantenerse a flote, y ahora que estaba respirando aire, su miedo comenzó a retroceder. Todavía estaba ahí, pero ya no era abrumador. Cuando finalmente purgó su dolorido pecho, comenzó a nadar en círculos cada vez más amplios, llamando a Finn.

—Por aquí —oyó Dusque, y se volvió enérgicamente, buscando la fuente de la voz, rezando por que fuera Finn.

Eventualmente, divisó su cabeza oscilando con el oleaje a unos diez metros de distancia. Más allá de él, podía ver algo casi igualmente gratificante: una orilla. Comenzó a emplear sus torpes movimientos en el agua hacia donde estaba Finn, pausando frecuentemente para orientarse y recuperar el aliento. Puede que su miedo hubiera retrocedido, pero no estaba muy lejos. Entre las costillas doloridas y las torpes brazadas, presentaba un cuadro patético.

—Gracias a la Fuerza —dijo Finn, y Dusque pensó que casi sonaba como una bendición en sus labios—. Pensaba que te había perdido de nuevo.

—N… no —balbuceó Dusque. Le resultaba difícil nadar y hablar.

—¿Estás bien? —preguntó.

Pateando furiosamente para mantenerse a flote, Dusque respondió:

—Lo estaré una vez que estemos en tierra.

Finn la escrutó y ella pudo ver cómo se daba cuenta de que estaba a punto de entrar en pánico.

—Ya estamos cerca —le dijo alentadoramente—. Sígueme.

Dusque forcejeó tras Finn, y estaba segura de que él había ralentizado su ritmo considerablemente para acomodarse a su deficiente forma. Solo le preguntó una vez si necesitaba ayuda, y cuando ella negó, no volvió a preguntar. Pero ella lo vio girar la cabeza con frecuencia para asegurarse de que lo estaba siguiendo. A pesar de que la costa no estaba muy lejos, Finn se desvió hacia un grupo de grandes rocas, y ella sabía que lo estaba haciendo en su beneficio, para que no tuviera que pedir ayuda. Sintió la mezcla ahora familiar de exasperación y placer que le provocaban sus acciones.

Él estaba un poco por delante de ella, así que giró la cabeza para hablarle.

—Trepemos por esas rocas y recuperemos el aliento, ¿vale?

—Mmhmm —convino Dusque, manteniendo su boca cerrada contra el agua. A medida que se acercaban al afloramiento rocoso, vio que el agua rompía contra las planicies coralinas y a consecuencia se picaba. Podía ver que incluso Finn estaba siendo zarandeado por la fuerza del mar. Pero todavía estaba preocupado por ella, no por él mismo.

—Allí hay algunos juncos o algo así que puedes agarrar —le dijo a Dusque, y comenzó a nadar en dirección a la vegetación que había visto. Aunque estaba casi exhausta, algo de lo que Finn había dicho no tenía sentido para ella. No debería haber juncos ni nada similar creciendo entre el oleaje. Le tomó un momento a su confundida mente darse cuenta de lo que Finn había visto.

Él estaba a punto de alcanzar uno de los dos juncos cuando Dusque gritó. Finn se giró hacia ella y no vio a esos dos tallos alzarse fuera del agua y sostenerse amenazantes sobre su cabeza.

Dándose cuenta de que nadar hacia él estaba fuera de discusión, Dusque tomó el bláster que esperaba que todavía estuviera en su funda. Lo estaba. Sacó el bláster y lo desbloqueó como Finn le había mostrado en la nave.

—¡Abajo! —le gritó.

Lanzó una andanada de disparos en la dirección general de la criatura arácnida. Más por suerte que por habilidad, algunos de los disparos acertaron al monstruo y este se desplomó de vuelta al agua. No sabía quién estaba más sorprendido por su disparo: ella o Finn. Sostuvo el bláster con fuerza en su puño, temerosa de tratar de enfundarlo mientras las olas la zarandeaban. Nadó torpemente hacia Finn, cada vez más cansada.

Cuando llegó a su lado, estaba jadeando.

—Tal vez podamos detenernos aquí un momento o dos, ¿eh?

Finn sonrió ampliamente.

—Por ti, incluso podemos detenernos tres. Pero es seguro, ¿no?

Dusque no estaba demasiado cansada como para darse cuenta de que le estaba pidiendo su evaluación de la situación, incluso a pesar de que ella estaba pataleando y balbuceando como un niño.

—Pare… parece despejado —jadeó, y observó cómo Finn se subía a las rocas, evitando cuidadosamente a la criatura arácnida muerta. Se asentó en la roca y sacó a Dusque del agua. Ella se quedó sin aliento por el dolor en su costado, pero no le importó. Estaba abrumada por el alivio de estar fuera del agua. Durante unos segundos, los dos se sentaron allí, jadeando y temblando. Justo cuando Finn estaba por decir algo, la criatura volvió a la vida y se lanzó hacia ellos.

Antes de que Dusque pudiera disparar otra ronda de fuego láser, Finn desenvainó su cuchillo y lo clavó en la espalda de la criatura. Esta se desplomó en un tembloroso montón, con todos sus muchos miembros extendidos. Y desde donde Finn había apuñalado a la bestia, un caldo negro comenzó a supurar. El extendió una mano hacia su cuchillo, pero Dusque lo agarró por el antebrazo.

—Cuidado —le advirtió—. Esa tinta negra es venenosa.

Finn extrajo cuidadosamente su arma y la limpió con un trozo de su túnica rasgada. Volvió a colocar la afilada hoja bajo su manga y Dusque descubrió que debía tener algún tipo de mecanismo debajo para soltar el cuchillo cuando se activara.

—Probablemente ya estaba muerto cuando se lanzó hacia aquí —le dijo ella después de haber recuperado el aliento—. Solo ha sido un acto reflejo.

Finn observó el arácnido de un metro de largo con cierto disgusto.

—¿Qué era esa cosa? —le preguntó.

—Un dalyrake —explicó Dusque—. Son más comunes en Talus que en Corellia, pero, como puedes ver, también se pueden encontrar aquí.

—¿Y esa cosa negra es tóxica? —preguntó. Dusque se hubiera reído si su costado no le doliera tanto. Haciendo la pregunta, parecía enteramente un niño pequeño, disgustado y fascinado por un bicho raro.

—Sí —respondió con una sonrisa—. Pueden vivir en tierra o en el agua indefinidamente. Lo que hacen con frecuencia es encontrar una posición sólida cerca del agua y zambullir colgando sus dos brazos delanteros como señuelos. Esperan a que algún pez confiado pase nadando y lo arponean con sus garras venenosas —ella sonrió más ampliamente, preguntándose si entendía la implicación de la explicación.

—Así que lo que me estás diciendo es que casi me mata algo que caza peces… —su voz se fue apagando.

La esquina del labio de Dusque se torció con diversión.

—Así es, *Finn* —dijo, enfatizando su nombre[1].

Él la miró y dijo:

—Es irónico, ¿eh?

---

[1] Juego de palabras entre «*Finn* (nombre del personaje)» y «*fin* (aleta)». *(N. del T.)*.

Lo siguiente que supo Dusque fue que los dos estaban tendidos boca arriba, riéndose de lo absurdo de que un hombre que llevaba el nombre de una parte de un pez casi hubiera sido asesinado por algo que frecuentemente los depredaba.

—Aaay —dijo, agarrándose el costado y sentándose de nuevo, recomponiéndose después de la liberación de tensión que tanto necesitaba.

—Lleguemos a la orilla y busquemos atención médica —le dijo Finn—. Ya no está muy lejos.

La idea de volver a entrar en el agua hizo que Dusque se pusiera seria. Echó un vistazo a la costa e intentó calcular cuánto quedaba para llegar a tierra firme. *Solo unos quince metros más o menos*, pensó. *Puedo hacerlo.*

—Sí, puedes —le dijo Finn como si hubiera leído sus pensamientos.

—Tienes razón —dijo ella en respuesta—. Puedo.

Finn se deslizó al agua y Dusque lo siguió más lentamente, favoreciendo su lado lesionado. El agua parecía más fría después del tiempo en las rocas, pero Dusque se armó de valor, sabiendo que pronto estarían de vuelta en tierra. Mirando hacia la playa, creyó ver algo reluciendo como el bronce bajo el sol poniente. Vio que Finn también lo había notado; parecía cauteloso mientras nadaba por delante de ella. Tan pronto como pudo, Finn se puso en pie y vadeó hacia la orilla. Entonces se detuvo y saludó con la mano, y Dusque se dio cuenta de que el destello de bronce que había visto era una figura metálica, la cual respondió a la señal de Finn con un saludo.

Cuando Finn se giró y vadeó hacia atrás para ayudarla, Dusque preguntó:

—¿Alguien que conoces?

—Un droide que trabaja estrechamente con alguien para quien yo trabajo —fue todo lo que dijo mientras la ayudaba a salir del agua.

Al ver que el droide era una unidad de protocolo, Dusque suspiró para sus adentros.

—Hola —se presentó—. Soy Cé-Trespeó, especialista en relaciones cibernéticas-humanas —e incluso se las arregló para hacer media reverencia.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Finn mientras guiaba a Dusque hacia la orilla.

—Hemos rastreado su descenso —explicó el droide—, y me enviaron aquí por si acaso.

—¿Por si acaso uno o ambos sobrevivíamos? —dijo Finn con ironía. Ladeó la cabeza hacia Dusque—. Tenemos que llevarla a un centro médico.

—Me pondré bien —le dijo ella, ansiosa por alejarse del agua.

—Hay varios Dos-Unobé competentes en el lugar adonde vamos —les aseguró C-3PO—, si pueden esperar. Sería mejor así, si es posible, pero hay una larga caminata desde aquí y algunas partes son bastante empinadas.

—Me las arreglaré —le aseguró Dusque a Finn, casi ignorando por completo al droide.

—Está bien, pero nos lo tomaremos con calma —convino finalmente Finn. Le pasó el brazo suavemente por la cintura, y a Dusque no le importó ayudarse.

Mientras ella y Finn caminaban juntos por la playa, C-3PO abría el camino.

—Oh, cielos, odio la arena. Siempre se aloja en mis engranajes —se giró y miró a Finn—. ¿Alguna vez le he hablado sobre mi tiempo en Tatooine cuando…?

El droide hablaba y hablaba en tono monótono, pero Finn y Dusque apenas escucharon una palabra de lo que dijo.

El camino a su destino final fue largo y difícil. Varias veces, Dusque tuvo que reajustar la tensión de las correas improvisadas alrededor de su caja torácica. Pero no disminuyó la velocidad, y no tardaron demasiado en llegar.

No era la primera vez que estaba en Corellia, pero Dusque nunca había estado en el área por la que estaban caminando. Lo mejor que podía estimar era que se habían estrellado bastante cerca de Tyrena. C-3PO parecía llevarlos al noroeste, hacia las montañas y colinas, pero cuando le preguntó a Finn qué tan lejos tenían que ir, él la sorprendió con su respuesta.

—No tengo ni idea —le dijo.

—¿No has estado en ese campamento antes?

—No he estado en muchos, y este es un secreto muy bien guardado debido a quién está allí ahora —explicó.

—¿No te resulta frustrante? —preguntó Dusque—. Todo el secretismo… ¿En qué es diferente a las tácticas que usa el Imperio?

Finn la estudió detenidamente por un momento, y Dusque se preguntó si lo había ofendido. Sin embargo, estaba demasiado adolorida y demasiado cansada para tratar de defenderse, así que solo respiró el relajante aire del bosque y esperó a que respondiera.

—Tienes razón —dijo Finn después de una larga pausa—. Muchas de las tácticas son iguales. Ese es el peligro en todo esto —continuó más suavemente—. Tienes que ser leal a tus motivaciones, o podrías encontrarte del otro lado sin tener ni idea de cómo ha ocurrido.

Dusque no estaba segura de qué decir a eso. Ella y Finn continuaron sin hablar. C-3PO era un asunto diferente: ajeno a si alguien lo estaba escuchando o no, divagaba una y otra vez acerca de las dificultades que enfrentaba en sus operaciones cotidianas. La única vez que guardó silencio fue cuando Dusque divisó una jauría de cánidos entre algunos de los árboles altos y le susurró que se callara.

—A menos que quieras ser aplastado por esos cerdos que merodean por ahí, cállate —siseó con urgencia.

Finn le dedicó una sonrisa ganadora a Dusque y pasaron más allá de los animales entre la maleza sin incidentes. Durante el resto de la caminata, C-3PO permaneció en lo que pareció ser un silencio ofendido. Dusque no se desalentó por ello lo más mínimo.

Mientras trotaban cuesta abajo por la pendiente de otra colina, Dusque vio una pequeña colección de estructuras de piedra, todas muy planas y probablemente de no más

de un nivel sobre el suelo. Por el aspecto del lugar y los comentarios anteriores de Finn, tuvo la impresión de que el campamento era temporal, lo cual tenía sentido, ya que los rebeldes nunca sabían cuándo tendrían que huir de repente. Aun así, había varias fortificaciones, y podía ver centinelas patrullando.

Fueron recibidos por un soldado que reconoció a C-3PO y les señaló que entraran. A Dusque le parecía muy joven, pero lo que la sorprendió más que su edad fue el hecho de que parecía genuinamente contento de ver que habían llegado a salvo, extraños que nunca había visto antes pero con quienes compartía sus sueños. Dusque asintió hacia el soldado, y él le ofreció una sonrisa y un rápido saludo antes de retomar sus deberes de escanear los alrededores, con el arma preparada.

Bajaron por una pasarela de piedra y entraron en uno de los edificios más grandes del complejo. El lugar estaba atestado de soldados rebeldes, pero pocos echaban a los recién llegados más que una mirada superficial. Dusque supuso que esto se debía a que obviamente habían sido autorizados por la seguridad del lugar. Vio como C-3PO caminaba hacia un centro de mando compacto, donde fue abordado por una pequeña unidad R2. El pequeño droide azul y blanco bipeó y gorjeó emocionado a C-3PO.

El ánimo de C-3PO aumentó.

—Sí —le dijo excitadamente al pequeño droide—, ha sido extremadamente peligroso, pero logré maniobrar para poder pasar y llegar aquí de forma segura.

Dusque, sonriendo ante la versión del cuento de C-3PO, se rio entre dientes cuando la unidad R2 emitió un graznido grave y el droide de protocolo se irguió en una postura ofendida. La risa hizo que se estremeciera de nuevo por el dolor.

—Trespeó —dijo Finn—, ¿dónde está vuestro centro médico?

El droide dorado se separó de lo que parecía ser el comienzo de una discusión con la unidad R2 y señaló hacia dónde debía llevar Finn a Dusque. Luego volvió a sus riñas con el pequeño droide. Dusque sospechaba que eran grandes compañeros y probablemente continuarían así durante horas. El hecho de que muchos de los soldados rebeldes pasaran junto a ellos sin mostrar interés parecía prueba suficiente de que su razonamiento era sólido.

Finn escoltó a Dusque por el complejo. Ella estaba sorprendida de cuánta actividad había, no solo entre los soldados humanos, sino también entre otras especies y droides. No podía recordar que su laboratorio alguna vez hubiera estado tan activo por nada. Comparado con la base rebelde, su laboratorio era *desapasionado*… esa era la única palabra que podía pensar para describirlo. La idea la deprimió. Cuando pasaron por lo que parecía ser la oficina de alguien, Finn hizo una pausa y asomó la cabeza por la puerta. El ocupante de la oficina, un joven con el pelo tan negro como el de Finn y vestido con un traje de piloto, saludó con la mano.

—Wedge —lo saludó Finn, sonriendo enormemente.

—¡Finn! —el hombre llamado Wedge comenzó a levantarse.

—Espera, colega —dijo Finn, levantando una mano con la palma hacia afuera—. Déjame llevarla al médico y volveré. Tenemos que hablar.

Wedge asintió y se sentó de nuevo detrás de su escritorio, tan serio como lo había estado cuando habían pasado por primera vez. Dusque se preguntó cómo lograban los rebeldes mantenerse tan concentrados y dedicados. Y luego se preguntó si la mayoría de ellos tenían a alguien como Tendau en el pasado, motivándolos. Lo más probable es que así fuera, reflexionó.

—Aquí está —dijo Finn, llevándola a una pequeña pero bien abastecida sala médica. Un droide 2-1B dejó de ajustar algunos equipos y se deslizó hacia ellos.

—¿Cómo puedo ayudarles? —preguntó.

—Creo que tengo algunas costillas rotas —le dijo Dusque—. ¿Podrías echar un vistazo?

—Por supuesto —respondió—. Por favor, siéntese —y le indicó una cama cercana.

—¿Estarás bien? —preguntó Finn.

—Ve y ponte al día con tu camarada —le dijo ella casualmente—. Todo bien ahora —y con esas palabras, se recostó en la cama. El alivio de estar allí, donde podría ser tratada al fin, fue demasiado para ella: su control comenzó a resquebrajarse, y toda la agonía con la que estaba cargando se reflejó en su rostro. Al ver eso, Finn vaciló.

—Solo tardaré unos minutos —le aseguró.

Con los ojos cerrados, Dusque le hizo una seña para que se fuera.

—Estaré bien.

Y Finn se fue.

Mientras el droide le pasaba un escáner por las costillas y la espalda, Dusque estudió la bulliciosa base desde su catre. A través de la puerta abierta, pudo ver en movimiento a varios miembros del personal, así como a C-3PO, cargadores binarios y otros droides de servicio. En el centro de la actividad se encontraba una mujer pequeña. Dusque estimó que el pequeño remolino de pelo castaño de la mujer quedaba a una buena cabeza o así por debajo de su propia estatura, pero lo que a la mujer le faltaba en estatura, claramente lo compensaba con el ímpetu.

Cuando el 2-1B comenzó a tratar sus costillas rotas, Dusque pudo ver que la mujer no solo parecía estar ayudando con los suministros, sino que también daba órdenes. Poco a poco se hizo evidente para Dusque que era la mujer quien estaba al mando de esa base. Se maravilló ante cómo podía ser eso. Después de haber pasado toda su vida al servicio del Imperio, nunca se había encontrado con una mujer que tuviera algún tipo de rango siquiera cercano a lo que sospechaba que era esta mujer. Y no parecía mayor que Dusque.

Dusque sintió cómo algo emocional en su interior cambiaba. Rodeada de esos rebeldes, desde el joven centinela de la puerta, dispuesto a morir no por miedo al castigo de sus superiores sino por un sueño, a la pequeña mujer de blanco, la cual se granjeaba el respeto de quienes la rodeaban, Dusque se dio cuenta de que el suyo era un sueño por el que valía la pena morir. Las palabras que Tendau le dijo en Rori, hacía lo que parecía ser una vida, cristalizaron para ella.

Cuando llegue el momento, verás tu camino como un faro ante tus ojos, le había dicho, y ella se dio cuenta de que tenía razón. Había encontrado su camino.

—Tus costillas están magulladas, pero no rotas —anunció el 2-1B, interrumpiendo su ensoñación—. Estoy aplicando parches de bacta para ayudar a acelerar la curación.

Dusque exhaló un leve suspiro de alivio y se sorprendió al descubrir que no dolía. Lo que fuera que el 2-1B le estuviese haciendo a sus costillas, ciertamente estaba librándola del dolor. Tan pronto como el droide terminó el tratamiento, Dusque se incorporó y se movió tentativamente.

Finn regresó con aspecto sombrío, pero su expresión se aligeró cuando la vio levantada y maniobrando sin dolor.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—Bien, como nueva —le informó—. En realidad, mejor que nueva.

Él la miró con curiosidad. Dusque decidió que compartiría su epifanía con él, para que realmente supiera que ella había abrazado su causa.

Pero él la interrumpió antes de que pudiera comenzar.

—Me alegro de oírlo. Tenemos que irnos ahora y recibir el resto de nuestras órdenes —explicó, con su sombría expresión de vuelta—. Casi no tenemos tiempo.

Al darse cuenta de lo serio que estaba, Dusque también se puso seria.

—Te sigo —le dijo. Se volvió y le dio las gracias al droide médico, luego siguió a Finn.

Juntos se abrieron paso alrededor del laberinto que era la base y se dirigieron al segundo piso. Allí, cerca de lo que Dusque pensó que podía ser un modelo grande de holoproyector, estaba la mujer vestida de blanco. Había algunos otros en la sala, pero la mayoría estaban ocupados, tomando lecturas o comunicándose con otras tropas estacionadas en algún otro lugar. También había un hombre joven quien parecía solo un poco mayor que el entusiasta centinela de la puerta.

Con el cabello rubio estriado por el sol, obviamente era alguien que había pasado sus pocos años al aire libre. Vestía con bastante sencillez, con una camisa y pantalones, pero un dispositivo cilíndrico extraño se balanceaba colgado del cinturón de su cadera. Dusque no reconoció la tecnología, y eso la desconcertó, porque se enorgullecía de conocer lo más avanzado en equipamiento. Cuando levantó la mirada, se dio cuenta de que sus ojos color azul celeste la miraban intensamente. Había algo ancestral en esos ojos, y Dusque se estremeció, aunque no tenía frío. Apartó la mirada del joven cuando escuchó a la mujer dirigirse a Finn.

—Estoy muy feliz de que los dos estéis aquí y a salvo —dijo la pequeña mujer con sinceridad. Dusque pensó que sus ojos se veían cálidos y reconfortantes—. Cuando Han informó de que os habían derribado, temíamos lo peor.

—¿Cómo está él? —preguntó Finn, y Dusque escuchó un tono duro en su pregunta. La mujer también lo notó.

—No te preocupes, Finn —dijo ella, poniendo una mano reconfortante en su antebrazo—. Han está bien. Estuvo cerca, pero él y Chewie escaparon de los cazas imperiales. No sé cómo lo hace —agregó con una sonrisa—, pero ese cubo de tornillos que él llama nave los alejó del peligro una vez más —se quedó en silencio por un

momento, y Dusque creyó que la mujer sentía algo más que una simple preocupación de camaradería por el apuesto piloto—. No puedo describir lo contenta que estoy de que estés bien —continuó la mujer, dirigiéndose a Dusque.

—Gracias —respondió ella y, después de una breve vacilación, preguntó—: ¿Quién eres?

La pequeña mujer y Finn intercambiaron una breve mirada entre ellos.

—¿No se lo has dicho? —le preguntó a Finn.

—No tenía sentido hasta que llegáramos aquí —respondió él—, si es que llegábamos.

—Finn y yo nos conocemos desde hace más años de los que quiero recordar. Soy Leia Organa —se presentó—. Lo siento, ojalá tuviéramos más tiempo, pero no es así.

—Lo entiendo —respondió Dusque. El nombre le sonaba de alguna parte, pero no estaba segura—. ¿Todavía podéis usarme? —preguntó—. Desde que el Imperio ejecutó a mi amigo, es posible que yo ya no esté en buenos términos con ellos. Y todo esto habrá sido en vano.

Leia asintió.

—Escuchamos sobre lo que le sucedió a Tendau. Lo siento —agregó, y a Dusque le conmovió su simpatía. Leia era una líder militar, pero claramente no había perdido de vista su compasión, o la conciencia de que era gente real la que perecía, no números en un cuaderno de datos—. No fuimos capaces de descubrir por qué se emitió una orden contra él pero, afortunadamente, ninguna se ha emitido contra ti —continuó Leia.

—Entonces, ¿su cobertura aún es válida? —preguntó Finn.

—Sí —respondió Leia. Miró a Dusque—. Debido a tu experiencia en xenobiología y tu título de bioingeniera imperial, nadie se preguntará por qué exploras un planeta relativamente despoblado. Puedes moverte sin levantar demasiadas sospechas. Por eso necesitábamos a alguien en tu posición, con tus impresionantes habilidades. Nadie más podría hacerlo. Y debido a tu historia personal —continuó—, esperaba que estuvieras dispuesta a ayudarnos.

Dusque de repente se sintió abrumada por la realidad de la situación. Finn le había dicho casi lo mismo cuando se conocieron, pero ella no lo había entendido; no había podido ver más allá de sus propias inseguridades. Ahora, al ver la gran cantidad de gente que Leia comandaba, lo entendió. Si todo lo que la princesa necesitaba era a un cualquiera o a alguien de moderada habilidad, tenía un amplio catálogo allí en la base oculta. Pero Leia la había solicitado a *ella*. Dusque estaba momentáneamente sin palabras.

—A juzgar por lo que te ha costado llegar aquí, no creo estar equivocada en mi presunción —agregó Leia.

La elección estaba clara ante Dusque, y sabía que su respuesta lo cambiaría todo. Era una oportunidad para marcar una verdadera diferencia. Y no habría vuelta atrás. Por primera vez en su vida, Dusque no sintió miedo.

—Quiero ayudar —respondió ella.

Leia la estudió apreciativamente, luego asintió brevemente.

—Bien —dijo Leia sin fanfarria—. Tus superiores no saben dónde estás, ¿cierto?

Dusque negó con la cabeza.

—No informé porque no quería darles una idea de dónde estaba, especialmente si existía la posibilidad de que me buscaran.

—Prudente pensamiento —dijo Leia con aprobación.

—Y no te preocupes —agregó Dusque, sonrojada de placer por el alago—, todavía no he estado fuera de su radar el tiempo suficiente como para que se preocupen.

Leia asintió.

—Eso es bueno. Bien —dijo ella, volviendo al trabajo—. La lista que necesitamos recuperar está en Dantooine.

Dusque escuchó a Finn dejar escapar un profundo suspiro y se preguntó por qué lo había estado reteniendo todo el tiempo. *Probablemente temía que fuera a echarme atrás*, pensó.

—Tuvimos una base allí durante un tiempo —explicó Leia—, hasta que alguien nos traicionó. Afortunadamente, pudimos evacuar todo el complejo en menos de un día. Sin embargo, con las prisas, nos vimos obligados a abandonar y destruir algunos suministros e información. Esta lista de contactos y simpatizantes estaba codificada en un holocrón por varios agentes diferentes, algunos de los cuales ya no están vivos. Ninguna persona ha conocido jamás todos los nombres con el propósito de proteger a los contactos… este holocrón es el único lugar donde aparecen todos esos nombres juntos. Varios rebeldes pudieron esconder el holocrón dentro de las ruinas de un antiguo Templo Jedi para resguardarlo justo unos días antes de que Alderaan fuera destruido —hizo una pausa, y una sombra cruzó su rostro—. Estos son tiempos oscuros para nosotros.

Dusque de repente recordó dónde había oído hablar de Leia antes. Ella era una ex-senadora (y princesa, si recordaba bien) de Alderaan. Dusque la miró pensativamente. Allí había una mujer que lo había perdido todo, enfrentándose a una tragedia abrumadora, y había encontrado la fortaleza para continuar y perseverar.

—Necesitamos recuperar esa lista antes de que lo haga el Imperio —continuó Leia después de un momento de silencio—. Ahora sabemos que el Imperio es consciente de la lista y ha enviado agentes tras ella. El tiempo es esencial.

»Quiero que vosotros dos encontréis el holocrón y lo traigáis de vuelta. Si no podéis devolverlo aquí a salvo, entonces destruidlo. No corráis el riesgo de transmitirnos la información. Es mejor que esas personas sigan siendo anónimas y permanezcan vivas antes que caer en las manos del Imperio.

Dusque miró a Finn y luego de nuevo a Leia.

—Podemos hacerlo —le prometió a la tenaz mandataria—. No te fallaremos.

—Hay una lanzadera de exploración esperando en el otro extremo de la base. No tenemos más tiempo —terminó Leia—. Tenéis que marchar ahora.

Mientras Dusque y Finn salían de la cámara, Leia susurró suavemente:

—Que la Fuerza os acompañe.

Cuando los dos se hubieron ido, Leia suspiró profundamente. Esperaba que tuvieran éxito. El holocrón era una pieza vital en el esfuerzo por derrocar al Emperador y restaurar la libertad en la galaxia. Y cuanto menos, las personas representadas en esa lista merecían su seguridad y sus vidas. Pero también se dio cuenta de que puede que hubiera enviado a otras dos personas a su perdición.

Se volvió y miró a Luke.

—¿Por qué estabas tan callado? —preguntó. Él parecía profundamente absorto en sus pensamientos, y ella se acercó y dejó caer una mano delicadamente sobre la de él—. ¿Qué ocurre? ¿Percibes algo? —se encontró a sí misma temblando ligeramente por la preocupación. Sus florecientes poderes la asustaban y la intrigaban.

Luke tenía una mirada distante en sus ojos. Cuando finalmente habló, fue como desde una gran distancia.

—No lo sé exactamente —dijo—, pero tengo un mal presentimiento sobre esto —y luego guardó silencio.

Leia se preguntó hacia qué estaban volando uno de sus aliados más antiguos y la nueva recluta.

DIEZ

La lanzadera los estaba esperando en el otro extremo de la base. Finn había estado extrañamente callado en el camino, y Dusque se preguntó por qué estaba tan preocupado.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras abordaban la pequeña nave.

Finn la escrutó sin decir nada. El silencio era enloquecedor. Dusque no podía entender su comportamiento.

—Por favor —le rogó—, dime en qué estás pensando.

Ya fuera por el tono de voz o la mirada en sus ojos, tuvo el efecto deseado en Finn. Él cedió un poco.

—Sólo estaba pensando en lo que has dicho allí atrás, a la Princesa Leia… Lo has dicho en serio, ¿verdad? Lo de la Alianza, digo. Esto ya no es solo por el cabeza de martillo. ¿Crees en esta causa?

Mientras nuevamente se tragaba una mueca ante su referencia casual a Tendau, excusó su elección de palabras, dándose cuenta de que con toda la muerte que debía ver, tendía a desensibilizarse hasta cierto punto para lidiar con todo. Decidió que él necesitaba escuchar sus palabras nuevamente, como garantía de que ella estaría con él hasta el final.

—Primero, cuando me metiste en esto, solo quería venganza por Tendau —dijo—. Tienes razón. Pero después de lo que he visto y hecho, me doy cuenta de que la Alianza es el camino correcto. Y lo creo aquí —terminó, colocando una mano sobre su corazón—. Por favor, confía en mí.

Finn parecía estar debatiéndose internamente con algo.

—¿No me crees? —preguntó ella.

Él tragó saliva.

—Ahora sí. Pensaba que solo querías ver sangre derramada por tu colega, y admito que estaba dispuesto a aprovechar tu ira para obtener tu ayuda. Pero dudaba de que creyeras en algo de esto, y pensaba que nuestra misión era un trato aislado para ti. Ahora, sin embargo…

Sin decir una palabra más, se volvió y se ocupó revisando los suministros. Dusque sonrió para sí misma, segura de que entendía su agitación. Ahora ella era la que sabía qué hacer y tenía un propósito igual al suyo. Supuso que Finn estaba asustado por las implicaciones. Entonces Dusque decidió ir a inventariar algo del equipo a bordo y lo dejó en paz.

Las fuerzas rebeldes habían abastecido bien la pequeña nave. Había ropa limpia, perfecta para exploradores. Junto con cuadernos de datos, provisiones de campo rudimentarias y electrobinoculares, también había un botiquín bien abastecido, junto con paquetes de estimulantes portátiles y muchos recipientes pequeños para muestras. Había casi todo lo que Dusque habría pedido por sí misma si estuviera en una misión real para tomar muestras de material genético.

Finn se había alejado de un banco de trabajo y estaba en cuclillas en el suelo, manoseando las ranuras de los paneles del suelo. Cuando sus dedos se engancharon en

una apertura, abrió una tapa para revelar un alijo de otro tipo. Hizo un gesto a Dusque para que se acercara. Cuando esta lo hizo, silbó apreciativamente.

Había una gran variedad de blásters y rifles de corto alcance, junto con cuchillos de supervivencia y algunas otras armas. También había un disruptor de bloqueo electrónico, comunicadores, identificadores, e incluso varios detonadores termales. Miró a Finn y sintió la gravedad del asunto en el que se estaban metiendo.

—Si algo sucede —dijo él, respondiendo a su pregunta no formulada—, volamos la lista y todo lo demás. Que no quede nada.

Dusque descubrió que no tenía las palabras para responderle, por lo que asintió en silencio.

Hubo un silbido de la unidad de comunicaciones, y ambos giraron al unísono. Finn se deslizó en el asiento del piloto y agarró los auriculares. Dusque terminó el inventario y se preparó para el vuelo.

—Adelante —oyó decir a Finn, pero como él estaba usando los auriculares, no podía escuchar quién estaba al otro lado.

»Sí —respondió—, ya estamos listos para irnos. No habrá más comunicaciones hasta que regresemos con el artículo. Finn fuera —y se quitó los auriculares bruscamente.

Estaba tenso, pensó Dusque, tal como ella lo estaba. Pero también se preguntó si él estaba un poco inseguro. Desde el accidente con la nave del mon calamari, Dusque había tenido persistentes dudas acerca de sus habilidades de pilotaje. Tal vez, pensó, él también las estaba teniendo ahora. Se preguntó cómo podría ayudarle.

Asomó la cabeza en la cabina.

—Oye, ya no tienes que ocultar lo que se dice. Entiendo los riesgos, así que no sientas como que debes protegerme.

—Estamos en el negocio de los secretos —respondió él—, y ahora tú también. Me temo que vas a tener que aceptarlo. Es casi la hora, así que será mejor que te abroches las correas —con eso, devolvió su atención a la miríada de interruptores y luces intermitentes que formaban el sistema de control.

Dusque retrocedió y fue a acomodarse a su asiento.

—¿Todo listo? —gritó Finn después de un minuto.

—Justo estoy asegurándome —respondió ella. Tiró de las robustas correas pasándolas sobre los hombros y sobre el torso, apretándolas con fuerza.

—Tan pronto como salgamos de la gravedad, siéntete libre de levantarte —le dijo.

La lanzadera se estremeció un poco mientras salía disparada por la atmósfera, y Dusque pensó brevemente que llegaría a odiar los viajes espaciales casi tanto como C-3PO parecía hacerlo, a juzgar por una de sus muchas historias de angustia que no había logrado ignorar por completo.

Entonces se rio para sí misma.

—Genial, ahora estoy empezando a pensar como un droide de protocolo.

—¿Qué? —llegó la voz de Finn.

—Nada —respondió ella, avergonzada de ser sorprendida hablando sola.

Mirando por la ventana, Dusque observó cómo Corellia se alejaba de la vista, un hermoso punto azul verdoso que pronto se volvió indistinguible del resto de las estrellas en la oscuridad aterciopelada. Observó las luces parpadear y centellear y una vez más se maravilló de que tantos de esos puntos rebosaran de vida. Siempre la había fascinado la variedad de vida en la galaxia… de lo contrario, no habría elegido la profesión de bioingeniera. Pero ahora se daba cuenta de que tenía más aprecio por esa vida… por toda la vida, cada cual única, individual y preciosa. Sentía que había sido una espectadora reprimida, pero ahora, era una verdadera participante, como un wrix que ya no veía en blanco y negro, sino que podía ver y apreciar los colores.

—¿Vienes? —preguntó Finn, rompiendo su ensoñación.

Ella se desabrochó las correas y se unió a él en la cabina.

—No tenemos mucho tiempo antes de llegar a Dantooine —comenzó, y Dusque pensó que iba a hacerle algún tipo de declaración en caso de que algo les sucediera a uno o ambos. Era, después de todo, una posibilidad muy real.

—¿Sí? —cuestionó ella.

—Me gustaría mostrarte algunos de los controles, para que puedas pilotar esta cosa en caso de que… —dejó el resto sin decir.

No era lo que esperaba oír, pero entendía su preocupación.

—Está bien —respondió ella.

Durante casi una hora, Finn le hizo un resumen básico de cómo operaba la nave, desde el uso de los escudos deflectores hasta el desechado de la carga si fuera necesario. Dusque trató de interiorizar tanto como pudo, pero se sintió intimidada por la inmensidad del trabajo. Finalmente, tal vez sintiendo su creciente frustración, Finn se puso de pie.

—Voy atrás a cambiarme y prepararme, así que te dejaré un tiempo aquí —le dijo—. Hemos dado el salto al hiperespacio, pero procede y revisa los controles por ti misma. Grita si tienes alguna pregunta —y se movió hacia la parte trasera de la lanzadera.

Dusque suspiró y repasó la lista de verificación mental que le había dado. Tenía un nuevo respeto por los pilotos, porque incluso con toda la tecnología a su disposición, hacer el trabajo bien era extremadamente difícil. Pensó que si tenía que hacerlo, probablemente podría levantar la cosa en el aire, pero no estaba segura de poder volar más allá de eso, y ni siquiera quería pensar en aterrizar. Estudió los controles, pero cuanto más los miraba, más empezaban a parecerle iguales. Se estaba frotando los ojos con frustración cuando una señal sonó, sorprendiéndola. Echó un vistazo al tablero y se alegró al darse cuenta de que recordaba lo que significaba la señal: era hora de abandonar el hiperespacio.

Finn llegó apresuradamente, vistiendo un traje ambiental estándar para todo clima.

—Estaremos en órbita en breve —le dijo, sentándose—. ¿Por qué no vas y te cambias? Tienes unos momentos antes de que tengamos que abrocharnos las correas para aterrizar.

Mientras Dusque se apresuraba hacia la parte posterior, sintió que se le secaba la boca. Se estaba acercando el momento de la verdad, y la idea de la tarea que tenía por

delante hizo que su corazón latiera con fuerza. Sus dedos temblaban levemente mientras encajaba los cierres de su traje ambiental y se colgaba el bláster deportivo permitido para personal no militar. Diciéndose a sí misma que se relajara, metió varios paquetes de energía en su mochila y se agenció un cuchillo de supervivencia. Luego decidió ocultar un bláster pesado dentro de su túnica. Su capa exterior estaba fabricada con recia plastifibra, por lo que asumió el riesgo calculado de que el arma estaría lo suficientemente oculta.

Entonces, un destello en el tablero de control auxiliar le llamó la atención, y se volvió para mirar. ¿Había sido un error en el monitor del radar? Queriendo estar segura, observó el monitor y esperó. Después de un corto tiempo, sucedió nuevamente. Era como si algo los estuviera siguiendo, tratando de mantenerse fuera de alcance.

Corrió hacia la cabina.

—¡Alguien nos está siguiendo! —le dijo a Finn.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, sonando incrédulo.

—¡Mira el radar! —exclamó, agitando la mano hacia el monitor mientras se deslizaba en el asiento del copiloto.

Durante varios largos momentos, ambos observaron el monitor.

Finalmente, Finn suspiró y sacudió la cabeza.

—No hay nada —informó.

—Pero lo había —insistió ella.

—Mira —le dijo, extendiendo la mano para ponerla sobre su hombro—, los dos estamos tensos. Probablemente has visto un meteorito o un asteroide disparado. Es un error muy común que cometen los pilotos novatos.

Dusque se sentó allí, frustrada, con los brazos cruzados. Estaba segura de haber visto algo en la pantalla. En lugar de discutir con Finn sobre ello, ya que sin pruebas parecía una batalla perdida de todos modos, realizó una vigilia silenciosa sobre el monitor, decidida a verlo de nuevo. Sin embargo, la pantalla permaneció acusadoramente en blanco, y Dusque comenzó a pensar que había sido un acontecimiento celestial natural después de todo.

—Estamos llegando al puesto avanzado imperial —anunció finalmente—. Prepárate para el aterrizaje. Y no hay señales de que nada nos siga —agregó Finn sin burlarse.

—Creo que lo imaginé —admitió, sintiéndose tonta. Quería que él pensara que era competente… y entonces se molestó consigo misma por preocuparse tanto por lo que él pensara de ella.

Tan pronto como aterrizaron, fueron contactados por el centro de mando del puesto avanzado.

—Prepárese para ser inspeccionado —anunció una voz por la unidad de comunicaciones. Dusque y Finn intercambiaron una mirada tensa antes de que Finn respondiera.

—Escotilla abierta, estamos listos para el abordaje —dijo por el comunicador.

Las fuertes pisadas de los pies blindados le recordaron a Dusque el espaciopuerto de Moenia, cuando los soldados de asalto fueron a buscar a Tendau. Con la sangre palpitando en sus oídos, luchó por mantener un aspecto exterior calmado. Finn parecía estoico, pero entonces le guiñó un ojo justo cuando un soldado de asalto entraba en la cabina. Ese único gesto la liberó de una inmensa cantidad de tensión. Inhaló profundamente y se levantó para dirigirse al soldado.

—¿Todo en orden? —preguntó ella, tomando el control del momento.

—Todavía estamos revisando su carga —respondió el soldado de asalto blindado a través de su transmisor.

Una vez más, Dusque se sorprendió por lo impersonal, lo inhumano, que era cada aspecto del Imperio. Incluso la voz perdía toda la calidez cuando era escuchada a través de su armadura.

—Sus códigos de autorización, por favor —agregó el soldado de asalto.

Dusque le entregó sus credenciales, junto con las falsificadas de Finn. El soldado de asalto se descolocó momentáneamente cuando vio que Dusque era el miembro principal del grupo. A juzgar por su reacción, Dusque supuso que nunca antes se había encontrado con una mujer al cargo. Continuó escrutándolos a ambos, y Dusque se preguntó qué tan buen trabajo habían hecho los rebeldes con las falsificaciones de Finn.

—Todo parece estar… —comenzó el soldado de asalto, antes de ser interrumpido.

—Vuelve aquí y echa un vistazo a esto —dijo otro oficial.

El corazón de Dusque dio un vuelco. Miró una vez a Finn y su mente se aceleró. Temía no haber asegurado correctamente el panel sobre el alijo de armas. Las náuseas la atravesaron cuando el primer soldado de asalto la llamó por su nombre.

—Venga aquí —claramente no era una solicitud, sino una orden. Finn se movió para unirse a ella, pero Dusque, con el brazo a un lado, agitó discretamente la mano para detenerlo.

—Si es necesario —susurró ella—, puedo salir corriendo y así tú podrás largarte de aquí.

Ella esperaba que él entendiera lo que quería decir. Si los descubrían, él podría pilotar la nave mientras ella distraía a los soldados de asalto saliendo por la escotilla y corriendo. De esa manera, al menos uno de ellos sobreviviría. Por un momento, se sorprendió ante esta nueva Dusque: nunca antes había estado tan dispuesta a ponerse directamente en medio del camino de la muerte. Y ciertamente no por algo tan etéreo como una *causa*.

—¿Sí? —respondió ella, y se enorgulleció por la valentía en su voz.

Regresó al camarote principal y vio que varios soldados de asalto estaban reunidos. No podía ver lo que estaban mirando.

—Explique esto —ordenó, y Dusque temió lo peor. Se mordió el labio ligeramente y miró hacia la escotilla abierta, calculando cuánto tiempo le tomaría llegar al exterior antes de que la detuvieran o le dispararan. Sin embargo, antes de que pudiera decidir, el soldado de asalto se volvió y la encaró, tendiéndole algo.

Dusque dejó escapar el aliento muy lentamente. En lugar de alguna arma ilegal, el soldado tenía una de sus herramientas de recolección en su mano enguantada.

—Tiene un aspecto bastante malvado —respondió ella casualmente—, con el gatillo y la unidad dispensadora puntiaguda, ¿eh? Es un dispositivo de suspensión líquida.

El soldado de asalto ladeó la cabeza y estudió la unidad nuevamente.

—¿Qué? —preguntó.

—Traiga —dijo, y le quitó el dispositivo de los dedos—. Lo siento, pero no quiero que lo active sin querer. Es altamente viscoso.

—¿Para qué lo usa? —cuestionó él.

—Es solo una de las herramientas que uso para preservar especímenes y como componente para los estimulantes médicos. No ve muchas de estas cosas aquí fuera, ¿verdad? —comentó Dusque, asumiendo un aire de autoridad.

—No —respondió él—, no veo mucho de nada aquí fuera.

Ella asintió con conmiseración.

—Para mí esta asignación tampoco es la más glamurosa. Probablemente porque soy una mujer —se quejó.

El soldado de asalto asintió y ordenó al resto de los soldados que salieran de la nave.

—Parece que todo está en orden aquí —le dijo a Dusque—. No quiero hacerle esto más difícil de lo que ya es —agregó en voz baja.

—Muchas gracias —respondió ella, y le dirigió una sonrisa agradecida.

El soldado de asalto se fue con los demás y Dusque regresó a la cabina. Finn se puso en pie con una expresión de satisfacción en el rostro.

—Bien —le dijo—. Muy bien.

—Coser y cantar —suspiró y luego se echó a reír—. Hay que irse.

—Después de ti… —se inclinó por la cintura haciendo una reverencia—, osada líder.

Dusque agarró la mochila y se la echó a la espalda. Hizo una última comprobación de equipo mientras que Finn hacía lo mismo. Seguros de que tenían todo lo que creían necesitar, salieron a la base y sellaron la nave.

A Dusque le conmocionó una vez más la esterilidad de las bases imperiales. Cuando salió al patio, pequeñas nubes de polvo se elevaron de la tierra roja. Había varios edificios planos construidos, pero el lugar parecía un pueblo fantasma en comparación con la base rebelde. Casi no había gente alrededor. A primera vista, todo lo que vio Dusque fue unos pocos soldados y un solitario bothan quien parecía estar inspeccionando, llenando un contenedor con algún tipo de piedras preciosas amorfas. El puesto avanzado parecía ser el lugar más solitario de la galaxia.

Cuando pasaron más allá del puesto de observación militar, un soldado uniformado vino corriendo tras ellos. Dusque sintió que se le subía el corazón a la garganta y vio que Finn había deslizado su mano dentro de su capa de viaje. Ella hizo lo mismo, su bláster estaba fácilmente a su alcance.

—Esperen —llamó el oficial—. Todavía no hemos terminado con ustedes dos.

Dusque se dio la vuelta, Finn estaba a menos de un metro por detrás de ella.

—No lo entiendo —dijo ella con brusquedad, forzando una bravuconería que no sentía—. ¿Cuál es el problema ahora? Ya nos han retenido suficiente tiempo.

El oficial la miró con la boca abierta por la sorpresa.

—Soy bioingeniera imperial. El Emperador se enterará de este tratamiento cuando haya terminado con esta misión. Si creen que este puesto es lo más remoto que hay, están muy equivocados —finalizó con un toque de desdén.

—No se han inscrito en nuestros registros —respondió el oficial avergonzado—. No recibimos muchos visitantes, y el soldado de asalto que les ha permitido el paso lo ha olvidado. Es necesario.

—Oh —dijo Dusque, y procedió a actuar como si estuviera algo apaciguada por la obsequiosidad del oficial—. Supongo que eso no llevará mucho tiempo.

El oficial sacó un cuaderno de datos y un puntero. Anotó sus credenciales y luego las de Finn.

—Eso debería ser suficiente, entonces —dijo. Luego revisó la información y frunció el ceño—. Ah —se aclaró la garganta.

Dusque se dio la vuelta con aspecto enojado.

—¿Qué? —preguntó ella, sonando extremadamente molesta.

—Necesito rellenar la razón. ¿Por qué… uhm… están aquí? No hemos escuchado nada al respecto.

—Soy parte de una grupo de avanzada, escaneando este mundo y otros deshabitados en el Borde Exterior —dijo Dusque.

—¿Con qué propósito? —preguntó el oficial, y Dusque pensó que parecía genuinamente curioso.

—Para una futura colonización —dijo.

—Oh… —respondió.

—Juegue bien sus cartas de sabacc, oficial, y podría ser el líder de guarnición de la próxima gran base imperial —finalizó con una floritura.

Como sospechaba, el oficial se animó cuando escuchó que podría estar al cargo de algo más que un puesto avanzado olvidado en un mundo vacío. Ni siquiera volvió a bajar la mirada a su cuaderno de datos después de eso. Se enderezó y ofreció a Dusque una genuina salutación.

—Todo en orden. Buena suerte, y hágame saber si podemos servir de alguna ayuda a una de las bioingenieras del Emperador —luego añadió—: Hemos oído de algunas actividades de contrabando que se realizan al norte de aquí. ¿Quizás debería enviar un pequeño destacamento con usted?

—Aprecio la oferta —le dijo—. ¿Oficial…?

—Fuce —respondió—. Comandante Fuce.

—Se lo agradezco, pero sospecho que sus hombres no tienen la capacitación ni las habilidades necesarias para tomar muestras y realizar estudios. Sin eso, solo nos retrasarían. Pero aprecio la oferta y la advertencia. Y me aseguraré de que mis superiores sepan cuán bien informado y útil ha sido. Gracias —le dijo.

Él volvió a saludar, luego giró sobre sus talones y regresó a su puesto.

Dusque y Finn navegaron a través del pequeño puesto avanzado sin ningún otro incidente. Dusque era vagamente consciente de que, a excepción de algunos tipos de dudosa reputación merodeando por la pequeña cantina, por otro lado casi desierta, no había nadie más alrededor. El lugar había sido olvidado por enemigos y amigos por igual.

Cuando finalmente dejaron atrás los muros del recinto, cualquier pretensión de civilización que hubiera existido dentro de esos límites desapareció. La vista se abría a colinas onduladas y sabanas. La hierba lavanda que crecía desenfrenada en el planeta volvía todo el paisaje de un color púrpura suave hasta donde alcanzaba la vista. Mientras Dusque escaneaba el horizonte, las oscuras nubes finalmente liberaron su humedad. Grandes y pesadas gotas comenzaron a caer. Extendió la mano y sonrió ante su suerte.

—Perfecto —le dijo a Finn—. Esto ayudará a enmascarar nuestro aroma a varias especies de la vida silvestre local.

—Sí, perfecto —convino con una mirada extraña en sus ojos—. Te has manejado muy bien ahí atrás. Me has impresionado.

Dusque se sonrojó ante sus elogios y bajó la cabeza.

—Estaba asustada —admitió—. Realmente asustada por primera vez en mi vida. Y no tenía miedo por mí… tenía miedo por todas las personas de la lista, por todas las personas de la base rebelde, por todas las almas sin nombre de la galaxia. Pero, sobre todo, tenía miedo por ti.

Sintió la mano de Finn debajo de su barbilla, cálida y seca, mientras él le levantaba la cabeza.

—No puedo creer que haya conocido a alguien como tú en mi vida ahora, en este momento, justo cuando estamos envueltos en esto… —sacudió la cabeza con tristeza.

—Lo sé —le dijo ella—. No hay tiempo. Pero si tenemos éxito… —se interrumpió, sin querer presuponer nada.

Él la tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente. Por un momento, bajo las ramas de un retorcido árbol blba, no hubo Guerra Civil Galáctica, sólo dos personas.

—*Tenemos* un aquí —dijo Finn cuando el beso terminó—, y *tenemos* un ahora. No tiene sentido vivir en un mañana que tal vez nunca llegue.

Fue el turno de Dusque de mirarlo fijamente.

—Pero *tenemos* que creer en un mañana —insistió ella—. De lo contrario, no hay ningún propósito en el ahora.

Finn se apartó de ella y se recompuso.

—Tienes razón —acordó finalmente—. Lo siento, me he dejado llevar por la situación.

—No hay necesidad de disculparse —le dijo Dusque.

—Sí la hay —pero no se explicó. En su lugar, se volvió y sacó su escáner, tomó una breve lectura y luego señaló a su izquierda—. Nornordeste —anunció—. No tenemos mucho tiempo.

Turbada, Dusque dejó que él tomara la iniciativa, y se adentraron en la inexplorada naturaleza de Dantooine.

ONCE

Con la base imperial ya muy por detrás, Dusque y Finn se movían rápidamente pero con cautela. Los campos de color púrpura estaban alfombrados con todo tipo de flores, y en momentos de descuido, Dusque se encontraba pensando que Dantooine era uno de los planetas más bellos que había visto nunca. Parecía un jardín sembrado, salvaje y descuidado. Más allá de las colinas color lavanda, estepas de color oliva enmarcaban el cielo. Incluso la lluvia, que seguía cayendo, y los ominosos truenos en la distancia, no podían amortiguar cómo se sentía.

Mientras trotaban por una pequeña hondonada, Dusque se preguntó qué estaría pasando por la mente de Finn. Sabía que él se preocupaba por ella, y ya había pasado el punto de negarse a sí misma que sentía algo por el larguirucho rebelde de pelo negro. Si no hubiera sido por él, pensó, probablemente habría sido asesinada junto a Tendau. Su llegada fortuita la salvó de ese certero destino, y le dio un objetivo con el cual canalizar su ira y frustración. Él había sido quien la había iniciado en este camino. Aunque solo fuera por eso, él sería siempre especial para ella. Pero nada era nunca tan simple.

Antes de que pudiera pensar más en ello, escuchó un retumbar en la distancia. Desaceleró el paso, y Finn también lo hizo. Subieron lentamente una colina empinada y se dejaron caer sobre sus vientres en la cumbre. A su derecha había una manada de criaturas muy grandes. Dusque se reprendió a sí misma por ser lo bastante descuidada como para casi meterse entre las criaturas.

De repente se dio cuenta de que exactamente por esto estaba Finn tan extraño y distante. Él sabía bien que no debía permitir que nada nublara su juicio en algo tan crucial como la misión. Se dijo a sí misma que debía hacer como él y permanecer concentrada.

Las criaturas eran tres veces más altas que un humano, pero la mayor parte de esa altura provenía del cuello y la cabeza. Tenían cuerpos gruesos y rechonchos con cuatro patas cortas. Su piel era clara en el vientre y se oscurecía a lo largo del lomo. Anchas rayas les daban mayor camuflaje, de modo que cuando se cansaban de pastar y se acostaban, se volvían difíciles de distinguir en las estepas. Y sus cabezas alargadas estaban cubiertas de cuernos.

—Pikets de cuernos largos —susurró Dusque a Finn.

El suelo retumbó bajo sus pies cuando uno de los animales decidió acostarse para una siesta. Cayó sin gracia sobre su costado, como si estuviera muerto.

—No irán a ninguna parte por ahora —comentó Dusque.

—¿Son agresivos? —preguntó Finn.

—Normalmente no. De vez en cuando hay que preocuparse por algún rebelde, pero la mayor parte son rumiantes pacíficos.

—Grandes rumiantes —corrigió Finn, y vio que había recuperado su humor seco.

—Muy grandes —acordó ella—. Pero si se quedan ahí, tendremos que rodearlos. Y estar atentos a otras criaturas más letales. Lo creas o no, estos son presas, no depredadores.

—Genial —respondió Finn, levantando y bajando las cejas—. Odiaría ver a lo que sea que se los coma.

Mientras avanzaban silenciosamente colina abajo, el retumbar se hizo mucho más patente. El sonido ayudó a enmascarar cualquier ruido que pudieran haber hecho ellos. Mientras corrían ascendiendo por el lado opuesto de la hondonada, Dusque y Finn vieron otra manada de pikets por delante de ellos. A su izquierda había un lago largo y estrecho que se extendía una distancia considerable, y ambos se dieron cuenta de que no tenían otra opción. Aseguraron su equipo y se zambulleron.

Una vez se alejaron un poco de los pikets, Finn tiró del brazo de Dusque para llamar su atención. Ella se dio la vuelta asustada, pisando agua, y se miraron.

—Crucemos al otro lado —dijo él, señalando lejos de los pikets.

Escupiendo agua, Dusque dijo:

—Pero si seguimos por aquí, paralelos a la orilla, podemos pasarlos y no perder demasiado terreno.

—Lo sé —respondió Finn—, pero salir pronto del agua tiene más sentido.

—No lo hagas por mí —argumentó ella, braceando torpemente.

—No perderemos demasiado tiempo —le aseguró él. Sin esperar una respuesta, comenzó a nadar hacia el otro lado.

Dusque negó con la cabeza enfadada y lo siguió, frustrada consigo misma por dejar que él tomara el control, y con él, por tomar el control.

—Lo siento —murmuró después de que él le echase una mano para sacarla del agua.

—¿Nos salvas de tropezar con una manada de animales muy grandes y te disculpas? —sonrió—. Hemos tomado la ruta panorámica, ¿y qué?

Comenzaron a avanzar de nuevo, aunque habían tenido que desviarse hacia el oeste debido al lago. La lluvia comenzó a disminuir, pero el cielo seguía siendo de un ominoso gris que se fundía con las colinas color lavanda. Durante un breve tiempo, Dusque y Finn no se encontraron con ningún otro ser vivo, y el único sonido que perturbaba el silencio era el húmedo chapoteo que sus botas hacían en el suelo blando. Sin embargo, muy pronto, varias formas empezaron a distinguirse en la brumosa ladera.

Dusque reconoció a los herbívoros inmediatamente. Thunes, se les llamaba. Había cinco. Cada uno era del tamaño de una pequeña lanzadera, con una cabeza y piernas enormes y piel gris que parecía arrugada y dura. Uno levantó la cabeza y miró directamente a los dos humanos, y Dusque pudo escuchar el fuerte jadeo de Finn. Desde el centro de la cara del thune se balanceaba un enorme apéndice parecido a una nariz; orejas delgadas y amplias rodeaban su cabeza como un halo o un collar.

Dusque tocó el brazo de Finn.

—No debería ocurrir nada por pasar a través de ellos, siempre que no hagamos ningún movimiento rápido —susurró.

Finn miró a las bestias con cautela, especialmente notando sus enormes pies.

—¿Estás segura?

—Sí —respondió ella—. Estaremos bien siempre y cuando no salgan en estampida.

—Fantástico —murmuró Finn por lo bajo.

Con precaución, comenzaron a caminar lentamente a través del grupo de cinco. Dusque no pudo evitar sonreír. Nunca había tenido la oportunidad de observar de cerca a estas magníficas criaturas. La tentación de tocar uno de los animales fue abrumadora. Extendió una mano y deslizó ligeramente sus dedos contra la dura piel del thune. La criatura ni siquiera pareció darse cuenta de que algo la había tocado.

De repente, uno de los otros thunes comenzó a batir el collar que formaban sus orejas rápidamente adelante y atrás.

Finn se acercó a Dusque y la agarró del brazo. Ella se dio cuenta de que Finn estaba en tensión para salir huyendo.

—Está bien —le dijo Dusque—. Ese no es un gesto amenazador. Solo está tratando de refrescarse.

—¿Se está abanicando? —preguntó incrédulo.

—Más o menos —respondió Dusque—. Sus orejas están llenas de miles de vasos sanguíneos y, como puedes ver, su piel ahí es bastante delgada. Al agitar las orejas, enfría la sangre en esa área y luego esa sangre fluye por el resto de su cuerpo, bajando su temperatura global.

—Oh —Finn sonó solo un poco convencido.

Dusque se rio suavemente.

—Vamos, es seguro. ¿Ves? —ella señaló al thune más grande—. La matriarca los está alejando de nosotros.

Juntos caminaron a través del territorio de la manada y continuaron avanzando, tratando de recuperar el terreno que habían perdido. De repente, Finn agarró el brazo de Dusque.

—¡Abajo! —susurró con urgencia, y la empujó a unos arbustos.

Ella lo miró sorprendida, y él se llevó un dedo al labio en señal de silencio. Ella observó cómo él sacaba su bláster y comenzaba a gatear hacia delante pegado al suelo. Cuando le indicó con la mano que lo siguiera, Dusque sacó el bláster pesado que había traído con ella y se deslizó tras él. Fue recompensada con una mirada sorprendida de Finn.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó él—. ¿Qué hay del pequeño?

Dusque negó con la cabeza.

—Una mujer tiene que tener algunos secretos.

La boca de Finn se torció en una sonrisa, a pesar de la situación. Pero su buen humor se desvaneció tan pronto como centró su atención en lo que estaba justo debajo de la colina. Hizo un gesto a Dusque para que echara un vistazo. Abajo, en un pequeño valle, había humanoides moviéndose.

Había alrededor de siete que pudiera ver Dusque, y todos menos una eran hombres. Más grandes y de aspecto más brutal que el humanoide promedio, estaban cubiertos de cabello grueso y oscuro, y vestían simples pieles de animales. Portaban únicamente las herramientas más rudimentarias (palos y hachas de piedra) y estaban cazando.

—Las cosas podrían ponerse feas por aquí —advirtió Finn.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Hemos perdido algo de tiempo debido a nuestro desvío; no podemos permitirnos perder más con lo que está en juego —comenzó a apuntar con su arma.

Dusque empujó su cañón a un lado.

—No podemos. Son dantari. De los pocos informes que existen, se sabe que son personas pacíficas y sencillas.

Finn la miró por un momento.

—¿Esos pocos valen todas las vidas que están en juego? —preguntó con funesta seriedad.

Después de una breve deliberación, Dusque dijo cuidadosamente:

—Creo que si hiriéramos a estas personas, no seríamos mejores que aquellos que sirven al Imperio. Las personas de esa lista quieren ayudar a la Alianza Rebelde, y eso significa que están dispuestas a arriesgar sus vidas por completos desconocidos, sin importar la especie. Estas son exactamente las vidas por las que están dispuestos a sacrificarse.

Finn bajó lentamente el arma.

—Supongo que tienes razón —sonaba avergonzado—. Sólo quiero conseguir ese dispositivo y salir disparado de aquí.

—Lo sé —respondió—. Yo también. Pero no lo quiero tanto.

Finn asintió, pero parecía frustrado. Girándose, comenzó a gatear de vuelta por donde habían venido, y Dusque lo siguió en silencio. Ninguno de los dos habló hasta que ambos estuvieron seguros de que los dantari estaban a barlovento.

—Vamos a tener que ir más al norte de lo que habíamos planeado y luego doblar hacia el este —susurró finalmente Finn.

—Tendremos que estar alerta por si hay más de esas personas. Normalmente, se extienden a lo largo de la línea de la costa —le dijo Dusque, tratando de recordar lo que había aprendido de los dantari en sus estudios—. Si se han adentrado tan lejos para cazar, pueden ser parte de un grupo más grande.

Él asintió pero no respondió. Dusque se preguntó si estaba enojado con ella por decirle qué hacer, o enojado consigo mismo por no pensar las cosas por su cuenta. Finn permaneció en silencio mientras se apresuraban a desviarse alrededor de los dantari y comenzaban a recuperar el terreno que habían perdido. La lluvia había disminuido, pero los cielos permanecían nublados. Dusque, insegura de cómo reparar lo que parecía una brecha entre ellos, lo dejó en paz. Pero cuando vio algo decididamente antinatural en la distancia, habló sin pensarlo.

—¿Qué es eso? —parecía un objeto plano en una colina. A medida que se acercaban vieron, emergiendo entre la niebla como una criatura mítica resurgiendo de sus propias cenizas, una estructura modular.

—Vaya, será… —Finn exhaló.

—¿Qué es? —preguntó Dusque nuevamente, más nerviosa ahora que podía ver varias otras estructuras similares más allá de la primera.

—Es la antigua base rebelde —le dijo. Cuando la vio inquietarse, agregó—. Está abandonada desde hace casi dos años. Vamos.

—Pensaba que teníamos que recuperar el tiempo perdido —le recordó.

—Sólo quiero comprobar rápidamente que no se quedó nada —explicó, comenzando a correr colina arriba hacia la base.

—Pero Leia dijo que los imperiales ya estaban aquí. ¿No crees que ya habrían encontrado cualquier cosa que se quedara atrás? —preguntó Dusque, trotando junto a él.

—Ellos no siempre saben dónde mirar —le dijo.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Dusque cuando llegaron a las paredes exteriores de lo que estaba empezando a darse cuenta de que era una base bastante notable.

—Únicamente escuché la historia de segundas, pero te contaré lo que sé.

Parecía que Finn iba a continuar cuando se detuvo y se giró a la derecha. Dusque miró más allá de él para ver una alargada criatura canina merodeando de un lado a otro. O no los había olido todavía, o no le importaba.

—¿Qué es? —preguntó Finn.

Dusque entrecerró los ojos para tratar de distinguir a la criatura.

—Creo que es un huurton. Probablemente sea una cazadora, si está sola. Uhmm, tal vez deberíamos poner un poco de distancia entre nosotros —sugirió ella—. Puede ser muy letal.

—Correcto —respondió, y abrió el camino hacia una abertura en la pared.

Una vez dentro de la antigua base, Dusque vio que era una instalación enorme. En las estructuras más cercanas a ellos, algunas de las ventanas estaban rotas y las puertas estaban entreabiertas. Las plantas habían comenzado a crecer sobre los edificios, y toda el área estaba desolada y sombría. Se preguntó cómo debía haber sido cuando estuvo rebosante de gente.

—¿Qué pasó? —le preguntó a Finn nuevamente.

—Según tengo entendido, esta base tuvo bastante éxito durante muchos años —comenzó mientras caminaban lentamente a través de la instalación—, muy probablemente debido a su ubicación remota. No sé cómo sucedió ni siquiera cómo la encontraron los soldados rebeldes, pero hace aproximadamente un año y medio, alguien deslizó un dispositivo de rastreo imperial en un cargamento.

»Por fortuna, se descubrió y se corrió la voz de evacuar. Estas estructuras… —se detuvo para dar unos golpecitos a la pared del edificio que estaban dejando a su izquierda—, se componen de módulos temporales de auto-construcción. Fueron diseñados para ser móviles en cualquier momento.

—Entonces, si los dejaron atrás, los rebeldes debieron haber tenido que huir muy deprisa —reflexionó Dusque.

—Según tengo entendido —respondió Finn—, todos se marcharon en poco más de un día.

Dusque inhaló profundamente, tratando de imaginar los cientos, si no miles, de soldados que debieron haber salido de los edificios.

—Supongo que se largaron justo a tiempo —dijo.

—Supuestamente, los imperiales no encontraron la base hasta que Leia les habló de ella —agregó.

Dusque lo miró sorprendido.

—¿*Qué*? ¡Leia nunca traicionaría a nadie! —Dusque se dijo a sí misma que no podía estar tan segura de alguien que apenas conocía, pero de alguna manera no tenía ninguna duda acerca de la fortaleza personal y el compromiso de la Princesa Leia con la causa.

—Ella estaba prisionera en la Estrella de la Muerte del Emperador —le dijo él con gravedad—. Por lo que me dijo, la torturaron y usaron sondas mentales, pero no les dio la ubicación de la base rebelde. Luego intentaron una estratagema diferente: amenazaron con destruir su planeta natal. En ese momento rindió esta ubicación —agitó un brazo para indicar la base arruinada a su alrededor—, en Dantooine.

—Creo que puedo entenderlo… —dijo Dusque—. Pero el hecho de que ella traicionara a los demás todavía me parece… inhumano.

—No, no, ¡te estás equivocando! Ella ya sabía que la base había sido evacuada. Era solo cuestión de tiempo que los imperiales la atacaran.

Ahora la historia comenzaba a tener algo de sentido.

—Leia pensó que eso le haría ganar más tiempo.

—Sí, pero destruyeron Alderaan de todos modos.

Dusque asintió entendiendo. Cuando pensó en aquellos días, recordó haber oído que científicos de un departamento diferente habían estado trabajando en un proyecto de cierta magnitud aproximadamente un año antes de la destrucción de Alderaan. Algunos de esos mismos científicos habían desaparecido de sus laboratorios habituales, y se rumoreaba que habían sido secuestrados para algún proyecto especial. Se preguntó si…

—¿Hubiera sido tan malo que traicionara a la Alianza por aquellos a quienes amaba? —le preguntó Finn en voz baja, interrumpiendo sus reflexiones.

—No lo sé —respondió Dusque honestamente—. No puedo decir con certeza qué haría yo en una situación similar. Pero creo que abrazamos esta causa porque es lo correcto. Y creo que eso va antes que cualquiera de nuestros amores personales. Mientras que los soñadores pueden morir, el sueño sigue vivo.

Finn permaneció en silencio. Dusque se preguntó si había estado preguntando más por ella que por las elecciones de Leia. Tal vez, pensó, Finn se preguntaba si ella traicionaría a la Alianza Rebelde por él. Una vez más, sintió como si estuviera siendo puesta a prueba, y temía haber fallado.

—Echemos un vistazo rápido al centro de mando —sugirió Finn—, y luego sigamos adelante.

—Muy bien —acordó Dusque—, pero deberíamos tener mucho cuidado. Si había un huurton aquí, probablemente haya otros.

—Correcto —estuvo de acuerdo. Luego la miró—. Estoy viendo que para este trabajo eres una opción aún mejor de lo que pensé en principio —dijo—. Ni siquiera se me ocurrió considerar tu experiencia con los animales.

—Por eso me llaman bioingeniera —dijo a la ligera, tratando de no sonreír demasiado ante su cumplido. Pero tenía la sensación de que él pensaba que estaba complacida, porque le dirigió una sonrisa antes de girar para seguir adelante.

Pasaron junto a una serie de estructuras más pequeñas en fila antes de subir una escalera que los condujo al centro de mando. Una mirada superflua a través de cada puerta abierta mostró que los edificios más pequeños eran barracones… y que habían sido saqueados por los soldados imperiales que habían registrado el lugar. El estado de los barracones no era un buen augurio para lo que podrían encontrar en el centro de mando, pero todavía valía la pena echar un vistazo, explicó Finn.

En el siguiente nivel, se encontraron con una madre huurton y sus cachorros. Al verla, Finn se detuvo y miró a Dusque.

—Mientras nos mantengamos alejados de ella —le aseguró—, deberíamos estar bien. Probablemente se llevará a su prole lejos de nosotros.

—Entendido —reconoció Finn.

Trazando cuidadosamente un gran círculo alrededor de los huurtons, entraron en lo que había sido el corazón de la antigua base. Dusque estaba abrumada por el daño que le habían hecho. Curiosa, se acercó a una serie de paneles de control que parecían haber sido saqueados, pero no destruidos.

—Finn —dijo—, echa un vistazo a esto.

Él trotó hacia ella y estudió lo que quedaba del equipo.

—¿Habrían hecho esto los imperiales? —preguntó ella.

—No —respondió Finn lentamente—. No habrían tenido ningún interés en el saqueo. Al menos no hasta este punto.

—¿Entonces quién?

Finn lo pensó por un momento y luego dijo:

—Recuerda, aquel oficial dijo que habían estado teniendo problemas con contrabandistas.

—Tienes razón —dijo Dusque entonces—. Creo que los llamó la Garra Gris. ¿Crees que fueron ellos?

—O ellos o algún otro con la misma profesión. He visto más evidencias de eso por allí —señaló hacia una sala más pequeña.

Dusque asomó la cabeza y vio que era una habitación que probablemente fue ocupada por un oficial de alto rango. Había una larga mesa que había sido derribada y hecha añicos, con las piezas esparcidas sobre los restos de un revestimiento de suelo entrelazado. Las paredes estaban desnudas, con la excepción de una imagen que colgaba torcida. Dusque se estremeció, aunque el aire de la base no era frío.

—¿Qué pasa? —preguntó Finn mientras se paraba a su lado—. ¿Frío?

—No, solo quiero salir de aquí —le dijo. Sentía como si una tumba hubiera sido profanada, aunque hasta donde ella sabía, nadie había muerto.

Finn asintió en silencioso entendimiento.

—Sólo déjame hacer un repaso rápido y luego nos iremos, ¿vale?

—Está bien —convino ella—, pero yo esperaré fuera. Llámame por el comunicador si me necesitas —cuando se fue, se aseguró de encender el pequeño dispositivo de comunicación portátil enganchado a su cinturón.

Afuera, se dirigió a la plataforma de observación. Desde allí, pudo ver que varios grupos de huurtons habían hecho del interior y alrededores de la base abandonada su hogar. En cierto modo, la visión le pareció extrañamente reconfortante. Era casi como si los temibles depredadores custodiaran los restos del lugar para que nadie más lo contaminara.

La lluvia había cesado por completo, pero la oscuridad crecía a medida que se acercaba la noche. Le preocupaba que Finn hubiera tenido razón, que tomar la ruta más larga hubiera sido un error. Ahora llegarían a las ruinas Jedi en plena noche, como muy pronto. Eso no solo haría que su búsqueda fuera mucho más desafiante, sino que significaría que los depredadores nocturnos estarían despiertos y al acecho.

Finn salió del centro de mando y caminó hacia ella.

—Nada —dijo, en respuesta a su mirada curiosa—. Será mejor que sigamos avanzando.

—Ajá —estuvo de acuerdo ella—. Pero echa un vistazo: hay una buena vista desde aquí arriba —señaló los niveles inferiores—. ¿Ves? Hay huurtons en los cuadrantes este y norte de la base. Tendremos que evitar esas áreas cuando nos vayamos. También está oscureciendo —agregó, expresando lo obvio.

—Sí, así es —Finn levantó la mirada—. Al menos la lluvia ha parado.

Ella sonrió.

—Lo que quiero decir es que lamento que mi retraso nos haya costado las horas diurnas.

Finn guardó silencio por un momento.

—No lo lamentes —le dijo finalmente—. Además, ha sido cosa mía lo de explorar esta base —agregó—. Así que compartimos la responsabilidad por el retraso y nos contrarrestamos mutuamente, ¿no? —su sonrisa la hizo sentir mucho mejor.

Sintiéndose más aliviada, siguió a Finn a través del complejo desierto hasta otro hueco en la pared circundante. Mientras bajaban la pendiente de la colina, evitando los diversos enclaves de huurtons, Dusque hizo una pausa para echar un último vistazo a la base rebelde. Envuelta en la niebla, la base parecía un guardián solitario, esperando un tiempo en que esos lugares ya no fueran necesarios.

Se dirigieron en dirección este, siguiendo las coordenadas que Leia les había dado antes de partir de Corellia. El terreno se volvió más accidentado, bordeando montañas, y el número de árboles blba comenzó a disminuir, reemplazados por más coníferas y

árboles de hoja perenne. Pequeños helechos salpicaban las laderas, y la hierba lavanda comenzó a desvanecerse.

Se detuvieron solo una vez, para beber de un pequeño arroyo que se encontraron. Mientras descansaban, Dusque buscó un poco, usando su halo-lámpara. Encontró algunas bayas e incluso un melón. Lo compartió con Finn y comió en silencio, preguntándose qué pasaría cuando llegaran a su destino. Todavía estaba cavilando mientras se preparaban para seguir, por lo que no estaba preparada cuando un gran lagarto voritor salió de la maleza y cargó hacia ella.

Antes de que tuviera la oportunidad de sacar su arma, los disparos de Finn iluminaron el área como un rayo. El lagarto gruñó con ira, pero fue retrasado lo suficiente como para que Dusque sacara su propio bláster y comenzara a disparar. Aunque era atacado por dos frentes, el lagarto de dos metros de largo no fue disuadido. Usó sus patas con garras para aferrarse al suelo y empujarse inexorablemente hacia Dusque. Ella se dejó caer sobre una rodilla para obtener un mejor ángulo. Con sus dos prominentes aletas dorsales, le resultaba difícil apuntar a una zona vulnerable.

Dusque sintió su mano temblar y, por un momento, pensó que estaba aferrando la empuñadura con tanta fuerza que le dolía la mano. Pero entonces se dio cuenta de que lo que estaba sintiendo era la vibración del arma, alertándola del hecho de que el suministro de energía estaba casi agotado. Agradecida por las lecciones de Finn, disparó a la criatura una última vez y se movió a la derecha. Rápidamente, quitó el paquete de energía usado y lo reemplazó por uno nuevo.

La criatura se dio la vuelta, tratando de mantener a Dusque a la vista. Azotando con su impresionante cola, pilló a Finn desprevenido, barriéndolo por los pies. Este cayó de espaldas. El lagarto comenzó a volverse contra él, y Dusque se dio cuenta de que únicamente con sus blásters no iban a detenerlo. Mientras disparaba con una mano, Dusque rebuscó en su mochila con la otra. Cuando su mano se cerró alrededor del objeto que estaba buscando, le gritó a Finn.

—¡Muévete!

Sin dudarlo, Finn se puso en pie y comenzó a correr. Como ella había esperado, salir huyendo inmediatamente lo convirtió en la presa principal a los ojos del lagarto. Dusque aprovechó esa oportunidad para activar el dispositivo en su mano y correr tras los dos.

—Sigue corriendo —le gritó—. No te detengas por nada.

Apuntó con cuidado y disparó al voritor. Enojado, el animal giró la cabeza hacia ella amenazadoramente, chasqueando sus feroces mandíbulas. Dusque sabía que sólo tenía una oportunidad. Cuando el lagarto se abalanzó sobre ella, arrojó el detonador termal dentro de su boca y se alejó de la criatura, tirándose al suelo y cubriéndose la cabeza con el brazo. Si había fallado, sabía que lo próximo que sentiría serían los dientes del reptil desgarrándola. En cambio, lo que sintió fue el repentino calor de la explosión de la pequeña bomba.

Sintió que trozos del cuerpo del voritor llovían sobre ella. Y tras el incesante zumbido en sus oídos, pudo oír a Finn llamándola. Cuando se dio la vuelta y se sacudió los

fragmentos del reptil, vio a Finn cojeando hacia ella. Se puso de pie y sacudió la cabeza, tratando de apartar el zumbido de sus oídos. Finn parecía ansioso por ayudarla, porque la agarró por los hombros y comenzó a sacudirla también.

—Idiota —lo escuchó decir con dificultad—. Podrías habernos matado.

—¿Qué? —preguntó ella—. Creía que era el lagarto el que iba a hacerlo sin remedio.

—Ese era un detonador termal de clase A. Se supone que tienen un radio de explosión de veinte metros. El núcleo de baradio debía estar dañado.

—¿Qué? —preguntó de nuevo, en parte porque solo podía escuchar aproximadamente la mitad de lo que estaba diciendo, y en parte porque no podía creer que estuviera enfadado porque estuvieran vivos.

Finn cedió un poco a medida que se calmaba.

—Te has arriesgado mucho —dijo en voz más alta.

—La única opción que he visto. Nuestros blásters no estaban derribando al voritor. Son conocidos por su piel increíblemente dura. De hecho, nadie está seguro de cuánto tiempo viven esas criaturas. Podrían ser cientos, quizá incluso miles de años —explicó.

La cara severa de Finn perdió parte de su resolución. Poco a poco le sonrió a Dusque, cuyas orejas ya no zumbaban tanto como antes. Negando con la cabeza, dijo:

—Sólo tú me harías una disertación sobre la longevidad de un lagarto asesino justo después de casi volarnos en pedazos junto con él —y se echó a reír.

—Bueno —respondió ella con cierta timidez—, no se me ha ocurrido otra forma de pararlo.

Finn cojeó acercándose más a ella y le dio un breve abrazo.

—Oye, estamos vivos, ¿quién soy yo para quejarme?

—Estás herido —comentó ella.

—No es mucho… probablemente solo un moratón por la cola de esa cosa. Estaré bien.

Ella no estaba convencida.

—Tengo un pequeño botiquín conmigo.

—No te preocupes. Sólo necesito seguir moviéndome para que no se me rigidice —le dijo—. Me las apañaré.

—Está bien —respondió ella—. ¿Estamos cerca?

—El objetivo está justo detrás de la siguiente colina, si estas coordenadas son precisas.

Mientras comenzaban a subir la colina, Dusque vio ya a pequeños carroñeros acercarse para terminar con lo que quedaba del lagarto muerto. Nada se desperdiciaba en el duro mundo; siempre había algo esperando en las sombras para aprovechar la situación. Esa era la vida en todas partes, reflexionó. Le entristecía la idea de que los seres civilizados parecían atados por las mismas leyes de la naturaleza… Imperio y Rebelión por igual. Excepto que estaba más convencida que nunca de que si la esperanza residía en algún lado, era con los rebeldes.

Un rugido constante llenó sus oídos. Ella sacudió la cabeza ligeramente. Pensó que su audición se había despejado, pero el rugido parecía estar aumentando de intensidad en lugar de disminuir. Cuando llegó a la cima de la colina, justo detrás de Finn, se dio cuenta de que el rugido no era un daño residual en sus oídos, sino una enorme cascada a unos sesenta metros de distancia. Se derramaba desde un empinado risco desprovisto de árboles. Aun así, fue lo que estaba frente a la cascada lo que hizo que Dusque contuviera el aliento. Mientras una luna luchaba por asomarse por detrás de algunas nubes, podía ver por la débil luz que había un gran arco no muy lejos, así como otras desmoronadas reliquias de estructuras: las ruinas Jedi.

DOCE

—Aquí estamos —susurró Finn.

Dusque lo siguió mientras él bajaba cuidadosamente desde su posición privilegiada en la cima hacia las mismas ruinas. Ella se sentía asombrada, aunque no estaba muy segura de por qué. No quedaba mucho… solo los enormes cimientos de lo que debió ser un gran edificio en un tiempo lejano.

—¿Qué era esto? —le preguntó a Finn.

—No lo sé. Supuestamente, un Maestro Jedi estableció un centro de entrenamiento aquí hace unos cuatro milenios, pero creo que esto eran ruinas incluso entonces —le dijo con incertidumbre.

Dusque se encontró atraída por una gran escalinata que conducía a los restos de una torre. Marchó hacia arriba y casi no vio que había una ruptura en las escaleras de piedra. Se detuvo en el último momento, con los brazos girando locamente para recuperar el equilibrio. Se quedó de pie mirando el hueco en la escalera y contempló intentar dar el salto, curiosamente atraída por la abismal oscuridad de arriba. Todo lo que quedaba de la torre parecía ser su base, pero quería verlo.

—Dusque —escuchó a Finn llamarla.

Ella se debatió por un momento, pero luego se volvió y descendió cautelosamente los antiguos escalones de piedra. Abajo, vio a Finn de pie más cerca de otros cimientos, estos quizás de una cuarta parte del tamaño de los que Dusque había estado investigando. Había sacado su escáner portátil y estaba girando lentamente en círculo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con curiosidad.

—El holocrón debió haber sido marcado; espero captar una señal con el sensor —le dijo. Continuó girando, y entonces se detuvo—. Creo que lo he encontrado —susurró. Dusque podía sentir la emoción reprimida en su tono y postura.

—¿Dónde?

Finn bajó el instrumento y se encaró hacia la poderosa cascada. Dusque sabía lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

—Detrás de esa cascada —le dijo.

—Más agua —dijo ella.

—Es la última vez —le prometió.

Mientras cruzaban el patio en ruinas frente a la torre, Dusque miró el gran arco a unos cuarenta metros de distancia. Le pareció ver un extraño parpadeo azul verdoso en la noche.

—¿Has visto eso? —le preguntó a Finn, señalando—. Parecía como un fuego. Pero uno extraño.

Él miró hacia arriba y luego se encogió de hombros.

—No lo veo —dijo, y ella recordó sus comentarios similares en la lanzadera.

Como si otra vez le leyera el pensamiento, Finn agregó:

—Eso no significa que no haya nada allí. Lo investigaremos después de recuperar nuestro objetivo, ¿de acuerdo?

—Está bien —acordó, algo apaciguada de que al menos lo considerara.

Sus pasos resonaban extrañamente en el patio desierto, y Dusque se preguntó cuántos pies habían pisado las mismas piedras a lo largo de las generaciones. Se encontró mirando por encima de su hombro más de una vez. El lugar, aunque obviamente desierto, parecía poseer algún tipo de espíritu.

Cuando salieron a tierra firme por detrás de las grandes ruinas, Finn se volvió y la miró.

—¿Sientes algo? —preguntó.

Ella asintió.

—Desde que entramos en esas ruinas. Era como si alguien nos estuviera observando. Y algo más… como algo que sentí una vez en un sueño —sintió escalofríos recorrer su columna vertebral.

—Yo sólo me sentía incómodo —dijo Finn. No añadió nada más, pero la miró de forma extraña. Luego se volvió sin decir una palabra más y se metió en el agua. Dusque se armó de valor y lo siguió.

El agua helada tuvo un efecto instructivo en Dusque. Ya no sentía como si unos ojos estuvieran sobre ella, y estaba agradecida de poder concentrarse en la tarea a mano. Nadando cerca de Finn, tragó saliva cuando vio que iba a tener que atravesar la cascada. Ella comenzó a llamarlo para que esperara, pero su oscura silueta desapareció bajo la avalancha de la cascada. Se dio cuenta de que iba a tener que forzarse a sí misma a cruzar.

Cerró los ojos con fuerza, respiró hondo, y se sumergió. El sonido era ensordecedor, y se sintió zambullida abajo por la fuerza bruta del agua. Se empujó hacia arriba y abrió los ojos cuando sintió que su cabeza estaba fuera del agua. Entonces vio que habían llegado a una cornisa… parte de un intrincado sistema de cuevas. Finn estaba de pie a solo unos metros de distancia, mirándola. Sin saber si estar orgullosa de que él no la ayudara, o molesta, Dusque colgó una pierna sobre la cornisa y se empujó para salir del agua. Se aseguró de que su mochila estuviera intacta y luego se escurrió el cabello empapado. Lanzando la enmarañada melena tras ella, se puso a la altura de Finn.

—¿Está muy lejos? —preguntó ella.

—No estoy seguro —admitió—. El escáner portátil parece haberse cortocircuitado.

Dusque vio que el pequeño dispositivo parecía haber dejado de funcionar. Pensó que el agua podría haberlo causado, aunque ese tipo de escáner estaba diseñado para durar mucho tiempo y soportar entornos extremadamente hostiles.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó ella, ya que había usado dispositivos similares a lo largo de los años.

Finn se lo entregó tranquilamente. Dusque abrió el panel trasero y estudió los circuitos a la luz de su halo-lámpara. Parecía que se había soltado una conexión. Intentó

volver a conectarla, luego volteó el dispositivo e intentó volver a verificar las coordenadas. Pero el dispositivo solo chisporroteó y parpadeó.

—Tienes razón —le dijo a Finn—. Parece que los conectores están fritos —dejó el dispositivo en el suelo—. No sirve de nada llevar exceso de equipaje.

—Debido al cortocircuito, no estoy seguro de cuándo he tomado una lectura confiable por última vez, pero parecía que el holocrón probablemente no estaba a más de doscientos metros de profundidad —le dijo.

Dusque pasó junto a él para mirar los túneles que se extendían ante ellos.

—No parece que desciendan muy abruptamente, ¿verdad? Lo que puede que sea sólo una corta distancia abajo, puede llevar bastante tiempo llegar si la pendiente se mantiene suave.

—Será mejor que comencemos —le dijo.

—Espera —dijo ella—. Déjame comprobar una cosa.

Finn esperó pacientemente mientras Dusque hurgaba en su mochila. Enterrado bajo paquetes de energía y estimulantes, había algo que esperaba haber llevado. Sonrió triunfante cuando sus dedos rozaron dos pequeños botes de aerosol. Los sacó y le entregó uno a Finn.

—¿Qué es esto? —preguntó, examinando el contenedor.

—Noté que había algunos en la lanzadera. Simplemente no recordaba si los había cogido o no. Me puse un poco nerviosa cuando los soldados de asalto abordaron la nave —dijo—. Rocía todo el contenido sobre ti mismo. Ayudará a enmascarar tu aroma.

Ella comenzó a rociarse, y después de mirarla vacilante por un momento, Finn hizo lo mismo. Cuando terminó, levantó el brazo cerca de su nariz y se olisqueó a sí mismo.

—No huelo nada —dijo, desconcertado.

—Esa es la idea. Con suerte, tampoco te olerá ninguna otra cosa.

Dusque dejó caer su capa de viaje en un montón junto al escáner estropeado, temerosa de que el tejido pudiera engancharse en las ásperas paredes del túnel. Se giró hacia Finn y le indicó que estaba lista. Siguiendo su ejemplo, él se quitó las prendas exteriores y reajustó sus armas para que todas fueran accesibles. Él le indicó que se adelantara, y ella comenzó a bajar por el túnel, sorprendida de que la hiciera tomar la iniciativa.

Como habían sospechado, el camino descendía muy gradualmente. Ambos exploraron las paredes y recovecos del túnel, inseguros de *dónde* podría haber sido ocultado el holocrón o incluso de *cómo* podría haber sido ocultado. Caminaban lentamente, tratando de minimizar los ecos de sus pisadas. A medida que el rugido de la cascada se hacía más distante, Dusque se dio cuenta de que había humedad más abajo cuando escuchó el revelador golpeteo de gotas cayendo sobre el suelo de roca.

Por supuesto que hay agua, se dijo. *¿De qué otra forma podrían haberse formado los túneles?* Pero la roca parecía áspera, como si hubiera sido tallada por algo, no lisa, como lo habría sido si el agua la hubiera desgastado.

Acababa de ajustar su halo-lámpara para tener una visión lo más amplia posible cuando escuchó las gotas provenir de un lugar sorprendente. Ella y Finn estaban en una especie de puente estrecho, algo había erosionado grandes secciones de la cueva. La vista a ambos lados era mareante, y sintió un momento de vértigo. Como todas las paredes de roca parecían idénticas, por un momento no pudo decir qué era arriba o abajo, y perdió su centro de equilibrio.

Cerrando los ojos, respiró hondo varias veces y se abrazó a sí misma con fuerza. Eso la ayudó a conectarse a tierra para que cuando volviera a abrir los ojos, ya no se sintiera desorientada.

—Mareante, ¿eh? —susurró Finn.

—Sí —admitió Dusque, contenta de que ella no fuera la única que lo había sentido. Se movió hacia el borde del puente natural y miró por el costado. La cueva era un laberinto de túneles, y le pareció ver algo deslizándose en las profundidades. Continuaron hasta que el túnel se dividió en dos caminos divergentes.

—¿Qué piensas? —le preguntó Finn suavemente.

Dusque se mordió el labio pensativamente y miró en ambas direcciones.

—Creo que deberíamos separarnos —anunció finalmente.

—¿*Qué*? —sonaba sorprendido.

—Tenías razón antes cuando dijiste que se acababa el tiempo. Necesitamos recuperar el tiempo perdido ahora —declaró—. Esta es nuestra última oportunidad para recuperarlo.

—¿Estás segura? —ciertamente no parecía convencido.

—Sí, lo estoy. Tenemos los comunicadores si nos metemos en problemas, o si encontramos el holocrón.

—Vamos a verificar y asegurarnos de que los comunicadores funcionan —sugirió Finn—. Después de todo, si el escáner ha fallado…

—Buena idea —acordó Dusque, y revisaron los comunicadores. Ambos seguían funcionando correctamente—. Yo iré a la izquierda —le dijo—. Y ten cuidado, creo que hay algo aquí abajo.

—Cuidado tú también. No corras riesgos innecesarios —advirtió—. Lo digo en serio.

—Deberías haberme dicho eso en Corellia —replicó ella, luego le guiñó un ojo. Él le dirigió una sonrisa a cambio, y Dusque se sorprendió de cómo sus dientes relucían en la oscuridad, como los de un depredador.

Dusque descendió lentamente por el oscuro túnel y sintió un escalofrío. Había sido bastante fácil cuando Finn estaba junto a ella el decirle que necesitaban separarse, pero ahora que estaba envuelta en la oscuridad de la cueva, se sentía muy sola y vulnerable. Se arrepintió momentáneamente de su decisión, pero aún sabía en su corazón que esa había sido la decisión correcta. Y entonces se dio cuenta de algo: Finn la había dejado tomar la decisión. De hecho, más o menos desde que habían dejado la base rebelde abandonada, le había entregado las riendas del liderazgo a ella. Dusque no sabía qué la sorprendía más: que él lo hubiera hecho, o que ella lo hubiera aceptado tan naturalmente.

Mucho ha cambiado, pensó. Y aunque parecía toda una vida, en realidad solo habían pasado unos días.

Ella sacudió la cabeza maravillada y luego se congeló al escuchar algo. Al principio, trató de decirse que era solo el agua, pero el sonido no era rítmico ni predecible como las gotas que resonaban suavemente a través del sistema de túneles. Tragando con fuerza, deslizó su mano hacia abajo para sacar el bláster. Se sentía solo un poco mejor con el frío metal en la mano. Pero todavía no veía nada.

Mientras se adentraba más profundamente por el túnel, pensó que el camino que había elegido se estaba bifurcando nuevamente, pero resultó que simplemente se había ensanchado, formando una bolsa natural en el túnel. Cuando dirigió la luz al interior, algo relució. Sintió una oleada de emoción al pensar que había descubierto el holocrón. Era un lugar perfecto para esconderlo, pensó, fuera del camino principal. Se acercó para investigar.

Su euforia cambió a decepción y preocupación cuando el objeto brillante resultó ser un cráneo humanoide. Mientras escaneaba el área, vio un esqueleto casi intacto extendido y descarnado. Aunque no era lo que esperaba encontrar, esto confirmaba que podría haber algo más en las cuevas con ellos. Agarró su comunicador y le mandó una señal a Finn.

—¿Lo has encontrado? —procedente del pequeño altavoz, su voz sonaba metálica.

—No —respondió ella—, pero he encontrado algunos restos humanoides. Mantén los ojos abiertos.

—Recibido —respondió.

Dusque colocó el comunicador de nuevo en el cinturón y continuó por el túnel. Descubrió que, dado que había verificado la presencia de depredadores, se esforzaba por escuchar hasta el último sonido. Sin previo aviso, escuchó el sonido de nuevo, un correteo, y esta vez provenía de encima de ella. Surgiendo alrededor de un recodo que no había detectado, un gran roedor avanzaba brincando directamente hacia ella. Ni siquiera tuvo tiempo de sacar su arma antes de que la monstruosidad estuviera a menos de un metro de distancia. Contuvo el aliento y se congeló en el lugar.

Más grande que muchos cánidos, la criatura parecía estar cubierta de placas acorazadas. Tenía una nariz alargada, lo que sugería que dependía principalmente de su sentido del olfato. Brincando sobre sus poderosas patas traseras, se detuvo casi encima de las botas de Dusque. Se irguió sobre sus patas traseras y olfateó el aire con curiosidad. Dusque no movió ni un músculo y rezó para que el comunicador no sonara de repente.

Mientras la criatura estaba parada frente a ella, Dusque vio que algo comenzaba a rezumar de sus tensas mandíbulas. Cuando el líquido salpicó el suelo del túnel, hubo un ligero crepitar. Se dio cuenta de que era bilis, un poderoso alcaloide que ayudaba a la criatura a descomponer y absorber grasas. Ahora sabía por qué los restos óseos estaban tan limpios. El cadáver había sido digerido donde estaba. Dusque supo que se trataba de un quenker lo que estaba casi sobre sus botas, algo que no muchos veían y vivían para contarlo. Si bien sinceramente deseaba no ser su próxima víctima, la científica en ella

esperaba poder recolectar una muestra del material genético del animal de su bota cuando saliera de allí.

Después de lo que pareció una eternidad, el quenker bajó la cabeza y se alejó brincando por el túnel. Dusque dejó escapar un suspiro tembloroso, pero su euforia fue de corta duración. Se dio cuenta de que probablemente tendría que cruzarse con él al menos una vez más antes de salir de la cueva. No estaba segura de cuánto duraría el aerosol de enmascaramiento, y estaba indecisa. Quería advertir a Finn, pero temía que si él se encontraba en una situación similar, el sonido del comunicador indudablemente asustaría a la criatura y la alertaría de su presencia. Aceptó el hecho de que Finn tendría que apañárselas solo, y que había sido decisión de ella, una decisión con la que tendría que lidiar. Comenzó a comprender la enormidad de lo que la Princesa Leia debía vivir cada día, y se preguntó de nuevo cómo la mujer encontraba la fortaleza para hacerlo.

Respirando profundamente, continuó descendiendo por el túnel. Tenía que admitir que era un lugar ideal para esconder algo preciado. No podía pensar en ninguna razón por la que alguien iría allí, y los quenkers (estaba segura de que había más de uno) ejercían de excelentes guardianes naturales. Se preguntó si algún rebelde habría muerto ocultando el holocrón. Y se preguntó si ella y Finn compartirían su destino.

Si muero aquí, al menos habré hecho algo con mi vida, pensó. *Seré recordada, aunque sólo sea por un corto tiempo.* El pensamiento la reconfortó y le dio el coraje para continuar.

El túnel giró bruscamente a la izquierda y luego se abrió en una gran cámara. Una vez más, había dos caminos para elegir y una buena cantidad de restos humanoides esparcidos en ambas direcciones. No muy lejos por delante, Dusque escuchó más correteos y otro sonido irreconocible. Decidió que no necesitaba ver qué había hecho ese ruido en particular, por lo que eligió el túnel que se alejaba del sonido.

A medida que se movía hacia la derecha, se dio cuenta de que ya no escuchaba el eco del agua en la distancia. Sospechó que el túnel que había elegido iba a terminar pronto, sería otro ramal que no llevaba a ninguna parte. Poco después descubrió que tenía razón y a la vez estaba equivocada: el túnel terminaba en otro callejón sin salida, pero no estaba vacío.

Se sorprendió al ver un arco hecho de tres losas de piedra alzándose en el centro de la cavidad, solo un poco más alto que un humano promedio. No había posibilidad de que fuera un fenómeno natural… las piedras no parecían haber sido talladas de ninguna de las paredes de roca cercanas. Estaba segura de que habían sido colocadas muy deliberadamente. Después de revisar los alrededores del arco, enfundó el arma y lo atravesó.

Al otro lado del arco había un círculo de piedras más pequeñas, cada una lo suficientemente pequeña como para que incluso Dusque pudiera haberlas colocado allí. En el centro había un pequeño hoyo para fuego, y encima había un rudimentario asador. Mientras Dusque lo examinaba, se preguntó brevemente si uno de los dantari había instalado un pequeño campamento allí, pero descartó la idea como ilógica. Aunque los

dantari eran gente sencilla, eran prácticos. No merecía la pena cazar quenkers: el factor riesgo-recompensa era desproporcionado. Alguien había estado allí, pero dado que el hoyo estaba frío, lo cual verificó poniendo su mano sobre las cenizas del centro, no había forma de saber si quienquiera que fuera podía estar todavía en el área.

Cuando se agachó cerca del hoyo para fuego, tuvo un pensamiento extraño. Metió ambas manos en las cenizas y comenzó a hurgar. Levantando una pequeña nube de cenizas, trató de no toser en voz alta. Estaba a punto de rendirse, sintiéndose tonta, cuando sintió algo inusual en las cenizas. Lo rodeó con la mano y lo sacó del hoyo.

Dusque estiró la palma de la mano y sostuvo el objeto sucio de hollín a la altura de sus ojos. Sopló suavemente las cenizas y contuvo el aliento con asombro. Un cubo perfecto, no más grande que su mano, relucía ante el resplandor de su halo-lámpara. Su boca se abrió con asombro mientras giraba el objeto primero a la izquierda y luego a la derecha, estudiándolo.

Los bordes exteriores del objeto estaban hechos de metal, mientras que una matriz de cristal latía brillante en el centro. Cayó hacia atrás sobre su trasero, como si alguien la hubiera golpeado en el estómago. Dusque sabía lo importante que era el dispositivo, pero no había esperado que fuera tan hermoso. Durante varios largos momentos, Dusque olvidó todo lo demás a su alrededor y observó fijamente la construcción de aspecto delicado. No tenía ni idea de cuánto tiempo lo había mirado o de cuánto tiempo podría haber estado hipnotizada si su comunicador no hubiera sonado de repente. Devuelta de golpe a la realidad, se apresuró a agarrar el comunicador.

Antes de que Finn pudiera transmitir nada, susurró:

—Lo tengo.

—¿Qué? —preguntó Finn.

—Lo he encontrado —repitió, sin dejar de mirar el holocrón.

—Eres increíble —respondió Finn, claramente eufórico—. Regresemos arriba entonces. Contactaba contigo porque no he visto nada aquí abajo.

Dusque estaba a punto de finalizar la comunicación cuando recordó a los roedores.

—Finn —añadió, con seriedad una vez más—, ten cuidado. Los túneles están llenos de quenkers.

—No me gusta cómo suena eso —respondió.

—El aerosol parece funcionar, pero no sé por cuánto tiempo.

—Vale —respondió—. Nos vemos de vuelta en la bifurcación. Ten cuidado — agregó.

—Recibido. Dusque fuera.

Se maravilló una vez más ante el holocrón antes de apartar los ojos de él y colocarlo cuidadosamente en su mochila. Echó una última mirada alrededor del campamento de piedra y se preguntó quién podría haberlo usado y qué podrían haber sabido sobre el holocrón. No podía creer que hubiera acabado accidentalmente en el centro del hoyo. Se frustró momentáneamente al tener un acertijo frente a ella para el que nunca tendría una solución. Con un suspiro, decidió dejarlo estar. En silencio salió de la extraña cámara.

Mientras ascendía por el túnel, Dusque permanecía atenta ante posibles quenkers, pero no vio ninguno. En lugar de complacerla, su ausencia le resultó inquietante. Si no estaban en los alrededores, probablemente estarían cazando algo. Esperaba que fuera a la criatura que había hecho el extraño sonido en las profundidades de la cueva. Entonces oyó varias ráfagas cortas de fuego de bláster.

—Finn —susurró vehementemente, y comenzó a correr.

Cuando dobló una curva del túnel, el sonido del fuego de bláster fue casi ensordecedor. Los ecos de los disparos resonaban una y otra vez. A unos veinte metros por delante vio a Finn, con los blásters desenfundados. Estaba rodeado por tres quenkers, cada uno de ellos goteando bilis ácida. Aunque los estaba manteniendo a raya, pudo ver que comenzaban a acercarse a él. Dusque se dejó caer sobre una rodilla y, apuntando cuidadosamente, comenzó a disparar al quenker más cercano.

—¡Dusque! —gritó Finn.

Ella continuó disparando a la criatura, y una parte de su mente racional se sorprendió ante la resiliencia del animal, preguntándose qué, en la composición química de sus pieles óseas, los hacía tan impermeables al fuego de bláster. El resto de su mente no quería más que relegar a la criatura al olvido.

Pudo ver que había llamado la atención no solo del quenker al que estaba atacando, sino también del que estaba más cerca de Finn. Su distracción le compró un pequeño respiro, y Finn pudo recargar su bláster casi agotado.

Después de lo que pareció una eternidad, el primer quenker mostró signos de vacilación. Inestable sobre sus patas traseras, comenzó a temblar. Redoblando el fuego sobre este, Dusque se acercó, tratando de mantenerlo en el rango óptimo de su arma. Mantuvo los brazos extendidos, disparando hasta que su bláster se agotó. Afortunadamente, el quenker expiró antes que el paquete de energía. El roedor cayó de costado y se crispó una vez antes de yacer quieto.

Dusque recargó su bláster y comenzó a disparar contra el que Finn no estaba atacando. Este ya había sufrido daños severos por ambas armas, y ante el renovado fuego interrumpió su ataque y brincó débilmente descendiendo por el túnel. Por el rabillo del ojo, Dusque vio que el quenker no llegó muy lejos antes de expirar como su compañero de camada. Solo quedaba uno. Pero Dusque descubrió que no necesitaba ayudar mucho; Finn básicamente ya lo había matado. El animal simplemente era demasiado terco para saber que ya estaba muerto.

—Vamos, muere —oyó decir a Finn con los dientes apretados. Como si el quenker lo hubiera oído, no tardó en desplomarse, finalmente consciente de que, efectivamente, había muerto.

Tanto Finn como Dusque estaban respirando con dificultad. Dusque descubrió que estaba temblando por el esfuerzo, pero estaba exultante ante su éxito momentáneo. Le sonrió a Finn y se apoyó contra la pared del túnel para recuperar el aliento. Vio que el pecho de Finn también estaba agitado. Ignorando su agotamiento, Finn se agachó para darle un golpe al roedor muerto.

—Cuidado —advirtió Dusque—. La saliva que sale de su boca tiene ácido —pero incapaz de resistirse, se arrodilló y recogió una muestra de la bilis en un recipiente especialmente sellado.

—¿Hay algo en este planeta que no sea capaz de matarnos? —bromeó cuando ella terminó.

Dusque, sin embargo, le respondió con seriedad.

—Bueno, está el pequeño fabool. Es una criatura que se mueve rebotando como un globo. Es bastante inofensivo.

Finn se rio.

—¡Estaba bromeando!

—Oh —respondió Dusque—. Supongo que no puedo dejar de ser una científica. Somos lo que somos.

Finn se calló y perdió la sonrisa.

—Probablemente tengas razón —respondió.

—Deberíamos salir de aquí antes de que el olor a sangre atraiga a más de estas cosas —le dijo ella.

—Antes de irnos —preguntó Finn suavemente—, ¿puedo verlo?

—Por supuesto —Dusque se dio cuenta de que quería volver a ver el holocrón otra vez, una parte de ella todavía no creía que lo hubiera encontrado.

Lo sacó de su mochila y lo sostuvo sobre la palma de la mano. Titilaba con la débil luz de sus halo-lámparas, y Dusque vio que Finn estaba tan hipnotizado como ella.

—¿Dónde estaba? —preguntó.

—Había un ramal en el túnel y lo que parecía un campamento primitivo —explicó—. Lo encontré allí, pero no tengo ni idea de qué era ese sitio.

—¿Y simplemente estaba tirado allí? —preguntó.

—No, estaba en un hoyo para fuego bajo algunas cenizas —respondió lentamente, pensando en lo tonto que sonaba en retrospectiva.

Finn levantó la mirada con cierto asombro.

—¿Qué te hizo mirar allí?

—No lo sé —respondió ella, encogiéndose de hombros con desconcierto—. No era lógico, pero no creo que la lógica tenga mucho que ver con esto.

—No, creo que tienes razón —convino—. Y creo que deberíamos largarnos de aquí.

Dusque comenzó a tendérselo a Finn, pero él lo rechazó.

—Guárdalo tú.

Ella lo guardó, y juntos comenzaron la larga subida para salir de la cueva. De alguna manera, tal vez porque estaban enardecidos por el éxito, a Dusque el ascenso no le pareció que tomara tanto tiempo como lo había hecho el descenso. *O es porque no estoy sola*, pensó, mirando a Finn. Él, sin embargo, estaba sombrío una vez más. Dusque sabía que debía estar pensado que aún no estaban a salvo. Admitió para sí misma que había olvidado que, porque ellos tuvieran el dispositivo, eso no significaba que la Alianza Rebelde lo tuviera aún. Todavía quedaba un largo camino por recorrer.

Eventualmente, el rugido de la cascada se hizo más patente y Dusque supo que ya casi estaban. Suspiró aliviada porque hubieran logrado evitar más quenkers. Honestamente, no sabía cuántos más podrían haber manejado sus armas.

Muy pronto, la parte trasera de la cascada fue visible para Dusque. Se movió para pararse cerca del borde del agua, sintiendo el rocío en las mejillas. Ya fuera porque habían tenido éxito o simplemente porque estaba viva, se deleitó con la sensación del agua fría en su piel. Habían tenido éxito y lo habían conseguido juntos. Con una sonrisa amable, se dio la vuelta para compartir el pensamiento con Finn.

Él estaba parado a unos metros por detrás de ella, con una expresión indescifrable en su rostro.

Preocupada, dio un paso hacia él.

—¿Qué ocurre? —preguntó, perpleja.

—Lo siento —le dijo Finn después de un momento, moviendo nerviosamente las manos—. Lo siento mucho.

Algo en su tono la asustó. ¿Por qué estaba disculpándose? Lo único en lo que podía pensar era en la cercana agua, pero él no había parecido tan ansioso anteriormente. Y entonces escuchó el sonido de un paquete de energía encajando en su lugar.

—Si no nos entregáis esa mochila, vais a sentirlo muchísimo más —dijo una voz por detrás de Dusque. Ella y Finn se dieron la vuelta para ver a varios humanoides atravesar la cascada. Cada uno de ellos estaba armado, y cada una de las armas apuntaba directamente hacia ellos.

TRECE

El hombre que los había amenazado encabezaba a otros tres. Era tan alto como Dusque, vestía un roñoso chaleco y unos pantalones. Llevaba dos fundas bajas, una a cada lado de la cadera. Unos mechones de cabello rubio asomaban por el sombrero rasgado que llevaba en la cabeza. Su camisa estaba parcialmente abierta, revelando una cadena plateada de la que colgaba un medallón con un símbolo que parecía la pata de un ave. Tenía sus dos blásters apuntados hacia Dusque.

—¿Estáis sordos? —demandó—. Cualquier cosa que hayáis cogido mientras estáis aquí es propiedad de la Garra Gris. Ahora entregadlo.

Uno de los otros se movió para cubrir a Finn, quien le lanzó a Dusque una mirada impotente.

—Ya lo habéis escuchado —gritó el que estaba al lado de Finn.

—Este es nuestro planeta y lo que está aquí es nuestro.

—Lo pediré una vez más —dijo el líder—, antes de proceder y tomar lo que quiero. Entregad el botín. No me gusta la idea de que alguien quiera robarme.

—Vale —respondió Dusque, sin tratar de ocultar el temblor en su voz—. Simplemente no dispares —procedió a rebuscar en su mochila.

—Deprisa —le ordenó el líder. Parecía estar disfrutando del miedo de Dusque—. Si lo haces, te prometo que te mataré rápidamente. Si no, puedo hacerte sufrir durante días. A mí me gustaría eso —dijo suavemente—, pero a ti definitivamente no. Una preciosidad como tú no debería tener que sufrir.

Dusque hurgó frenéticamente en su mochila y entonces sus dedos se cerraron alrededor de lo que había estado buscando. Cuando ella dejó de moverse, el miembro de la Garra Gris con los dos blásters movió una de sus armas en la dirección de Finn.

—Si no me lo das, haré que mi compañero lo mate frente a tus encantadores ojos.

Mientras sacaba el contenedor de la mochila, Dusque abrió la tapa con el pulgar.

—Aquí está —gritó, y arrojó el vial de bilis de quenker directamente a la cara del pirata.

Gritando de rabia y dolor, dejó caer sus blásters y se restregó los ojos. Dusque, viéndolo doblarse por la agonía, lo agarró por el chaleco y tiró de él. Con una mano desenfundó su bláster deportivo. Usando el cuerpo del líder como escudo, comenzó a disparar a los dos hombres que aún estaban cerca de la cascada. Logró matar a uno de los dos piratas con su primer disparo. Falló al segundo, y este cargó contra ella, empujándola bajo el agua.

Finn aprovechó la distracción de Dusque al máximo. Balanceando su brazo derecho hacia arriba, activó el mecanismo de su manga que liberaba un letal cuchillo en su mano. Con un gesto, llevó esa mano hacia arriba y debajo de la caja torácica del pirata. El miembro

de la Garra Gris estaba muerto antes de que Finn volviera a envainar el arma ensangrentada. Entonces se volvió y vio que el último pirata estaba a horcajadas sobre la forma inmóvil de Dusque, y que su cabeza estaba completamente sumergida bajo la cascada.

—Aléjate de ella —gritó, lanzándose sobre la espalda del pirata.

Enganchando un brazo alrededor del cuello del pirata, lo apartó de Dusque. Ambos cayeron al agua, y un arma disparó una vez antes de que todo quedara en silencio.

Dusque se dio cuenta vagamente de que podía ponerse en pie. En algún lugar en la distancia, escuchó el gemido de un bláster, pero era difícil de distinguir sobre el martilleo de sus propios oídos. Se puso en pie tambaleándose, empapada y escupiendo. Desorientada, no podía decir qué estaba pasando. Mientras recuperaba lentamente sus sentidos, vio que la entrada de la cueva estaba llena de cuerpos. Parecía ser la única que quedaba en pie. ¿Pero dónde estaba Finn?

Volviéndose, lo vio yaciendo parcialmente en el agua, boca abajo, junto con uno de los miembros de la Garra Gris. Esa visión sacó a Dusque de su estupor y la impulsó a la acción. Corrió hacia Finn con las piernas temblorosas y lo sacó del agua. Podía ver que tenía una severa quemadura en la pierna izquierda, pero por lo demás no parecía herido. Luchando con su peso inerte, lo arrastró hasta la cornisa rocosa de la entrada de la cueva y sacó el botiquín de su mochila.

Examinó su pierna quemada y se sintió aliviada al ver que no tenía tan mal aspecto. Usó una ampolla de lavado antiséptico para irrigar la herida, luego aplicó un pequeño parche de bacta en la sección más grave del tejido lesionado. Casi había terminado cuando él comenzó a despertar.

—¿Q… qué? —preguntó, sonando confundido. Cuando intentó incorporarse, Dusque lo retuvo.

—Quédate quieto un poco más —le dijo suavemente.

Él hizo una mueca cuando ella presionó un vendaje contra su herida.

—¿Todavía tienes el holocrón?

Dusque se dio cuenta de que ni siquiera había pensado en comprobar que el dispositivo estaba en su lugar. Puso la mano en la mochila y sintió sus ahora familiares bordes agudos.

—Sí, está aquí —lo tranquilizó.

—Sal de aquí —le ordenó, con dolor evidente en su voz.

—No —Dusque cogió un estimulante—. Esto te ayudará a moverte en un minuto más o menos —explicó, mientras le inyectaba en el antebrazo un chute de estimulante.

—No sabemos cuántos más de esos tipos podría haber al acecho —su voz sonó más fuerte, el estimulante ya comenzaba a surtir efecto—. Tienes que salir de aquí ahora. Toma el holocrón y vete.

—Ni hablar —dijo de nuevo—. No vaya que te conviertas en un mártir ahora —bromeó, con la esperanza de distraerlo de su dolor.

Él la miró fijamente con ojos nublados.

—No hay ninguna posibilidad de que eso suceda.

Dusque se rio entre dientes, pero él permaneció en silencio.

—Mejor dame otro chute —le dijo Finn finalmente—, si es que vas a perder el tiempo esperándome.

Ella ajustó el dispensador de estimulantes y lo trató de nuevo.

—No quiero darte mucho más —le dijo Dusque—. Cuanto más te dé ahora, más duro será el bajón después.

—Si no me inyectas ahora y consigo moverme, no tendremos que preocuparnos por un *después* —le dijo, luchando por ponerse de pie.

Dusque podía decir por la tensión en su mandíbula que era inútil discutir. Puso su brazo derecho alrededor de su cintura para estabilizarlo. Supo que Finn todavía estaba dolorido cuando este no protestó por su ayuda.

—Está bien —le dijo ella—, paso a paso.

Cojearon hacia el agua y entraron juntos, como dos criaturas unidas torpemente por la cintura. Finn siseó cuando el agua fría hizo contacto con su pierna.

—¿Deberíamos parar? —le preguntó Dusque.

—No —dijo con firmeza—. En realidad se siente bastante bien contra la quemadura.

Dusque pensó que probablemente estaba mintiendo para complacerla. Lo menos que podía hacer, pensó, era no frenarlos más aun tratando de detenerlo cada pocos metros. Ella lo guió a través del agua tan cuidadosamente como pudo, desesperadamente temerosa de poder resbalar y perder el equilibrio.

—No olvides tu arma —le recordó Finn antes de sumergirse bajo la cascada.

—Cierto —dijo, reprendiéndose mentalmente por concentrarse tanto en Finn que ya se había olvidado del peligro potencial.

Dusque sacó el bláster pesado con la mano izquierda, y Finn hizo lo mismo con su derecha. Con cada paso recuperaba fuerzas (gracias a los efectos del estimulante), de modo que cuando atravesaron la catarata, pudo avanzar cojeando sin ayuda. Manteniéndose de espaldas el uno al otro, se volvieron y examinaron el área.

—Parece despejado —dijo Dusque con cautela.

—Por ahora —convino Finn. Cruzaron lentamente la antigua explanada, sus pasos eran el único sonido en la noche. El cielo se había despejado por completo y Dusque podía ver una luna en el horizonte. Intentó recordar cuántas lunas tenía Dantooine, pero no pudo. Las estrellas eran brillantes, como siempre cuando no tenían que competir con las luces de una civilización. Se permitió mirar hacia arriba por un momento y disfrutarlo.

Cuando bajó la cabeza, vio que Finn también estaba mirando a las estrellas, pero su expresión era intensamente seria. Parecía estar concentrándose. Finalmente se volvió hacia ella.

—Por aquí —le dijo, ladeando la cabeza hacia la izquierda.

Dusque se avergonzó un poco de haber estado perdiendo el tiempo mirando las estrellas mientras él, el herido, estaba trabajando en averiguar su posición. Se preguntó si alguna vez podría esperar estar a la altura de la confianza de Finn (y de Leia).

Caminaron lentamente al principio, en deferencia a la herida de Finn. Sin embargo, cuanto más avanzaban, mejor podía mantener el ritmo con paso seguro. Dusque escuchó atentamente en busca de sonidos de animales u otras personas. Al no escuchar nada, aprovechó la oportunidad para iniciar una conversación.

—Lo siento —dijo ella.

—¿Lo siento por qué? —preguntó, obviamente sorprendido.

—Por lo que ocurrió antes —le dijo, no queriendo dar más detalles de lo necesario.

—No lo entiendo —dijo él—. ¿Por qué deberías sentirlo?

Ella suspiró.

—Por lo que sucedió en la cascada. Intentaste mandarme una señal y yo la ignoré.

Él continuó mirándola sin comprender.

—Cuando dijiste que lo sentías —explicó ella—. Ya sabes, cuando trataste de advertirme sobre la Garra Gris y yo no lo entendí. Te he fallado. Lo siento.

Finn no respondió. Dusque deseaba saber lo que estaba pensando… si estaba tratando de pensar en una forma amable de reprenderla, o si le decía que no importaba. Sin embargo, Dusque estaba bastante segura de que estaba decepcionado. Cuando finalmente habló, no la tranquilizó.

—No hablemos de eso —dijo brevemente—. Todavía tenemos mucho camino por recorrer y no quiero detenerme en eso. Es mejor olvidarlo.

A Dusque le hubiera gustado que Finn le explicara el error que había cometido en términos específicos, para poder aprender de él y no repetirlo, pero parecía que no tenía más remedio que dejarlo pasar. *Por ahora*, se rectificó en silencio. Le preguntaría sobre eso más tarde, cuando tuvieran más tiempo y estuvieran fuera de peligro.

El clima seguía aguantando mientras caminaban. Solo había unas pocas nubes moradas alargadas compitiendo con las relucientes estrellas, y ni Dusque ni Finn sintieron la necesidad de encender sus halo-lámparas. Poco a poco, las colinas empinadas dieron paso a otras más suaves y onduladas. Los helechos y flores de montaña, coníferas y árboles de hoja perenne se difuminaron en los grandes campos de hierba lavanda, y los árboles blba comenzaron a reaparecer. Dusque sabía que se estaban acercando a la base imperial.

Un desgarrador sonido los sobresaltó. Cansados y mal equipados para otra batalla, Dusque y Finn buscaron un lugar donde esconderse. Un pequeño afloramiento rocoso fue todo lo que pudieron encontrar. Tirándose al suelo por detrás de la roca, sacaron sus armas y se prepararon para lo que fuera que hubiera allá fuera.

El rugido se hizo más fuerte, y un enorme lagarto, más largo que varios humanos tendidos uno detrás de otro, salió de la maleza. Gruñó y sacudió la cabeza violentamente de lado a lado, con algo pillado entre sus dientes. Dusque reconoció al lagarto como un bol. Parecía desnutrido y enfermizo, y al principio pensó que estarían a salvo, porque

obviamente había atrapado algo… hasta que se dio cuenta de que lo que tenía en sus fauces era un joven bol.

La criatura azotó al pequeño unas cuantas veces más y luego lo tiró al suelo. La cría herida emitió una débil llamada y trató de alejarse. El adulto cargó contra él, atravesándolo con uno de sus dos cuernos curvados. Levantando al pequeño ahora muerto en el aire, el adulto movió la cabeza a un lado y arrojó el cadáver contra un montón de plantas.

—¿Son caníbales? —le susurró Finn a Dusque, mientras el bol adulto permanecía quieto resoplando.

—No, ni siquiera durante los peores períodos de hambruna —respondió—. Esa hembra no se va a comer a su cría. La está usando como cebo. Observa.

El bol resopló una vez más, luego se alejó una corta distancia, justo un poco más allá de la cumbre de una colina. El aire estaba cargado del aroma de la sangre. Muy pronto, otra criatura salió de la maleza, atraída por el olor.

Era un huurton solitario. Se acercó lentamente, con cautela, pero luego aceleró y corrió hacia la reciente muerte. Ruidosamente, arrancó trozos de carne con sus afilados caninos. El bol adulto salió disparado de su escondite, cogió al huurton por la espalda y lo sacudió casi de la misma manera en que lo había hecho con su cría. El huurton gimió agonizando mientras era zarandeado de un lado a otro. Los poderosos incisivos del bol atravesaron la piel gruesa y lanuda en cuestión de segundos. Finalmente, el huurton se quedó inerte en las enormes mandíbulas del bol. El lagarto arrojó el cuerpo sin vida al suelo y comenzó a devorarlo.

Finn y Dusque observaron cómo comía durante un rato sin decir una palabra. Finalmente, Finn se volvió hacia Dusque y le preguntó:

—¿Por qué ha hecho eso?

—Porque se estaba muriendo y su cría también —explicó.

—¿Así que mató a su cría? —preguntó con un poco de disgusto.

—Obviamente, la alimentación ha sido escasa por aquí últimamente. El bol adulto está delgado y su cría estaba demacrada. No podía alimentar a su cría; eso es seguro. En lugar de dejar que se enfrentara a una mísera muerte por inanición, la ha matado.

—¡Pero ha usado deliberadamente a la cría como cebo!

—Incluso más fuerte que el deseo de salvar a su descendencia del sufrimiento es su instinto de supervivencia. Tiene sentido para la preservación de la especie. Ha hecho lo que tenía que hacer, ha sacrificado lo que tenía con el fin de salvarse —se detuvo brevemente, pensando repentinamente en los rebeldes que se había encontrado… lo que le recordó que todavía tenían una misión que completar—. Vamos —le dijo—. Mientras esté alimentándose, deberíamos poder pasar.

Se escabulleron alrededor del bol mientras este comía, sin alertarlo de su presencia. Dusque notó que Finn permaneció en silencio por un tiempo después de haber dejado atrás la escena de la carnicería.

—Todavía te incomoda, ¿verdad? —preguntó ella, rompiendo el pesado silencio entre ellos.

—Mató a su propia descendencia —respondió él—. No puedo pensar en una traición más horrenda.

—Pero ahí es donde te equivocas —dijo suavemente—. Ha sido un acto de supervivencia. Para que fuera traición, debería haber habido malicia involucrada. Malicia y planificación —agregó.

Los comentarios de Dusque solo parecieron oscurecer su estado de ánimo. Deseó saber qué lo estaba perturbando tanto; quería ayudarle, pero él parecía querer que lo dejaran en paz con sus pensamientos. Caminaron una cierta distancia sin decir una palabra más. No pasó mucho tiempo antes de que apareciera un resplandor distante, cerca del horizonte. Ya casi habían regresado a la base imperial.

Finn se detuvo y se volvió hacia Dusque.

—Asegúrate de que tus armas estén listas —dijo prontamente.

—¿Por qué? —preguntó ella—. No tuvimos dificultades cuando entramos en la base. ¿Por qué debería ser diferente ahora?

—También pensamos que estábamos solos junto a la cascada, ¿no?

Dusque se calló ante eso. Aparentemente, su fallo en la cascada había cambiado la opinión de Finn sobre sus habilidades. No podía soportar ese pensamiento, y darse cuenta de lo mucho que la opinión de él había llegado a significar para ella la asustó aún más que la evidencia de su inseguridad.

—Lo que quiero decir es que ha pasado un tiempo desde que pasamos por allí —explicó en un tono más amable—. Algo que debes recordar es no contar con que todo se mantenga estático. Acomódate a una situación y te volverás complaciente. En este negocio, esa es la ruta más rápida para morir. No confíes en nada —no dijo nada más, pero se volvió para ocuparse de su arma.

Dusque pensó en sus palabras mientras verificaba la carga de su bláster pesado. Ahora que estaban tan cerca del éxito, se preguntó si esto era solo el mecanismo de seguridad de Finn. No había entendido su aviso sobre la Garra Gris… no se podía negar eso. ¿Pero cómo los había visto él tan rápido? Ella sabía cómo escuchar y buscar señales en la naturaleza, pero el líder de la Garra Gris no había cruzado la cascada cuando los sorprendió con su amenaza. ¿Cómo había sabido Finn tan rápido quién estaba allí?

Dusque negó con la cabeza. No importaba cómo lo hubiera hecho. Estaba mejor entrenado que ella. Si había permanecido vivo tanto tiempo, debía ser bueno en su trabajo. Finn tenía razón cuando dijo que no había segundas oportunidades. Al pensar en ello, se dio cuenta de que tenía sentido que el último tramo de una misión fuera el momento más vulnerable… simplemente porque uno estaría eufórico con la victoria. La euforia conducía a la arrogancia, la cual podía conducir a errores, fracasos y muerte. Decidió que ese era el motivo por el que la estaba dirigiendo tan duramente: para asegurarse de que se mantuviera viva.

Una vez que verificó que su bláster tenía un paquete de energía nuevo, tuvo que disimularlo en su persona. Tanto ella como Finn habían abandonado sus capas en la cascada junto con el escáner cortocircuitado. Se deslizó el bláster en la cintura del pantalón y tiró de su túnica para cubrir el bulto revelador. Finn deslizó sus armas en la parte superior de las botas y las cubrió con las perneras de sus pantalones.

—Estoy lista —le dijo ella. De repente fue golpeada nuevamente por la comprensión. Desde que habían recuperado el holocrón, Finn lentamente había reasumido el manto del liderazgo. Y ella lo había aceptado fácilmente… sobre todo porque él había hecho algunos comentarios mordaces que habían erosionado algo de la confianza de Dusque.

Finn estaba herido de gravedad, se recordó. Como un animal herido, había sido despojado de su ser básico en el momento de absoluta agonía… y el hecho de que su principal preocupación, incluso en medio de su dolor, hubiera sido la seguridad de Dusque y el éxito de su misión la consolaba. Decidió que podía soportar la repentina intensidad que él proyectaba, al menos hasta que estuvieran a salvo. Entonces, tal vez, le daría un tirón de orejas.

—Hora de irse —le dijo él, y abrió el camino más allá de los muros exteriores de la base para entrar al complejo propiamente dicho.

Como era muy tarde, solo había un guardia frente al edificio de mando. Las oscuras banderas imperiales ondeaban bajo la ligera brisa. Dusque no vio a nadie más por los alrededores.

—Parece tranquilo —ofreció ella con cautela.

—Parece —estuvo de acuerdo Finn, pero no parecía convencido.

—¿Puedes ver la nave desde aquí? —preguntó.

Finn estiró el cuello.

—Es difícil de decir.

Dusque se fijó mejor por sí misma. Incluso bajo las débiles luces de la base, pudo ver que había llegado otra nave. Sus marcas y estructura de alas eran inconfundibles: una nave de desembarco imperial. Dejó escapar un suspiro lento y silencioso.

—Están aquí —susurró Dusque.

—Sí —respondió Finn sombríamente.

—Tal vez solo están cambiando tropas o algo así —sugirió esperanzada.

Finn le lanzó una expresión desagradable, e incluso ella sabía que sus palabras sonaban tontas. Estaba aterrorizada de que, inexperimentada como era, pudiera haber cometido un error crítico que hubiera traicionado a la Alianza Rebelde. Tal vez el Imperio había llegado con una orden de arresto contra ella debido a su amistad con Tendau, o tal vez algo que había dicho o había omitido decir al Comandante Fuce les había alertado. Cualquiera que fuese el error, no quería que Finn o la Alianza tuvieran que pagar por él. Le entregó a Finn su mochila y comenzó a caminar hacia la nave.

Finn la agarró del brazo y tiró de ella de vuelta hacia las sombras.

—¿Qué estás haciendo? —empujó la mochila de vuelta a sus manos.

—Hago lo que tengo que hacer para poder vivir conmigo misma —respondió ella.

—¿De qué estás hablando?

Ella lo miró profundamente a los ojos y confesó:

—Debo haber hecho algo, o de lo contrario es simplemente por quién soy, pero nos han alcanzado. Si me entrego, eso te dará una breve ventana de tiempo para escapar. No puedo fallaros ni a ti ni a la Alianza Rebelde. Demasiadas cosas dependen de esto.

—La única forma en que me iré de aquí es contigo —le dijo. Se quitó su mochila y se agachó. Tiró de Dusque por el brazo para que ella también se agachara. Arrojó algunos objetos diversos al suelo antes de sacar tres objetos redondos. Detonadores termales.

—¿Qué tienes en mente? —le preguntó.

Él le dirigió una sonrisa malvada.

—Unas pocas explosiones cuidadosamente colocadas deberían proporcionarnos suficiente cobertura para que los dos podamos escapar —le dijo—. Simplemente reprogramaré manualmente el mecanismo temporizador para darnos unos minutos más y alternarlos para que se activen en momentos escalonados. Eso los mantendrá ocupados.

Mientras ajustaba rápidamente los temporizadores de los dispositivos, Dusque estaba atenta a cualquier actividad. El puesto avanzado permanecía en silencio.

—Bien —le dijo Finn—. Toma esta y activa el interruptor cuando estés cerca de la cantina. Yo colocaré uno junto al terminal de datos cerca del centro médico, y el último cerca de la nave imperial. ¡Ahora ve!

Dusque se agachó y se escabulló hacia la cantina. Sin embargo, antes de soltar el detonador, asomó la cabeza por la puerta. La cantina estaba tan desierta como parecía estarlo la base. Arrojó el detonador dentro y corrió de regreso a donde había estado con Finn. Pudo verlo regresar de la nave imperial, corriendo rápido. Se agachó junto a ella.

—Ahora esperaremos a los fuegos artificiales —dijo, sonando satisfecho.

Después de un largo momento, el detonador del centro médico explotó. Una alarma sonó desde algún lugar, y de repente tropas salieron de lo que Dusque había asumido erróneamente que era un edificio vacío. Notó sombríamente que había muchos más soldados allí ahora que los que había habido cuando llegaron. Sus sospechas fueron tristemente confirmadas. Habían sido descubiertos.

Un momento después, el detonador de la cantina explotó, enviando escombros volando por el aire. Finn lanzó sus brazos sobre Dusque para protegerla de los restos que estaban lloviendo sobre ellos. Cuando vio que algunos de los soldados de asalto se habían separado para investigar la nueva explosión, se puso de pie de un salto y levantó a Dusque.

—¡Ahora es nuestra oportunidad! —gritó. Dusque apenas pudo escucharlo sobre las sirenas y las explosiones secundarias causadas por equipo médico incendiándose.

Finn agarró un bláster con una mano y a ella con la otra. Corrió tan rápido como le permitió su pierna herida, tirando de Dusque mientras avanzaba. Ella también había sacado su bláster y miraba a todos lados salvajemente, asustada y confundida. Estaban casi en la lanzadera cuando un soldado de asalto que estaba investigando la nueva explosión cerca del centro médico los vio.

—¡Están aquí! —incluso Dusque pudo oír su transmisión.

Ambos abrieron fuego mientras más soldados de asalto comenzaban a girarse ante el sonido de los rayos láser. Dusque estaba agradecida por el visor del bláster que le permitía apuntar a través del humo y la neblina que llenaban el recinto. Disparaba a todo lo que se movía, incluso mientras Finn la empujaba detrás de la nave de desembarco imperial en busca de cobertura.

De alguna manera, en medio del humo y la confusión, un soldado de asalto se deslizó hasta el otro lado de la nave. Ni Finn ni Dusque lo vieron. La lanzadera había sido sellada, y Finn se puso a trabajar en la cerradura electrónica para abrir la escotilla mientras Dusque establecía fuego de cobertura. El soldado de asalto la tomó por sorpresa.

—¡Suelta tus armas! —gritó el soldado.

Dusque se dio la vuelta para encararlo y vio que la tenía en la mira. No había posibilidad de que ella pudiera mover el brazo lo suficientemente rápido como para abatirlo. Pero podía bloquear su visión de Finn, para que Finn, al menos, pudiera ponerse a salvo.

—Está bien —respondió, dejando que el bláster se escapara de entre sus dedos. Lentamente levantó las manos, esperando comprarle a Finn unos preciosos segundos más.

—Hazte a un lado —ordenó el soldado de asalto. Pero justo cuando Dusque estaba a punto de cumplir, dos cosas sucedieron.

—¡Conseguido! —gritó Finn, y el detonador debajo de la nave imperial explotó, derribando a Dusque e incinerando al soldado de asalto. Aturdida, Dusque sintió que Finn tiraba de su camisa hacia la lanzadera.

—Puedo —murmuró ella—. Sólo enciende esta cosa.

Después de una breve mirada inquisitiva hacia ella, Finn entró corriendo. Mientras la lanzadera cobraba vida, Dusque se arrastró escaleras arriba y subió a bordo. Se puso de pie tambaleándose y golpeó el panel de control de la puerta. Las escaleras se retrajeron y la escotilla se cerró.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —le gritó a Finn.

Él presionó los controles y la lanzadera despegó en un ángulo aterrador. Por la ventana, Dusque pudo ver que el pequeño puesto avanzado estaba en llamas. La imagen se hizo cada vez más pequeña a medida que abandonaban la atmósfera de Dantooine. Lo más importante, Dusque no vio a nadie perseguirlos. Estaban a salvo.

Se dirigió a la cabina y se dejó caer en la silla libre. Miró a Finn y casi se rio en voz alta.

—Lo hemos hecho —dijo—. Realmente lo hemos hecho —y dejó su mochila, con el holocrón aún anidado dentro, encima de los controles para que Finn lo viera.

Él se volvió hacia ella y le dijo:

—Tienes razón. Se acabó.

Dusque se preguntó por qué sonaba tan triste.

CATORCE

Mientras Finn pilotaba la nave, Dusque observaba el silencioso espacio. Habían logrado escapar del planeta no solo con el holocrón, sino vivos. Dejó caer la cabeza contra el asiento y cerró los ojos. Una sonrisa de satisfacción se extendió por su rostro.

—¿Estás bien? —le preguntó Finn.

Ella se volvió hacia él y abrió los ojos.

—Sí —respondió—. Sí, estoy bien —trató de incluirlo en su sonrisa, pero él permaneció estoico.

Ella frunció el ceño ligeramente, preguntándose por qué él estaba tan serio. Luego su mirada se dirigió hacia su pierna herida y vio que estaba sangrando.

—Vamos —le dijo—. Vamos atrás para poder tratar eso más adecuadamente.

—Estoy bien —dijo con desdén—. No te preocupes.

—Estarás aún mejor después de que me ocupe de eso. Estamos a salvo en el hiperespacio. Nadie nos sigue.

Finn la miró y luego, para su alivio, cedió.

—Muy bien. Solo tengo que verificar una cosa. Dirígete a popa y te veré allí. ¿Vale?

—No tardes demasiado —le dijo Dusque. Se preguntó por qué los hombres a veces podían ser tan difíciles y luchar contra la única opción lógica frente a ellos.

Se levantó y regresó al camarote principal. Solo unos pocos artículos se habían soltado por su abrupta partida, y ninguno de ellos estaba demasiado dañado. Recogió algunos contenedores de almacenamiento y los devolvió a sus ubicaciones originales. Estaba buscando el botiquín más completo que sabía que se encontraba a bordo. Lo halló en un armario.

Llevándolo a una pequeña mesa, se sentó en el banco detrás de esta. El asiento bordeaba el costado de la nave unos tres metros. No entendía por qué en una nave tan pequeña, los diseñadores sintieron la necesidad de colocar cosas como ese banco a bordo. Tal vez, pensó, reconocieron cuán absolutamente antinatural era el viaje espacial, por lo que agregaron esos toques para los viajeros terrenales e hicieron que las cosas parecieran más familiares de alguna manera. En cualquier caso, ahora resultaba útil.

Abrió el botiquín y comenzó a sacar algunos de los suministros. Estaba a punto de llamar a Finn cuando lo escuchó cojear saliendo de la cabina. Por su andar, Dusque podía decir que su pierna se estaba rigidizando; si no la trataba pronto, probablemente le quedarían algunas cicatrices. Se levantó para ayudarlo el resto del camino, pero él le indicó que no era necesario.

—No estoy tan mal —le dijo, con el fantasma de una sonrisa en su rostro—. Al menos —hizo una pausa, mirando a los suministros y luego a Dusque—, *todavía* no estoy tan mal. Sin embargo, no has empezado aún.

Dusque le dio un golpecito juguetonamente, contenta de que volviera a ser paulatinamente el hombre que ella estaba conociendo. Estaba segura de que después de que lo curara adecuadamente, su buen humor regresaría.

—Toma asiento —le dijo, señalando el banco.

Él se sentó con precaución y extendió la pierna herida. Dusque cogió uno de los contenedores vacíos, lo colocó cerca de él y, usándolo como un pequeño taburete, cortó la pernera del pantalón muy por encima de la herida. Finn hizo una mueca.

—Lo siento —dijo ella, mientras tiraba el trozo de tela a un lado. Con la herida más claramente expuesta, Dusque pudo ver que el daño era un poco peor de lo que había pensado. El parche de bacta probablemente había evitado que la herida se infectara, pero no había hecho mucho más que eso—. No deberíamos haberte hecho caminar —dijo, después de inspeccionar la herida más de cerca.

—No había otra opción, ¿o sí?

Negando con la cabeza, Dusque agarró una ampolla de antiséptico. Mientras irrigaba la herida y el área circundante, Finn hizo una mueca. Echó la cabeza hacia atrás y, en una pose similar a la que Dusque había adoptado en la cabina, cerró los ojos. Pero no había sonrisa en su boca tensamente cerrada.

—A eso se reduce todo, ¿no? —dijo Finn a regañadientes.

Dusque estaba tan metida en la limpieza de la herida que solo le escuchaba a medias.

—A las elecciones que hacemos en nuestras vidas. Y una vez que las hacemos, tenemos que vivir con las consecuencias de nuestras decisiones —continuó suavemente.

Dusque levantó la mirada y vio que él la estaba mirando con sus ojos negro azabache. Hizo una pausa, sosteniendo un esterilizador para la quemadura, y finalmente dejó que algunas de sus palabras penetraran en ella.

—Eso no siempre es cierto —dijo Dusque—. Algunas veces las decisiones pueden ser modificadas; los resultados pueden ser cambiados cuando alguien más entra en la ecuación.

Ella centró la atención de nuevo en su pierna.

—Como esto, por ejemplo. Resultaste herido, pero como tenemos los suministros, podemos cambiar las consecuencias. Esta herida no dejará marcas ni ningún daño duradero. Podemos efectuar un cambio.

Dusque aplicó un antibiótico, pero le preocupaba que el ungüento no penetrara tan profundamente como ella creía necesario. Buscó en el extenso botiquín, sacó un pequeño bote y comenzó a aplicar el contenido a la herida de Finn.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Es cromosecuencia —explicó—. Permite una penetración más profunda de algunos medicamentos sin daños nerviosos.

—Sabes bastante de estas cosas —comentó.

Ella lo miró y sonrió.

—Bueno, lo creas o no, a veces recolectar muestras y especímenes puede ser un poco peligroso —dijo, y fue recompensada por una sonrisa de Finn.

Mientras rebuscaba en el botiquín, continuó con el razonamiento anterior.

—Si bien tienes razón en que tomamos decisiones y tenemos que vivir con ellas, a veces se nos presenta la oportunidad de tomar otras nuevas. Como a mí, por ejemplo. Pensaba que tenía mi vida en orden…

—Y yo la puse patas arriba —terminó por ella Finn.

—Y tú me diste un conjunto de nuevas opciones —corrigió ella.

—¿En serio? —preguntó él. Dusque podría jurar que escuchó amargura en su voz.

Pero su búsqueda en el botiquín la estaba distrayendo.

—Demonios —maldijo suavemente.

—¿Qué pasa? —preguntó Finn.

—No hay un regenerador de tejidos aquí —dijo con disgusto—. Tendré que conformarme con un par de parches de bacta más grandes. Cuando regresemos a Corellia, tendremos que tratar la herida de inmediato —rebuscó en el botiquín una vez más, por si acaso—. Daba por sentado que habría uno aquí —se quejó. Terminó colocando un último parche en su pierna—. Todo listo. Todavía no está como nueva, pero lo estará —le sonrió.

Él extendió una mano y la puso bajo la barbilla de Dusque.

—A veces simplemente no es posible preverlo todo —dijo casi en un susurro.

Aunque la cabina tenía la temperatura controlada, Dusque sintió un escalofrío. Ella colocó ambas manos sobre el rostro de Finn. Podía sentir la textura áspera de su piel, barba comenzando a formarse. Apartó delicadamente un mechón de su cabello rebelde para poder ver sus ojos con más claridad. Se dio cuenta de que con los iris tan oscuros, no había forma de ver sus pupilas; hacía que sus ojos parecieran infinitos. *Nunca he conocido a un hombre como él*, pensó.

Perdida en las profundidades de sus ojos, Dusque no estaba segura de quién besó a quién.

Después de lo que pareció una eternidad, Finn se separó de ella.

—Finn… —comenzó Dusque.

Un pitido procedente de la cabina la interrumpió, y Finn pareció aliviado.

—Yo… ehm… es hora de abandonar el hiperespacio —tartamudeó.

Desconcertada, Dusque no supo qué decir.

—Creo que me quedaré aquí atrás un rato. Llámame si me necesitas.

—Está bien —dijo él con una sonrisa triste.

Durante un largo rato, Dusque permaneció sentada sola, preguntándose qué había pasado entre ellos. Pensando en lo que Finn había dicho sobre las elecciones y las consecuencias, se dio cuenta de que tenía razón. A eso se reducía todo: decidir quién y qué ibas a ser, y poder vivir con esas decisiones.

Pensó en los últimos días y se dio cuenta de que su vida había sido transformada. Había pensado que había dejado mucho atrás, pero en retrospectiva, lo único que había abandonado era una cáscara vacía. No una vida real, sino la sombra de una. Mientras permanecía sentada basculando de un lado a otro en su asiento, se dio cuenta de que ya ni

siquiera se sentía cansada. Se sentía vigorizada y complacida consigo misma. La única preocupación que tenía era Finn.

Siempre había sido muy buena en mantener a las personas a distancia, desde su familia hasta los colegas de su estéril ambiente de trabajo. El único que había encontrado una grieta en su armadura había sido Tendau. Con su muerte, esa grieta parecía haberse convertido en una escisión por la que Finn se había deslizado. No podía negar que tenía fuertes sentimientos por él. Eso era algo que nunca había esperado.

Tenía que hablar con él… eso era todo. Cuando sintió que la nave salía del hiperespacio, pensó que parecía un momento tan bueno como cualquier otro para esa conversación. Se levantó y fue hacia la cabina.

Lo que vio la hizo detenerse en seco.

—¿Finn? —susurró.

Estaba sobre la consola de control, de espaldas a ella. Entonces, cuando se acercó un poco, vio el holocrón. Estaba en un receptáculo en el panel, y una lectura cercana mostraba una barra de progreso. Horrorizada, se dio cuenta de que estaba descargando los datos del holocrón y transmitiéndolos.

—¿Qué estás haciendo? —gritó, corriendo el resto del camino hasta él.

Antes de que él pudiera decir o hacer algo, ella apartó el holocrón del puerto de la computadora. Por el rabillo del ojo, vio a Finn presionar un interruptor… y con una siniestra certeza supo lo que Finn había hecho. Dusque golpeó con el puño el panel de control, sin saber si había detenido toda la transmisión.

—¿En qué estabas pensando? —le gritó—. ¿No recuerdas lo que dijo Leia? Que bajo ninguna circunstancia intentáramos transmitir ningún dato del holocrón. ¡Que si estábamos en problemas, debíamos destruirlo!

Finn la miró con una expresión indescifrable. Ella se precipitó hacia el holocrón y lo recogió. Mirando a su alrededor, localizó la pequeña cavidad en la pared lateral de la cabina, arrojó el holocrón dentro y cerró la puerta de golpe. Antes de que Finn pudiera levantar una mano para detenerla, arrojó el holocrón al espacio. Luego puso ambas manos contra el casco, tragó saliva e intentó recuperar la compostura.

—¿Por qué arriesgarlo? —ella se acercó a él y le tocó el brazo—. ¿Por qué, Finn?

Un destello llamó la atención de Dusque y vio un punto en el radar.

—Eso probablemente son imperiales siguiéndonos. ¡Podrían haber interceptado la transmisión! ¡Podríamos haber hecho todo esto para nada!

Él negó con la cabeza.

—No son imperiales.

—Está ahí mismo, en el radar —argumentó—. Y no tenemos tiempo para esto si un agente imperial está tras nosotros.

Finn se mantuvo firme.

—No es posible que sea un agente imperial.

Dusque se sorprendió ante su tono plano y monótono.

—¿Cómo lo sabes? —susurró ella.

—Sé que no hay agentes del Imperio siguiéndonos porque… —hizo una pausa y respiró hondo—. Soy yo el agente imperial.

Por un momento, Dusque se sintió igual que cuando estuvo en el puente de piedra dentro de la cueva. No sabía en qué dirección estaba arriba o abajo, y todo parecía un poco irreal. Tragó saliva de nuevo, de repente sintiéndose acalorada y claustrofóbica.

—¿Qué? —susurró, y su voz sonó como si estuviera a años luz de distancia.

Él se volvió y la miró cara a cara.

—Yo soy el agente —repitió.

—Eso no puede ser —gritó Dusque—. No puede ser. Me salvaste cuando Tendau fue ejecutado, cuando los imperiales nos dispararon…

—Para y piensa por un momento —le espetó—. Eres científica… usa ese cerebro analítico tuyo.

Dusque se encogió ante el tono de su voz.

—¿No crees que fue demasiada coincidencia que después de nuestro primer encuentro, cuando dijiste que no querías perder nada más a manos del Imperio y me rechazaste, el cabeza de martillo fuera arrestado tan convenientemente? ¿Y quién resulta que estaba allí para alejarte después de que lo vieras asesinado?

Dusque parpadeó rápidamente a medida que sus ojos se llenaban de lágrimas no derramadas.

—¿Tú lo mataste? —susurró.

—Lo organicé —admitió con frialdad.

—Pero lo vi hablando con algunos bothans en Moenia, y cuando le pregunté al respecto, él lo negó —dijo Dusque.

—¿Eso pasó antes o después de que colara en tu cabeza la idea de que él podía ser un espía? Mi suposición es —agregó—, que fue después.

Y Dusque se dio cuenta de que se había vuelto más suspicaz respecto a todo después de su primer encuentro con Finn. Se apresuró a sacar conclusiones sobre Tendau, y ahora sabía que él había muerto por nada; todo el asunto no había sido más que una artimaña para captarla. Miró a Finn, incapaz de aceptar lo que estaba escuchando y aún más horrorizada porque él pareciera tan furioso. *Ella* era la única que tenía derecho a estar furiosa, pensó.

—¿Y ahora estás furioso porque de alguna manera no averigüé todo esto? ¿De alguna manera no adiviné que el hombre del que me estaba enamorando era una máscara? ¿Que no existía en absoluto? Felicítate —le dijo con amargura—, porque eres muy bueno en tu trabajo.

Los hombros de Finn se hundieron un poco bajo el peso de la mirada acusadora de Dusque.

—¿No lo ves? —le imploró, y volvió a parecerse al hombre que ella creía conocer—. ¿Por qué crees que te pregunté por tu lealtad? Cuando te pregunté dónde estaban tus lealtades, tenía la esperanza de que resultara que solo estabas buscando venganza.

Esperaba que tu lealtad hacia el Imperio fuera tan profunda como la mía. Después de algo de lo que me dijiste, pensaba que así era.

—No confundas el miedo con la lealtad —dijo ella con dientes apretados—. Y no trates de engañarte a ti mismo pensando que eres leal a ellos; tienes tanto miedo como yo.

Se quedó mirándolo fijamente y todavía no podía creer lo que estaba oyendo. Pero, inesperadamente, algunas de las cosas que Finn había dicho y hecho regresaron para atormentarla.

—No tiene sentido —dijo, sacudiendo la cabeza—. Si lo que dices es verdad y eres leal al Imperio, ¿por qué fuimos atacados de camino a Corellia? Estuvimos muy cerca de ser destruidos como para haber sido planeado.

—*Muy* cerca —admitió él—. Si hubiera estado pilotando la nave solo, habría tenido la oportunidad de señalizar dónde estaba y la ubicación de la base rebelde. Pero no llegué a tiempo.

Dusque regresó al momento en que la nave del mon calamari comenzó a caer en picado y ella escuchó una explosión. Había provenido del interior de la cabina; de un arma que Finn le había explicado que no podía atravesar el casco de una nave.

—Mataste al piloto —susurró ella, estupefacta.

Finn asintió.

—Pude lograr que interrumpieran el ataque, pero nos estrellamos antes de que pudiera hacer más.

—Y una vez que llegamos a la base —terminó ella lentamente—, nunca tuviste un momento a solas.

—Pensé que podía esperar hasta que hubiéramos recuperado el holocrón. Entonces podría entregárselo todo al Imperio.

—Así que simplemente me has utilizado —dijo con amargura—, para obtener todo lo que querías. Lo único que no entiendo es por qué no me entregaste en la base. ¿Por qué hacer todo ese daño cuando tus superiores probablemente estaban allí? No lo entiendo.

Finn guardó silencio.

—¿Por qué? —exigió ella—. Después de todo, habías acabado conmigo.

El rostro de Finn se retorció abruptamente por la angustia.

—No pude.

—¿Por qué no? —le preguntó suavemente.

—Porque eras tú —gritó—. Allí estabas —admitió con más calma—, lista para marchar hacia tu muerte, todo para salvarme a mí y a los rebeldes, y no podía dejarte ir. No podía dejar que te tuvieran.

Dusque pudo ver que estaba temblando ligeramente. No había razón para que él le mintiera ahora; no tenía ningún propósito.

—No es demasiado tarde —le dijo—. Ambos podemos regresar al Emperador. Puedo decirles que algunos de los otros rebeldes llegaron como respaldo y ellos fueron los responsables del caos en la base. Si volvemos juntos con la información de esta

computadora —tocó la consola—, ambos estaremos a salvo. Y podremos estar juntos —declaró—. Por favor.

Dusque estaba conmocionada. Y estaba tan desgarrada porque sabía exactamente cómo se sentía él. Ella sabía lo que era vivir a la sombra del Imperio. Pero el hombre frente a ella la había ayudado a salir de esa sombra. Y si él podía hacer eso por ella, ella pensó que tal vez, solo tal vez, ella podría hacer lo mismo por él.

—No puedo volver —le dijo, y se acercó—. Jamás. Pero tú tampoco tienes que hacerlo. ¿Recuerdas lo que dijiste sobre las elecciones y las consecuencias? Aquí y ahora, puedes elegir cambiar tu vida. Sé que la Alianza Rebelde, Leia y los demás, te perdonarán y te acogerán. Es esa capacidad de perdonar, esa alma, lo que separa a los rebeldes del Imperio —se acercó aún más mientras veía cómo él se mordía el labio.

»Y no he olvidado cómo me dijiste que continuara sin ti en la cascada, o cómo me protegiste de los disparos en el puesto avanzado. Puedes decirte lo que quieras —dijo, moviéndose para pararse directamente frente a él—, pero ese era tu verdadero yo. Lo sé aquí… —apoyó la mano sobre su pecho—, eres un buen hombre. Todo saldrá bien. Confía en mí —Dusque nunca había visto a Finn tan vulnerable como en ese momento.

Él la tomó en sus brazos y la abrazó ferozmente. Ella acarició la parte posterior de su cabeza y dijo nuevamente:

—Todo saldrá bien.

—Lo siento —le susurró al oído—. Lo siento mucho.

Ella se apartó un poco de él, queriendo ver su rostro. Cuando sus ojos grises se encontraron con los de él, escuchó un sonido extraño y sintió algo insólito. Todavía luciendo perpleja, Dusque dio un paso atrás y sintió los brazos de Finn caer. Se apartó de ella y ella bajó la mirada hacia la mano derecha de él. Allí, cubierto de sangre, estaba el cuchillo de caza que mantenía envainado en su manga. Ella se había olvidado de eso.

Aturdida, levantó una mano hacia él.

—Finn, ¿qué has hecho?

En ese momento, sus piernas cedieron bajo ella. Cayó de rodillas y miró tontamente la flor carmesí que brotaba de su pecho. La tocó y apartó la mano para ver que estaba cubierta de sangre. Miró a Finn con desconcierto. Cayó hacia atrás contra la pared del casco e intentó centrarse en Finn.

—¿Por qué? —su voz sonaba débil y distante.

—Lo siento —fue todo lo que pudo decir—. Te dije que tarde o temprano todos traicionan a aquellos a los que aman al Imperio. Es inevitable.

Finn se dejó caer a su lado. Nebulosamente, Dusque se preguntó si iba a terminar con ella, aunque ella creía que ya estaba muerta.

—No puedo estar contigo —confesó—. Temo demasiado al Imperio.

Sus palabras resonaron extrañamente en los oídos de Dusque, tan similares a las que ella misma le había dicho cuando se conocieron. Era como si estuvieran completando un extraño baile que finalmente había cerrado el círculo. Solo que esta vez, ella era la que no tenía miedo.

Finn tragó saliva mientras la miraba. Extendió una mano y Dusque no pudo decir si aún sostenía el cuchillo o no. Antes de que pudiera tocarla, la lanzadera se zarandeó peligrosamente.

—Estamos siendo abordados —lo escuchó decir Dusque. Ella solo podía yacer allí y observar mientras él se levantaba y corría hacia la parte trasera de la nave. Oyó que una escotilla se abría y se sellaba, y luego la nave se balanceó de nuevo.

Sintió que sus párpados comenzaban a pesarle. Trató una vez de ponerse en pie, y una parte distante de su mente estaba genuinamente asombrada de que tan siquiera pudiera levantar la mano. Yació allí desparramada.

La lanzadera fue zarandeada nuevamente, y el movimiento hizo que Dusque abriera los ojos solo una rendija. Aunque su visión era borrosa, pudo ver varias figuras entrar en la cabina. Notó que ninguna vestía atuendo imperial. Uno de ellos, un humano rubio, le resultaba familiar, aunque no podía concentrarse en nada lo suficiente como para tratar de averiguar quién era.

Él se agachó a su lado mientras sus dos compañeros iban a la parte trasera de la nave. La miró con expresión preocupada en sus ojos azul cielo.

—Te conozco, ¿verdad? —preguntó Dusque débilmente.

—Mi nombre es Luke Skywalker. Me viste en Corellia —su voz era joven y gentil. Mientras hablaba con ella, sacó un dispositivo e intentó tratar la herida en el pecho de Dusque.

—La cápsula de escape ha sido lanzada —le dijo uno de los otros a Luke.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, Dusque colocó una mano sobre el brazo de Luke y luchó por incorporarse.

—Tienes que detenerlo —susurró ella—, antes de que vuelva a su base. Finn es un… —cayó hacia atrás debilitada antes de poder decir la palabra *traidor*.

—Maldición —dijo Luke—. Este coagulante no está deteniendo la hemorragia lo suficientemente rápido —le ordenó a uno de los soldados rebeldes que cogiera algo de su nave.

—No importa —murmuró Dusque—. Tienes que detenerlo. No importa… —su voz se apagó y sus párpados comenzaron a cerrarse.

—Sí importa —escuchó susurrar en su oído al joven de los ojos ancestrales, y se preguntó si eso sería lo último que escucharía jamás. Antes de desmayarse, se dio cuenta de que era un digno panegírico—. *Tú* importas.

QUINCE

Una bruma densa cubría el Retiro del Emperador como un manto. Manteniendo una solitaria vigilia había una figura rígida. Vestido con ropa oscura, Finn escuchó el grito solitario de un peko-peko. Por alguna razón, el sonido le recordó al llanto de una mujer. A pesar de que estaba lloviendo ligeramente, no buscó refugio, como si no fuera digno de ninguna protección contra los elementos. O tal vez, porque parecía que ya no pudiera sentir nada más.

—Comandante Darktrin —llamó una voz profunda.

Finn se dio la vuelta y salió de la balconada de piedra hacia un pasillo delicadamente alfombrado. La alfombra carmesí con ribetes dorados estaba pensada para lucir suntuosa, pero a Finn, en ese momento, le recordaba a un río de sangre… y sin importar hacia dónde se volviera, tenía que atravesarlo. De pie en el centro del pasillo estaba Darth Vader, Señor Oscuro de los Sith. Su armadura negra relucía como ébano pulido, aunque parecía que, en lugar de reflejar la luz, la absorbía toda hacia algún lugar oculto, como un agujero negro. El único sonido además de la lluvia era su respiración mecanizada.

Finn solo había estado en presencia de Vader unas pocas veces en su servicio al Imperio. En tres de esas ocasiones había presenciado la muerte de hombres que habían fallado en su deber para con el Señor Oscuro. Dado que Finn había recibido órdenes de recuperar y traer de vuelta el holocrón Jedi, sospechaba que sabía lo que estaba por suceder. Extrañamente, no sentía miedo; solo se sentía insensible. Era como si cuando apuñaló a Dusque en el corazón, también hubiera alcanzado el suyo propio.

—¿Sí, Lord Vader? —preguntó respetuosamente.

—Su transmisión desde la lanzadera rebelde estaba incompleta —comenzó Darth Vader sin preámbulos.

Finn bajó la cabeza.

—Entiendo, mi señor. He fallado al Emperador en mi cometido.

—Sí —convino Vader gravemente.

—Acogeré con satisfacción cualquier castigo que considere oportuno —dijo Finn, levantando la cabeza para mirar la máscara de respiración con forma de calavera que ocultaba por siempre la cara del Señor Sith.

Finn permaneció quieto durante un rato en presencia de Vader. No se pronunció una palabra. Los únicos sonidos seguían siendo las pesadas inhalaciones y exhalaciones de la respiración de Vader. Inconscientemente, Finn acomodó el ritmo de su respiración a la de él. No se apartó de la mirada fija de Vader.

—Si bien estaba incompleta —continuó Vader eventualmente, mientras comenzaba a caminar por el pasillo—, varios nombres llegaron —hizo una pausa y esperó a que Finn caminara a su lado—. Entonces, en un sentido más amplio, la misión no ha sido un fracaso total —continuó Vader.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Finn.

—Varios agentes diferentes serán enviados bastante pronto para eliminar la amenaza rebelde de nuestro seno —explicó el Señor Oscuro—. Desde que usted se marchó, se ha incrementado el número de reclutas. Algunos muestran un gran potencial, mientras que otros… —dejó la declaración sin terminar.

—¿Qué pasará con los otros, mi señor? —preguntó Finn, no por ningún interés real, sino porque sintió que la pregunta era requerida.

—Cuando los otros mueran en sus intentos, no supondrá una gran pérdida —terminó el Señor Oscuro sin ninguna emoción.

»Si bien he decidido dejarle vivir —continuó Vader—, aún no he decidido qué castigo es adecuado para su fracaso.

—Entiendo, mi señor.

—Lo que no consigo entender es —continuó Vader—, por qué no pudo transferir el holocrón a mis agentes en el puesto avanzado de Dantooine.

—Mi señor, no me di cuenta de que la mujer había colocado esos explosivos alrededor de la base. Me pilló tan desprevenido como a los otros agentes allí.

—Ah —exhaló Vader—. La mujer que mató a bordo de la lanzadera.

—Sí —dijo Finn, casi tropezando con las palabras—. Resultó no ser lo que había anticipado.

—Aun así, puso fin a cualquier amenaza que ella pudiera haber representado para el Imperio. En parte por eso no voy a retirarle ahora. Y en parte —gruñó—, porque todavía percibo un gran potencial en usted.

Caminaron en silencio de nuevo. Finalmente, Vader se detuvo y lo miró.

—¿Y qué hay de la base rebelde en Corellia? En su informe, la menciona y, sin embargo, no veo las coordenadas mencionadas en ninguna parte.

Finn miró a Vader durante un largo momento antes de hablar.

—La razón es bastante simple, mi señor —dijo finalmente—. Cuando me llevaron a la ubicación secreta, los rebeldes estaban en proceso de desmontaje y vaciado de los edificios. La ex-princesa Leia Organa mencionó que estaban a punto de reubicarse fuera del mundo y enviarían una transmisión cuando los contactáramos después de nuestra partida a Dantooine.

»Dado que la mujer a bordo comenzó a sospechar de mi identidad, tuve que eliminarla antes de poder averiguar dónde se habían reubicado —finalizó.

Vader asintió.

—Ya veo —siseó—. Muy bien —dijo después de una breve pausa—, hemos terminado por ahora, comandante.

Finn saludó y se giró para irse, pero la curiosidad pudo con él. Decidiendo que no tenía nada que perder, se volvió de nuevo y se aclaró la garganta.

—¿Mi señor? —requirió.

—¿Qué ocurre, comandante? —a pesar de que habló a través de la máscara de respiración, no había duda respecto a la frialdad de su tono.

—Ha dicho que percibe potencial en mí. ¿Qué quiere decir con eso?

Vader caminó de vuelta y bajó la mirada hacia Finn.

—Siempre ha sido un servidor fiel para nosotros —comenzó—, pero desde su regreso, parece purificado.

—¿Mi señor?

—Percibo ira en usted donde antes no había nada. Y ese fuego arderá y le purificará con el tiempo. Estoy dispuesto a darle ese tiempo. Por ahora —y con eso, se volvió y partió.

Finn no sabía qué pensar de la declaración del Señor Sith. Vagó sin rumbo y se encontró de nuevo en la balconada, observando el cielo nublado oscurecerse a medida que se acercaba la noche.

Tiene razón, pensó Finn. *Estoy furioso. Vader cree que estoy furioso con los rebeldes, pero yo sé la verdad. Estoy furioso conmigo mismo.*

Las nubes continuaron espesándose, negando a Finn la visión de las estrellas. Apoyó las manos contra la barandilla de fría piedra y observó la noche. Cerró los ojos con fuerza, pero todo lo que pudo ver por detrás de sus párpados fue la cara de Dusque. Ella lo atormentaba en cada momento de vigilia.

Se dio cuenta de que probablemente habían sido algunos miembros de la Alianza Rebelde quienes habían abordado su lanzadera después de que él se marchara. Si la habían alcanzado a tiempo, Dusque podría haber sobrevivido. Sin embargo, habrían tenido que regresar a Corellia con ella. Su herida era demasiado severa como para que un botiquín la sanase. El único regalo que le podía dar ahora era seguridad. Así que había mentido a Vader y a los demás sobre la ubicación de la base. Su corazón era el último regalo para ella.

El cielo gris sólo servía para recordarle los ojos de Dusque, y se dio cuenta de que no tenía forma de saber si estaba viva. Puso una mano encallecida sobre su corazón, y la única lágrima que derramó se volvió irrelevante e insignificante bajo la lluvia.

Dusque se apoyó contra la barandilla y miró hacia el cielo corelliano. Talus era visible, así como algunos otros cuerpos celestes que ella reconocía. Pero realmente no los estaba mirando. El cielo oscuro le recordaba los ojos de Finn, y cómo casi podía perderse en ellos. A pesar de que él se había ido, recordaba cada línea de su rostro. Lo que más la perturbaba era la mirada que había lucido cuando la apuñaló en el pecho. No podía descifrarla, y eso la perseguía. Ausentemente, se rascó la cicatriz casi curada cerca de su esternón y no notó que se había abierto una puerta por detrás de ella.

—¿Qué haces ahí fuera con el frío que hace? Ni siquiera deberías estar de pie todavía.

Dusque se volvió ante el sonido y vio que la Princesa Leia había entrado en su habitación. La mujer siempre estaba en movimiento, pensó Dusque, y se preguntó cuándo podría encontrar tiempo para descansar. Vestida de blanco, con el pelo largo recogido hacia atrás, a veces parecía más mítica que real.

Dusque se giró completamente pero no hizo ningún movimiento para entrar. Su cabello del tono de la arena se arremolinaba a su alrededor con la brisa como un ser vivo.

—Si no hubiera sido por ti… —asintió a Luke, que estaba justo por detrás de Leia—, no *estaría* de ninguna manera —y le sonrió con pesar.

Se está ruborizando, pensó.

—Me alegra haber llegado a tiempo —dijo sinceramente.

—Sí —dijo Leia—. No creo que hubieras sobrevivido sin él.

—No —acordó Dusque, y se frotó la cicatriz de nuevo—. ¿Por qué nos estabas siguiendo? —preguntó, queriendo cambiar de tema.

—Tenía un presentimiento —le dijo Luke.

—Sus presentimientos hallan la forma de resultar correctos —explicó Leia—. Pero cuando me dijo que había algo que no estaba bien en uno de vosotros, me temo que pensé en ti. Entonces no te conocía —añadió, y Dusque tuvo la sensación de que se estaba disculpando.

—Está bien —dijo Dusque casualmente—. Finn también me engañó. Aquí estaba, pensando que iba a enfrentarme al enemigo, y estuvo conmigo todo el tiempo, como una falsa sombra. Lamento no haber sabido la verdad antes de que pusiera sus manos en el holocrón. ¿Qué creéis que le pasó a él?

—Dado que nuestros exploradores no han visto ni oído nada, solo puedo suponer que murió en el espacio o fue ejecutado por no cumplir su misión. De lo contrario —razonó Leia—, nos habría expuesto a nosotros y a nuestra base, y no estaríamos teniendo esta conversación.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Dusque, sin saber si la hipótesis de Leia la hacía sentir mejor o peor.

—Bueno —dijo Leia con autoridad—, pudimos recuperar toda la información de la lanzadera. Por lo que pueden decir nuestros técnicos, parece que Finn descargó los datos del holocrón, pero no pudo transmitirlos todos al Imperio.

—¿Sabéis qué nombres logró enviar? —preguntó Dusque.

—No —respondió Leia con seriedad—. Los técnicos pueden decir cuántos paquetes de datos se enviaron, pero no pueden decir cuáles.

Dusque sacudió la cabeza.

—¿Y qué vais a hacer ahora?

—Enviaré agentes a cada nombre que recuperamos, no solo para activarlos sino también para advertirles. Como no tenemos forma de saber quién podría estar en peligro, tendremos que buscarlos a todos —Leia suspiró—. No será tarea fácil. Esas personas están esparcidas por toda la galaxia.

—Lamento no haber podido destruir el holocrón antes —le dijo Dusque.

—No lo lamentes —la consoló Leia—. Hiciste todo lo que pudiste.

—Dusque —dijo Luke, y la miró con sobriedad—, hiciste lo correcto. Y me alegro de que estés bien.

—Gracias —respondió ella.

Luke se volvió hacia la princesa.

—Leia, ¿hablamos más tarde sobre esto?

—Sí —respondió la princesa. Y con eso, el ex-granjero de Tatooine se fue.

Leia miró a Dusque y sus ojos marrones se suavizaron.

—Debería marcharme y dejarte descansar un poco —puso gentilmente una mano sobre el hombro de Dusque—. Aún lo necesitas. Y estoy segura de que uno de nuestros droides quirúrgicos puede eliminar esa cicatriz.

Dusque movió una mano para trazar con ella la larga protuberancia nudosa de tejido cicatrizado.

—No —dijo eventualmente—. Quiero mantenerla. Me recordará dónde reside mi corazón —y se quedó en silencio.

—Siempre tendrás un lugar aquí, con nosotros —le dijo Leia.

Dusque miró a Leia.

—Gracias —le tendió la mano y Leia la estrechó cálidamente, cubriéndola con sus dos manos.

—No —corrigió a Dusque amablemente—, gracias a ti. No podría estar más orgullosa de tus acciones ni aunque fueras mi propia hermana.

Dusque bajó la mirada, de repente conmovida. Leia soltó su mano y comenzó a marcharse. Cuando llegó a la puerta, se giró y volvió a ser la comandante en jefe.

—Ahora vuelve a la cama. Es una orden.

Dusque sonrió. Pensó de nuevo en cuán diplomática era Leia, siempre parecía saber qué decir en el momento adecuado. La ex-senadora debía haber sido una política muy efectiva en su tiempo.

Dusque volvió a salir al balcón. Una cosa que no había cambiado era que todavía se sentía más cómoda bajo las estrellas que bajo un techo. Estaba contenta de que todavía quedara una cierta cantidad de constancia en su vida.

—Ah, Finn —dijo en voz alta. No había forma de ocultar la amargura en su voz—. Miro al cielo y te veo a ti —por un momento, no pudo hablar, ni siquiera pudo pensar en el dolor que le había causado.

Aunque no lo admitiría ante nadie, estaba llena de odio. Gran parte dirigido hacia Finn. Lo odiaba por ser débil, por traicionarla a ella y a la Alianza Rebelde, por no amarla lo suficiente como para dejar de lado su lealtad hacia el Emperador. Pero, sobre todo, se odiaba a sí misma por seguir amándolo.

—Es por ti que estoy aquí. Eso te lo debo —admitió. Pensó en lo que Leia había dicho acerca de que Finn estaba muerto, pero no terminaba de creerlo. Esa era la única explicación que tenía sentido; de lo contrario, las fuerzas imperiales ya habrían caído sobre sus cabezas. Y sin embargo, ella dudaba.

El viento se levantó, pero Dusque no notó el frío. Miró fijamente a las estrellas, su cabello ondeando sobre su rostro. Además del odio, Dusque estaba llena de una gran convicción.

—Estás ahí afuera, en alguna parte —susurró a la noche—. Cuando nos encontremos de nuevo, ambos sabremos quiénes somos: traidor y soldado rebelde. Que la Fuerza nos ayude a ambos.

Para mi madre, Inge M. Whitney, quien en el verano del 77 me dijo: «¿Has oído hablar de una película llamada *Star Wars*? Creo que te gustaría».

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a Eban Trey, mi rodiano favorito, por mostrarme la galaxia, y a mi esposo, Roderic, mi evaluador favorito. Especial agradecimiento a Sue Rostoni y Haden Blackman por toda su información y orientación. Finalmente, a Shelly Shapiro por dirigirme a través de todo el proyecto.

Acerca de la Autora

Voronica Whitney-Robinson ha trabajado como voluntaria en los Cuerpos de Paz en Africa, como veterinaria en Nueva Zelanda, y como bióloga marina en Seattle. Ha escrito cuatro novelas para *Wizards of the Coast*. Vive con su marido en el Estado de Washington.

Otras obras de Voronica Whitney-Robinson

NOVELAS

Spectre of the Black Rose (con James Lowder)
Halls of Stormweather
Sands of the Soul
Crimson Gold

PRODUCTOS DE JUEGOS

Kindred of the Ebony Kingdom (coautora)
Ravenloft Gazetteer IV (coautora)